62.3
C337
1362, t.2

BOOK 862.3.C337 t.2 c.1
CERVANTES # TEATRO COMPLETO
3 9153 00017461 7

CERVANTES

TEATRO COMPLETO

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CXCVIII

TEATRO COMPLETO

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

TOMO II

MADRID
LIBRERÍA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Calle del Arenal, núm. 11.

1896

862.3
C337
t.2

Imprenta de Hernando y C.ª, Quintana, 33.

LOS BAÑOS DE ARGEL

Hablan en esta comedia las personas siguientes:

CAURALI, capitán de Argel.
IZUF, renegado.
Cuatro moros, que se señalan: moro 1.º, 2.º, 3.º y 4.º
UN VIEJO.
JUANICO y FRANCISQUITO, sus hijos.
UN SACRISTÁN.
CONSTANZA, cristiana.
CAPITÁN, cristiano.
Dos arcabuceros, cristianos.
DON FERNANDO.
GUARDIAN BAXI.
UN CAUTIVO.
DON LOPE y VIBANCO, cautivos.
HAZÉN, renegado.
CARAOJA, moro.
HAZÁN BAXI, rey de Argel, y EL CADÍ.
ALIMA, mora.
ZARA, mora.
Tres moros pequeños.
AMBROSIO.
LA SEÑORA CATALINA.
UN JUDÍO.
OSORIO.
GUILLERMO, pastor.

JORNADA PRIMERA

CAURALI, capitán de Argel; **IZUF**, renegado; cuatro moros.

IZUF. De uno en uno y con silencio vengan,
Que esta es la trocha, y el lugar es éste,
Y á la parte del monte más se atengan.

CAURALI. Mira, Izuf, que no yerres y te cueste
La vida el no acertar.

IZUF. Pierde cuidado;
Haz que la gente el yerro y fuego apreste.

CAURALI. ¿Por do tienes, Izuf, determinado
Que demos el asalto?

IZUF. Por la sierra,
Lugar que, por ser fuerte, no es guardado.
Nací y crecí, cual dije, en esta tierra,
Y sé bien sus entradas y salidas,
Y la parte mejor de hacer la guerra.

CAURALI. Ya vienen las escalas prevenidas,
Y están las atalayas, hasta agora,
Con borrachera y sueño entretenidas.

IZUF. Conviene que los ojos de la aurora
No nos hallen aquí.

CAURALI. Tu eres el todo;
Guía y embiste y vence.

IZUF. Sea en buen hora;
Y no se rompa en cosa alguna el modo

Que tengo dado, que con él sin duda
Á daros la victoria me acomodo,
Primero que socorro alguno acuda.

Éntranse; suena dentro vocería de moros; enciéndense hachas; pónese fuego al lugar; sale un VIEJO á la muralla medio desnudo, y dice:

VIEJO. ¡Válame Dios! ¿Qué es esto?
¿Moros hay en la tierra?
Perdidos somos, triste:
Vecinos, que os perdéis; ¡al arma, al arma!
De los atajadores
La diligencia ha sido
Aquesta vez burlada;
Las atalayas duermen, todo es sueño.
¡Oh, si mis prendas caras,
Cual un cristiano Eneas,
Sobre mis flacos hombros
Sacase de este incendio á luz segura!
Qué, ¿no hay quien grite al arma?
¿No hay quien haga pedazos
Esas campanas mudas?
Á socorreros voy, amados hijos. (Éntrase.)

Sale el SACRISTÁN á la muralla con una sotana vieja y un paño de tocar.

SACRIS. Turcos son, en conclusión.
¡Oh torre, defensa mía!
Ventaja á la sacristía
Hacéis en esta ocasión.
Tocar las campanas quiero,
Y gritar apriesa al arma:

(Toca la campana.)

El corazón se desarma;
De brío y de miedo muero.
Ningún hacho en la marina,
Ninguna atalaya enciende,
Señal do se compreende
Ser cierta nuestra ruina.
Como persona aplicada
Á la iglesia y no al trabajo,
Mejor meneo el badajo,
Que desenvaino la espada.

(Torna á tocar y éntrase.)

Salen al teatro CAURALI, IZUF y otros dos moros.

IZUF. Por esta parte acudirán sin duda
Los que del monte quieran ampararse.
Sosiégate y verás, medrosa y muda
Gente que viene por aquí á salvarse,
Y antes que aquélla del socorro acuda,
Conviene que se acuda al retirarse.

CAURALI. Los bajeles ¿no están bien á la orilla?

MORO 1.° Y estivados de gusto y de mancilla.

Sale el VIEJO que salió á la muralla, con un niño en brazos medio desnudo y otro pequeño de la mano.

PADRE. ¿Adónde os llevaré, pedazos vivos
De mis muertas entrañas, si á ventura
Tendría, antes que fuésedes cautivos,
Veros en una estrecha sepultura?

CAURALI. (Para sí.) De aquesos tus discursos pensativos,
Te sacará mi espada, que procura,
Sin acudir al gusto de la muerte,

Darte la vida y ensalzar mi suerte.

FRAN. ¿Para qué me sacó, padre, del lecho?
Que me muero de frío. ¿Adonde vamos?
Llégueme á mí, como á mi hermano, al pe-
[cho:
¿Cómo tan de mañana madrugamos?

PADRE. ¡Oh, de este inútil tronco ya y desecho
Tiernos, amables y hermosos ramos,
No sé do voy, aunque, si bien se advierte.
De este camino el fin será mi muerte!

CAURALI. Llévalos tú, Bairán, á la marina,
Y mira bien que esté la armada á punto,
Porque seguiros muestra la vocina.
La esposa de Titón ya viene junto.

PADRE. Huir el mal que el cielo determina
Es trabajo excusado.

Éntrase el viejo y sale el SACRISTÁN.

SACRIS. Yo barrunto,
Si el cielo mi agudeza no socorre,
Que estaba más seguro yo en mi torre.
¿Quién me engañó? y más, si á dicha yerro
El camino ó atajo de la sierra.

CAURALI. Camina, perro, á la marina.

SACRIS. ¿Perro?
Agora sé que fué mi madre perra.

CAURALI. Aguija tú con él, y zarpe el ferro
La capitana, y vaya tierra á tierra,
Hasta la cala donde dimos fondo.

Éntranse el moro y el sacristán.

IZUF. ¿Qué dices, Caurali?

CAURALI Yo no respondo.
IZUF. Escucha, Caurali, que me parece
Que una trompeta á mis oídos suena.
CAURALI. Sin duda es el temor el que te ofrece
El son que tus bravezas desordena.
IZUF. Toca tú á recoger; que ya amanece,
Y está tu armada de despojos llena,
Y creo que el socorro se avecina.
¡Á la marina!
CAURALI. ¡Hola! ¡Á la marina!

Éntrase; suena una trompeta bastarda, salen cuatro moros, uno tras otro, cargados de despojos.

MORO 1.º Aunque la carga es poca, es de provecho.
MORO 2.º Yo no sé lo que llevo, pero vaya.
MORO 3.º Lo que hasta aquí está hecho, está bien he-
[cho.
MORO 4.º Permita Alá que esté libre la playa.

Sale un MORO con una doncella, llamada CONSTANZA, medio desnuda.

CONST. Saltos el corazón me da en el pecho;
Falta el aliento, el ánimo desmaya.—
Llévame más despacio.
MORO. Aguija, perra,
Que el mar te aguarda.
CONST. Adios, mi cielo y tierra.

Éntrase CONSTANZA: sale UNO á la muralla.

UNO. ¡Á la marina, á la marina, amigos!
Que los turcos se embarcan muy apriesa;
Si aguijáis, dejarán los enemigos

La mal perdida y mal ganada presa.

Entra un ARCABUCERO cristiano.

ARCAB. Sólo habremos llegado á ser testigos
De que Troya fué aquí.
OTRO. Fortuna aviesa,
Pon alas en mis pies, fuego en mis manos.
OTRO. Nuestros ahincos han salido vanos,
Porque ya son los turcos embarcados,
Y en Xolito se están, cerca de tierra.

Entra el CAPITÁN cristiano.

CAPITÁN. ¡Oh mal hayan mis pies, acostumbrados,
Más que á la arena, á riscos de la sierra!
¿Qué han hecho los jinetes?
UNO. Desmayados
Llegaron los caballos tierra á tierra,
Á tiempo que zarpaban las galeras,
Y tras ellos llegaron tres banderas.
Los dos atajadores de la playa
Muertos hallé, de arcabuzazos creo;
La obscuridad disculpa al atalaya
Del mísero suceso que aquí veo.
OTRO. ¿Qué habemos de hacer?
CAPITÁN La gente vaya
Tomando por el monte algún rodeo,
Y embósquese en la cala allí vecina,
Por ver lo que el cosario determina.
UNO. ¿Qué ha de determinar, si no es tornarse
Á Argel, pues que su intento ha conseguido?
CAPITÁN. ¿Quién puede á tan gran hecho aventurarse?
OTRO. Si él es Morato Arráez, es atrevido,
Cuanto más, que bien puede imaginarse

Que de algún renegado fué traído
Plático de esta tierra.

CAPITÁN. De esta hay uno,
Que en ser traidor no se le iguala alguno.
¿Adónde está mi hermano?

UNO. Llegó apenas,
Cuando despavorido y sin aliento
Se arrojó en el lugar.

CAPITÁN. Hallará estrenas,
¡Triste! de su esperado casamiento.

Parece en la muralla D. FERNANDO.

FERN. Puntas de cristal claro, y no de almenas,
Murallas de bruñido y rico argento,
Que guardastes un tiempo mi esperanza,
¿Dónde hallaré, decidme, á mi Costanza?
Techos que vomitáis llamas teosas;
Calles de sangre y lágrimas cubiertas,
¿Adónde de mis glorias, ya dudosas,
Está la causa, y de mis penas ciertas?
Descubre, ¡oh sol!, tus hebras luminosas;
Abre ya, aurora, tus rosadas puertas;
Déjame ver el mar donde navega
El bien que el cielo por mi mal me niega.

CAPITÁN. Vámosle á socorrer, no desespere;
Que en lo que dice da de loco indicio.

UNO. Bien dices, vamos, que su mal requiere
Fuerte y apresurado beneficio. (Éntranse).

FERN. Mas ¿qué digo, cuitado? Bien se infiere
De las reliquias de este maleficio,
Que va cautiva mi querida prenda,
Y es bien que á dalle libertad atienda.
Desde aquel risco levantado quiero

Hacer señal; quizá quiera el vil moro
Trocar la hermosura por dinero,
Á quien no pagará ningún tesoro.

Éntrase D. FERNANDO y parece el CAPITÁN en la muralla con otro soldado.

CAPITÁN. Ya no está aquí mi hermano; el dolor fiero
Temo que no le saque del decoro,
Que debe á ser quien es, ¡oh caso extraño!

UNO. Señor, por allí va, si no me engaño.

Éntrase el CAPITÁN. Sale D. FERNANDO y va subiendo por un risco.

FERN. Subid, ¡oh pies cansados!
Llegad á la alta cumbre
Desta encumbrada y rústica aspereza,
Si ya de mis cuidados
La inmensa pesadumbre
No os detiene en mitad de su maleza.
Ya á descubrir se empieza
La máquina terrible,
Que con ligero vuelo
La carga de mi cielo
Lleva en su vientre tragador y horrible;
Ya las alas extiende:
Ya le ayudan los pies, ya al curso atiende.
No será de provecho
Esta señal que muestro
De rescate, de paz y de alianza;
Ni la voz de mi pecho,
Aunque á gritar me adiestro,
Ha de alcanzar do mi deseo alcanza.
¡Ah, mi amada Constanza!

¡Ah, dulce honrada esposa!
No apliques los oídos
Á ruegos descreídos,
Ni á la fuerza agarena poderosa
Os entreguéis rendida;
Que aun yo para la vía tengo vida.
Volved, volved, tiranos;
Que de vuestra codicia
Ofrezco de llenar con gusto y gloria
Los senos, y las manos
Ajenas de avaricia,
Sin duda aumentarán vuestra victoria;
Volved, que es vil escoria
Cuanto lleváis robado,
Si no lleváis los dones
Que os ofrezco á montones
En cambio de mi sol, que va eclipsado
Entre las pardas nubes,
Que tú del mar ¡oh blando cierzo! subes.
De Arabia todo el oro,
Del Sur todas las perlas,
La púrpura de Tiro más preciosa,
Con liberal decoro
Ofrezco, aunque el tenerlas
Os venga á parecer dificultosa.
Si me volvéis mi esposa,
Un nuevo mundo ofrezco,
Con todo cuanto encierra
Todo el cielo y la tierra.
Locuras digo, mas pues no merezco
Alcanzar esta palma,
Llevad mi cuerpo, pues lleváis mi alma.

Arrójase del risco.

Sale el GUARDIÁN BAXÍ y UN CAUTIVO
con papel y tinta.

GUARD. ¡Hola, al trabajo, cristianos!
No quede ninguno dentro,
Así enfermos como sanos;
No os tardéis, que si allá entro,
Pies os pondrán estas manos.
Que trabajen todos quiero,
Ya papáz, ya caballero;
Ea, canalla soez;
¿Heos de llamar otra vez?

Sale UN CAUTIVO y van saliendo de mano en mano
los que pudieren.

UNO. Yo quiero ser el primero.
GUARD. Éste á la leña le asienta;
Éste vaya á la marina;
Ten en todo buena cuenta;
Treinta á aquel burche encamina,
Y á la muralla sesenta;
Veinte al horno, y diez envía
Á casa de Caurali:
Y abrevia, que se va el día.
ESCU. Por cuarenta envió el Cadí,
Dárselos es cortesía.
GUAR. Y aun fuerza, en eso no pares;
Enviarás otros dos pares
Á los ladrillos de ayer.
ESCU. Para todos hay que hacer,
Aunque fueran dos millares.
¿Dónde irán los caballeros?
GUARD. Déjalos hasta mañana,
Que serán de los primeros.

ESCU. ¿Y si pagan?
GUAR. Cosa es llana,
Que hay sosiego do hay dineros.
ESCU. Yo con ellos me avendré
De modo que se te dé
Gusto y honesta pitanza.
GUARD. Despacha á la maestranza.
ESCU. Ve con Dios, que sí haré. (Vase).

Salen D. LOPE y VIBANCO, cautivos, con sus cadenas á los pies.

LOPE. Ventura, y no poca, ha sido
Haber escapado hoy
Del trabajo prevenido.
VIBANCO. Cuando no trabajo, estoy
Más cansado y más molido:
Para mí es grave tormento
Este estrecho encerramiento;
Y es alivio á mi pesar,
Ver el campo ó ver la mar.
LOPE. Pues yo en verlo me atormento,
Porque la melancolía,
Que el no tener libertad
Encierra en el alma mía,
Quiere triste soledad,
Más que alegre compañía.
Trabajar y no comer,
Bien fácil se echa de ver
Que son pasos de la muerte.

Sale un CRISTIANO cautivo, que viene huyendo del GUARDIÁN, que viene tras él, dándole de palos.

GUARD. ¡Oh Chufetre! ¿de esta suerte

Siempre os habéis de esconder?
Que os criastes con regalo,
Inútil perro, barrunto.

CRIST. Por Dios, Fende, que estoy malo.

CUARD. Pues yo os curaré en un punto
Con el sudor de este palo.

CRIST. Con calentura contina
Que me turba y desatina,
Estoy ha más de dos días.

GUARD. ¿Y por eso te escondías?

CRIST. Sí, Fende.

GUARD. Perro, camina.

Éntranse, dándole de palos, estos dos.

LOPE. Por Dios, que es un buen soldado,
Y no lo hace de vicio,
El mísero apaleado.

VIBANCO. Mirad, pues, qué beneficio
Ha en su enfermedad hallado.
¿No es notable desatino,
Que está un cautivo vecino
Á la muerte, y no le creen,
Y cuando muerto le ven,
Dicen, «Gualá, que el mezquino
Estaba malo sin duda»?
¡Oh canalla fementida,
De toda piedad desnuda!
¿Quién al perder de la vida,
Queréis que al mentir acuda?
De nuestra calamidad,
Con vuestra incredulidad,
La muerte es testigo cierto;
Más creéis á un hombre muerto,

Que al vivo de más verdad.

LOPE. Alza los ojos y atiende
Á aquella parte, Vibanco,
Y mira si comprehende
Tu vista que un paño blanco
De una luenga caña pende.

Parece una caña, atado un pañuelo blanco en ella, con un bulto.

VIBANCO. Bien dices, y atado está;
Quiérome llegar allá
Para ver esta hazaña.
Por Dios, que se alza la caña.

LOPE. Ve, quizá se abajará.

VIBANCO. No es para mí esta aventura,
Don Lope; ven tú á proballa,
Que no sé quién me asegura
Que han de venir á alcanzalla
Las manos de tu ventura.

LOPE. Algún muchacho habrá puesto
Cebo ó lazo allí dispuesto
Para cazar los vencejos.

VIBANCO. No está hondo, ni está lejos;
Vén, y verémoslo presto:
¿No ves cómo se te inclina
La caña? ¡Vive el Señor,
Que esta es cosa peregrina!

LOPE. En el trapo está el favor.

VIBANCO. Si es favor, desata aína.

LOPE. Once escudos de oro son;
Entre ellos viene un doblón,
Que parece necesario
pater noster del rosario.

VIBANCO. Bien propia comparación.
LOPE. La caña se tornó á alzar:
¿Qué maná del cielo es ésta?
¿Qué Abacuc nos vino á dar
En nuestra prisión la cesta
De éste que es más que manjar?
VIBANCO. ¿Por qué, D. Lope, no acudes
Á dar gracias y saludes
Á quien hizo esta hazaña?
¡Oh caña, de hoy más no caña,
Sino vara de virtudes!
LOPE. ¿A quién quieres que las dé,
Si en aquella celosía
Estrecha, nadie se ve?
VIBANCO. Pues alguien aquesto envía.
LOPE. Claro está, mas quién, no sé:
Quizá será renegada
Cristiana, la que se agrada
De mostrarse compasiva,
Ó ya cristiana cautiva
En esta casa encerrada:
Mas, quien quiera que ella sea,
Es bien que las apariencias
De agradecidos nos vea:
Hazle dos mil reverencias,
Porque nuestro intento crea:
VIBANCO. Yo á lo morisco haré
Ceremonias, por si fué
Mora la que hizo el bien.

Entra HAZÉN, renegado.

LOPE. Calla, porque viene Hazén.
VIBANCO. Noramala venga el pe.....

Las dos *rr*, y la *o*
Me como contra mi gusto.

LOPE. Creo por Dios que te oyó.

VIBANCO. Si él me oyó, por Dios fué justo
No acabar su nombre yo.

HAZÉN. Con vuestras dos firmas solas
Pisaré alegre y contento
Las riberas españolas.
Llevaré propicio el viento,
Manso el mar, blandas sus olas.
A España quiero tornar,
Y á quien debo confesar
Mi mozo y antiguo yerro;
No como Yzuf, aquel perro
Que fué á vender su lugar.

Dales un papel escrito.

Aquí va, como es verdad,
Que he tratado á los cristianos
Con mucha afabilidad,
Sin tener en lengua ó manos
La turquesca crueldad.
Cómo he á muchos socorrido:
Cómo niño fuí oprimido
Á ser turco, cómo voy
En corso; pero que soy
Buen cristiano en lo escondido;
Y quizá hallaré ocasión
Para quedarme en la tierra,
Para mí de promisión.

LOPE. Es la enmienda en el que yerra
Arras de su salvación.
Echaremos de buen grado

Las firmas que nos pedís;
Que ya está experimentado
Ser verdad cuanto decís,
Hazén, y que sois honrado;
Y quiera el cielo divino
Que os facilite el camino
Como vos lo deseáis.

VIBANCO. Á mucho os determináis.

HAZÉN. Pues á más me determino,
Que he de procurar alzar
La galeota en que voy.

LOPE. ¿Cómo lo pensáis trazar?

HAZÉN. Ya con otros cuatro estoy
Convenido.

VIBANCO. Temo azar,
Si es que entre muchos se sabe;
Que no hay cosa que se acabe
Aquí en Argel sin afrenta
Cuando á muchos se da cuenta.

LOPE. ¿Sabrías decir, Hazén,
Quién mora en aquella casa?

HAZÉN. ¿En aquélla?

VIBANCO. Sí.

HAZÉN. Muy bien:
Un moro de buena masa,
Principal y hombre de bien,
Y rico en extremo grado;
Y sobre todo, le ha dado
El cielo una hija tal,
Que de belleza el caudal
Todo en ella está cifrado.
Muley Maluco apetece
Ser su marido.

LOPE. Y el moro

¿Qué dice?

HAZÉN. Que la merece
No por rey, mas por el oro
Que en la dote el Rey ofrece;
Que en esta nación confusa,
Que dé el marido se usa
La dote, y no la mujer.

VIBANCO. ¿Y ella está del parecer
Del padre?

HAZÉN. No lo rehusa.

LOPE. ¿Está acaso alguna esclava,
Ya renegada ó cristiana,
En esta casa?

HAZÉN. Una estaba
Años ha, llamada Juana...
Sí, sí, Juana se llamaba,
Y el sobrenombre tenía
Creo que de Rentería.

LOPE. ¿Qué se hizo?

HAZÉN. Ya murió,
Y á aquesta mora crió,
Que denantes os decía.
Ella fué una gran matrona,
Archivo de cristiandad,
De las cautivas corona;
No quedó en esta ciudad
Otra tan buena persona.
Los tornadizos lloramos
Su falta, porque quedamos
Ciegos sin su luz y aviso.
Por cobralla el cielo, quiso
Que la perdiesen sus amos.

LOPE. Vete en paz, y aquesta tarde
Ven por tus firmas, Hazén.

HAZÉN. La Trinidad toda os guarde.

(Éntrase.)

VIBANCO. Bien podemos de este bien
Hacer otra vez alarde.
¿Cuántos son?
LOPE. ¿Once, no dije?
Pero lo que aquí me aflige
Es no ver quién los dió.
VIBANCO. ¿Quién? Para mí tengo yo,
Que fué aquel que el cielo rige;
Que por no vistos caminos
Su pródiga mano acorre
Á los míseros mezquinos,
Y ansí á nosotros socorre,
Aunque de tal gracia indinos.

(Parece la caña otra vez con otro paño de más bulto.)

Mira que otra vez asoma
La caña.
LOPE. Trabajo toma
De ir á ver si se te inclina.
VIBANCO. Aquesta pesca es divina,
Aunque sea de Mahoma;
Mas apenas muevo el pie
Hacia allá, cuando levantan
La caña, y no sé por qué;
Si es que de mí se espantan,
Dígalo, y me volveré.
Para ti, amigo, se guarda
Esta ventura gallarda;
Ven y veremos lo que es,

Y no empereces los pies,
Que si el bien llega, no tarda.

Inclínase la caña á don Lope, y desata el paño

LOPE. Más peso tiene, á mi ver,
Que el de denantes aquéste.
VIBANCO. Más numos debe de haber.
LOPE. Ta, ta, billetico es éste.
VIBANCO. ¿Quiéresle agora leer?
Mira si es oro ó argento
Primero, que de contento
Estoy para reventar:
Qué, ¿no lo queréis mirar?

Pónese don Lope á leer el billete, y antes que le acabe de leer, dice:

LOPE. Por Dios, que pasan de ciento,
Y son los más de á dos caras.
VIBANCO. ¿Para qué á leer te paras?
Á contarlos te apresura.
LOPE. Cierto que es esta aventura
Rarísima entre las raras.
VIBANCO. ¿Qué es lo que dice el papel?
LOPE. En lo poco que he leído,
Milagros he visto en él.
VIBANCO. Oye, que siento rüido.
LOPE. Gente viene de tropel:
En el rancho nos entremos,
Adonde á solas podremos
Ver lo que el bille dice.
VIBANCO. ¿Despedístete?
LOPE. Sí hice.

Sale el GUARDIÁN BAXÍ y un moro, llamado CARAOJA, y un CRISTIANO atadas las orejas con un paño sangriento, como que las trae cortadas.

VIBANCO. Desorejado tenemos.
CAR. ¿No os dije, perro insensato,
Que si huíades por tierra,
Que os haría aqueste trato?
CRIST. Es grande el gusto que encierra
Voz de libertad.
CAR. ¡Oh ingrato!
Por la mar te he aconsejado
Que huyas, mas tú, malvado,
Que en los estorbos no miras,
Siempre á huir por tierra aspiras
CRIST. Hasta quedar enterrado.
CAR. Tres veces por tierra ha huído
Este perro, y treinta doblas
Di á aquellos que le han traído,
CRIST. Si las prisiones no doblas,
Haz cuenta que me has perdido;
Que aunque me desmoches todo,
Y me pongas de otro modo,
Peor que éste en que me veo,
Tanto el ser libre deseo,
Que á la fuga me acomodo
Por la tierra ó por el viento,
Por el agua y por el fuego;
Que á la libertad atento,
Á cualquier cosa me entrego
Que me muestre este contento;
Y aunque más te encolerices,
Respondo á lo que me dices,
Que das en mi huída cortes,
Que no importa el ramo cortes,

Si no arrancas las raíces.
Si no me cortas los pies,
Al huirme no hay reparo.

GUARD. Caraoja, ¿éste no es
Español?

CAR. Pues ¿no está claro?
¿En su brío no lo ves?

GUARD. Por Alá, que aunque esté muerto,
Estás de guardallo incierto.—
Éntrate, perro, á curar.—
Aqueste le habrás de dar
Á la limosna.

CAR. Está cierto.

(Éntrase el cristiano.)

GUARD. Oye, que un tiro han tirado
En la mar.

CAR. No le he sentido.

Entra un CAUTIVO.

CAUTIVO. Fendi, Caurali es llegado,
Y viene, según he oído,
Rico, próspero y honrado,
Y el Rey sale á la marina;
Que ver allí determina
Los cautivos y el despojo.

GUARD. ¿Quieres venir?

CAR. Yo estoy cojo.

GUARD. Pues poco á poco camina.

(Éntranse.)

Vuelven á salir D. LOPE y VIBANCO.

VIBANCO. Léele otra vez; que admira
La sencillez que contiene,
Y el grande intento á que aspira.
LOPE. Mira bien si alguno viene,
Y á esta parte te retira.
El billete dice así.
En toda mi vida vi
Razones así sencillas:
Estas son tus maravillas,
Gran Señor.
VIBANCO. Acaba, di.

Lee el billete don Lope.

«Mi padre, que es muy rico, tuvo por cautiva á una »cristiana, que me dió leche y me enseñó todo el cris- »tianesco. Sé las cuatro oraciones, y leer y escribir, »que ésta es mi letra. Díjome la cristiana, que Lela »Marien, á quien vostros llamáis Santa María, me que- »ría mucho, y que un cristiano me había de llevar á su »tierra. Muchos he visto en ese baño por los agujeros »de esta celosía, y ninguno me ha parecido bien sino »tú: yo soy hermosa, y tengo en mi poder muchos di- »neros de mi padre; si quieres, yo te daré muchos para »que te rescates; y mira tú cómo podrás llevarme á tu »tierra, donde te has de casar conmigo; y cuando no »quisieres, no se me dará nada; que Lela Marien tendrá »cuidado de darme marido. Con la caña me podrás »responder cuando esté el baño sin gente. Envíame á »decir cómo te llamas y de qué tierra eres, y si eres »casado; y no te fíes de ningún moro ni renegado: yo »me llamo Zara, y Alá te guarde.»

LOPE. ¿Qué te parece?
VIBANCO. Que el cielo
Se nos descubre en la tierra
En este tan santo celo.
LOPE. Sin duda en Zara se encierra
Toda la bondad del suelo.
VIBANCO. Quizá nos está mirando,
Vuelve y haz de cuando en cuando
Señales de agradecido:
Mas ¿en qué te has suspendido?
LOPE. La respuesta estoy pensando.
VIBANCO. Pues ¿hay más que responder,
Sino que harás todo cuanto
Fuere al caso menester?

Entra HAZÉN.

LOPE. Hazén vuelve.
HAZÉN. Estimo en tanto
El bien que me habéis de hacer,
Que hasta tenerle en mi pecho
No puedo tener sosiego.
LOPE. Amigo Hazén, ya está hecho;
Y así como yo os lo entrego, (Vuélvele el papel.)
Con gusto os haga el provecho.
VIBANCO. ¿Es verdad que ya ha llegado
Caurali?
HAZÉN. Ya se ha mostrado
Al Cabo de Metafus.
LOPE. ¿En qué piensas?
HAZÉN. Ahora sus;
Yo he de ver al renegado,
Y decirle de mí á él

Quién es.

BIBANCO. Por Izuf dirás.

HAZÉN. Por ese perro cruel
Digo.

LOPE. Pues muy mal harás
En tomarte, Hazén, con él.

VIBAN. Déjale, Dios le maldiga.

HAZÉN. El alma se me fatiga
En ver que este perro infame
Su sangre venda y derrame,
Como si fuera enemiga.
Dios me ayude: Adios quedad,
Que jamás no me veréis,
Y Dios os dé libertad.

VIBANCO. Mirad, Hazén, lo que hacéis.

HACÉN. Dios mueve mi voluntad. (Éntrase).

VIBANCO. ¿Apostaréis que se toma,
Según la ira le doma,
Con Izuf?

LOPE. Ya le acabase,
Porque del suelo quitase
Ese rayo de Mahoma.
¿No será bien que escribamos,
Por si otra vez se aparece
Esta estrella que miramos?

VIBANCO. Así á mí me lo parece
Ya, y ahora,

LOPE. Vamos.

VIBAN. Vamos. (Éntranse.)

Salen HAZÁN BAXÍ, Rey de Argel, y el CADÍ y CARAOJA y HAZÉN, el GUARDIÁN BAXÍ, y otros moros de acompañamiento: suenan chirimias y grita de desembarcar.

BAXÍ. Bueno viene Cauralí;

De alegría da gran muestra:
¿Qué dices, guardián baxí?

GUARD. De su industria y de su diestra
Siempre estos efectos vi:
Es valiente y fué guiado
Por un bravo renegado.

BAXÍ. ¿No fué Izuf?

GUARD. Izuf se llama,
Á quién pregona la fama
Por buen moro y buen soldado.

Entran CAURALI y IZUF.

CAURALI. Dame tus pies, fuerte Hazén,
Como mi rey y señor.

BAXÍ. Mis pies por jamás se dan
Á labios de tal valor,
Y á tan bravo capitán.
Del suelo os alzad.

IZUF. Á mí
Darás lo que á Caurali
Niegas con justa razón.

BAXÍ. De entrambos mis brazos son.

CADI. Y también los del Cadí.

GUARD. En buen hora seas venido.

CAURALI. En la mesma estés.

CADI. Pues bien,
¿Haos España enriquecido?
Porque lo suele hacer bien
Con el corsario atrevido.

IZUF. Mi pueblo se saqueó;
Y aunque poca, en él se halló
Ganancia y algún cautivo.

HAZÉN. (Ap.) ¡Oh más que Nerón esquivo,
Ni al que á Cicilia asoló!
BAXÍ. Haz venir alguno de ellos
En mi presencia, y advierte,
Que sean de los más bellos.
CAURALI. Yo mesmo, por complacerte,
Quiero ir, señor, á traellos.

Éntrase CAURALI.

BAXÍ. ¿Cuántos serán?
IZUF. Ciento y veinte.
BAXÍ. ¿Hay entre ellos buena gente
Para el remo? ¿Hay oficiales?
IZUF. Yo creo que vienen tales,
Que el más ruin más te contente.
CADÍ. ¿Hay muchachos?
IZUF. Dos no más;
Pero de belleza extraña,
Como presto lo verás.
CADÍ. Hermosos los cría España.
IZUF. Pues destos te admirarás;
Y son, á lo que imagino,
Uno y otro mi sobrino.
CADÍ. Hasles hecho un gran favor.
HAZÉN. (Ap.) ¿Qué tal hiciste, traidor,
Alma fiera de Ezino?

Vuelve CAURALI con el PADRE, que trae al niño de la mano y otro chiquito en los brazos, que no ha de hablar; y vienen asimismo el SACRISTÁN, D. FERNANDO y otros dos cautivos.

CAURALI. De aquestos dos niños creo
Que este honrado viejo es padre.

IZUF. El mío en su rostro veo.
BAXÍ. ¿Viene cautiva su madre?
CAURALI. No, señor.
CADI. Éste no es feo.
BAXÍ. Son muy chiquitos.
CAURALI. Con todo,
Con el tiempo me acomodo,
Sin que lo estorbe su Roma,
Dar dos pajes á Mahoma
Que le sirvan á su modo.
PADRE. ¡Cuitado! ¿Qué es lo que escucho?
CADÍ. Llegad éste acá.
PADRE. Señor,
No nos aparte; ya lucho
Con los brazos del temor,
Y venceránme, que es mucho.
CAURALI. Este es un desesperado,
Que él mismo al mar se arrojó
Ya después de haber zarpado,
Y un gancho que le eché yo,
Le pescó como pescado.
BAXÍ. Pues ¿quién le movió á tal hecho?
CAURALI. Amor que reina en su pecho
De un hijo, que él le temía
Que en nuestra armada venía.
BAXÍ. Y el muchacho ¿qué se ha hecho?
IZUF. No parece.
CAURALI. ¿Cómo ansí?
IZUF. Debió de quedarse allá.
FERN. ¡Ay Constanza! ¿Qué es de ti?
BAXÍ. ¿Qué es lo que dices?
FERN. Quizá
En el lugar le perdí.
BAXÍ. Cordura fuera buscalle

Primero, y al no hallalle,
El rescate lo suplía,
Y fué mala grangería
El perderte por ganalle.—
Éste ¿quién es?

CAURALI. No sé cierto.

CAUTIVO. Yo, señor, soy carpintero.

HAZÉN. ¡Oh Cristiano, poco experto!
No te sacará el dinero
De esta tormenta á buen puerto.
El que es oficial no espere,
Mientras que vida tuviere,
Verse libre de estas manos.

CAURALI. ¿Vendrán todos los cristianos?

BAXÍ. Muestra alguno, y sea quien fuere

Entra el SACRISTÁN.

¿Este es papáz?

SACRIST. No soy papa,
Sino un pobre sacristán,
Que apenas tuvo una capa.

CADÍ. ¿Cómo te llaman?

SACRIST. Tristán.

BAXÍ. ¿Tu tierra?

SACRIST. No está en el mapa.
Es mi tierra Mollorido,
Un lugar muy escondido
Allá en Castilla la Vieja.
(AP. Mucho este perro me aqueja,
Guarde el cielo mi sentido.)

BAXÍ. ¿Qué oficio tienes?

SACRIST. Tañer;
Que soy músico divino,

Como lo echaréis de ver.

HAZÉN. Ó este pobre pierde el tino,
Ó él es hombre de placer.

BAXÍ. ¿Tocas flauta ó chirimía,
Ó cantas con melodía?

SACRIST. Como yo soy sacristán,
Toco el din, el don y el dan.
Á cualquiera hora del día.

CADÍ. ¿Las campanas no son esas,
Que llamáis entre vosotros?

SACRIST. Sí, señor.

BAXÍ. Bien lo confiesas;
Música para nosotros
Divina es la que profesas.
¿No sabrás tirar un remo?

SACRIST. No, mi señor, porque temo
Reventar, que soy quebrado.

CADÍ. Irás á guardar ganado.

SACRIST. Soy friolero en extremo
En invierno, y en verano
No puedo hablar de calor.

BAXÍ. Bufón es este cristiano.

SACRIST. ¿Yo búfalo? No, señor;
Antes soy pobre aldeano.
En lo que yo tendré maña
Será en guardar una puerta,
Ó en ser pescador de caña.

CADÍ. Bien tus oficios concierta,
No fuérades vos de España.

Entra un MORO.

MORO. Los genízaros están
Aguardándote en palacio.

BAXÍ. Vamos.—Adiós, capitán,
Y veámonos despacio.
CAURALI. (Para sí.) ¡Oh qué bien mis cosas van!
Escapado he la cristiana:
Ya la fortuna me allana
Los caminos de mi bien.

(Êntranse todos; quedan HAZÉN y IZUF.)

IZUF. Agora hablaré yo á Hazén.
HAZÉN. De hablarte tengo gana.
Deja ir á Caurali,
Porque los cautivos lleve,
Y quedémonos aquí.
IZUF. En tus razones sé breve,
Que tengo que hacer.
HAZÉN. Sea ansí.
Dejo aparte que no tengas
Ley con quien tu alma avengas,
Ni la de gracia ni escrita;
Ni en la iglesia ni en mezquita
Á encomendarte á Dios vengas:
Con todo, de tu fiereza
No pudiera imaginar
Cosa de tanta extreñeza
Como es venirte á faltar
La ley de naturaleza.
Con sólo que la tuvieras,
Fácilmente conocieras
La maldad que cometías,
Cuando á pisar te ofrecías
Las españolas riberas.
¿Qué Falaris agraviado,
Qué Dionisio embravecido,

Ó qué Catilina airado
Contra su sangre ha querido
Mostrar su rigor sobrado?
¿Contra tu patria levantas
La espada? ¿Contra las plantas
Que con tu sangre crecieron,
Tus hoces agudas fueron?

IZUF. Por Dios, Hazén, que me espantas.

HAZÉN. No te espanta haber vendido
Á tu tío y tus sobrinos,
Y á tu patria, descreído,
Y espántate...

IZUF. Desatinos
Dices, Hazén fementido;
Sin duda que eres cristiano.

HAZÉN. Bien dices, y aquesta mano
Confirmará lo que has dicho,
Poniendo eterno entredicho
Á tu proceder tirano.

(Da de puñaladas á IZUF.)

IZUF. ¡Ay, que me ha muerto! Mahoma,
Desde luego la venganza,
Como es tu costumbre, toma.

HAZÉN. Tú llevas buena esperanza
Á los lagos de Sodoma.

Vuelve EL CADÍ.

CADÍ. ¿Qué es ésto? ¿Qué grito oí?

HAZÉN. Por Dios, que vuelve el Cadí.

IZUF. ¡Ay señor! Hazén me ha muerto,
Y es cristiano.

HAZÉN. Aqueso es cierto.

Cristiano soy, veisme aquí.

CADÍ. ¿Por qué le mataste, perro?

HAZÉN. No porque éste fué de caza
De la vida le destierro,
Sino porque fué de raza
Que siempre cazó por yerro.

CADÍ. ¿Eres cristiano?

HAZÉN. Si soy,
Y en serlo tan firme estoy,
Que deseo, como has visto,
Deshacerme, y ser con Cristo,
Si fuese posible, hoy.—
¡Buen Dios! perdona el exceso
De haber faltado en la fe,
Pues al cerrar del proceso,
Si en público te negué,
En público te confieso.
Bien sé que aquesto conviene
Que haga aquel que te tiene
Ofendido como yo.

CADÍ. ¿Quién jamás tal cosa vió?
Alto su muerte se ordene.
Ponedle luego en un palo.

HAZÉN. Mientras yo tuviere aqueste
Con quien el alma regalo,
Lecho será el que me acueste
El tuyo, Sardanapalo.
Dame, enemigo, esa cama,
Que es la que el alma más ama,
Puesto que al cuerpo sea dura;
Dámela, que á gran ventura
Por ella el cielo me llama.—

(Saca una cruz de palo.

No le mudes la intención,
Buen Jesús; confirma en él
Su intento y mi petición;
Que en ser el Cadí cruel
Consiste mi salvación.

CADÍ. Caminad, llevadle aína,
Y empaladle en la marina.

HAZÉN. Por tal palo palio espero,
Y así correré ligero.

MORO. Camina, perro, camina.

HAZÉN. Cristianos, á morir voy,
No moro, sino cristiano;
Que aqueste descuento doy
Del vivir torpe y profano
En que he vivido hasta hoy.
En España lo diréis
Á mis padres, si es que os veis
Fuera de aqueste destierro.

CADI. Cortad la lengua á ese perro;
Acabad con él; ¿qué hacéis?
Carga tú con éste, y mira
Si ha acabado de expirar.

MORO. Paréceme que aun respira.

CADÍ. Tráele á mi casa á curar.
Este suceso me admira.
En él se ha visto una prueba
Tan nueva al mundo, que es nueva
Aun á los ojos del sol;
Mas si el perro es español,
No hay de qué admirarme deba.

(Éntranse todos.)

JORNADA SEGUNDA

ALIMA, mujer de CAURALI, y Doña CONSTANZA.

ALIMA. ¿Cómo te hallas, cristiana?
CONST. Bien, señora; que en ser tuya
Mucho mi ventura gana.
ALIMA. Que gana más la que es suya,
Bien se ve ser cosa llana.
Al no tener libertad,
No hay mal que tenga igualdad:
Sélo yo, sin ser esclava.
CONST. Yo, señora, esto pensaba.
ALIMA. Piensas contra la verdad.
Sólo por estar sujeta
Á mi esposo, estoy de suerte,
Que el corazón se me aprieta.
CONST. Blando, del marido fuerte
Hace la mujer discreta.
ALIMA. ¿Eres casada?
CONST. Pudiera
Serlo, si lo permitiera
El cielo, que no lo quiso.
ALIMA. Tu gentileza y aviso
Corren igual la carrera.

Entran CAURALI y D. FERNANDO, como cautivo.

CAURALI. Ella es hermosa en extremo;

Mas llega á su hermosura
Su riguridad, que temo.
Ya amor de esta piedra dura
Saca el fuego en que me quemo.
Hete dado cuenta de esto,
Para que en mi gusto el resto
Eches de tu discreción.

FERN. Más pide la obligación,
Buen señor, en que me has puesto.
Muéstrame tú la cautiva,
Que aunque más exenta viva
Del grande poder de amor,
La has de ver, de tu dolor,
Ó amorosa ó compasiva.

CAURALI. Vesla allí, y esta es Alima,
Mi mujer y tu señora.

FERN. A fe que es prenda de estima.

ALIMA. Pues, amigo, ¿qué hay ahora?

CAURALI. Más de un ay, que me lastima.

ALIMA. ¿Álzase el rey con la presa?

CAURALI. No fuera desdicha aquesa.

ALIMA. Pues ¿qué daño puede haber?

CAURALI. ¿No es mal mandarme volver
En corso con toda priesa?
Mas Alá lo hará mejor.
Aqueste esclavo os presento,
Que es cristiano de valor.

FERN. Juzgo, veo, entiendo, siento:
¿Este es esfuerzo, ó temor?
¿No están mirando mis ojos
Los ricos altos despojos
Por quien al mar me arrojé?
No es ésta, que al alma fué
La gloria de tus enojos?

CAURALI. ¿Con quién hablas, di, cristiano?
¿Por qué no te echas por tierra,
Y á Alima besas la mano?
FERN. Más acierta el que más yerra,
Viendo un dolor sobrehumano.—
Dame, señora, los pies;
Que éste, que postrado ves
Ante ellos, es tu cautivo.
ALIMA. (Ap.) Ahora esclavo recibo,
Que será señor después.
¿Conoces á esta cautiva?
FERN. No por cierto.
CONST. Bien dijiste;
Y si de memoria priva
Un dolor, muera esta triste,
Porque olvidada no viva.
Pero quizá disimulas,
Y mentiras acumulas,
Que ser de provecho sientes.
CAURALI. ¿Por qué hablando entre los dientes
Las razones no articulas?
FERN. ¿Cómo os llamáis?
CONST. Yo, Constanza.
FERN. ¿Sois soltera, ó sois casada?
CONST. De serlo tuve esperanza.
FERN. ¿Y estáis ya desesperada?
CONST. Aun vive la confianza;
Que mientras dura la vida,
Es necedad conocida
Desesperarse del bien.
FERN. ¿Quién fué vuestro padre?
CONST. ¿Quién?
Un Diego de la Bastida.
FERN. ¿No estábades concertada

Con un cierto Don Fernando,
De sobrenombre de Andrada?

CONST. Así es, mas nunca el cuándo
Llegó desta suerte honrada,
Que mi señor Caurali
Del bien que en fe poseí,
Merced á Yzuf el traidor,
Trujo de su borrador
El original aquí.

FERN. Señora, trátala bien,
Porque es mujer principal.

ALIMA. Como ella me sirva bien,
No la trataré yo mal.

Entra ZARA muy bien aderezada.

ZARA. Ya queda empalado Hazén.

ALIMA. Señora Zara, ¿qué es esto?
No te esperaba tan presto.

ZARA. No estaba el baño á mi gusto,
Y víneme con disgusto
De aqueste caso funesto.

ALIMA. Pues ¿qué caso?

ZARA. Á Yzuf mató
Hazén, y el Cadí al momento
Á empalar le sentenció.
Vile morir tan contento,
Que creo que no murió.
Si ella fuera de otra suerte,
Tuviera envidia á su muerte.

CAURALI. Pues ¿no murió como moro?

ZARA. Dicen que guardó un decoro
Que entre cristianos se advierte,
Que es el morir confesando

Al Cristo que ellos adoran;
Y estúvemele mirando,
Y entre otros muchos que lloran,
También estuve llorando,
Porque soy naturalmente
De pecho humano y clemente;
En fin, pecho de mujer.

CAURALI. ¡Qué! ¿Tal te paraste á ver?

ZARA. Soy curiosa impertinente.

CAURALI. ¿Estarás aquí esta tarde,
Zara?

ZARA. Sí, porque he de hacer
Con Alima cierto alarde.

CAURALI. ¿De soldados?

ZARA. Podrá ser.

CAURALI. Quedad con Alá.

ZARA. Él te guarde.

ALÍMA. No te vayas tú, cristiano.

CAURALI. Quédate. (Vase Caurali).

FERN. Término llano
Es éste de Berbería.

CONST. Dichosa desdicha mía.

ALIMA. ¿Por qué?

CONST. Porque en ella gano.

ZARA. ¿Qué ganas?

CONST. Un bien perdido,
Que cobré con la paciencia
De los males que he sufrido.

ZARA. Mucho enseña la experiencia.

CONST. Mucho he visto, y más sabido.

ZARA. Nuevos son estos cristianos.

ALIMA. Sus rostros mira y sus manos,
Que están limpios, y ellas blandas.

FERN. Saldréme fuera, si mandas.

ALIMA. No tengas temores vanos,
Porque no tiene recelo
De ningún cautivo el moro,
Ni cristiano le dió celo:
Guarda ese honesto decoro
Para tu tierra.

FERN. Harélo.

ALIMA. No hay mora que acá se abaje
Á hacer algún moro ultraje
Con el que no es de su ley,
Aunque supiese que un rey
Se encubría en ese traje.
Por eso nos dan licencia
De hablar con nuestros cautivos.

FERN. Confiada impertinencia.

ZARA. Matan los bríos lascivos
El trabajo y la dolencia;
Y el gran temor de la pena,
De la culpa nos refrena
Á todos, que, según veo,
Do quiera nace un deseo,
Que un buen pecho desordena.
Ven acá, dime, cristiano:
¿En tu tierra hay quien prometa
Y no cumpla?

FERN. Algún villano.

ZARA. ¿Aunque dé en parte secreta
Su fe, su palabra y mano?

FERN. Aunque sólo sean testigos
Los cielos, que son amigos
De descubrir la verdad.

ZARA. ¿Y guardan esa lealtad
Con los que son enemigos?

FERN. Con todos; que la promesa

Del hidalgo ó caballero,
Es deuda líquida expresa;
Y ser siempre verdadero,
El bien nacido profesa.

ALIMA. ¿Qué te importa á ti saber
Su buen ó mal proceder
De aquestos, que al fin son galgos?

ZARA. Haz ¡oh Alá! que sean hidalgos
Los que me diste á escoger.

ALIMA. ¿Qué dices, Zara?

ZARA. No, nada;
Déjame á solas, si quieres,
Con esta tu esclava honrada.

ALIMA. ¡Qué amiga de saber eres!

ZARA. ¿Á quién el saber no agrada?

ALIMA. Habla tú con ella, y yo
Con mi esclavo.

CONST. Al fin salió
Verdad lo que yo temía.
¿Si ha de acabar Berbería
Lo que España comenzó?
Allá comencé á perder,
Y aquí me he de rematar,
Porque bien se echa de ver,
Que este apartarse y hablar
Se funda en un buen querer.

ZARA. ¿Cómo te llamas, amiga?

CONST. Constanza.

ZARA. Tendrás fatiga
De verte sin libertad.

CONST. Más, si va á decir verdad,
Otra cosa me fatiga.

ALIMA. La blandura ó la aspereza
De las manos nos da muestra

De la abundancia ó pobreza
De vosotros: muestra, muestra;
No las huyas, que es simpleza;
Porque si eres de rescate,
Será ocasión que te trate
Con proceder justo y blando.

ZARA. ¿Qué miras?

CONST. Estoy mirando
Un extraño disparate.

FERN. Señora, á mi amo toca
El hacer esta experiencia,
Aunque á risa me provoca,
Que á tan engañosa ciencia
Deis creencia mucha ó poca,
Porque hay pobres holgazanes
En nuestra tierra, galanes
Y del trabajo enemigos.

ALIMA. Estas manos son testigos
De quién eres; no te allanes.

CONST. ¡Ay embustera gitana!
En esas rayas que miras
Está mi desdicha llana.—
¡Qué despacio las retiras,
Enemigo!

ZARA. ¿Qué has, cristiana?

CONST. ¿Qué tengo de haber? Nonada.

ZARA. ¿Fuiste á dicha enamorada
En tu tierra?

CONST. Y aun aquí.

ZARA. ¿Aquí dices? ¿Cómo ansí?
Luego ¿á moro estás prendada?

CONST. No, sino de un renegado,
De fe poca y fe perjura.

FERN. Harto, señora, has mirado.

ZARA. Has dado en una locura
En que cristiana no ha dado.
Amar á cristianos moras,
Eso vese á todas horas;
Mas que ame cristiana á moro,
Eso no.

CONST. De ese decoro
Reniego.

ALIMA. ¿De qué te azoras?
Además, eres esquivo.

FERN. Rico, pobre, blando ó fuerte,
Señora, soy tu cautivo,
Y tengo á dichosa suerte
El serlo.

CONST. Muriendo vivo.

ZARA. Qué ¿tanto le quieres, triste?
¿Hoy quieres y ayer viniste?
¿Cómo amor tu pecho enciende?
Mas ¿cómo te reprehende
La que tan mal le resiste?
Lo que en esto siento, amiga,
Es que me cansa y afana
Sentir que tu lengua diga,
Que á una tan bella cristiana
Le causa un moro fatiga.

CONST. No es sino mora.

ZARA. Dislates
Dices; de aqueso no trates,
Que es locura y vano error.

CONST. Son en los casos de amor
Extraños los disparates.

ZARA. Bien el que has dicho lo allana.

ALIMA. ¿Qué habláis las dos?

ZARA. Es de precio

Y discreta la cristiana.

ALIMA. Pues el cristiano no es necio.

CONST. Es de fe perjura y vana.

ALIMA. Entrémonos, que ya has oído
El azar, y el encendido
Sol demedia su jornada.

FERN. ¡Oh, por mi bien prenda hallada!

CONST. ¡Oh, por mi mal bien perdido!

(Éntranse todos.)

Sale el VIEJO, padre de los niños, y el SACRISTÁN; el VIEJO con vestido de cautivo, y el SACRISTÁN con su mesmo vestido y con un barril de agua.

SACRIST. No hay sino tener paciencia,
Y encomendarnos á Dios,
Porque es necia impertinencia
Dejarse morir.

VIEJO. Ya vos
Tenéis ancha la conciencia;
¿Ya coméis carne en los días
Vedados?

SACRIST. ¡Qué niñerías!
Cómo aquello que me da
Mi amo.

VIEJO. Mal os hará.

SACRIST. Que no hay aquí teologías.

VIEJO. ¿No te acuerdas, por ventura,
De aquellos niños hebreos
Que nos cuenta la Escritura?

SACRIST. Dirás por los Macabeos,
Que por no comer grosura,
Se dejaron hacer piezas.

VIEJO. Por esos digo.
SACRIST. Si empiezas,
En viéndome, á predicarme,
Por Dios que he de deslizarme
En viéndote.
VIEJO. ¿Ya tropiezas?
Que no caigas plegue al cielo.
SACRIST. Eso no, porque en la fe
Soy de bronce.
VIEJO. Yo recelo
Que si una mora os da el pie,
Deis vos de mano á ese celo.
SACRIST. ¿Luego no me han dado ya
Más de dos, lo que quizá
Otro no lo desechara?
VIEJO. Dádiva es, que cuesta cara
Á quien la toma y la da.
Pero dejémonos de esto.
¿Quién es vuestro amo?
SACRIST. Mamí,
Un genízaro dispuesto
Que es soldado y *dabají,*
Turco de nación y honesto.
Dabají es cabo de escuadra,
Ó alférez, y bien le cuadra
El oficio, que es valiente;
Y es perro tan excelente,
Que ni me muerde ni ladra;
Y así á mi desdicha alabo,
Que ya que me trujo á ser
Cautivo, mísero esclavo,
Vino á traerme á poder
De genízaro y que es bravo;
Que no hay turco, rey ni Roque

Que le mire ni le toque
De genízaro al cautivo,
Aunque á furor excesivo
Su insolencia le provoque.

VIEJO. Más cautiverio y más duelos
Cupieron á mis dos niños,
Por crecer mis desconsuelos.
Conservad á estos armiños
En limpieza, ¡oh limpios cielos!
Y si veis que se endereza
De Mahoma la torpeza
Á procurar su caída,
Quitadles antes la vida,
Que ellos pierdan su limpieza.

Entran dos ó tres muchachos MORILLOS, aunque se tomen de la calle, los cuales han de decir no más que estas palabras:

MORILLO. Rapaz cristiano, non rescatar, non fugir,
Don Juan no venir, acá morir, perro,
Acá morir.

SACRIST. ¡Oh, hijo de una puta,
Nieto de un gran cornudo,
Sobrino de un bellaco,
Hermano de un traidor y sodomita!

OTRO. M. Non rescatar, non fugir,
Don Juan no venir, acá morir.

SACRIST. Tú morirás, borracho,
Bardaja fementido,
Quinola, punto menos,
Anzuelo de Mahoma, el hi de puta.

OTRO. Acá morir.

VIEJO. No mientes á Mahoma,
Mal haya mi linaje,

Que nos quemarán vivos.

SACRIST. Déjeme, pese á mí, con estos galgos

OTRO. Don Juan no venir, acá morir.

VIEJO. Bien de aqueso se infiera
Que si él venido hubiera,
Vuestra maldita lengua
No tuviera ocasión de decir esto.

MORO. Don Juan no venir, acá morir.

SACRIST. Escuchadme, perritos,
Venid, tús, tús, oídme,
Que os quiero dar la causa
Porque Don Juan no viene, estadme atentos.
Sin duda que en el cielo
Debía de haber gran guerra,
Do el general faltaba,
Y á Don Juan se llevaron para serlo.
Dejadle que concluya,
Y veréis como vuelve,
Y os pone como nuevos.

VIEJO. ¡Gracioso disparate! ya se han ido.

Entra un JUDÍO.

VIEJO. ¿No es aqueste, judío?

SACRIST. Su copete lo muestra,
Sus infames chinelas,
Su rostro de mezquino y de pobrete.
Trae el turco en la corona
Una guedeja sola
De peinados cabellos,
Y el judío los trae sobre la frente,
El francés tras la oreja,
Y el español, acémila,

Que es rendajo de todos,
Le trae, valame Dios, én todo el cuerpo.—
¡Hola, judío! escucha.

JUDÍO. ¿Qué me quieres, cristiano?

SACRIST. Que este barril te cargues,
Y le lleves en casa de mi amo.

JUDÍO. Es sábado y no puedo
Hacer alguna cosa
Que sea de trabajo.
No hay pensar que lo lleve aunque me mates;
Deja venga mañana,
Que aunque domingo sea,
Te llevaré doscientos.

SACRIST. Mañana huelgo yo, perro judío.
Cargaos, y no riñamos.

JUDÍO. Aunque me mates, digo
Que no quiero llevallo.

SACRIST. ¡Vive Dios, perro, que os arranque el hígado!

JUDÍO. ¡Ay, ay, mísero y triste!
Por el Dio bendito,
Que si hoy no fuera sábado,
Que lo llevara, buen cristiano; basta.

VIEJO. Á compasión me mueve;
¡Oh gente afeminada,
Infame y para poco!—
Por esta vez te ruego que le dejes.

SACRIST. Por ti le dejo: vaya
El circunciso infame;
Mas si otra vez le encuentro,
Ha de llevar un monte, si le llevo.

JUDÍO. Pies y manos te beso,
Señor, y el Dio te pague
El bien que aquí me has hecho. (Vase.)

VIEJO. La pena es ésta de aquel gran pecado.

Bien se cumple á la letra
La maldición eterna,
Que os echó el ya venido,
Que vuestro error tan vanamente espera.

SACRIST. Adiós, que ha mucho tiempo
Que estoy contigo hablando;
Y aunque mi amo es noble,
Temo no le avillane mi pereza.

(Toma su barril y vase.)

Salen JUANICO y FRANCISQUITO, que ansí se han de llamar los hijos del VIEJO; vienen vestidos á la turquesca, de gaviones; saldrá con ellos la SEÑORA CATALINA, vestida de garzón, y un CRISTIANO como cautivo, CONSTANZA, y D. FERNANDO de cautivo, y JULIO de cautivo, que traen las tersas, y vestidos de los garzones, y las guitarras y el rabél: D. FERNANDO ha de hacer salida, y AMBROSIO, que es la SEÑORA CATALINA.

VIEJO. ¿No son mis prendas aquéstas?
¿Cómo vienen adornadas
De regocijo y de fiestas?—
Prendas por mi bien halladas,
¿Qué bizarrías son estas?
Harto costoso ropaje
Es éste: ¿qué se hizo el traje
Que mostraba en mil semejas,
Que érades de Cristo ovejas,
Aunque de pobre linaje?

JUANICO. Padre, no le pene el ver
Que hemos vestido trocado,
Que no se ha podido hacer
Otra cosa; y bien mirado,
De aquesto no hay que temer;

Porque si nuestra intención
Está con firme afición
Puesta en Dios, caso es sabido,
Que no deshace el vestido
Lo que hace el corazón.

FRANC. Padre, ¿tiene por ventura
Que darme de merendar?

VIEJO. ¿Hay tan simple criatura?

JUANICO. ¿Simple? pues déjenlo estar,
Que él mostrará su cordura.

JULIO. Amigo, no nos detengas,
Y si gusta dello, venga
Con nosotros.

JUANICO. No señor,
Quedarse será mejor.

FRAN. Padre mío, tome, tenga;
Una cruz que me han quitado
Me ponga en este rosario.

VIEJO. Yo os la pondré de buen grado,
Depósito y relicario
De mi alma.

JUANICO. Padre honrado,
Déjenos ir, que tardamos.—
Pues, amigos, ¿dónde vamos?

JULIO. Aunque está de aquí un buen rato,
Al jardín de Agimorato.

FERN. Pues sus, no nos detengamos.

JULIO. Allí podremos á solas
Danzar, cantar y tañer,
Y hacer nuestras cabriolas,
Que el mar no suele tener
Siempre alteradas sus olas.
Demos vado á la pasión,
Cuanto más que es la intención

Del Cadí, que nos holguemos,
Y que los viernes tomemos
Honesta recreación.

FERN. ¿Quién le dijo que tenía
Yo buena voz?

JULIO. No sé á fe:
Algún cautivo sería,
Y el Cadí me dijo: «Ve,
Y dile de parte mía
Á Caurali que me mande
Á su cristiano el más grande,
De la buena voz:» yo fuí,
Hablele, envióos aquí;
No sé más.

JUANICO. No se desmande,
Padre, en venirnos á ver,
Que se enojará nuestramo,
Y nos dará en qué entender.

FRANC. Padre, Francisco me llamo,
No Azán, Alí ni Jaer.
Cristiano soy, y he de sello
Aunque me pongan al cuello
Dos garrotes y un cuchillo.

JUANICO. ¿Véis cómo sabe decillo?
Pues mejor sabrá hacello.

FERN. No pasemos adelante,
Que bien estamos aquí.

JULIO. Sea ansí, y algo se cante.

AMBROSIO, que le ha de hacer la señora Catalina.

AMBROS. ¿Qué decís? que no os oí

JULIO. Que cantes, porque me encante.

FERN. ¿Es sordo?
JULIO. Un poco es teniente
De los oídos.
AMBROS. ¿No hay gente
Que nos oiga? Bien decís;
Y pues que todos venís,
Comencemos tristemente.
Aquel romance diremos,
Julio, que tu compusiste,
Pues de coro le sabemos,
Y tiene aquel tono triste
Con que alegrarnos solemos.

Cantan este romance.

«Á las orillas del mar,
Que con su lengua y sus aguas,
Ya manso, ya airado, llega
Del perro Argel las murallas,
Con los ojos del deseo
Están mirando á su patria
Cuatro míseros cautivos
Que del trabajo descansan;
Y al son del ir y volver
De las olas en la playa,
Con desmayados acentos,
Esto lloran y esto cantan:
¡Cuan cara eres de haber,
Oh dulce España!
Tiene el cielo, conjurado
Con nuestra suerte contraria,
Nuestros cuerpos en cadenas,
Y en gran peligro las almas.
¡Oh, si abriesen ya los cielos

Sus cerradas cataratas,
Ya en vez de agua, aquí lloviese
Pez, resina, azufre y brasas!
¡Oh, si se abriese la tierra,
Y escondiese en sus entrañas
Tanto Datán y Birón,
Tanto brujo y tanta maga!
¡Cuan cara eres de haber,
Oh dulce España!

FRANC. Padre, hágales cantar
Aquel cantar que mi madre
Cantaba en nuestro lugar:
¿Qué dice? ¿No quiere, padre?

VIEJO. ¿Cómo decía el cantar?

FRANC. «Ando enamorado,
No diré de quién,
Allá miran ojos
Donde quieren bien.»

VIEJO. Bien al propósito fuera,
Pues que los del alma miran
Desde esta infame ribera
La patria por quien suspira,
Que huye y no nos espera.

JULIO, Extremado es Francisquito.—
Canta tú, Ambrosio, un poquito
Lo que sueles á tus solas;
Que te escucharán las olas
Del mar con gusto infinito.

Ambrosio cante solo.

Aunque pensáis que me alegro,
Conmigo traigo el dolor.
Aunque mi rostro semeja

Que de mi alma se aleja
La pena y libre la deja,
Sabed que es notorio error:
Conmigo traigo el dolor.
Cúmpleme disimular,
Por acabar de acabar,
Y porque el mal, con callar,
Se hace mucho mayor:
Conmigo traigo el dolor.

JUANICO. No más, que viene el Cadí.
Padre, no os halle aquí á vos.

FERN. Con él viene Caurali.

VIEJO. Queridas prendas, adiós.

Entran el CADÍ y CAURALI.

CADÍ. (Al viejo.) Perro, ¿vos estáis aquí?
¿No te he dicho yo, malvado,
Que te quites del cuidado
De ver tus hijos?

FRANC. ¿Por qué?
¿No es mi padre? á buena fe.
Que he de verle mal tu grado.

JUANICO. Calla, Francisquito, hermano,
Que en lo que dices incitas
En nuestro daño al tirano.

FRANC. ¿Ver nuestro padre nos quitas?
Nunca tú eres buen cristiano.—
Padre, lléveme consigo:
Que me dice este enemigo
Tantas de bellaquerías...

CAURALI. ¡Que discretas niñerías!
Decid, ¿qué esperáis, amigo?

(Vase el viejo.)

CADÍ. (A Julio.) Perro, si otra vez dejáis,
Que los hable aquel perrón,
Vos veréis lo que lleváis.
JULIO. Pedazos del alma son.
CADÍ. Perro, ¿qué me replicáis?
CAURALI. Tente, que no dice nada.
FRANC. ¡Válame Dios, qué alterada
Está la mora garrida!
JUANICO. Calla, hermano, por tu vida.
CAURALI. Él tiene gracia extremada.
CADÍ. ¿Véisle? sabed que le adoro,
Y que pienso prohijalle
Después que le vuelva moro.
FRANC. Pues sepa que he de burlalle,
Aunque me dé montes de oro;
Y aunque me dé tres reales
Justos, enteros, cabales,
Y más dos maravedís.
CADÍ. De estas gracias, ¿qué decís?
CAURALI. Que son sobrenaturales.
CADÍ. Veníos tras mí á la ciudad.
CAURALI. Yo quiero hablar con mi esclavo.
CADÍ. Pues sus, con Alá os quedad.
CAURALI. Con él vais.

(Vase el Cadí y todos, sino D. Fernando y Caurali.)

(Á D. Fernando.) Ya estáis al cabo
De mi gran necesidad.
FERN. Digo, que yo la hablaré
En yendo á casa, y haré
Por servirte lo posible,
Aunque más dura ó terrible,
Que un aspid ó un monte esté;

Dame lugar para hablalla,
Y déjame hacer, señor.

CAURALI. Si vienes á conquistalla,
Llevarás, cual vencedor,
El premio de la batalla.

FERN. Yo lo creo.

CAURALI. Decir quiero,
Que, amén de mucho dinero,
Te daré la libertad.

FERN. De tu liberalidad,
Aun más mercedes espero. (Éntranse.)

Salen D. LOPE y VIBANCO.

LOPE. Veisnos aquí en libertad
Por el más extraño caso
Que vió la cautividad.

VIBANCO. ¿Pensáis que esto ha sido acaso?
Misterio tiene en verdad.
Dios, que quiere que esta mora
Vaya á tierra do se adora
Su nombre, movió su intento
Para ser el instrumento
Del bien, que á los tres mejora.

LOPE. Dijo en su postrer billete
Que un viernes quizá saldría
Al campo por Vabaluete,
Y que se descubriría
Con cierta industria, promete..
También escribió en el fin,
Que sepamos el jardín
De su padre Agimorato,
Do á nuestra comedia y trato
Se ha de dar felice fin.

VIBANCO. Tres mil escudos han sido
Los que en veces nos ha dado.
LOPE. En libertarnos se han ido
Los dos mil.
VIBANCO. Más se ha ganado
De lo que habemos perdido;
Y más si acaso se gana
Esta alma, en obras cristiana,
Aunque en moro cuerpo mora;
Mas ¿si fuese esta la mora?
LOPE. Si es ella, á fe que es lozana.

Entran ZARA y ALIMA, cubiertos los rostros con sus almalafas blancas, y vienen con ellas, vestidas como moras, CONSTANZA y la SEÑORA CATALINA, que no ha de hablar sino dos ó tres veces.

Mas ¿cuál será de las dos?
Que las otras son cautivas.
ALIMA. Con todo, yo sé de vos,
Que si le habláis...
CONST. No vivas
Sin esperanza, por Dios,
Que yo me ofrezco de hablalle,
De inclinalle y de forzalle
Á que te venga á adorar;
Mas hasme de dar lugar
Para que pueda tratalle.
ALIMA. Cuanto quisieres, amiga,
Tendrás; por eso no quede
De remediar mi fatiga.
ZARA. Camina, Alima, si puedes.
CONST. Á más tu bondad me obliga.
ZARA. Mira, Constanza, y advierte,

Si de aquellos dos, por suerte,
Es tu conocido alguno.

CONST. Yo no conozco ninguno.

VIBANCO. Si es ella, es dichosa suerte,
Porque parece en el brío
Hermosa sobremanera.

ZARA. Perritos son de buen brío;
¡Oh, quién hablarlos pudiera!

ALIMA. Como allí estuviera el mío,
Yo me llegara á hablallos.

ZARA. Constanza, vuelve á mirallos,
Y dime si echas de ver
Que es noble su parecer.

CONST. ¿Para qué?

ZARA. Para comprallos.

CONST. Este de la izquierda mano
Me parece caballero,
Y aun el otro no es villano.

ZARA. Verlos de más cerca quiero.

ALIMA. ¡Que no esté aquí mi cristiano!

ZARA. Entrambos me satisfacen.

VIBANCO. ¡Qué de represas me hacen!
Lleguémonos hacia allá.

LOPE. No, que ellas vienen acá.

VIBANCO. Su brío y su vista aplacen.

ZARA. ¡Ay Alá! ¿quién me picó?
Mira por aquí, Constanza,
Si es abispa. Amarga yo,
Que parece que una lanza
Por el costado me entró.
Sacude bien esa toca,
Que casi me vuelvo loca,
En ver lo que veo: ¡ay triste!
¿Matástela? ¿No la viste?

Sacude más, mira y toca
Si está aquí.

CONST. Yo no veo nada.

ZARA. Llegado me ha al corazón
Esta no vista picada.

CONST. Del abispa el aguijón
Es cosa muy enconada,
Mas temo no fuese araña.

ZARA. Si fué araña, fué de España,
Que las de Argel no hacen mal.

LOPE. ¿Hase visto industria tal?
¿Hay tan discreta maraña?

ALIMA. Zara, no estés descompuesta;
Torna á ponerte tu toca.

ZARA. Aun el aire me molesta.

ALIMA. Esta desgracia, aunque poca,
Turbado nos ha la fiesta.

VIBANCO. ¿Qué os parece?

LOPE. Que parece
Que la ventura me ofrece
Cuanto puedo desear.

VIBANCO. Volvióse el sol á eclipsar;
Ya su luz desaparece.

ZARA. ¿No sabrás de aquel cautivo,
Constanza, si es español?

CONST. En eso gusto recibo.

LOPE. Torna á descubrirte, ¡oh sol!
En cuyas luces avivo,
El ser, el entendimiento,
La ventura y el contento,
Que en tu posesión se alcanza.

ZARA. Pregúntaselo, Constanza.

ALIMA. ¿Cómo estás?

ZARA. Mejor me siento.

CONST. Gentil hombre, ¿sois de España?
LOPE. Sí, señora, y de una tierra
Donde no se cría araña
Ponzoñosa, ni se encierra
Fraude, embuste ni maraña,
Sino un limpio proceder;
Y el cumplir y el prometer
Es todo una misma cosa.
ZARA. Pregúntale si es hermosa
(Si es casado) su mujer.
CONST. ¿Sois casado?
LOPE. No, señora;
Pero serélo bien presto
Con una cristiana mora.
CONST. ¿Cómo es esto?
LOPE. ¿Cómo es esto?
Poco sabe quien lo ignora.
Mora en la incredulidad,
Y cristiana en la bondad
Es la que ha de ser mi dueño.
CONST. Yo os entiendo como un leño.
ZARA. (Ap. Plega Alá digáis verdad.)
Pregúntale si es esclavo,
Ó si es libre.
LOPE. Ya os entiendo.
De ser cautivo me alabo,
ZARA Cuanto dice comprehendo,
Y de todo estoy al cabo.
LOPE. Presto pisaré de España
Con gusto y con gloria extraña
Las riberas, y mi fe
Firme entonces mostraré.
ZARA. Gracias á Alá y á una caña.
ALIMA. Cristianos, quedaos atrás,

Porque en la ciudad entramos.

(Éntranse las moras.)

VIBANCO. Obedecida serás.
LOPE. En escuridad quedamos;
Sol bello, ¿cómo te vas?
De cautividad sacaste
El cuerpo que rescataste
Con tu liberalidad,
Pero más con tu beldad
Al alma hierros echaste.
En fe de lo que en ti he visto
Del deseo que te doma,
De adorarte no resisto,
No por prenda de Mahoma,
Sino por prenda de Cristo.
Yo te llevaré á do seas
Todo aquello que deseas,
Aunque mil vidas me cueste.
VIBANCO. Vamos, que el dolor es este;
No por ahí, que rodeas. (Éntranse).

Sale el SACRISTÁN con una cazuela moji, y tras él el JUDÍO.

JUDÍO. Cristiano honrado, así el Dío
Te vuelva á tu libre estado,
Que me vuelvas lo que es mío.
SACRIST. No quiero, judío honrado;
No quiero, honrado judío.
JUDÍO. Hoy es sábado, y no tengo
Qué comer, y me mantengo

De aqueso que guisé ayer.
SACRIST. Vuelve á guisar de comer.
JUDÍO. No, que á mi ley contravengo.
SACRIST. Rescátame esta cazuela;
Y en dártela no haré poco,
Porque el olor me consuela.
JUDÍO. No puedo en mucho ni en poco
Contratar.
SACRIST. Pues llevaréla.
JUDÍO. No la lleves; ves aquí
Lo que costó.
SACRIST. Sea ansí,
Que á los dos es de provecho:
¿Do el dinero?
JUDÍO. Aquí en el pecho
Lo tengo, amargo de mí.
SACRIST. Pues venga.
JUDÍO. Sácalo tú;
Que mi ley no me concede
El sacarlo.
SACRIST. Bercebú
Así te lleve, cual puede;
Descendiente de Abacú.
Aquí tienes quince reales
Justos de plata y cabales.
JUDÍO. No contrates tú conmigo;
Conciértalo allá contigo.
SACRIST. Di, cazuela, ¿cuánto vales?—
Paréceme á mí que valgo
Cinco reales, y no más.—
Mentís, á fe de hidalgo.
JUDÍO. ¡Qué sobresaltos me das,
Cristiano!
SACRIST. Pues hable el galgo,

Que no quieres alargarte,
Mas quiero crédito darte.
Tomadla, y andad con Dios.

JUDIO. ¿Los diez?

SACRIST. Son por otras dos
Cazuelas, que pienso hurtarte.

JUDÍO. ¿Y pagaste adelantado?

SACRIST. Y aun si bien hago la cuenta,
Creo que voy engañado.

JUDÍO. ¿Que hay cielo que tal consienta?

SACRIST. ¿Que hay tan gustoso guisado?
No es carne de landrecillas,
Ni de la que á las costillas
Se pega el bayo, que es trefe.

JUDÍO. Haced, cielos, que me deje
Este ladrón de cosillas. (Éntrase.

SACRIST. ¿De cosillas? Vive Dios
Que os tengo de hurtar un niño
Antes de los meses dos,
Y aun si las uñas aliño...
Dios me entiende; vámonos. (Éntrase.)

Salen D. FERNANDO y CONSTANZA.

FERN. Subí, cual digo, aquella peña, á donde
Las fustas vi, que ya á la mar se hacían;
Voces comencé á dar, mas no responde
Ninguno, aunque muy bien todos me oían;
Eco, que en un peñasco allí se esconde,
Donde las olas su furor rompían,
Teniendo compasión de mi tormento,
Respuesta daba á mi postrero acento.
Las voces reforcé, hice las señas,

Que el brazo y un pañuelo me ofrecía;
Eco tornaba, y de las mismas peñas
Los amargos acentos repetía;
Mas, ¿qué remedio, amor, hay, que no enseñas,
Para el dolor que causa tu agonía?
Uno sé me enseñaste, de tal suerte,
Que hallé la vida do busqué la muerte.
El corazón, que su dolor desagua
Por los ojos en lágrimas corrientes,
Humor que hace en la amorosa fragua,
Que las ascuas se muestran más ardientes
El cuerpo hizo que arrojase al agua,
Sin peligros mirar ni inconvenientes,
Juzgando que alcanzaba honrosa palma,
Si llegaba á juntarse con su alma.
Arrojando las armas, arrojéme
Al mar, en amoroso fuego ardiendo,
Y otro Leandro, con más luz, torném e,
Pues iba aquella de tu luz siguiendo.
Cansábanse los brazos, y esforcéme,
Por medio de la muerte y mar rompiendo,
Porque vi que una fusta á mí volvía,
Por su interese y por ventura mía.
Un corvo hierro un turco echó, y asióme
(Inútil presa), y con muy gran fatiga
Al bajel enemigo al fin subióme,
Y de mi historia no sé más que diga.
Entre los suyos Caurali contóme;
Su mujer me persigue, y mi enemiga;
Él te persigue á ti: mira si es cuento
Digno de admiración y sentimiento.

CONST. Si tú á los ruegos de Alima
Estás fuerte, cual espero,
Yo me mostraré á la lima

De Caurali duro acero,
Impenetrable y de estima.
Aunque será menester,
Para que nos dejen ver,
Alivio de nuestro mal,
Darles alguna señal
De amoroso proceder.
Rogóte á ti Caurali,
Que me hablases, y Alima
Me pidió que hablase á ti.

FERN. Otra cosa me lastima
Más que su pena.

CONST. Y á mí.

FERN. Pues rompan estos abrazos
Sus designios en pedazos,
Que mientras esto se alcance,
No hay temer desvelo ó trance,
Pues tengo al cielo en mis brazos.
Aprieta, querida esposa.
Que en tanto que en este cielo
Mi afligida alma reposa,
No hay mal que me de en el suelo
La fortuna rigurosa.

Entran CAURALI y ALIMA, y venlos abrazados.

CAURALI. ¡Oh perro! ¡tú con mi esclava!
¿Cómo el cielo no te acaba?

ALIMA. Perra, ¿tú con mi cautivo?
¿Cómo sin matarte vivo?
¿Esto es lo que yo esperaba?
¡Perra!

CAURALI. ¡Perro!

ALIMA. ¡Perra!

CAURALI. ¡Perro!

ALIMA. De esta perra es la maldad;
Que no nació dél el yerro.
CAURALI. De él nació, y esto es verdad,
Y sé bien que no me yerro.—
Yo os sacaré el corazón,
Perro.
ALIMA. Perra, esta traición
Me pagarás con la vida.
FERN. ¡Oh, cuán mal está entendida,
Señores, nuestra intención.
(Ap. á Caurali.) Aquel abrazo que viste,
Constanza á ti le enviaba.
CAURALI. ¿Qué dices?
FERN. Lo que oyes triste.
CONST. En tu nombre se fraguaba
El favor que interrumpiste.
Colérica eres á fe.
FERN. (Ap). Esto entiende y esto cree.
ALIMA. ¿Qué dices, amiga mía?
CONST. Si éste se perdió, otro día
Otros cuatro cobraré.
CAURALI. ¿Es lo que has dicho verdad?
FERN. Pues ¿á qué te he de mentir?
CAURALI. Ten cierta tu libertad.
ALIMA. Más os pudiera reñir
Este amor ó liviandad;
Pero déjolo hasta ver
Si proseguís en hacer
Esto que he visto y no creo.
CAURALI. Alima, en mil cosas veo
Que eres prudente mujer,
Y más en esto; que pienso
Que éstos, cual nuevos cristianos,
Dieron á su gusto el censo;

Que á cautivos y paisanos
Les da el verse gusto inmenso;
Y como solos se hallaron,
Sus penas comunicaron.

ALIMA. Y aun las ajenas también.

CAURALI. (Ap.) Esto no me suena bien.

CONST. (Ap.) Entrambos adivinaron.

(Siguen los apartes entre ellos.)

CAURALI. ¿Por ventura sabe Alima
Cosa de esto?

ALIMA. ¿Por ventura
A Caurali le lastima
Tu amor?

CONST. Aqueso es locura.

FERN. Tal sospecha no te oprima,
Que no ha caído en la cuenta.

CONST. Señora, vive contenta
Y sin sospecha en tu daño.

CAURALI. Fácil se cae en un engaño.

CONST. Y tarde se alza una afrenta.

CAURALI. Has cuanto puedes y sabes.

ALIMA. No te descuides en nada.

CAURALI. Bien es tu cólera acabes.

ALIMA. Tenla ya por acabada.
Entra, y dame aquellas llaves.

(Éntranse Alima y Constanza.)

CAURALI. Tú, vente al Zoco conmigo.

FERN. Amor, puesto que te sigo
Con el alma y con los pasos,
Tus enredos y tus pasos
Bendigo en parte y maldigo.

Éntranse, y salen JUANICO y FRANCISQUITO trompando con un trompo.

FRANC. Tú, que turbas mi quietud,
Porque los sollozos rompo
Que nacen de tu virtud,
¿Has visto más lindo trompo,
Ansí Dios te dé salud?

JUANICO. Deja de echar esos lazos,
Que otros de más embarazos
Esperan nuestras gargantas.

FRANC. Pues, ¿deso, hermano, te espantas?
Yo los haré mil pedazos.
No pienses que he de ser moro,
Por más que aqueste inhumano
Me prometa plata y oro,
Que soy español cristiano.

JUANICO. Eso temo y eso lloro.

FRANC. Como tengo pocos días,
De mi valor desconfías.

JUANICO. Ansí es.

JUANICO. Pues imagina,
Que tengo fuerza divina
Contra humanas tiranías.
No sé yo quién me aconseja
Con voz callada en el pecho,
Que no la siento en la oreja,
Y de morir satisfecho,
Y con gran gusto, me deja.
Dícenme, y yo dello gusto,
Que he de ser un nuevo Justo,
Y tú un nuevo Pastor.

JUANICO. Hazlo ansí, divino amor;
Que con tu querer me ajusto.

Deja aquesta niñería
Del trompo, por vida mía,
Y repasemos los dos
Las oraciones de Dios.

FRANC. Bástame el *Ave María.*

JUANICO. ¿Y el *Padre nuestro?*

FRANC. También.

JUANICO. ¿Y el *Credo?*

FRANC. Sélo de coro.

JUANICO. ¿Y la *Salve?*

FRANC. Aunque me den
Dos trompos, no seré moro.

JUANICO. ¡Qué niñería!

FRANC. Pues bien;
¿Piensas que me estoy burlando?

JUANICO. Estamos cosas tratando
Como si fuésemos hombres;
¿Y es bien que el trompo aquí nombres?

FRANC. En estar siempre llorando
Mi fe, hermano, tened cuenta
Con vos, y mirad no os hunda
De Mahoma la tormenta;
Que yo encubro en esta funda
Un alma de Dios sedienta;
Y ni el trompo, ni el cordel,
Ni las fuentes que en Argel
Y en sus contornos están,
Mi sed divina hartarán,
Ni se ha de hartar sino en Él.
Y así os digo, hermano mío
Que por ver mis niñerías,
No penséis que estoy sin brío,
Porque en las entrañas mías
No hay lugar de Dios vacío.

Tened cuidado de vos,
Y encomendaos bien á Dios
En la afrenta que amenaza;
Si no, yo saldré á la plaza
A pelear por los dos.
Tengo yo el *Ave María*
Clavada en el corazón,
Y es la estrella que me guía
En este mar de aflicción
Al puerto del alegría.

JUANICO. Dios en tu lengua se mira,
Y por eso no me admira
El ver que hables tan alto.

FRANC. No os turbará sobresalto,
Si en ella ponéis la mira.

JUANICO. ¡Ay de nosotros, que viene
El Cadí con su porfía!
Mostrar ánimo conviene.

FRANC. Acude al *Ave María*,
Verás qué fuerzas que tiene.

Entra el CADÍ y el CARAHOJA, amo del desorejado.

CADI. Pues hijos, ¿en qué entendéis?

JUANICO. En trompear, como veis,
Mi hermano, señor, entiende.

CAR. Es niño, y, en fin atiende
A su edad.

CADÍ. Y vos ¿qué hacéis?

JUANICO. Rezando estaba

CADI ¿Por quién?

JUANICO. Por mí, que soy pecador.

CADI. Todo aqueso está muy bien:

¿Qué rezabades?

JUANICO. Señor,
Lo que sé.

FRANC. Respondió bien.
Rezaba el *Ave María.* (Trompa.)

CADÍ. Dejar el trompo podría
Delante de mí, Vairán.

FRANC. Buen nombre puesto me han.

CAR. Todo aquello es niñería.

CADÍ. Este rapáz me da pena.—
Deja ,Vairán, la porfía,
Que á gran daño te condena.
¿Qué dices?

FRANC. *Ave María.*

CADÍ. ¿Qué respondes?

FRANC. *Gratia plena.*

CAR. Este mayor es maestro
Del menor.

JUANICO. Yo no le muestro;
Que él por sí habilidad tiene.

FRANC. ¡Oh, cuán de molde que viene
Decir aquí el *Padre nuestro!*

JUANICO. Pues faltan los de la tierra,
Bien es acudir al cielo,
Do nuestro Padre se encierra.

FRANC. Á su tiempo llamarélo.

JUANICO. Ya se comienza la guerra.

FRANC. Porque todo al justo cuadre,
Lo postrero que mi madre
Me enseñó quiero decir,
Que es bueno para el morir.

CADI. ¿Qué has de decir?

FRANC. *Creo en Dios Padre.*

CADI. Por Alá que á su rüina

Me dispongo.

FRANC. ¿Ya os turbáis?
Pues si es que aquesto os indina,
¿Qué hará cuando me oyáis
Decir la *Salve*, *Regina?*
Para vuestras confusiones,
Todas las cuatro oraciones
Sé, y sé bien, que son escudos
Á tus alfanjes agudos,
Y á tus torpes invenciones.

CAR. Con no más de alzar el dedo,
Y decir: «Ila, ilala»,
Te librarás de este miedo.

FRANC. En la cartilla no está
Eso, que decir no puedo.

JUANICO. Ni quiero, has de añadir.

FRANC. Ya yo lo iba á decir.

CADI. Esto es cansarnos en balde.
Éste á mi estancia llevalde,
Y estotro, que ha de morir.

FRANC. Ea, vaya el trompo afuera,
Y este vestido grosero,
Que me vuelve el alma fiera;
Y es bien que vaya ligero
Quien se atreve á esta carrera.—

(Arroja el trompo y desnúdase.)

Ea, hermano, sed Pastor
Con esfuerzo y con valor,
Que tras vos irá con gusto
Un pecadorcito Justo
Por la gracia del Señor.—
Ea, tiranos feroces,

Mostrad vuestras manos listas
Y bien agudas las hoces,
Para segar las aristas
De estas gargantas y voces;
Que en esta extraña porfía,
Adonde la tiranía
Toda su rabia convoca,
No sacaréis de mi boca,
Sino...

JUANICO. ¿Qué?

FRANC. Un *Ave María.*

CAR. Entremos; que ya el regalo
Les hará mudar de intento,
Más que el azote y el palo.

CADÍ. Por cien mil señales siento
Que va mi partido malo,
Que el mayor es en extremo
Callado y sagaz. Blasfemo
Seré del mismo Mahoma,
Si estos rapaces no doma.

FRANC. ¿No le temes?

JUANICO. No le temo.

JORNADA TERCERA

Salen el GUARDIÁN BAXÍ y otro MORO.

GUARD. Por diez escudos no daré mi parte.
Sentaos y no dejéis entrar alguno
Si no pagan dos ásperos muy buenos.
MORO. La pascua de Natal, como ellos llaman,
Veinte y cinco ducados se llegaron.
GUARD. Los españoles, por su parte, hacen
Una brava comedia.
MORO. Son Satanes,
Los mismos diablos son: son para todo;
Ya descuelgan cristianos á su misa.

Entran VIBANCO, D. FERNANDO, D. LOPE, el SACRISTÁN, el PADRE de los niños: trae D. FERNANDO los calzones del SACRISTÁN.

FERN. Veislos aquí, que no me los he puesto;
Antes Constanza les echó un remiendo
En parte do importaba, y de su mano.
SACRIS. De molde vienen para la comedia:
Agora me los chanto. Sus, entremos.
GUARD. ¿Adónde vais, cristianos?
PADRE. ¿Yo? á oir misa.
MORO. Pues paga.
PADRE. ¿Cómo paga? ¿Aquí se paga?
GUARD. Bien parece que es nuevo el padre viejo

MORO. Dos ásperos ó apártate, camina.
PADR. No los tengo, por Dios.
MORO. Pues ve y ahórcate.
LOPE. Yo pagaré por él.
MORO. Eso en buen hora.
SACRIS. Fende, déjeme entrar, y este pañuelo,
Que no ha media hora que hurté á un judío,
Tome por prenda, ó deme lo que vale,
Que lo daré no más de por el costo,
Ó muy poquito más.
GUARD. Con otros cuatro
Quedas muy bien pagado.
SACRIST. Vengan y entro.—
Ea, acudid á entrar, que se hace tarde.
MORO. Con los del Rey, yo apostaré que pasen
De dos mil los que están en el banasto:
Entremos á mirar desde la puerta
Cómo dicen su misa, que imagino
Que tienen grande música y concierto.
GUARD. Poneos tras el postigo, y veréis todo
Cuanto hacen los cristianos en el patio,
Porque es cosa de ver.
MORO. Ya los he visto;
Hoy dicen que tornó á vivir su Cristo. (Éntranse.)

Salen al teatro todos los cristianos que haya, y OSORIO entre ellos, y el SACRISTÁN, puestos los calzones que le dió don Fernando.

OSORIO. Misterio es éste no visto;
Veinte religiosos son
Los que hoy la Resurrección
Han celebrado de Cristo
Con música concertada,

La que llaman contrapunto;
Argel es, según barrunto,
Arca de Noé abreviada.
Aquí están de todas suertes
Oficios y habilidades,
Disfrazadas calidades.

VIBANCO. Y aun otra cosa, si adviertes,
Que es de más admiración;
Y es, que estos perros sin fe,
Nos dejen, como se ve,
Guardar nuestra religión.
Que digamos nuestra misa
Nos dejan, aunque en secreto.

OSORIO. Más de una vez, con aprieto
Se ha celebrado y con prisa;
Que una vez desde el altar
Al sacerdote sacaron
Revestido, y le llevaron
Por las calles del lugar
Arrastrando, y la crueldad
Fué tal que con él se usó,
Que en el camino acabó
La vida y la libertad.
Mas dejémonos de aquesto,
Y á nuestra holgura atendamos,
Pues que nos dan nuestros amos
Hoy lugar para hacer esto.
De nuestras Pascuas tenemos
Los primeros días por nuestros.

LOPE. Y ¡qué! ¿hay músicos?

OSORIO. Y diestros:
Los del Cadí llamaremos.

VIBANCO. Aquí están.

OSORIO. Y aquel que ayuda

Al coloquio ya está aquí.
FERN. Bien cantan los del Cadí.
OSORIO. Antes que más gente acuda
El coloquio se comience,
Que es del gran Lope de Rueda,
Impreso por Timoneda,
Que en vejez al tiempo venze.
No pude hallar otra cosa
Que poder representar
Más breve, y sé que ha de dar
Gusto, por ser muy curiosa
Su manera de decir
En el pastoril lenguaje.
VIBANCO. ¿Hay pellicos?
OSORIO. De ropaje
Humilde, y voime á vestir.
VIBANCO. ¿Quién canta?
OSORIO. Aquí el Sacristán.
Que tiene donaire en todo.
VIBANCO. ¿Hay loa?
OSORIO. De ningún modo.

(Éntranse Osorio y el Sacristán.)

VIBANCO. ¡Oh qué mendigos están!
En fin, comedia cautiva,
Pobre, hambrienta y desdichada,
Desnuda y atarantada.
LOPE. La voluntad se reciba.

Entra CAURALI.

CAURALI. Sentaos, no os alborotéis;

Que vengo á ver vuestra fiesta.

FERN. Quisiera que fuera ésta,
Fende, cual la merecéis.

LOPE. Aquí os podéis asentar;
Que yo me quedaré en pie.

CAURALI. No, no, amigo, siéntate;
Que salen á comenzar.

LOPE. Ya salen; sosiego y chite,
Que cantan.

VIBANCO. Mejor sería
Que llorasen.

FERN. Este día,
Lágrimas no las permite.

(Canten lo que quisieren.)

VIBANCO. La música ha sido hereje:
Si el coloquio así sucede,
Antes que la rueda ruede,
Se rompa el timón y el eje.

En acabando la música, habla el Sacristán, y todo cuanto dice agora, lo diga mirando al soslayo á Caurali.

SACRIST. ¿Qué es esto? ¿Qué tierra es esta?
¿Qué siento? ¿Qué es lo que veo?
De *requiem* es esta fiesta
Para mí, pues un deseo
Más que mortal me molesta.
¿Dónde se encendió este fuego,
Que tiene, entre burla y juego,
El alma ceniza hecha?
De Mahoma es esta flecha,
De cuya fuerza reniego.

Como cuando el sol asoma
Por una montaña baja,
Y de súbito nos toma,
Y con su vista nos doma
Nuestra vista y la relaja;
Como la piedra balaja,
Que no consiente carcoma;
Tal es el tu rostro, Aja,
Dura lanza de Mahoma,
Que las mis entrañas raja.

CAURALI. ¿Es esto de la comedia,
Ó es bufón este cristiano?

SACRIST. Si mi dolor no remedia
Su bruñida y blanca mano,
Todo acabará en tragedia.
¡Oh mora, la más hermosa,
Más discreta y más graciosa,
Que la fama nos ofrece,
Desde do el alba amanece,
Hasta donde el sol reposa!

(Dice esto mirando á Caurali.)

Mahoma en su compañía
Te tenga siglos sin cuento.

CAURALI. Este perro desvaría,
¿Ó entra aquesto en el cuento
De la fiesta de este día?

FERN. Calla, Tristán, y ten cuenta,
Porque ya se representa
El coloquio.

SACRIST. Sí haré;
Pero no sé si podré,
Según el diablo me tienta.

Sale GUILLERMO, pastor.

GUILLER. Si el recontento que trayo,
Venido tan de rondón,
No me le abraza el zurrón,
¿Cuáles nesgas pondré al sayo,
Y qué ensanches al jubón?
SACRIST. ¡Vive Dios, que se me abrasa
El hígado, y sufro y callo!
GUILLER. Si es que esto adelante pasa,
Muy mejor será dejallo.
SACRIST. ¿Quién encendió aquesta brasa?
LOPE. Tristán, amigo, escuchad,
Pues sois discreto y callad,
Que esta es grande impertinencia.
SACRIST. Callaré y tendré paciencia.
GUILLER. ¿Comienzo?
LOPE. Sí, comenzad.
GUILLER. Si el recontento que trayo,
Venido tan de rondón,
No me lo abraza el zurrón,
¿Cuáles nesgas pondré al sayo,
Ó qué ensanches al jubón?
Y si al contarlo extremeño,
Con un donaire risueño
Ayer me miró Constanza,
¿Qué turba habrá ya ó mudanza,
Que no le pase por sueño?
Esparcíos, las mis corderas,
Por las dehesas y prados:
Mordéy sabrosos bocados;
No temáis las venideras
Noches de nubros airados;
Antes os anday exentas,

Brincando de recontentas;
No os aflija el ser mordidas
De las lobas desambridas,
Tragantonas, mal contentas;
Y al dar de los vellocinos,
Venid simpres, no ronceras,
Rumiando por las laderas
Á jornaleros vecinos,
Ó al corte de sus tijeras:
Que el sin medida contento,
Cual no abarca el pensamiento,
Os librará de lesión,
Si al dar del branco vellón
Barruntáis el bien que siento.
Mas ¿quién es ese cuitado
Que asoma acá entellerido,
Cabizbajo, atordecido,
Barba y cabello erizado,
Desairado y mal erguido?

SACRIST. ¿Quién ha de ser? Yo soy cierto
El triste y desventurado,
Vivo en un instante, y muerto,
De Mahoma enamorado.

CAURALI. Echadle fuera á este loco.

SACRIST. Tu divina boca invoco,
Ajá, de mil azahares,
Boca de quita-pesares,
Á quien desde lejos toco.

CAURALI. Dejádmele.

FERN. No, señor,
Que cuanto dice es donaire,
Y es bufón el pecador.

SACRIST. Dios de los vientos, ¿no hay aire
Para templar tanto ardor?

GUILLER. Ya es mucha descortesía,
Y mucha bufonería;
Échenle ya, y déjenos.
SACRIST. Yo me voy. Quédate á Dios,
Argelina, gloria mía.
GUILL. ¿Dónde quedé?
VIBANCO. No sé yo.
LOPE. «Mas ¿quién es este cuitado?»
Fué el verso donde paró.
FERN. Los calzones han obrado.
GUILL. ¿Vuelvo á comenzar?
FERN. No, no,
No nos turben á deshora:
Prosigue el coloquio ahora.

Un MORO dice desde arriba:

MORO. Cristianos, estad alerta,
Cerrad del baño la puerta.
GUILL. Vengas, perrazo, en mal hora.
MORO. Abrid aqueste cristiano,
Que va herido, y cerrad presto.
CAURALI. ¡Válgame Alá! ¿Qué es aquesto?
MORO. ¡Oh santo Alá soberano!
Dos han muerto, y del Rey son.
¡Oh crueldad jamás oída!
A todos quitan la vida,
Sin ninguna distinción.

Entra un CRISTIANO herido y otro sin herir.

FERN. Pasad, hermano, adelante:
¿Quién os ha herido?

CRIST. 1.º Un archí.
FERN. ¿La causa?
CRIST. 1.º Ninguna di.
VIBANCO. ¿Es la herida penetrante?
CRIST. 1.º No sé; con manera fué,
Y será mortal sin duda.
CRIST. 2.º Otra traigo yo más cruda,
Y en parte do no se ve.
CAURALI. ¿No dirás qué es esto, Alí?
MORO. Grande armada han descubierto
Por la mar.
FERN. ¿Y aqueso es cierto?
¿Vaste, Fende Caurali?

(Vase Caurali.)

MORO. Y los genízaros matan,
Si encuentran algún cautivo,
Ó con furor duro esquivo
Malamente le maltratan:
Y aquestas voces que oís,
Las dan judíos de miedo.
GUILL. Todo el mundo se esté quedo.—
Yo creo, Alí, que mentís,
Pues no ha mucho que en España
No había ninguna nueva
De armada.
MORO. Pues esta prueba
Os desmiente y desengaña,
Que á fe que dicen que asoman
Más de trescientas galeras,
Con flámulas y banderas,
Y que el rumbo de Argel toman.
GUILL. Quizá por encantamento

Aquesta armada se ha hecho.

Entra el GUARDIÁN BAJÍ.

GUARD. El corazón en el pecho
No cabe, y de ira reviento.
OSORIO. Pues ¿qué hay, Fendi?
GUARD. Yo me alisto
Á contar la crueldad
Igual de la necedad
Mayor que jamás se ha visto.
Salió el sol esta mañana,
Y sus rayos imprimieron
En las nubes tales formas,
Que aunque han mentido, las creo.
Una armada figuraron
Que venía á vela y remo,
Por el sesgo mar apriesa,
Á tomar en Argel puerto.
Tan claramente descubren
Los ojos que la están viendo,
De las fingidas galeras
Las proas, popas y remos,
Que hay quien afirme y quien jure,
Que del comitre y remero
Vió el mandar y obedecer
Hacerse todo en un tiempo:
Tal hay, que dice haber visto
Á vuestro profeta muerto
En la gavia de una nave,
En una bandera puesto.
Muestra tan al vivo el humo
Su vano y escuro cuerpo,
Y tan de cerca perciben

Los oídos fuego y truenos,
Que por temor de las balas
Más de cuatro se pusieron
Á abrazar la madre tierra:
Tal fué el miedo que tuvieron.
Por estas formas, que el sol
Ha con sus rayos impreso
En las nubes, ha en nosotros
Otras mil formado el miedo.
Pensamos que ese don Juan,
Cuyo valor fué el primero,
Que á la otomana braveza
Tuvo á raya y puso freno,
Venía á dar fin honroso
Al desdichado comienzo,
Que su valeroso padre
Comenzó en hado siniestro.
Los genízaros archíes,
Que están siempre zaques hechos,
Dieron en matar cautivos,
Por tener contrarios menos.
Y si acaso el sol tardara
De borrar sus embelecos,
No estábades bien seguros
Cuantos estáis aquí dentro.
Veinte y más son los heridos,
Y más de treinta los muertos.
Ya el sol deshizo la armada;
Volved á hacer vuestros juegos.

OSORIO. Mal podremos proseguir
Tan sangrientos pasatiempos.

CRIST. 2.º Pues escuchad otra historia
Más sangrienta y de más peso.
El Cadí, como sabéis,

Tiene en su poder á un niño
De tiernos y pocos años,
El cual se llama Francisco.
Ha puesto toda su industria,
Su autoridad y jüicio,
Mil promesas y amenazas,
Mil contrapuestos partidos,
Para que de bueno á bueno
Esta prenda del bautismo
Se deje circuncidar
Por su gusto y su albedrío.
Su industria ha salido vana,
Su jüicio no ha podido
Imprimir humanas trazas
En este pecho divino.
Por esto, según se entiende,
Como afrentado y corrido,
Su luciferina rabia
Hoy ha esfogado en Francisco;
Atado está á una coluna,
Hecho retrato de Cristo,
De la cabeza á los pies
En su misma sangre tinto.
Témome que habrá expirado,
Porque tan cruel martirio,
Mayores años y fuerzas
No lo hubieran resistido.

PADRE. ¡Dulce mitad de mi alma!
¡Ay de mis entrañas hijo!
Detened la vida en tanto
Que os va á ver este afligido.
En la calle de Amargura,
Perezosos pies, sed listos,
Veré en su ser á Pilatos,

Y en figura veré á Cristo. (Éntrase).

CRIST. 2.° ¿Este es su padre, señores?

FERN. Su padre es este mezquino,
Hidalgo y muy buen cristiano,
Y somos de un pueblo mismo.
Acábense nuestras fiestas.
Cesen nuestros regocijos,
Que siempre en tragedia acaban
Las comedias de cautivos.

(Éntranse todos.)

Salen ZARA, ALIMA y CONSTANZA.

ALIMA. Tu padre me rogó, amiga,
Que viniese en un momento
Á componerte.

ZARA. Su intento
Todo el cielo le maldiga.

ALIMA. Pues ¿cásaste con un rey,
Y muéstraste desabrida?
Y más, que es cosa sabida
Que es gentil hombre Muley.
Sin duda que estás prendada
En otra parte.

ZARA. No hay prenda
Que me halague ni me ofenda,
Porque de amor no sé nada.

ALIMA. Pues esta noche sabrás
En la escuela de tu esposo,
Qué es amor dulce y sabroso.

ZARA. Amargas nuevas me das.

ALIMA. ¡Qué melindrosa señora!

ZARA. No es melindre, sino enfado,

Que había determinado
No casarme por ahora,
Hasta que el cielo me diese
Con otro compás mi suerte.

ALIMA. Calla, que reina has de verte.

ZARA. No aspiro á tanto interese.
Con otro estado menor
Con mayor gusto estaría.

ALIMA. Yo juro por vida mía,
Zara, que tenéis amor.
Ahora bien; mostrad las perlas
Que tenéis, que quiero ver
Cuántos lazos podré hacer.

ZARA. Allí dentro podrás verlas.
Entrate, y déjame un poco,
Que quiero hablar con Constanza.

ALIMA. Vos gustaréis de la danza
Antes de mucho, y no poco. (Éntrase.)

CONST. Dime, señora, ¿qué es esto?
¿Tanto te enfada el casarte,
Y con un rey?

ZARA. No hay contarte
Tantas cosas y tan presto.

CONST. ¿De dónde el enfado mana,
Que muestras tan importuno?

ZARA. Pasito, no escuche alguno:
Soy cristiana, soy cristiana.

CONST. ¡Válame Santa María!

ZARA. Esa Señora es aquella
Que ha de ser mi luz y estrella
En el mar de mi agonía.

CONST. ¿Quién te enseñó nuestra ley?

ZARA. No hay lugar en que lo diga:
Cristiana soy; mira, amiga,

¿Qué me sirve el moro rey?
Di: ¿conoces, por ventura,
Á un cautivo rescatado
Que es caballero y soldado?

CONST. ¿Cómo ha nombre?

ZARA. Mal segura
Estoy aquí, y con temor
De algún desgraciado encuentro.

CONST. Pues entrémonos adentro.

ZARA. Sin duda será mejor. (Éntranse).

Salen el REY, el CADÍ, y el GUARDIÁN BAJÍ,

CADÍ. Extraño caso ha sido.

REY. Y tan extraño,
Que no sé si jamás le ha visto el mundo.

CADÍ. Ya se han visto en el aire muchas veces
Formados escuadrones espantables
De fantásticas sombras, y encontrarse
Con todo el artificio y maestría
Que en la mitad de una campaña rasa
Se suelen embestir los verdaderos:
Las nubes han llovido sangre y malla,
Y pedazos de alfanjes, y de escudos.

REY. Esos llaman prodigios los cristianos,
Que suelen parecer algunas veces;
Pero que acaso y sin misterio alguno,
Del sol los rayos, que en las nubes topan,
Hayan formado así tan grande armada,
Nunca lo oí jamás.

GUARD. Yo así lo digo.
Pues á fe que te cuesta la burleta
Más de treinta cristianos.

REY. No hace al caso,

Mas que pasaran á cuchillo todos.

CADÍ. Quitóme el sobresalto de las manos
El corvacho y la furia.

REY. ¿Qué hacías?

CADÍ. Azotaba á un cristiano.

REY. ¿Por qué causa?

CADÍ. Es de pequeña edad y no es posible,
Que regalos, promesas ni amenazas
Le puedan volver moro.

REY. ¿Es por ventura
El muchacho español del otro día?

CADÍ. Aquese mismo es.

REY. Pues no te canses;
Que es español, y no podrán tus mañas,
Tus iras, tus castigos, tus promesas,
Á hacerle torcer de su propósito;
Que mal conoces la canalla terca,
Porfiada, feroz, fiera, arrogante,
Pertinaz, indomable y atrevida.
Antes que moro, le verás sin vida.

Entra un MORO asido de un cautivo.

REY. ¿Qué ha hecho este cristiano?

MORO. En este punto
En una extraña y nunca vista barca,
Casi una legua al mar, en este punto
Le acabé de coger.

REY. Pues, ¿de qué modo
Era la barca extraña?

MORO. Era una balsa
Hecha de canalejas, sustentada
Sobre grandes y muchas calabazas,
Y él, puesto en medio en pie, de árbol servía,

Y sus brazos de entena, en cuyas manos
Servía de vela una camisa rota.

REY. ¿Cuándo entraste en la barca?

CRIST. Á media noche.

REY. Pues, ¿cómo en tanto tiempo no pudiste
Alejarte de tierra más espacio?

CRIST. Sultán, no me servía de otra cosa
Sino de anegarme, y sólo iba
Confiado en el cielo y en el viento,
Que próspero y furioso arrebatado,
La mal formada barca la aportase
En cualquiera ribera de cristianos;
Que ningún remo ó vela fuera parte
Á hacerla tomar curso ligero.

REY. En fin, ¿español eres?

CRIST. No lo niego.

REY. Pues de eso que no niegas, yo reniego.

Entra el SACRISTÁN con un niño en las mantillas fingido, y tras él el JUDÍO de la cazuela.

REY. ¿Es aquesta otra barca?

JUDÍO. Este cristiano
Me acaba de robar á este mi hijo.

CADÍ. ¿Para qué quiere el niño?

SACRIST. ¿No está bueno?
Para que le rescaten, si no quieren
Que le críe y enseñe el *Padre nuestro*.
¿Qué decís vos, Raquel ó Sedequías,
Farés, Sadoc ó Zabulón, ó diablo?

JUDÍO. Este español, señor, es la ruina
De nuestra judería; no hay en ella
Cosa alguna segura de sus uñas.

REY. Di, ¿no eres español?

SACRIST. ¿Ya no lo sabes?

REY. ¿Quién es tu amo?
SACRIST. El dabají Morato.
REY. Tocadle por mi vida.
CADÍ. Por la mía,
Que tienes gran razón en lo que has dicho
De la canalla bárbara española.

Entra otro MORO con otro CRISTIANO muy roto y llagadas las piernas.

REY. ¿Quién es éste?
MORO. Español, que se ha huído
Tantas veces por tierra, que con esta
Son veinte y una vez las de su fuga.
REY. Si diésemos audiencia cuatro días,
Serían de españoles todos cuantos
Se entrasen á quejar.
CADÍ. ¡Extraño caso!
REY. Papáz, vuélvele el niño á este judío,
Y no le hagan mal á este cristiano,
Que pues á tal peligro entregó el cuerpo,
En grande cuita debe estar su alma.—
Y tú, ¿eres español?
CRIST. Y de Valencia.
REY. Vuélvete, pues, á huir, que si te vuelven,
Yo te pondré en un palo.
SACRIST. Señor, haga
Que este puto judío dé, siquiera,
El jornal que he perdido por andarme
Tras él para robarle este hi de puta.
CADÍ. Bien dice: desembolse cuarenta ásperos,
Y delos al papáz, que los merece.
SACRIST. Oye, amigo judío.
JUDÍO. Muy bien oigo,

Mas no los tengo aquí.

SACRIST. Vamos á casa.

CADÍ. Con españoles, esto y más se pasa.

(Éntranse todos.)

El PADRE solo.

¿Si osaré entrar allá dentro?
¡Oh temor impertinente!
Vamos, que no teme encuentro
Piedra, que naturalmente
Va presurosa á su centro.

Córrese una cortina y descúbrese FRANCISQUITO atado á una coluna en la forma que pueda mover á más piedad.

FRANC. ¿No me quieran desatar,
Para que pueda, siquiera,
Como es costumbre expirar?

PADRE. No, que de aquesta manera
Más á Cristo has de imitar.
Si vas caminando al cielo,
No has de sentarte en el suelo;
Más ligero vas ansí.

FRANC. ¡Oh padre! lléguese á mí,
Que el velle me da consuelo.
Ya la muerte helada y fría
Á dejaros me provoca
Con su mortal agonía.

PADRE. Echa tu alma en mi boca,
Para que ensarte la mía.
¡Ay! que expira

FRANC. Adiós, que expiro.

PADRE. Dios, á quien tu intento aspira,
Nos junte á donde yo aspiro.
¡Qué poco á poco respira!
¡Ya dió el último suspiro! —
Vete en paz, alma hermosa,
Y al que te hizo dichosa,
Pues ya le ves, pídele
Que nos sustente en su fe
Pura, santa, alegre, honrosa.
¡Quién supiese el muladar
Á donde te han de enterrar,
Reliquia pequeña y santa,
Para que pueda mi planta
Con mis lágrimas regar! (Éntrase.)

Aquí ha de salir la boda de ésta manera: ALIMA con un velo delante del rostro, en lugar de ZARA; llévanla en unas andas en hombros, con música, y hachas encendidas, guitarras y voces y grande regocijo, cantando los cantares que yo daré. Salen detrás de todos VIBANCO y D. LOPE, y entre los moros de la música va OSORIO el cautivo. Como acaban de pasar, pregunta D. LOPE á OSORIO:

LOPE. ¿Quién es esta novia?
OSORIO. Zara,
La hija de Agimorato.
LOPE. No es posible.
OSORIO. Cosa es clara.
VIBANCO. Su rostro y el apararo
De la boda lo declara.
OSORIO. Por Dios, señores, que es ella,
Y que es la mora más bella
Y rica de Berbería.
LOPE. Por el velo que traía
No podimos conocella.

OSORIO. Muley Maluco es su esposo,
El que pretende ser rey
De Fez, moro muy famoso;
Y en su secta y mala ley
Es versado y muy curioso.
Sabe la lengua turquesca,
La española y la tudesca,
Italïana y francesa;
Duerme en alto, come en mesa,
Sentado á la cristianesca.
Sobre todo es gran soldado,
Liberal, sabio, compuesto,
De mil gracias adornado.

LOPE. ¿Qué dices, amigo, de ésto?

VIBANCO. Que habemos bien negociado,
Pues siendo una caña, vara,
Y otro nuevo Moisén, Zara,
De este Egipto disoluto,
Pasamos el mar enjuto
Á gozar la patria cara.

OSORIO. Gasta en pascuas el judío
Su hacienda, en bodas el moro;
El cristiano, á su albedrío
Sigue en esto otro decoro,
De todo gusto vacío,
Porque en pleitos le da cabo.

ZARA á la ventana.

ZARA. ¿Ce, ola, cristiano, esclavo?

OSORIO. Adiós, señores; que quiero
Hasta el término postrero
Ver esto.

LOPE. Tu gusto alabo.

ZARA. ¿Cristiano ó moro enemigo?
VIBANCO. ¿Quién nos llama?
ZARA. Quien merece
Que le oyáis.
LOPE. Por Dios, amigo,
Que ésta. Zara me parece
En la voz.
VIBANCO. Yo ansí lo digo.
ZARA. Decidme: ¿qué cosa esta
De este regocijo y fiesta?
LOPE. Con Zara la de esta casa
Muley Maluco se casa.
ZARA. ¡Desvariada respuesta!
LOPE. Y allí va sobre unas andas
Con música y vocería:
Mira si otra cosa mandas.
ZARA. Ya veo, Lela María,
Cómo en mis remedios andas.
LOPE. ¿Eres Zara?
ZARA. Zara soy.
¿Tú quién eres?
LOPE. Loco estoy.
ZARA. ¿Qué dices?
LOPE. Que soy, señora,
Un tu esclavo, que te adora.
Soy don Lope.
ZARA. Á abrirte voy.

(Quítase de la ventana y baja á abrir.)

VIBANCO. De misterio no carece
Estar Zara aquí y allí.
LOPE. Éste bien su fe merece,
Y el estar tan sola aquí,

La admiración en mí crece.
Adonde hay tanto criado,
¿Tal soledad se ha hallado?
Todo es milagro y ventura.

VIBANCO. El regocijo y holgura
De la boda lo ha causado.
Quien le hace parecer
En lugares diferentes,
Muy más que esto puede hacer
Por quitar inconvenientes
Al bien que ha de suceder.

Sale ZARA.

¿Vesla, don Lope, á dó asoma?
Mira si es bien que Mahoma
Este tesoro quitemos.

LOPE. ¡Oh extremo de los extremos
De amor, que las almas doma!
Salud de mi enfermedad,
Arrimo de mi caída,
De mi prisión libertad,
De mi muerte alegre vida,
Crédito de mi verdad,
Archivo donde se encierra
Toda la paz de mi guerra;
Sol, que alumbra mis sentidos;
Luz, que á míseros perdidos
Los encamina á su tierra;
Vesme aquí á tus pies postrado,
Más tu esclavo y más rendido,
Que cuando estaba aherrojado;
Por ti ganado y perdido,
Preso y libre en un estado;

Dame tus pies sobrehumanos,
Y tus Alejandras manos,
Donde mis labios se pongan.

ZARA. No es bien que se descompongan
Con moras labios cristianos.
Por mil señales has visto
Cómo yo toda soy tuya,
No por ti, sino por Cristo;
Y así en fe de que soy suya,
Estas caricias resisto:
Para otro tiempo las guarda;
Que ahora que se acobarda
El alma con mil temores,
Comedimientos y amores,
Mal los atiende y aguarda.
¿Cuándo te partes á España,
Y cuándo piensas volver
Por quién queda y te acompaña?
¿Cuando fin has de poner
Á tan gloriosa hazaña?
¿Cuándo volverán tus ojos
Á ver los moros despojos
Que ser cristianos desean?
¿Cuándo, en verte, harás que vean
Fin mis temores y enojos?

LOPE. Mañana me partiré;
Dentro de ocho días creo,
Señora, que volveré,
Que á la cuenta del deseo,
Que han de ser siglos bien sé.
En el jardín estarás
Del tu padre, á do verás
Mi fe y palabra cumplida,
Si me costase la vida,

Que con tu vida me das;
Y no te asalte el recelo
Que te he de faltar en esto,
Pues no ha de querer el cielo,
Para caso tan honesto,
Negar su ayuda en el suelo.
Cristiano y español soy,
Y caballero, y te doy
Mi fe y palabra de nuevo
De hacer lo que en esto debo.

ZARA. Asaz satisfecha estoy;
Pero, si me quieres bien,
Porque quede más segura,
Júrame por Marien...

LOPE. Juro por la Virgen pura,
Y por su Hijo también,
De no olvidarte jamás,
Y de hacer lo que verás
En mi gusto y tu provecho.

ZARA. Grande juramento has hecho:
Basta, no me jures más.

VIBANCO. ¿Qué es lo que tu padre dice
De eso de tu casamiento
Con Muley Maluco?

ZARA. Hice
Esta noche un sentimiento,
Con que la boda deshice:
Hoy me mandó aderezar,
Para haberme de llevar
Esta noche á ser esposa:
Vino, y hallóme llorosa;
Fuese sin quererme hablar;
Y por toda la ciudad
Se suena, que me desposo

Esta noche.

VIBANCO. Así es verdad.

LOPE. Este es caso milagroso;
No la apuréis más, callad.—
Dame tus manos, señora,
Hasta que llegue la hora
Que con abrazos las des.

ZARA. No, sino dame tus pies,
Que eres cristiano, y yo mora.
Vete en paz; que yo entretanto
Que vas y vuelves, haré
Plegarias al cielo santo
Con las voces de mi fe,
Y lágrimas de mi llanto,
Rogándole, que tranquile
El mar, que viento asutile
Próspero y largo en tus velas;
Que te libre de cautelas,
Que en su fe mi ingenio afile;
Y adiós, que no puedo más,
Y mañana iré al jardín,
Donde te espero.

VIBANCO. Verás
Deste principio buen fin.

ZARA. ¡Qué! ¿me dejas y te vas?

LOPE. No puedo hacer otra cosa.

ZARA. ¿Llegará la venturosa
Hora de volver á verte?

LOPE. Sí llegará, si la muerte
No es, cual suele, rigurosa. (Vase Zara.)
No será el irme cordura,
Hasta ver el fin que tiene
Aquesta boda en figura.

VIBANCO. El misterio que contiene,

Mi buen suceso asegura. (Éntranse.)

Descúbrese un tálamo, donde ha de estar Alima cubierto el rostro con el velo; danzan la danza de la morisca; haya hachas: esténlo mirando D. Lope, y Vibanco, y en acabando la danza, entran los dos moros.

MORO 1.° La fiesta cese, y á su casa vuelva
La bella Zara; que Muley lo ordena,
Con prudencia admirable, de esta suerte.
MORO 2.° Pues ¿no pasa adelante el casamiento?
MORO 1.° Sí pasa; pero quiere que entretanto
Que él va á cobrar su reino de Marruecos,
Zara se quede en casa de su padre,
Entera y sin tocar; que de este modo
Quedará más segura, y él espera
Gozarla con sosiego allá en su reino,
Á cuya empresa, aun bien no habrá salido
El sol, cuando se parta, que esta priesa
Le dan dos mil genízaros que lleva
En su campo, que ya sabes que marcha.
MORO 2.° Si esto pensaba hacer, ¿para qué quiso
Que el paseo de Zara se hiciese?
¿Qué dirá el pueblo? Pensará sin duda,
Que no quiere casarse ya con ella.
MORO 1.° Diga lo que dijere; este es su gusto,
Y no hay sino callar y obedecelle;
Y más, que Agimorato gusta de ello.
MORO 2.° ¿Ha de volver con pompa?
MORO 1.° Ni por pienso.
MORO 2.° Vamos, pues, á volvella.

(Éntranse todos y ciérrase la cortina del tálamo; quedan en el teatro D. Lope y Vibanco.

VIBANCO. ¡Oh Dios inmenso!

Grandes son tus misterios. Ya seguro
Puedes partir, pues ves cuán fácilmente
Esta fantasma y sombra se ha deshecho.

LOPE. Premisas son de nuestro buen suceso.
Yo me voy á embarcar; tened cuidado
De acudir al lugar donde os he dicho
Y de hacer nuevas señas cada noche,
Como pasen seis días, en los cuales
Pienso poder volver, como deseo;
Y procurad con maña y con aviso,
Sin descubrir jamás vuestro designio,
Que el padre de aquel mártir se recoja
En el jardín, con otro algún amigo;
Que si toca á Mallorca este navío
En que parto, bien será posible
Que dentro de seis días vuelva á veros.

VIBANCO. Partid con Dios, que yo haré de suerte,
Que más de dos la libertad alcancen.
Las señas no se olviden; abrazadme,
Y ánimo y diligencia, y Dios os guíe.

LOPE. De nadie este secreto se confíe. (Éntranse.)

Salen OSORIO y el SACRISTÁN.

OSORIO. El cuento es más gracioso
Que por jamás se ha oído,
Que los judíos mismos,
De su misma hacienda os rescatasen.

SACRIST. Así como os lo cuento
Ha sucedido el caso.
Ellos me han rescatado,
Y dado libertad graciosamente;
Dicen que de esta suerte
Aseguran sus niños,

Sus trastos y cazuelas,
Y finalmente, su hacienda toda.
Yo he dado mi palabra
De no hurtarles cosa
Mientras me fuere á España,
Y por Dios que no sé si he de cumplirla.

Entra un CRISTIANO.

CRIST. La limosna ha llegado
Á Bugia, cristianos.
OSORIO. Buenas nuevas son estas.
¿Quién viene?
CRIST. La Merced.
OSORIO. Dios nos las haga.
¿Y quién la trae á cargo?
CRIST. Dícenme que un prudente
Varón, y que se llama
Fray Jorge de Olivar.
SACRIST. Venga en buen hora.
OSORIO. Un Fray Rodrigo de Arce
Ha estado aquí otras veces,
Y es de esta mesma Orden,
De condición real, de ánimo noble.
SACRIST. Por lo menos me ahorro
Reverencias y ruegos,
Gracias á Sedequías,
Y al rabí Netalim, que dió el dinero.
Si la esperanza es buena,
La posesión no es mala.
Muy bien está lo hecho;
Venga cuando quisiere la limosna.
¡Oh campanas de España!
¿Cuándo entre aquestas manos

Tendré vuestros badajos?
¿Cuándo haré el tic y el toc, ó el grave em-
[pino?
¿Cuándo de los bodigos,
Que por los pobres muertos
Ofrecen ricas viudas,
Veré mi arcaz colmado? ¿cuándo? ¿cuándo?

CRIST. ¿Á dónde vais agora?

OSORIO. Pidióle Agimorato
Al Cadí, que nos fuésemos
Á su jardín por tres ó cuatro días;
Que con su hija Zara,
Y con la bella Alima,
De Caurali consorte,
Piensa pasar allí todo el verano.

CRIST. Podrá ser que algún día
Yo vaya á entretenerme
Con vosotros un rato.

OSORIO. Serás bien recibido.

CRIST. Adiós, amigos. (Vase.)

SACRIST. También, pues estoy libre,
Iré yo, Osorio, á veros.

OSORIO. Pues lleva la guitarra,
Y si es posible, vente luego.

SACRIST. Harélo. (Éntranse.)

Salen ALIMA, ZARA, CONSTANZA; y al entrar, se le cae á ZARA un rosario, que lo alza ALIMA.

ALIMA. ¿Cómo es esto, Zara amiga?
¿Cruz en tus cuentas?

CONST. Mas son.

ALIMA. Si aquesta no es devoción,
No sé qué piense, ó qué diga.

ZARA. ¿Qué cosa es cruz?
ALIMA. Este palo
Que sobre estotro atraviesa.
ZARA. Pues bien; ¿qué señal es ésa?
ALIMA. No está el disimulo malo.
Es la señal que el cristiano
Reverencia como á Alá.
CONST. Señora, déjamela,
Que es mía.
ALIMA. Tu intento es vano,
Que á Zara se le cayó,
Y yo lo vi con mis ojos.
ZARA. Eso no te cause enojos,
Que Constanza me la dió
Cuando estaba el otro día
En tu casa, y yo no sé
Lo que es cruz.
CONST. Ello ansí fué,
Y fué inadvertencia mía
No quitalle esta señal;
Pero ¿qué importa al decoro
De vuestro rezado moro?
ZARA. Guala, que no dice mal.
ALIMA. Con todo, quítala, hermana,
Que si algún moro la ve,
Dirá que guardas la fe
En secreto de cristiana.

Entran VIBANCO y D. FERNANDO.

VIBANCO. He fiado este secreto
De vos, por ser caballero.
FERN. Ser agradecido espero,
Al paso de ser secreto.

Estas son Alima y Zara,
Que yo las conozco bien.

VIBANCO. Nuestro negocio va bien.

ALIMA. Repara, amiga, repara
Que viene allí mi cristiano,
Y en él viene un mi enemigo,
Á quien adoro y maldigo.

ZARA. ¿Qué dices?

ALIMA. No está en mi mano
Disimular más.

CONST. ¡Ay triste!
¿Si se quiere declarar
Con él?

ALIMA. Quiérole hablar.

CONST. En vano á amor se resiste.

ZARA. ¿Quiéresle bien?

ALIMA. La vergüenza
Me perdone: adórole,
Y él lo sabe; y yo no sé
Cómo á su dureza venza.

ZARA. ¿Y no se humana contigo?

ALIMA. Constanza dice que sí;
Pero yo siempre en él vi
Asperezas de enemigo.
Llégate; dime, cristiano:
¿Sabes que eres mi cautivo?

FERN. Señora, sí, y sé que vivo
Por ti.

ALIMA. Pues ¿cómo, inhumano,
Nunca te han dicho mis ojos
Y la lengua de Constanza,
Que tienes de mi esperanza
En tu poder los despojos?
¿Has aguardado á que haga,

De tanta gente en presencia,
Esta costosa experiencia,
Descubriéndote mi llaga?
Mira que fe desdichada,
Que esto que llaman amor,
Ya es incendio, ya es furor,
Cuando no repara en nada.
Mira bien que podría ser,
Si desprecias lo que digo,
Hicieses hombre enemigo
De tan amiga mujer.

FERN. Tres días pido, no más,
De plazo, señora mía,
Para dar á tu porfía
El dulce fin que verás.
Vete con Dios al jardín
De Zara, y allí me espera;
Verás de tu pena fiera,
Como he dicho, un dulce fin.

ALIMA. Soy contenta.

ZARA. Y yo la mano
Doy por él, que así lo hará.

CONST. Muy bien negociado está.

ALIMA. Si has de venir, ve temprano.

ZARA. ¿Qué viento es este que corre,
Cristiano?

VIBANCO. Norte parece,
Y en él la ventura ofrece
El que nos guía y socorre.

ZARA. ¿Fuése ya tu compañero
Á España?

VIBANCO. Ya habrá seis días.

ZARA. Solo sin él quederías.

VIBANCO. Sí quedé, mas verle espero

Con brevedad.

ZARA. Qué, ¿tan presto?

VIBANCO. Partiríame mañana,
Si hubiese bajel.

ALIMA. Cristiana,
Alza el rostro; ¿que es aquesto?
Muy melancólica estás:
¿Qué tienes?, ¿qué sientes?, di.

CONST. Vamos, señora, de aquí,
Aunque he de morir do vas,
Porque me da el corazón
Saltos, que me rompe el pecho.

ZARA. El madrugar lo habrá hecho.

CONST. Y haber visto una visión
Que si no es cosa fingida,
Y en buen discurso trazada,
El fin de aquesta jornada
Ha de ser el de mi vida.

FERN. Todas son fantasmas vanas;
Constanza, no hay que temer.

CONST. Presto lo echaré de ver.

ZARA. Medrosas son las cristianas.

CONST. No mucho, puesto que hay tal,
Que se espanta de los cielos;
Iba á decir de los celos,
Y no dijera muy mal.

ALIMA. Queda con Alá, mi Hernando,
Y mira que vengas luego;
Que te lo mando y lo ruego.

CONST. Basta decir, «te lo mando.»

(Entranse las tres.)

VIBANCO. Vamos; quizá la ventura

Habrá tan próspera sido,
Que Don Lope sea venido,
Y no hay perder coyuntura.

(Éntranse Vibanco y D. Fernando.)

Sale el PADRE con un paño blanco ensangrentado, como que lleva en él los huesos de FRANCISQUITO.

PADRE. Osorio haré que los guarde.
Temo que esta escuridad,
Ó me turbe ó lleve tarde.
¡Oh, cuán propio es de mi edad
Ser temeroso y cobarde!
Mas estas reliquias santas
Encaminarán mis plantas
Al jardín de Agimorato.
Menester es gran recato
Donde hay asechanzas tantas. (Éntrase.)

Salen D. FERNANDO y VIBANCO.

VIBANCO. En la mar está sin duda,
Que haber á tierra llegado,
Muestra este plato quebrado;
Á nuestra señal se acuda:
Hiere, amigo, el pedernal,
Porque saques dél la lumbre,
Que traiga, guíe y alumbre
Todo el bien de nuestro mal.
FERN. ¿No ves cómo otras centellas
Corresponden á las nuestras?
VIBANCO. Llama á tan alegres muestras,
No centellas, sino estrellas.

Sosiega, y escucha el son
Manso de los santos remos.

FERN. Más á la orilla lleguemos:
No hay que dudar, ellos son.

Entran D. LOPE y el PATRÓN de la barca.

LOPE. ¿Es Vibanco?

VIBANCO. El mismo soy.

LOPE. ¿Está Zara en el jardín?

VIBANCO. Sí, amigo.

LOPE. Felice fin
Da el cielo á mis males hoy.

VIBANCO. Abrázame.

LOPE. No hay lugar
De cumplimientos agora;
Ve por ella.

VIBANCO. Sea en buen hora;
Poco podrás esperar.

FERN. ¿Quieres que vaya contigo,
Amigo?

VIBANCO. No hay para qué,
Que yo solo las traeré
En un instante conmigo,
Que todos están á punto,
Sin dormir, esto esperando.

LOPE. Pues parte, amigo, volando.

PATRÓN. ¿Están lejos?

VIBANCO. Aquí junto. (Éntrase.)

PATRÓN. ¡Oh, si no tardasen mucho!
Que es el viento favorable.

LOPE. Sosegaos, ninguno hable,
Que cierto rumor escucho.

PATRON. A la barca nos volvamos,

Hasta ver lo que es, señor.

LOPE. Quedito, no hagáis rumor,
Que aquí seguros estamos.

Entran VIBANCO, ZARA, CONSTANZA, el PADRE con un paño blanco, dando muestra que lleva los huesos de Francisquito, OSORIO, el SACRISTÁN y otros cristianos que pudieren salir.

VIBANCO. Estaban alerta, y vieron
Las señales en la mar,
Y sin poderme esperar,
Á la marina corrieron.
Ahorráronme el camino.

OSORIO. Esta es suerte milagrosa.

LOPE. ¿Dó está mi estrella hermosa?

ZARA. ¿Dó está mi norte divino?

PATRÓN. No es tiempo de cumplimientos:
Á embarcar, que el viento carga.
¡Oh liviana y santa carga!
Haced propicios los vientos.

SACRIST. Yo ya estaba rescatado;
Pero con todo, me iré.

PATRÓN. ¿Hay más cristianos?

FERN. No sé.

VIBANCO. Los que he podido he juntado.

CONST. Vamos, no despierte Alima.

FERN. ¿Quieres que por ella vuelva?

PATRÓN. Todo el mundo se resuelva
De embarcarse.

CONST. ¿Te lastima
Dejar tu ama?

FERN. Y mi amo
Quisiera que aquí se hallara.

LOPE. Vamos, Zara.
ZARA. Ya no Zara,
Sino María me llamo.
LOPE. No de la imaginación
Este trato se sacó;
Que la verdad lo fraguó
Bien lejos de la ficción.
Dura en Argel este cuento
De amor y dulce memoria,
Y es bien que verdad y historia
Alegre al entendimiento;
Y aun se hallarán en él
La ventana y el jardín.
Y aquí da este trato fin;
Que no le tiene el de Argel.

FIN DE LOS BAÑOS DE ARGEL

PEDRO DE URDEMALAS

Los que hablan en ella son los siguientes:

PEDRO DE URDEMALAS.
CLEMENTE, zagal.
CLEMENCIA y BENITA, zagalas.
CRESPO, alcalde, padre de Clemencia.
SANCHO MACHO y DIEGO TARUGO, regidores.
LAGARTIJA y HORNACHUELOS, labradores.
REDONDO, escribano.
PASCUAL.
UN SACRISTÁN.
MALDONADO, conde de gitanos.
Músicos.
INÉS y BELICA, gitanas.
UNA VIUDA, labradora.
UN LABRADOR, que la lleva de la mano.
UN CIEGO.
EL REY.
SILERIO.
UN CRIADO DEL REY.
UN ALGUACIL.
LA REINA.
MOSTRENCO.
MARCELO, caballero.
Tres representantes, con su autor.
UN LABRADOR.
Otros dos farsantes.
ALGUACIL DE COMEDIAS.

JORNADA PRIMERA

Entran PEDRO DE URDEMALAS, en hábito de mozo de labrador, y CLEMENTE, como zagal.

CLEMENTE De tu ingenio, Pedro amigo,
Y nuestra amistad, se puede
Fiar más de lo que digo,
Porque él al mayor excede,
Y della el mundo es testigo.
Así que, es de calidad
Tu ingenio y nuestra amistad,
Que, sin buscar otro medio,
En ambos pongo el remedio
De toda mi enfermedad.
Esa hija de tu amo,
La que se llama Clemencia,
Á quien yo Justicia llamo;
La que huye mi presencia,
Cual del cazador el gamo;
Esa, á quien naturaleza,
Dió el extremo de belleza
Que has visto, me tiene tal,
Que llega al punto mi mal
Do llega el de su lindeza.
Cuando pensé que ya estaba
Algo crédula al cuidado
Que en mis ansias le mostraba,
Yo no sé quién la ha trocado

De cordera, en tigre brava.
Ni sé yo por qué mentiras,
Sus mansedumbres en iras
Ha vuelto; ni sé, ¡oh amor!
Por qué con tanto rigor
Contra mí tus flechas tiras.

PEDRO. Bobear: dime, en efeto,
Lo que quieres.

CLEMENTE Pedro hermano,
Que me libres de este aprieto
Con algún consejo sano
Ó ayuda de hombre discreto.

PEDRO. ¿Han llegado tus deseos
Á más que dulces fioreos?
¿Ó has tocado en el lugar
Donde amor suele fundar
El centro de sus empleos?

CLEMENTE Pues sabes que soy pastor,
Entona más bajo el punto,
Habla con menos primor.

PEDRO. ¿Que si eres, te pregunto,
Amadís ó Galaor?

CLEMENTE No soy sino Antón Clemente;
Y andas, Pedro, impertinente
En hablar por tal camino.

PEDRO. Pan por pan, vino por vino
Se ha de hablar con esta gente.
¿Haste visto con Clemencia
Á solas ó en parte escura,
Donde ella te dió licencia
De alguna desenvoltura,
Que encargase la conciencia?

CLEMENTE Pedro, el cielo me confunda,
Y la tierra aquí me hunda,

Y el aire jamás me aliente,
Si no es un amor decente
En quien el mío se funda.
Del padre el rico caudal
El mío pobre desprecia,
Por no ser al suyo igual,
Y entiendo, que sólo precia
El de Llorente y Pascual,
Que son ricos; y es razón
Que se lleve el corazón
Tras sí de cualquier mujer,
No el querer, sino el tener
Del oro la posesión.
Y demás de esto, Clemencia
Á mi amor no corresponde,
Por no sé qué impertinencia
Que le han dicho; y así esconde
De mis ojos su presencia.
Y si tú, Pedro, no haces
De nuestras riñas las paces,
Ya por perdido me cuento.

PEDRO. Ó no tendré entendimiento,
Ó he de trazar tus solaces.
Si sale, como imagino,
Hoy mi amo por alcalde,
Te digo, como adivino,
Que hoy no te trujo de balde,
Á hablar conmigo el destino.
Tu verás cómo te entrego
En holganza y en sosiego,
El bien que interés te veda,
Y que al dártele, preceda
Promesa, dádiva y ruego.
Y en tanto que esto se traza,

Vuelve los ojos y mira,
Los lazos con que te enlaza
Amor, y por quién suspira
Febo, que allí se disfraza.
Mira á los rubios cabellos
De Clemencia, y mira entre ellos
Al lascivo amor jugando,
Y como se va admirando,
Por ver que se mira en ellos.
Benita viene con ella,
Su prima, cual si viniese
Con el sol alguna estrella,
Que no menos luz nos diese
Que el mismo sol; tal es ella.
Clemente, ten advertencia,
Que si llega aquí Clemencia,
Te le humilles; yo á Benita,
Como á una cosa bendita
Le pienso hacer reverencia.
Dile con lengua curiosa
Cosas de que no disguste,
Y ten por cierta una cosa;
Que no hay mujer que no guste
De oirse llamar hermosa.
Liberal de esta moneda
Te muestra; no tengas queda
La lengua en tus alabanzas:
Verás volver las mudanzas
De la variable rueda.

Entran CLEMENCIA y BENITA, zagalas, con sus cantarillas, como que van á la fuente.

BENITA. ¿Por qué te vuelves, Clemencia?
CLEM. ¿Por qué me vuelvo, Benita?

Por no verme en la presencia
De quien la salud me quita,
Y me da mortal dolencia;
Por no ver á un insolente,
Que tiene bien diferente
De la condición el nombre.

BENITA. Apostaré que es el hombre
Por quien lo dices, Clemente.

CLEMENTE ¿Soy Basilisco, pastora,
Ó soy alguna fantasma
Que se aparece á deshora,
Con que el sentido se pasma
Y el ánimo se empeora?

CLEM. No eres sino un parlero,
Adulador, lisonjero,
Y sin por qué jatancioso;
En verdades mentiroso,
Y en mentiras verdadero.
¿Cuándo te he dado yo prenda
Que de mi amor te asegure
Tanto, que claro se entienda
Que aunque el amor me procure,
No hayas temor que te ofenda?
Esto dijiste á Jacinta,
Y le mostraste una cinta
Encarnada que te di;
Y en tu rostro se ve aquí
Aquesta verdad distinta.

CLEMENTE Clemencia, si yo he dicho cosa alguna
Que no vaya á servirte encaminada,
Venga de la más próspera fortuna
Á la más abatida y desastrada.
Si siempre sobre el cerco de la luna
No has sido por mi lengua levantada,

Cuando quiera decirte mi querella,
Mudo silencio el cielo infunda en ella.
Si mostré tal, la fe en que yo pensaba,
Por la ley amorosa, de salvarme,
Cuando á la vida el término se acaba,
Por ella entonces venga á condenarme.
Si dije tal, jamás halle en su aljaba
Flechas de plomo amor, con que tirarme,
Sino es á ti, y á mí con las doradas,
Á helarte y abrasarme encaminadas.

PEDRO. Clemencia, tu padre viene,
Y con la vara de alcalde.

CLEM. No la ha alcanzado de balde,
Que su salmorejo tiene.—
Hermano Clemente, adiós.

CLEMENTE Pues ¿cómo quedamos?

CLEM. Bien.—
Benita, si quieres, ven.

BENITA. Sí, pues venimos las dos.

(Éntranse Benita y Clemencia.)

PEDRO. Vete en buen hora, Clemente,
Y quédese el cargo á mí
De lo que he de hacer por ti.

CLEMENTE Adiós, pues.

PEDRO. Él te contente.

Salen MARTÍN CRESPO, alcalde, padre de Clemencia, y SANCHO MACHO y DIEGO TARUGO, regidores.

TARUGO. Plácenos, Martín Crespo, del suceso;
Desechéisla por otra de brocado,
Sin que jamás un voto os salga avieso.

ALCAL. Diego Tarugo, lo que me ha costado
Aquesta vara, sólo Dios lo sabe,
Y mi vino y capones y ganado.

El que no te conoce, ese te alabe,
Deseo de mandar.

SANCHO. Yo aqueso digo:
Que sé que en él todo cuidado cabe.
Véala yo en poder de mi enemigo,
Vara, que es por presentes adquirida.

ALCAL. Pues ahora la tiene un vuestro amigo.

SANCHO. De vos, Crespo, será tan bien regida,
Que no la doble dádiva ni ruego.

ALCAL. No, juro á mi, mientras tuviere vida.
Cuando mujer me informe, estaré ciego;
Al ruego del hidalgo, sordo y mudo;
Que á la severidad todo me entrego.

TARUGO. Ya veo en vuestro tiempo, y no lo dudo,
Sentencias de Salmón, el rey discreto,
Que el niño dividió con hierro agudo.

ALCAL. Al menos de mi parte, yo promento
De arrimarme á la ley en cuanto pueda,
Sin alterar un mínimo decreto.

SANCHO. Como yo lo deseo, así suceda,
Y adiós.

ALCAL. Fortuna os tenga, Sancho Macho,
En la empinada cumbre de su rueda.

TARUGO. Sin que el temor ó amor os ponga empacho,
Juzgad, Crespo, terrible y brevemente,
Que la tardanza en toda cosa tacho;
Y adiós quedad.

ALCAL. En fin, sois buen pariente.

(Éntranse Sancho Macho y Diego Tarugo.)

Pedro, que escuchando estás,
¿Cómo de mi buen suceso
El parabien no me das?

Ya soy alcalde, y confieso
Que lo seré por demás,
Si tú no me das favor,
Y muestras algún primor
Con que juzgue rectamente;
Que te tengo por prudente,
Más que á un cura y á un doctor.

PEDRO. Es aqueso tan verdad,
Cual lo dirá la experiencia,
Porque con facilidad
Luego os mostraré una ciencia,
Que os dé nombre y calidad.
Llegaraos Licurgo apenas,
Y la celebrada Atenas
Callará sus doctas leyes;
Envidiaros han los reyes,
Y las escuelas más buenas.
Yo os meteré en la capilla
Dos docenas de sentencias
Que al mundo den maravilla,
Todas con sus diferencias
Civiles ó de rencilla;
Y la que primero á mano
Os viniere, está bien llano
Que no ha de haber más que ver.

ALCAL. Desde hoy mas, Pedro, has de ser,
No mi mozo, mas mi hermano.
Ven, y mostrarásme el modo
Como yo ponga en efeto
Lo que has dicho, en parte, ó todo.

PEDRO. Pues más cosas te prometo.

ALCAL. Á cuaquiera me acomodo.

(Éntranse el Alcalde y Pedro.)

Salen otra vez SANCHO MACHO y TARUGO.

SANCHO. Mirad, Tarugo, bien siento,
Que aunque el parabien le distes
Á Crespo de su contento,
Otro paramal tuvistes
Guardado en el pensamiento;
Porque, en efeto, es mancilla
Que se rija aquesta villa
Por la persona más necia
Que hay desde Flandes á Grecia,
Y desde Egipto á Castilla.

TARUGO. Hoy mostrará la experiencia,
Buen regidor Sancho Macho,
Adónde llega la ciencia
De Crespo, á quien yo no tacho
Hasta la primera audiencia;
Y pues agora ha de ser,
Soy Macho, de parecer,
Que le oigamos.

SANCHO. Sea así,
Aunque tengo para mí
Que un simple en él se ha de ver.

Entran LAGARTIJA y HORNACHUELOS, labradores.

HORN. ¿De quién, señores, sabremos
Si el alcalde en casa está?

TARUGO. Aquí los dos le atendemos.

LAGART. Señal es que aquí saldrá.

SANCHO. Tan cierta, que ya le vemos.

Salen el ALCALDE y REDONDO, escribano, y PEDRO.

ALCAL. ¡Oh valientes regidores!

REDONDO. Siéntense vuesas mercedes.

ALCAL. Sin ceremonia, señores.
TARUGO. En cortés exceder puedes
Á los corteses mayores.
ALCAL. Siéntese aquí el escribano,
Y á mi izquierda y diestra mano
Los regidores estén,
Y tú, Pedro, estarás bien
Á mis espaldas.
PEDRO. Es llano.
Aquí en tu capilla están
Las sentencias suficientes
Á cuantos pleitos vendrán,
Aunque nunca pares mientes
Á la relación que harán.
Y si alguna no estuviere,
Á tu asesor te refiere;
Que yo lo seré de modo
Que te saque bien de todo,
Y sea lo que se fuere.
REDON. ¿Quieren algo, señores?
LAGART. Sí querríamos.
REDON. Pues digan, que aquí está el señor alcalde,
Que les hará justicia rectamente.
ALCAL. Perdónemelo Dios lo que ahora digo,
Y no me sea tomado por soberbia:
Tan tiestamente pienso hacer justicia,
Como si fuese un sonador romano.
REDONDO. *Senador,* Martín Crespo.
ALCAL. Allá va todo.
Digan su pleito apriesa y brevemente;
Que apenas me le habrán dicho, en mi ánima,
Cuando les dé sentencia rota y justa.
REDONDO. *Recta,* señor alcalde.
ALCAL. Allá va todo.

HORN. Prestóme Lagartija tres rëales;
Volvíle dos; la deuda queda en uno,
Y él dice que le debo cuatro justos:
Este es el pleito, brevedad, y dije.—
¿Es aquesto verdad, buen Lagartija?

LAGART. Verdad; pero yo hallo por mi cuenta,
Ó que yo soy un asno, ó que Hornachuelos
Me queda á deber cuatro.

ALCAL. ¡Bravo caso!

LAGART. No hay más en nuestro pleito, y me rezumo
En lo que sentenciare el señor Crespo.

REDONDO. Rezumo por *resumo:* allá va todo.

ALCAL. ¿Qué decís vos á esto, Hornachuelos?

HORN. No hay que decir: yo en todo me arremeto
Al señor Martín Crespo.

REDONDO. *Me remito,*
Pese á mi abuelo.

ALCAL. Dejadle que arremeta;
¿Qué se os da á vos, Redondo?

REDONDO. Á mí nonada.

ALCAL. Pedro, sácame, amigo, una sentencia
Desa capilla, la que está más cerca.

REDONDO. Antes de ver el pleito ¿hay ya sentencia?

ALCAL. Ahí se podrá ver quién es Callejas.

PEDRO. Léase esta sentencia, y punto en boca.

REDONDO. «En el pleito que tratan N. y F...»

PEDRO. Zutano con Fulano significan
La N. con la F. entre dos puntos.

REDONDO. Así es verdad, y digo, «que en el pleito
Que trata este Fulano con Zutano,
Que debo condenar, fallo y condeno
Al dicho puerco de Zutano á muerte,
Porque fué matador de la criatura
Del ya dicho Fulano.» Yo no atino

Qué disparate es éste de este puerco,
Y de tantos Fulanos y Zutanos;
Ni sé cómo es posible que esto cuadre
Ni esquine con el pleito de estos hombres.

ALCAL. Redondo está en lo cierto:—Pedro amigo,
Mete la mano y saca otra sentencia,
Podría ser que fuese de provecho.

PEDRO. Yo, que soy asesor vuestro, me atrevo
De dar sentencia luego cual convenga.

LAGART. Por mí, mas que la dé un jumento nuevo.

SANCHO. Digo que el asesor es extremado.

HORN. Sentencia, norabuena.

ALCAL. Pedro, vaya;
Que en tu magín mi honra deposito.

PEDRO. Deposite primero Hornachuelos,
Para mí el asesor, doce reales.

HORN. Pues sola la mitad importa el pleito.

PEDRO. Así es verdad; que Lagartija el bueno
Tres rëales de á dos os dió prestados,
Y de éstos le volvisteis dos sencillos,
Y por aquesta cuenta debéis cuatro,
Y no, cual decís vos, no más de uno.

LAGART. Ello es ansí, sin que le falte cosa.

HORN. No lo puedo negar, vencido quedo,
Y pagaré los doce con los cuatro.

REDON. Ensúciome en Catón y en Justiniano,
¡Oh Pedro de Urde, montañés famoso,
Que así lo muestra el nombre y el ingenio!

HORN. Yo voy por el dinero, y voy corrido.

LAGART. Yo me contento con haber vencido.

(Éntranse Lagartija y Hornachuelos.)

Salen CLEMENTE y CLEMENCIA, como pastor y pastora, embozados.

CLEMENTE Permítase que hablemos embozados
Ante tan justiciero ayuntamiento.
ALCAL. Mas que habléis en un costal atados,
Porque á oir, y no á ver, aquí me siento.
CLEMENTE Los siglos, que renombre de dorados
Les dió la antigüedad, con justo intento,
Ya se ven en los nuestros, pues que vemos
En ellos de justicia los extremos.
Vemos un Crespo alcalde.
ALCAL. Dios os guarde.
Dejad aquesas lonjas á una parte.
REDON. *Lisonjas* decir quiso.
ALCAL. Y porque es tarde,
De vuestro intento en breve nos dad parte.
CLEMENTE Con verdadera lengua, cierto alarde
Hace de lo que quiero, parte á parte.
ALCAL. Decid; que ni soy sordo, ni lo he sido.
CLEMENTE Desde mis tiernos años,
De mi fatal estrella conducido,
Sin las nubes de engaños,
El sol, que en este velo está escondido,
Miré para adoralle,
Porque esto hizo el que llegó á miralle.
Sus rayos se imprimieron
En lo mejor del alma, de tal modo,
Que en sí la convirtieron.
Todo soy fuego, yo soy fuego todo,
Y con todo, me hielo,
Si el sol me falta, que me eclipsa un velo
Grata correspondencia
Tuvo mi justo y mi cabal deseo;
Que amor me dió licencia

Á hacer de mi alma rico empleo.
En fin, esta pastora,
Así como la adoro, ella me adora.
Á hurto de su padre,
Que es de su libertad duro tirano,
Que ella no tiene madre,
De esposa me entregó la fe y la mano;
Y agora, temerosa
Del padre, no confiesa ser mi esposa.
Teme que el padre rico
Le afrente de mi humilde medianía,
Porque hace el pellico
Al monje en esta edad de tiranía.
Él me sobra en riqueza,
Pero no en la que da naturaleza.
Como él, yo soy tan bueno:
Tan rico no; y á su riqueza igualo
Con estar siempre ajeno
De todo vicio perezoso y malo,
Y entre buenos, es fuero
Que valga la virtud más que el dinero.
Pido que ante ti vuelva
Á confirmar el sí de ser mi esposa,
Y en serlo se resuelva,
Sin estar de su padre temerosa,
Pues que no aparta el hombre
Á los que Dios juntó en su gracia y nombre.

ALCAL. ¿Qué respondéis á esto,
Sol, que entre nubes se cubrió á deshora?

CLEMENTE Su proceder honesto
La tendrá muda, por mi mal, agora;
Pero señales puede
Hacer, con que su intento claro quede.

ALCAL. ¿Sois su esposa, doncella?

PEDRO. La cabeza bajó; señal bien clara,
Que no lo niega ella.
SANCHO. Pues ¿en qué, Martín Crespo, se repara?
ALCAL. En que de mi capilla
Se saque la sentencia, y en oílla.—
Pedro, sácala al punto.
PEDRO. Yo sé que esta saldrá pintiparada,
Porque, á lo que barrunto,
Siempre fué la verdad acreditada
Por atajo ó rodeo,
Y esta sentencia lo dirá, que leo.

(Saca un papel de la capilla, y léele Pedro.)

«Yo, Martín Crespo, alcalde, determino
Que sea la pollina del pollino.»
REDON. Vaso de suertes es vuestra capilla:
Y ésta que ha sido agora pronunciada,
Aunque es para entre bestias, maravilla,
Y aun da muestras de ser cosa pensada.
CLEMENTE El alma en Dios, y en tierra la rodilla,
La vuestra besaré, como á extremada
Coluna que sustenta el edificio
Donde moran las ciencias y el juicio.
ALCAL. Puesto que redundara esta sentencia,
Hijo, en haberos dado el alma mía,
Porque no es otra cosa mi Clemencia,
Me fuera de gran gusto y alegria;
Y alégrenos agora la presencia
Vuestra, que está en razón y en cortesía,
Pues ya lo desleído y sentenciado
Será sin duda alguna ejecutado.
CLEM. Pues con ese seguro, padre mío,
El velo quito y á tus pies me postro.

Mal haces en usar deste desvío,
Pues soy tu hija y no espantable mostro;
Tú has dado la sentencia á tu albedrío,
Y si es injusta, es bien que te dé en rostro;
Pero si justa es, haz que se apruebe,
Con que á debida ejecución se lleve.

ALCAL. Lo que escribí, escribí: bien dices, hija;
Y así, á Clemente admito por mi hijo,
Y el mundo de este proceder colija,
Que más por ley que por pasión me rijo.

SANCHO. No hay alma aquí que no se regocija
De vuestro no pensado regocijo.

TARUGO. Ni lengua que á Martín Crespo no alabe
Por hombre ingeniosísimo y que sabe.

PEDRO. Nuestro amo, habéis de saber
Que es merced particular
La que el cielo quiere hacer
Cuando se dispone á dar
Al hombre buena mujer.
Y corre el mismo partido
Ella, si le da marido
Que sea en todo varón,
Afable de condición,
Más que arrojado, sufrido.
De Clemencia y de Clemente
Se hará una junta dichosa,
Que os alegre y os contente,
Y quien lleve vuestra honrosa
Estirpe de gente en gente;
Y esta noche de San Juan
Las bodas celebrarán
Con el suyo y vuestro gusto.

ALCAL. Señales de hombre muy justo
Todas tus cosas me dan;

Pero la boda otro día
Se hará; que es noche ocupada
De general alegría
Aquesta.

CLEMENTE No importa nada,
Siendo ya Clemencia mía:
Que el gusto del corazón
Consiste en la posesión,
Mucho más que en la esperanza.

PEDRO. ¡Oh, cuántas cosas alcanza
La industria y sagacidad!

ALCAL. Vamos; que hay mucho que hacer
Esta noche.

TARUGO. Sea en buen hora.

CLEMENTE Ni que esperar ni temer
Me queda, pues por señora
Y esposa te vengo á ver.

TARUGO. Bien escogistes, Clemencia.

CLEM. Al que ordenó la sentencia
Las gracias se den, y al cielo.

PEDRO. De que he encargado, recelo,
Algún tanto mi conciencia.

Éntranse todos, y al entrarse sale PASCUAL, y tira del sayo á PEDRO, y quédanse los dos en el teatro; y tras Pascual entra un SACRISTÁN.

PASCUAL. ¿Pedro amigo?

PEDRO. ¿Qué hay, Pascual?
No pienses que me descuido
Del remedio de tu mal;
Antes en él tanto cuido,
Que casi no pienso en al.
Esta noche de San Juan,

Ya tú sabes cómo están
Del lugar las mozas todas,
Esperando de sus bodas
Las señales que les dan.
Benita el cabello al viento,
Y el pie en una vacía
Llena de agua, y oído atento,
Ha de esperar hasta el día
Señal de su casamiento.
Sé tú primero en nombrarte
En su calle, de tal arte,
Que claro entienda tu nombre.

PASCUAL. Por excelencia el renombre
De industrioso pueden darte.
Yo lo haré así, queda en paz;
Mas, después de aquesto hecho,
Tú lo que faltare haz,
Ansí no abrase tu pecho
El fuego de aquel rapaz.

PEDRO. Así será; ve con Dios. (Vase Pascual.)

SACRIST. Por ligero que seáis vos,
Yo os saldré por el atajo,
Y buscaré sin trabajo
La industria de ambos á dos. (Éntrase.)

Sale MALDONADO, conde de gitanos; y adviértase que todos los que hicieren figura de gitanos han de hablar ceceoso.

MALD. Pedro ceñor, Dioz te guarde.
¿Qué te haz hecho? que he venido
Á buzcarte aquezta tarde,
Por ver ci eztaz ya atrevido,
Ó todavía cobarde.
Quiero decir, ci te agrada

El cer nueztro camarada,
Nueztro amigo y compañero,
Como me haz dicho.

PEDRO. Sí quiero.

MALD. ¿Reparaz en algo?

PEDRO. En nada.

MALD. Mira, Pedro, nueztra vida
Ez zuelta, libre, curioza,
Ancha, holgazana, eztendida,
Á quien nunca falta coza,
Que el deceo buzque y pida.
Danoz el herbozo zuelo
Lechoz; círvenoz el cielo
De pabellón donde quiera;
Ni noz quema el zol, ni altera
El fiero rigor del hielo.
El máz cerrado verjel
Laz primiciaz noz ofrece,
De cuanto bueno haya en él.
Y apenaz ce ve ó parece
La albilla ó la mozcatel,
Que no eztá luego en la mano
Del atrevido gitano,
Zohorí del fruto ajeno,
De induztria y ánimo lleno,
Ágil, prezto, zuelto y zano.
Gozamoz nueztroz amorez
Librez del dezazociego
Que dan loz competidorez,
Calentándonoz zu fuego
Cin zeloz y cin temorez.
Y agora eztá una mochacha,
Que con nadie no ce empacha,
En nueztro rancho, tan bella,

Que no halla en qué ponella
La envidia ni aun una tacha.
Una gitana, hurtada
La trujo; pero ella ez tal,
Que por hermoza y honrada
Mueztra que ez de principal
Y rica gente engendrada.
Ezta, Pedro, cerá tuya,
Aunque máz el yugo huya,
Que rinde la libertad,
Cuando de nueztra amiztad
Lo acordado ce concluya.

PEDRO. Porque veas, Maldonado,
Lo que me mueve el intento
Á querer mudar de estado,
Quiero que me estés atento
Un rato.

MALD. De muy buen grado.

PEDRO. Por lo que te he de contar,
Vendrás en limpio á sacar,
Si para gitano soy.

MALD. Atento eztaré y eztoy;
Bien puedez ya comenzar.

PEDRO. Yo soy hijo de la Piedra,
Que padre no conocí:
Desdicha de las mayores
Que á un hombre pueden venir.
No sé dónde me criaron;
Pero sé decir que fuí
De estos niños de dotrina
Sarnosos, que hay por ahí.
Allí, con dieta y azotes,
Que siempre sobran allí,
Aprendí las oraciones,

Y á tener hambre aprendí,
Aunque también con aquesto
Supe leer y escribir,
Y supe hurtar la limosna,
Y desculparme y mentir.
No me contentó esta vida,
Cuando algo grande me ví,
Y en un navío de flota
Con todo mi cuerpo di,
Donde serví de grumete,
Y á las Indias fuí y volví,
Vestido de pez y angeo.
Y sin un maravedí.
Temí con los huracanes,
Y con las calmas temí;
Y espantóme la Bermuda
Cuando su costa corrí.
Dejé el comer del bizcocho
Con dos dedos de hollín,
Y el beber vino del diablo,
Antes que de San Martín.
Pisé otra vez las riberas
Del río Guadalquivir,
Y entreguéme á sus crecientes.
Y á Sevilla me volví,
Donde al rateruelo oficio
Me acomodé, bajo y vil,
De mozo de la esportilla,
Que el tiempo lo pidió ansí;
En el cual, sin ser yo cura,
Muy muchos diezmos cogí,
Haciendo salva á mil cosas,
Que me condenan aquí.
En fin, por cierta desgracia,

El oficio tuvo fin,
Y comenzó el peligroso,
Que suelen llamar mandil.
En él supe de la hampa
La vida larga y cerril;
Formar pendencias del viento,
Y con el soplo herir.
Mi amo, que era tan bravo
Como ligero Pasquín,
Dió asalto á una faldriquera,
Á lo callado y sotil.
Con las manos en la masa
Le cogió cierto alguacil;
Y él quiso ser en un potro
Confesor, y no martir.
Martir digo, Maldonado.

MALD. En ezo, ¿que me da á mí?
Pronunciad como oz dé guzto,
Puez que no hablaiz latín.

PEDRO. Palmeóle las espaldas,
Contra su gusto, el Bochín,
De lo cual quedó mohino,
Según que dijo un malsín.
Á las casas movedizas
Le llevaron, y yo vi
Arañarse la Escalanta,
Y llorar la Becerril.
Yo, viéndome sin el fieltro
De mi andaluz paladín,
De mandil á mochilero
Un salto forzoso di.
Deparóme la fortuna
Un soldado espadachín
De los que van hasta el Puerto,

Y se vuelven desde allí.
Las boletas rescatadas,
Las gallinas que cogí,
Si no los perdona el cielo,
¡Desventurado de mí!
Dióme en rostro aquella vida,
Porque, de ella conocí
Que el soldado churrullero
Tiene en las gurapas fin,
Y á gentil hombre de playa
En un punto me acogí,
Vida de mil sobresaltos,
Y de contentos cien mil.
Mas por temor de irme á Argel,
Presto á Córdoba me fuí,
Adonde vendí aguardiente,
Y naranjada vendí.
Allí el salario de un mes,
En un día me bebí;
Porque, si hay agua que sepa,
La ardiente es doctor sotil.
Arrojárame mi amo
Con un trabuco de sí,
Y en casa de un asturiano
Por mi desventura, di.
Hacía suplicaciones,
Suplicaciones vendí,
Y en un día, diez canastas,
Todas las jugué y perdí.
Fuíme y topé con un ciego
Á quien diez meses serví,
Que á ser años, yo supiera
Lo que no supo Merlín.
Aprendí la jerigonza,

Y á ser vistoso aprendí,
Y á componer oraciones
En verso airoso y gentil.
Murióseme mi buen ciego:
Dejóme, cual Juan Paulín,
Sin blanca, pero discreto,
De ingenio claro y sotil.
Luego fuí mozo de mulas,
Y aun de un fullero lo fuí,
Que con la boca de lobo
Se tragara á San Quintín;
Gran jugador de las cuatro;
Y con la sola le vi
Dar tan mortales heridas,
Que no se pueden decir.
Berrugueta y ballestilla,
El raspadillo y hollín
Jugaba por excelencia,
Y el maese Juan, hi de ruin,
Gran saje del espejuelo,
Y del retén tan sotil,
Que no se le viera un lince
Con los antojos del Cid.
Cayóse la casa un día:
Vínole su San Martín;
Pusiéronle un sobreescrito
Encima de la nariz.
Dejéle, y víneme al campo;
Y sirvo, cual ves, aquí
Á Martín Crespo, el alcalde,
Que me quiere más que á sí.
Es Pedro de Urde mi nombre;
Mas un cierto malgesí,
Mirándome un día las rayas

De la mano, dijo así:
Añádele, Pedro, al *Urde*
Un *Malas*; pero advertid,
Hijo, que habéis de ser rey,
Fraile y papa y matachín.
Ya vendraos por un gitano
Un caso, que sé decir,
Que le escucharán los reyes,
Y gustarán de le oir.
Pasaréis por mil oficios
Trabajosos; pero al fin
Tendréis uno do seáis
Todo cuanto he dicho aquí.
Y aunque yo no le doy crédito,
Todavía veo en mí
Un no sé qué, que me inclina
Á ser todo lo que oí.
Pues como de este pronóstico
El indicio veo en ti,
Digo que he de ser gitano,
Y que lo soy desde aquí.

MALD. ¡Oh Pedro de Urdemalaz generozo,
Coluna y cer del gitanezco templo,
Ven y daráz principio al alto intento
Que te incita, te mueve, impele y lleva
Á ponerte en la lizta gitanezca;
Ven á adulzir el agrio y tierno pecho
De la hurtada mochacha que te he dicho,
Por quien ceráz dichozo zobre modo.

PEDRO. Vamos; que yo no pongo duda en eso,
Y espero deste asunto un gran suceso.

(Éntrase.—Pónese Benita á la ventana en cabello.)

BENITA. Tus alas, ¡oh noche!, extiende
Sobre cuantos te requiebran,
Y á su gusto justo atiende,
Pues dicen que te celebran
Hasta los moros de allende.
Yo, por conseguir mi intento,
Los cabellos doy al viento,
Y el pie izquierdo á una bacía
Llena de agua clara y fría,
Y el oído al aire atento.
Eres noche tan sagrada,
Que hasta la vóz que en ti suena
Dicen que viene preñada
De alguna ventura buena,
Á quien la escucha guardada.
Haz que á oídos toque
Alguna, que me provoque
Á esperar suerte dichosa.

Entra el SACRISTÁN.

SACRIST. Prenderá á la dama hermosa,
Sin alguna duda, el Roque.
Roque ha de ser el que prenda
En este juego á la dama,
Puesto que ella se defienda;
Que su ventura le llama
Á gozar tan rica prenda.
BENITA. Roque dicen, Roque oí;
Pues no hay otro Roque aquí
Que el necio del Sacristán,
Veamos si nombrarán
Roque otra vez.
SACRIST. Será así,

Porque es el Roque tal pieza,
Que no hay dama que se esquive
De entregalle su belleza;
Y aunque en estrecheza vive,
Es muy rico en su estrecheza.

BENITA. ¡Ce, gentil hombre! tomad
Este listón y mostrad
Quien sois, mañana, con él.

SACRIST. Seréos en todo fiel,
Extremo de la beldad;
Que cualquiera que seáis
De las dos, que en esta casa
Vivís, se os aventajáis
Á Venus.

Estándole dando un listón Benita al Sacristán, entra PASCUAL y ásele del cuello y quitale la cinta.

PASCUAL. Qué, ¿aquesto pasa?
Qué, ¿esta cuenta de vos dais,
Benita? qué ¿á un sacristán
Vuestros despojos se dan?
Grave fuera aquesta culpa,
Si no tuviera disculpa
En ser noche de San Juan.
Vos, bachiller graduado
En letras de canto llano,
¿De quién fuisteis avisado,
Para ganar por la mano
El juego mal comenzado?
¿Así á maitines se toca
Con vuestra vergüenza poca?
¿Así os hacen olvidar
Del cantar y repicar
Los picones de una loca?

Entra PEDRO.

PEDRO. ¿Qué es esto, Pascual amigo?
PASCUAL. El Sacristán y Benita
Han querido sea testigo
De que ella es mujer bendita,
Y él de embustes enemigo:
Mas porque no se alborote,
Y vea que al estricote
Le trae su honra su intento,
Por testigos le presento
Esta cinta y este zote.
SACRIST. Por las santas vinajeras,
Á quien dejo cada día
Agotadas y ligeras,
Que no fué la intención mía
De burlarme con las veras.
Hoy á los dos os oí
Lo que había de hacer allí
Benita en cabello puesta;
Y por gozar de la fiesta
Vine, señores, aquí.
Nombréme, y ella acudió
Al reclamo, como quien
Del primer nombre que oyó,
De su gusto y de su bien
Indicio claro tomó;
Que la vana hechicería,
Que la noche antes del día
De San Juan usan doncellas,
Hace que se muestren ellas
De liviana fantasía.
PASCUAL. ¿Para que te dió esta cinta?
SACRIST. Para que me la pusiese,

Y conocer por su pinta
Quién yo era, cuando fuese
Ya la luz clara y distinta.

BENITA. ¿Para qué á tantas preguntas
Te alargas, Pascual? ¿Barruntas
Mal de mí? Mas no lo dudo,
Porque, en mi daño, de agudo
Siempre he visto que despuntas.

PASCUAL. Así con esta verdad
Se te arranque el alma, ingrata,
Sospechosa en la amistad,
Que con más llaneza trata,
Que vió la sinceridad.
Los álamos de aquel río,
Que con el cuchillo mío
Tienen grabado tu nombre,
Te dirán si yo soy hombre
De buen proceder vacío.

PEDRO. Yo soy testigo, Benita,
Que no hay haya en aquel prado
Donde no te vea escrita,
Y tu nombre coronado
Que tu fama solicita.

PASCUAL. Y ¿en qué junta de pastores
Me has visto, que los loores
De Benita no alcé al cielo,
Descubriendo mi buen celo,
Y encubriendo mis amores?
¿Qué almendro, guindo ó manzano
Has visto tú, que se viese
En dar su fruto temprano,
Que por la mía no fuese
Traído á su bella mano,
Antes que las mismas aves

La tocasen? Y aun tú sabes
Que otras cosas por ti he hecho
De tu honra y tu provecho,
Dignas de que las alabes.
Y en los árboles que ahora
Vendrán á enramar tu puerta,
Verás, cruel matadora,
Cómo en ellos se ve cierta
La gran fe que en mi alma mora.
Aquí verás la verbena,
De raras virtudes llena,
Y el rosal, que alegra al alma,
Y la victoriosa palma,
En todos sucesos buena.
Verás del álamo erguido
Perder la delgada oblea,
Y del valle aquí traído,
Para que en tu puerta sea
Sombra al sol, gusto al sentido.

BENITA. No hayas miedo me provoque
Tu arenga á que yo te toque
La mano, encuentro amoroso,
Porque no ha de ser mi esposo
Quien no se llamare Roque.

PEDRO. Tú tienes mucha razón;
Pero el remedio está llano
Con toda satisfación,
Porque nos le da en la mano
La santa confirmación.
Puede Pascual confirmarse,
Y puede el nombre mudarse
De Pascual en Roque, y luego
Con su gusto y su sosiego,
Puede contigo casarse.

BENITA. De este modo, yo lo aceto.
SACRIST. ¡Gracias á Dios que me veo
Libre de tan grande aprieto!
PEDRO. Que has hecho un gallardo empleo,
Benita, yo te prometo;
Porque aquel refrán que pasa
Por gente de buena masa,
Que es discreto determino:
«Al hijo de tu vecino,
Límpiale y métele en casa.»
BENITA. Ponte ese listón, Pascual,
Y en parte do yo le vea.
PASCUAL. Pienso hacer de él el caudal,
Que hace de su librea
Iris, arco celestial.
Espérate, que ya suena
La música, que se ordena
Para el traer de los ramos.
PEDRO. Con gusto aquí la esperamos.
BENITA. Ella venga en hora buena.

Suena dentro todo género de música, y su gaita zamorana. Salen todos los que pudieren con ramos, principalmente CLEMENTE, y los músicos entran cantando esto:

«Niña la que esperas
En reja ó balcón,
Advierte que viene
Tu polido amor.
Noche de San Juan,
El gran Precursor,
Que tuvo la mano
Más que de reló,
Pues su dedo santo

Tan bien señaló,
Que nos mostró el día,
Que no anocheció;
Muéstratenos clara,
Sea en ti el albor
Tal, que perlas llueva
Sobre cada flor.
Y en tanto que esperas
Á que salga el sol,
Dirás á mi niña
En suave son:
Niña la que esperas, etc.
Dirás á Benita,
Que Pascual, pastor,
Guarda los cuidados
De su corazón,
Y que de Clemencia
El que es ya señor,
Es su humilde esclavo
Con justa razón;
Y á la que desmaya
En su pretensión,
Tenla de tu mano.
No la olvides, non;
Y dile callando,
Ó en erguida voz,
De modo que oiga
La imaginación:
Niña la que esperas
En reja ó balcón,
Advierte que viene
Tu polido amor.»

CLEMENTE Ello está muy bien cantado;
Ea, enrámese este umbral

Por el uno y otro lado.—
¿Qué haces aquí, Pascual,
De los dos acompañado?
Ayúdanos, y á Benita
Con servicios solicita,
Enramándole la puerta;
Que á la voluntad ya muerta,
El servir la resucita.
Ese laurel pon aquí;
Ese sauce á esotra parte;
Ese álamo blanco allí;
Y entre todos tenga parte
El jazmín y el alhelí.
Haga el suelo de esmeraldas
La juncia, y la flor de gualdas
Le vuelva en ricos topacios,
Y llénense estos espacios
De flores para guirnaldas,

BENITA. Vaya otra vez la música, señores,
Que la escucha Clemencia, y tú, mi Roque,
Haz que suene otra vez.

(Quítase de la ventana.)

PASCUAL. Á mi me place,
Confirmadora dulce hermosa mía.
Vuélvanse á repicar esas sonajas;
Háganse rajas las guitarras, vaya
Otra vez el floreo y solenícese
Esta mañana, en todo el mundo célebre,
Pues que lo quiere así la gloria mía.

CLEMENTE Cántese y vamos; que se viene el día:
«*Á la puerta puestos*
De mis amores,

Espinas y zarzas
Se vuelven flores.
El fresno escabroso
Y robusta encina,
Puestos á la puerta
Do vive mi vida,
Verán que se vuelven,
Si acaso los mira,
En matas sabeas
De sacros olores;
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.
Do pone la vista
Ó la tierna planta,
La hierba marchita,
Verde se levanta;
Los campos alegra,
Regocija al alma,
Enamora á siervos,
Rinde á señores,
Y espinas y zarzas
Se vuelven flores.

(Éntranse cantando.)

Salen INÉS y BELICA, gitanas, que las podrán hacer las que han hecho Benita y Clemencia.

INÉS. Mucha fantacía ez eza,
Belilla; no cé qué diga;
Ó tú te zueñaz condeza,
Ó que erez del Rey amiga.

BELICA. De que cea zueño me peza;
Inez, no me den pación

Con tanta reprehención;
Déjame seguir mi eztrella.

INÉS. Confiada en que erez bella,
Tienez tanta prezunción.
Puez mira que la hermozura
Que no tiene calidad,
Raraz vecez aventura.

BELICA. Confírmace eza verdad
Muy bien con mi dezventura.
¡Oh cruda zuerte inhumana!
¿Por qué á una pobre gitana
Diztez ricoz penzamientoz?

INÉS. Aquél fabrica en loz vientoz,
Que á ver quién ez no ce allana.
Huye de ezaz fantacíaz;
Ven y el baile aprenderaz,
Que comenzazte eztoz díaz.

BELICA. Inéz, tú me acabaráz
Con tuz eztrañaz porfíaz;
Pero engáñazte en penzar,
Que tengo yo de guardar
Tu guzto cual juzta ley,
Y zólo ha de cer el Rey
El que me ha de hacer bailar.

INÉS. De eza manera, Belilla,
Que vengáiz al hozpital,
No zerá gran maravilla;
Que hacer de la principal,
No ez para vueztra coztilla.
Acomodaoz, noramala,
Á la cocina y la zala,
Á bailar aquí y allí.

BELICA. Aquezo no ez para mí.

INÉS. Puez ¿qué? ¿el donaire y la gala,

El rumbo, el cer del tuzón,
Derribando por el zuelo
El gitanezco blazón,
Levantado hazta el cielo
Por nueztra honezta intención?
Antez te vea yo comida
De rabia, y antez rendida
Á un gitano que te dome,
Ó á un verdugo que te tome
De laz ezpaldaz medida.
Ezto por ti ce ha de ver,
Que no cea con gitano
Gitana mala mujer,
Chico hoyo hagaz temprano,
Ci ez que tan mala haz de cer.

BELICA. Mucho te alargaz, Inez;
Y como cimple, no vez
Dónde mi intención camina.

INÉS. Puez ezta cimple, adivina
Lo que tú veráz dezpuez.

Salen PEDRO y MALDONADO.

MALD. Ezta que vez, Pedro, hermano,
Ez la gitana que digo,
De parecer zobrehumano,
Cuya poceción me obligo
De entregártela en la mano.
Acaba, muda de traje,
Y aprende nueztro lenguaje;
Y aun, cin aprenderle, entiendo
Que haz de cer gitano, ciendo
Cabeza de tu linaje.

INÉS. Danoz una limoznica,

Caballero tan garrido.

MALD. Dezo el labrador ce pica.
¡Qué mal que le haz conocido,
Inéz!

INÉS. Pide tú, Belica.

PEDRO. Si ella pide, no habrá cosa,
Por grande y dificultosa
Que sea, que yo no haga,
Sin esperar otra paga
Que el servir á una hermosa.

MALD. ¿No le rezpondez, ceñora?

INÉS. Ceñor Conde, vez do viene
La viuda tan guardadora,
Que puezto que mucho tiene,
Máz guarda y máz atezora.

Entra una VIUDA labradora, que la lleva un ESCUDERO labrador de la mano.

INÉS. Limozna, ceñora mía,
Por la bendita María,
Y por zu Hijo bendito.

VIUDA. De mí nunca lleva el grito
Limosna, ni la porfía.
Mejor estará el servir
Á vosotras, que os está
Tan sin vergüenza el pedir.

ESCUD. Va el mundo de suerte ya,
Que no se puede sufrir.
Es vagabunda esta era:
No hay moza que servir quiera,
Ni mozo que por su yerro
No se ande á la flor del berro,
Él sandio y ella altanera.
Y esta gente infrutuosa,

Siempre atenta á mil malicias,
Doblada, astuta y mañosa,
Ni á la Iglesia da primicias,
Ni al Rey no le sube en cosa.
A la sombra de herreros
Usan muchos desafueros,
Y, con perdón sea mentado,
No hay seguro asno en el prado
De los gitanos cuatreros.

VIUDA. Dejadlos, y caminad,
Llorente, que es algo tarde.

(Éntranse Llorente y la viuda.)

BELICA. Tómame eza caridad;
No hagáiz cino hacer alarde
De vueztra nececidad
Deante de aquezta gente;
Que no faltará un Llorente,
Como otro Gil, que oz perciga,
Y cin que oz dé nada, diga
Palabraz que oz afrente.

MALD. ¿Veizla, Pedro? Puez ez fama,
Que tiene diez mil ducadoz
Junto á loz piez de zu cama
En doz cofrez barreados,
Á quien zuz ángelez llama.
Requiébrace ací con elloz,
Que pone zu gloria en elloz,
Y ací en velloz ce dezalma,
Que han de cer para zu alma,
Lo que á Abzalón zuz cabelloz.
Zólo á un ciego da un real
Cada mez, porque le reza

Laz mañanaz á zu umbral
Oracionez, que endereza
Al eterno tribunal,
Por ci acazo zuz parientez,
Zu marido y azcendientez
Eztán en el purgatorio,
Haga el zanto conciztorio
De zu gloria merecientez.
Y con zola ezta obra pienza
Irce al cielo de rondón,
Cin dezmán y cin ofenza.

PEDRO. Que yo la saque de arón,
Mi agudo ingenio dispensa.
Informarte has, Maldonado,
De todos los que han pasado
De este mundo, sus parientes,
Amigos y bien querientes,
Hasta el siervo ó paniaguado,
Y tráemelo por escrito,
Y verás cuán fácilmente
De su miseria la quito;
Y á lo que soy suficiente,
Á este embuste lo remito.

MALD. Dezde zu tercer abuelo,
Hazta el poztrer netezuelo
Que de zu linaje ha muerto,
Te traeré el número cierto,
Cin que te dizcrepe un pelo.

PEDRO. Vamos, y verás después
Lo que haré en aqueste caso,
Por el común interés.

MALD. ¿Dó encaminaráz el pazo,
Belica?

BELICA. Do querrá Inéz.

PEDRO. Do quiera que le encamines,
Tendrá por honrosos fines
Tu extremado pensamiento.

BELICA. Aunque fabrique en el viento,
Pedro, no te determinez
Á burlar de mi deceo;
Que de lejoz ce me mueztra
Una ezperanza, en quien veo
Cierta luz, tal, que me adieztra,
Y lleva al bien que deceo.

PEDRO. De tu rara hermosura
Se puede esperar ventura
Que la iguale: ven, gitana,
Por quien nuestra edad se ufana,
Y en sus glorias se asegura.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen un ALGUACIL, y MARTÍN CRESPO el alcalde, y SANCHO MACHO el regidor.

ALCAL. Digo, señor alguacil,
Que un mozo que se me fué,
De ingenio agudo y sotil,
De tronchos de coles, sé
Que hiciera invenciones mil;
Y él me aconsejó que hiciese,
Si por dicha el Rey pidiese
Danzas, una de tal modo,
Que se aventajase en todo
Á la que más linda fuese.
Dijo que el llevar doncellas
Era una cosa cansada;
Y que el Rey no gusta dellas,
Por ser danza muy usada
Y estar ya tan hecho á vellas;
Mas que por nuevos niveles
Llevase una de donceles,
Como serranas vestidos,
En pies y brazos ceñidos
Multitud de cascabeles.
Y ya tengo, á lo que creo,
Veinte y cuatro así aprestados,

Que pueden, según yo veo,
Ser sin vergüenza llevados
Al romano coliseo.
Ya yo le enseñé los dos
De los mejores.

ALGUAC. Por Dios
Que la invencion es muy buena.

SANCHO. Lo que nuestro alcalde ordena
Es cosa rala entre nos;
Y todo lo que él más sabe,
De un su mozo lo aprendió,
Que fué de su ingenio llave;
Mas ya se fué y nos dejó;
Que mala landre le acabe.
Que así quedamos vacíos,
Sin él, de ingenio y de bríos.

ALGUAC. ¿Tanto sabe?

SANCHO. Es tan astuto,
Que puede darle tributo
Salmón, rey de los judíos.

ALCAL. Haga cuenta, en viendo aquestos,
Que los veinte y cuatro mira,
Que todos son tan dispuestos,
Derechos como una vira,
Sanos, gallardos y prestos.
Aquél, que no es nada renco,
Se llama Diego Mostrenco;
El otro Gil el Peraile,
Cada cual diestro en el baile,
Como gozquejo flamenco.
Tocándoles Pingarrón,
Mostrarán bien su destreza
A compás de cualquier son,
Y alabarán la agudeza

De nuestra nueva invención.
Las danzas de las espadas
Hoy quedarán arrimadas,
Á despecho de hortelanos;
Envidiosos los gitanos,
Las doncellas afrentadas.
¿No le pareció, señor,
Muy bien el talle y el brío
De uno y otro danzador?

ALGUAC. Si juzgo al parecer mío,
Nunca vi cosa peor;
Y temo que si allá vais,
De tal manera volváis,
Que no acertéis el camino.

ALCAL. Tocado, á lo que imagino,
Señor, de la envidia estáis.
Pues en verdad que hemos de ir
Con veinte y cuatro donceles
Como aquéllos, sin mentir;
Porque invenciones noveles,
Ó admiran ó hacen reir.

ALGUAC. Yo os lo aviso; queda en paz. (Vase.)

SANCHO. Alcalde, tu gusto haz,
Porque verás por la prueba,
Que esta danza, por ser nueva,
Dará al Rey mucho solaz.

ALCAL. No lo dudo. Venid, Sancho,
Que ya el corazón ensancho,
Do quepan los parabienes
De la danza.

SANCHO. Razón tienes,
Que has de volver hueco y ancho. (Éntranse.)

Salen dos ciegos, y el uno PEDRO DE URDEMALAS. Arrímase el primero á una puerta, y Pedro junto á él, y pónese la VIUDA á la ventana.

CIEGO. Ánimas bien fortunadas
Que en el purgaterio estáis,
De Dios seáis consoladas,
Y en breve tiempo salgáis
De esas penas derramadas;
Y como un trueno,
Baje á vos el ángel bueno,
Y os lleve á ser coronadas.

PEDRO. Ánimas, que de esta casa
Partisteis al purgatorio,
Ya en sillón, ya en silla rasa,
Del divino consistorio
Os venga al vuestro sin tasa;
Y en un vuelo
El ángel os lleve al cielo,
Para ver lo que allá pasa.

CIEGO. Hermano, vaya á otra puerta,
Porque aquesta casa es mía,
Y en rezar aquí no acierta.

PEDRO. Yo rezo por cortesía,
No por premio, cosa es cierta;
Y así puedo
Rezar do quiera, sin miedo
De pendencia ni reyerta.

CIEGO. ¿Es vistoso, ciego honrado?

PEDRO. Estoy, desde que nací,
En una tumba encerrado.

CIEGO. Pues yo en algún tiempo vi;
Pero ya, por mi pecado,
Nada veo,
Sino lo que no deseo,

Que es lo que ve un desdichado.

PEDRO. Sabrá oraciones abondo,
Porque sé que sé infinitas:
Aquesto, amigo, os respondo;
Que á todos las doy escritas,
Ó á muy pocos las escondo.
Sé la del ánima sola,
Y sé la de San Pancracio,
Que nadie, cual ésta, vióla;
La de San Quirce y Acacio,
Y la de Olalla española;
Y otras mil,
Á donde el verso sotil
Y el bien decir se acrisola.
Las de los auxiliadores
Sé también, aunque son treinta,
Y otras de tales primores,
Que causo envidia y afrenta
Á todos los rezadores,
Porque soy,
Á donde quiera que estoy,
El mejor de los mejores.
Sé la de los sabañones,
La de curar la tericia
Y resolver lamparones;
La de templar la codicia
En avaros corazones,
Sé en efeto
Una, que sana el aprieto
De las internas pasiones,
Y otras de curiosidad.
Tantas sé, que yo me admiro
De su virtud y bondad.

CIEGO. Ya por saberlas suspiro.

VIUDA. Hermano mío, esperad.
PEDRO. ¿Quién me llama?
CIEGO. Según la voz, es el ama
De la casa, en mi verdad.
Ella es estrecha, aunque rica;
Y sólo á mandar rezar
Es á lo que más se aplica.
PEDRO. Pícome yo de callar
Con quien al dar no se pica,
Que esté mudo
Á sus demandas no dudo,
Si no lo paga y suplica.

Sale la VIUDA.

VIUDA. Puesta en aquella ventana
He escuchado sus razones,
Y su profesión cristiana,
Y las muchas oraciones
Con que tantos males sana;
Y querría me hiciese
Placer que algunas me diese
De las que le pediría,
Dejando á mi cortesía
El valor del interese.
PEDRO. Si despide á esotro ciego,
Yo le diré maravillas.
VIUDA. Pues yo le despido luego.
PEDRO. Señora, no he de decillas
Ni por dádivas ni ruego.
VIUDA. Váyase, y venga después,
Amigo.
CIEGO. Vendré á las tres,
Á rezar lo cuotidiano.

VIUDA. En buen hora.
CIEGO. Adiós, hermano,
Ciego, ó vistoso, ó lo que es.
Y si es que se comunica,
Sepa mi casa, y verá
Que aunque pobre, ruin y chica,
Sin duda en ella hallará
Una voluntad muy rica,
Y la alegre posesión
De un segoviano doblón
Gozará liberalmente,
Si nos da de su torrente
Ya milagro ó ya oración.
PEDRO. Está bien: yo acudiré
Á saber la casa honrada,
Tan llena de amor y fe,
Y pagaré la posada
Con lo que le enseñaré.
Cuarenta milagros tengo,
Con que voy y con que vengo
Por donde quiera, á mi paso,
Y alegre la vida paso,
Y como un rey me mantengo.—

(Éntrase el ciego.)

Mas tú, señora Marina,
Sánchez en el sobrenombre,
Á mi voz la oreja inclina,
Y atenta escucha de un hombre
Una embajada divina.
Las almas del purgatorio
Entraron en consistorio,
Y ordenaron, las prudentes,

Que les fuese á sus parientes
Su insufrible mal notorio.
  Hicieron que una tomase,
De gran prudencia y consejo,
Para que lo efectuase,
Cuerpo de un honrado viejo,
Y así al mundo se mostrase;
  Y diéranle una instrucción,
Y una larga relación
De lo que tiene de hacer,
Para que pueda tener,
Ó ya alivio, ó ya perdón.
  Y está ya cerca de aquí
Esta alma en un cuerpo honesto
Y anciano, cual yo le vi,
Y sobre un asno trae puesto
El cerro del Potosí.
  Viene lleno de doblones,
Que le ofrecen á montones
Los parientes de las almas,
Que en las tormentas sin calmas
Padecen graves pasiones.
  En oyendo que en su lista
Hay alma que en Purgatorio
Con duras penas se atrista,
No hay talego, ni escritorio,
Ni cofre que se resista.
  Hasta los gatos guardados,
De rubio metal preñados,
Por librarla de tormentos,
Descubren allí contentos
Sus partos acelerados.
  Esta alma vendrá esta tarde,
Señora Marina mía,

Á hacer de su lista alarde
Ante ti; pero querría,
Que en secreto esto se guarde;
Y que á solas la recibas,
Y que á darle te apercibas
Lo que piden tus parientes,
Que moran en las ardientes
Hornazas, de alivio esquivas.
Esto hecho, te asegura
Que te enseñará oración
Con que aumentes tu ventura;
Que esto ofrece en galardón
De aquella voluntad pura
Que con él se muestra franca,
Y de su escondrijo arranca
Hasta el menudo cuatrín,
Y queda, cual San Paulín,
Como se dice, sin blanca.

VIUDA. ¿Que esa embajada me envía
Esa alma, ciego bendito?

PEDRO. Y toda de vos se fía,
Y se remite á lo escrito
De vuestra ganealogía.

VIUDA. ¿Cómo la conoceré
Cuando venga?

PEDRO. Yo haré
Que tome casi mi aspecto.

VIUDA. ¡Oh, qué albricias te prometo!
¡Qué de cosas te daré!

PEDRO. En las cosas semejantes
Es bien gastar los dineros
Guardados de tiempos antes.
Los ayunos verdaderos
Y espaldas diciplinantes,

Todo se ha de aventurar
Sólo por poder sacar
Á un alma de su pasión,
Y llevarla á la región
Donde no mora el pesar.

VIUDA. Ve en paz, y dile á ese anciano
Que tan alegre le espero,
Que en verle pondré en su mano
Mi alma, que es el dinero,
Con pecho humilde y cristiano;
Que aunque soy un poco escasa,
Me afligiré en ver que pasa
Alma de pariente mío,
Según dicen, fuego y frío,
Éste ó aquél muy sin tasa.

PEDRO. Tu fama á la de Leandro
Exceda, y jamás se tizne
Tu pecho de otro Alejandro;
Antes cante dél un cisne
En las aguas de Meandro.
Á los hiperbóreos montes
Pase; al cielo te remontes,
Y allá te subas con ella;
Y otra no encierren, cual ella,
Nuestros corvos horizontes. (Éntranse los dos.)

Salen MALDONADO y BELICA.

MALD. Mira, Belica, este es hombre
Que te sacará del lodo,
De gran ingenio y gran nombre;
Tan discreto y presto en todo,
Que es forzoso que te asombre.
Quiérese volver gitano

Por tu amor, y dar de mano
Á otra cualquier pretensión;
Considera si es razón
Que le muestres pecho llano.
Él será el mejor cuatrero,
Según que me lo imagino,
Que habrá visto el mundo entero,
Solo, raro y peregrino
En las trazas de embustero;
Porque en una que ahora intenta,
Ha sacado en limpia cuenta,
Que ha de ser único en todas.

BELICA. Fácilmente te acomodas
Á tu gusto y á mi afrenta.
¿No se te ha ya traslucido,
Que el que á grado no me lleve,
No es para mí buen partido?

MALD. No hay cosa en que más se pruebe
Que careces de sentido,
Que en esa tu fantasía,
Fundada en la lozanía
De tu juventud gallarda,
Que en marchitarse no tarda
Lo que el sol corre en un día.
Quiero decir, que es locura
Manifiesta, clara y llana,
Pensar que la hermosura
Dura más que la mañana,
Que con la noche se oscura.
Y á veces es necedad
El pensar que la beldad
Ha de ofrecer gran marido,
Siendo por mejor tenido
El que ofrece la igualdad.

Así que, gitana loca,
Pon freno al grande deseo
Que te ensalza y que te apoca,
Y no busques por rodeo
Lo que en nada no te toca.
Cásate, y toma tu igual;
Porque es el marido tal
Que te ofrezco, que has de ver
Que en él te vengo á ofrecer
Valor, ser, honra y caudal.

Entra PEDRO, ya como gitano.

PEDRO. ¿Qué hay, amigo Maldonado?
MALD. Una presunción, de suerte
Que á mí me tiene admirado.
Veo en lo flaco, lo fuerte;
En un bajo, un alto estado.
Veo que esta gitanilla,
Cuanto su estado la humilla,
Tanto más levanta el vuelo,
Y aspira á tocar el cielo
Con locura y maravilla.
PEDRO. Déjala, que muy bien hace,
Y no la estimes en menos
Por eso; que á mí me aplace,
Que con soberbios barrenos
Sus máquinas suba y trace,
Yo también, que soy un leño,
Príncipe y papa me sueño,
Emperador y monarca,
Y aun mi fantasía abarca
De todo el mundo á ser dueño.
MALD. Con la viuda ¿cómo fué?

PEDRO. Está en un punto la cosa,
Mejor de lo que pensé.
Ella será generosa,
Ó yo Pedro no seré.
Pero ¿qué gente es aquésta,
Tan de caza y tan de fiesta?

MALD. El Rey es, á lo que creo.

BELICA. Hoy subirá mi deseo
De amor la fragosa cuesta.
Hoy á todo mi contento
He de apacentar mis ojos,
Y al alma dar su sustento,
Gozando de los despojos
Que me ofrece el pensamiento
Y la vista.

MALD. Yo imagino,
Que tu grande desatino,
En gran mal ha de parar.

BELICA Mal se puede contrastar
Á las fuerzas del destino.

Entra el REY con UN CRIADO y SILERIO, todos de caza.

REY. ¿Vistes pasar por aquí
Un ciervo, decid, gitanos,
Que va herido?

BELICA. Señor, sí:
Atravesar estos llanos
Habrá poco que le vi.
Lleva en la espalda derecha
Hincada una gruesa flecha.

REY. ¿Era un pedazo de lanza?

BELICA. El huir y hacer mudanza

De lugares, no aprovecha
Al que en las entrañas lleva
El hierro de amor agudo,
Que hasta en el alma se ceba.

MALD. Ésta dará, no lo dudo,
De su locura aquí prueba.

REY. ¿Qué decís, gitana hermosa?

BELICA. Señor, yo digo una cosa:
Que el amor y el cazador
Fingen un mismo tenor
Y condición rigurosa.
Hiere el cazador la fiera;
Y aunque va despavorida
Huyendo en larga carrera,
Consigo lleva la herida,
Puesto que huya donde quiera,
Hiere amor el corazón
Con el dorado harpón;
Y el que siente el parasismo,
Aunque salga de sí mismo,
Lleva tras sí su pasión.

REY, Gitana tan entendida
Muy pocas veces se ve.

BELICA. Soy gitana bien nacida.

REY. ¿Quién es tu padre?

BELICA. No sé.

MALD. Señor, es una perdida.
Dice dos mil desvaríos,
Tiene los cascos vacíos,
Y llena la necedad
De una cierta gravedad,
Que la hace tomar bríos
Sobre su ser.

BELICA. Sea en buen hora:

Loca soy por la locura
Que en vuestra ignorancia mora.

SILERIO. ¿Sabéis la buena ventura?

BELICA. La mala nunca fe ignora
De la humilde que levanta
Su deseo á alteza tanta,
Que sobrepuja á las nubes.

SILERIO. Pues ¿por qué tanto la subes?

BELICA. No es mucho; á más se adelanta.

REY. Donaire tienes.

BELICA. Y tanto,
Que fiada en mi donaire,
Mis esperanzas levanto
Sobre la región del aire.

SILERIO. Risa causas

REY. Y aun espanto.
Vamos; mal haya quien tiene
Quien sus gustos le detiene.

SILERIO. Por la Reina dice aquesto.

BELICA. No es bien el que viene presto,
Si para partirse viene.

(Éntranse el Rey y Silerio.)

PEDRO. Mira, Belica; yo atino
Que en poner en ti mi amor,
Haré un grande desatino;
Y así me será mejor
Llevar por otro camino
Mis gustos.—Voy, Maldonado,
Á efetüar lo trazado,
Para que la viuda estrecha
Se vea una copia hecha
Del cuerno que está nombrado.

Voyme á vestir de ermitaño,
Con cuyo vestido honesto
Daré fuerzas á mi engaño.

MALD. Ve donde sabes: que puesto
Te dejé el vestido extraño. (Entrase Pedro.)

Sale el ALGUACIL, comisario de las danzas.

ALGUAC. ¿Quién es aquí Maldonado?

MALD. Yo, mi señor.

ALGUAC. Guárdeos Dios.

BELICA. ¿Alguacil y bien criado?
Milagro: nunca sois vos
De la aldea.

MALD. Has acertado,
Porque es de corte sin duda.

ALGUAC. Es menester que se acuda
Con una danza al palacio
Del bosque.

MALD. Dennos espacio.

ALGUAC. Sí harán, que el Rey se muda
Del monesterio do está,
De aquí á dos días, á él.

MALD. Como lo mandas se hará.

BELICA. ¿Viene la Reina con él?

ALGUAC. ¿Quién lo duda? Sí vendrá.

BELICA. ¿Y es todavía celosa,
Como suele, y rigurosa?

ALG. Dicen que sí; no sé nada.

BELICA. ¿No la hacen confiada
El ser reina y ser hermosa?

ALGUAC. Turba el demasiado amor
Á los sentidos más altos,
De más prendas y valor.

BELICA. Á amor son los sobresaltos
Muy anexos, y el temor.
ALGUAC. ¿Tan moza, y eso sabéis?
Apostaré que tenéis
El alma en su red envuelta:
Voyme, que he de dar la vuelta
Por aquí. No os descuidéis,
Maldonado, en que sea buena
La danza, porque no hay pueblo
Que hacer la suya no ordena.
MALD. Todo mi aprisco despueblo;
Ella irá de galas llena.

(Éntrase el Alguacil.)

Salen SILERIO, el criado del rey, y INÉS, la gitana.

SILERIO. Qué, ¿tan arisca es la moza?
INÉS. Eslo, señor, de manera,
Que de nonada se altera,
Y se enoja y alboroza.
Cierta fantasía reina
En ella, que nos enseña,
Ó que lo es ó que se sueña,
Que ha de ser princesa ó reina.
No puede ver á gitanos,
Y usa con ellos de extremos.
SILERIO. Pues agora le daremos
Do pueda llenar las manos,
Pues la quiere ver el Rey
Con amorosa intención.
INÉS. En las leyes de afición,
No guarda ninguna ley;
Aunque quizá, como es alta

Y subida en pensamientos,
Hallará que á sus intentos
Un rey no podrá hacer falta.
Yo, á lo menos, de mi parte,
Haré lo que me has mandado,
Y le daré tu recado,
No más de por contentarte.

SILERIO. Pudiérase usar la fuerza
Antes aquí, que no el ruego.

INÉS. Gusto con desasosiego,
Antes mengua que se esfuerza.
Mas llevaremos la danza,
Y hablarémonos después,
Que la escala de interés,
Hasta las nubes alcanza.

SILERIO. Encomiéndote otra cosa,
Que importa más á este efeto.

INÉS. ¿Qué encomiendas?

SILERIO. El secreto,
Porque es la Reina celosa;
Y con la menor señal
Que vea de su disgusto,
Turbará del Rey el gusto,
Y á nosotros vendrá mal.

INÉS. Váyase; que viene allí
Nuestro conde.

SILERIO. Sea en buen hora,
Y humíllese esa señora.
Yo haré lo que fuere en mí. (Vase.)

Entran MALDONADO y PEDRO, de ermitaño.

PEDRO. Aunque yo pintara el caso,
No me saliera mejor.

MALD. Brunelo, el grande embaidor,
Ante ti retire el paso.
Con tan grande industria mides
Lo que tu ingenio trabaja,
Que te ha de dar la ventaja,
Fraudador de los ardides.
Libre de deshonra y mengua
Saldrás en toda ocasión,
Siendo en el pecho Sinón,
Demóstenes en la lengua.

INÉS. Señor Conde, el Rey aguarda
Nuestra danza aquesta tarde.

PEDRO. Haga, pues, Belica alarde
De mi rica y buena andanza.
Púlase y échese el resto
De la gala y hermosura.

INÉS. Quizá forjas su ventura,
Famoso Pedro, en aquesto.
Á ensayar la danza vamos
Y á vestirnos de tal modo,
Que se admire el pueblo todo.

PEDRO. Bien dices, y ya tardamos.

(Éntranse todos.)

Salen el REY y SILERIO.

SILERIO. Digo, señor, que vendrá
En la danza ahora, ahora.

REY. Mi deseo se empeora,
Pasa de lo honesto ya.
Más me pide que pensé,
Y ya acuso la tardanza.
Pues la propinqua esperanza

Fatiga y crece la fe.
Á los ojos, la hurtarás,
De la Reina.

SILERIO. Haré tu gusto.

REY. Dirás como de esto gusto,
Y aun otras cosas dirás
Con que acuses mi deseo
Allá en tu imaginación.

SILERIO. Si amor guardara razón,
Fuera aquéste devaneo;
Pero como no la guarda,
Ni te culpo ni disculpo.

REY. Conozco el mal, y me culpo,
Aunque con disculpa tarda,
Y floja.

SILERIO. La Reina viene.

REY. Mira que estés prevenido,
Y tan sagaz y advertido
Como á mi gusto conviene;
Porque esta mujer celosa
Tiene de lince los ojos.

SILERIO. Hoy gozarás los despojos
De la gitana hermosa.

Entra la REINA.

REINA. Señor, ¿sin mí,? ¿cómo es esto?
No sé que diga, en verdad.

REY. Alegra la soledad
De este fresco hermoso puesto,

REINA. Y ¿enfada mi compañía?

REY. Eso no es bien que digáis,
Pues con ella levantáis
Al cielo la suerte mía.

REINA. Cualquiera cosa me asombra,
Y enciende y crece el deseo,
Si no os veo, ó si no veo
De vuestro cuerpo la sombra;
Y aunque esto es impertinencia,
Si conocéis que el amor
Me manda como señor,
Con gusto tendréis paciencia.

SILERIO. Las danzas vienen, señores;
Que dellas el son se ofrece.

(Suena el tamboril.)

REY. Verémoslas, si os parece,
Entre estas rosas y flores;
Que el sitio es acomodado,
Espacioso y agradable.

REINA. Sea ansí.

Entran CRESPO el alcalde y TARUGO el regidor.

ALCAL ¿Que no le hable?
Tenéislo muy mal pensado.
Voto á tal, que he de quejarme
Al Rey de aquesta solencia.

TARUGO. Aquí está su reverencia,
Crespo.

ALCAL. ¿Queréis engañarme?
¿Cuál es?

REY. Yo soy; ¿qué os han hecho,
Buen hombre?

ALCAL. No sé qué diga:
Han burlado mi fatiga
Y nuestra danza deshecho

Vuestros pajes, que los vea
Erguidos en Peralvillo.
Sé sentillo, y no decillo;
¿Qué más mal queréis que sea?
Veinte y cuatro doncellotes,
Todos de tomo y de lomo,
Venían; yo no sé cómo
No os da el Rey dos mil azotes,
Pajes, que sois la canalla
Más mala que tiene el suelo.
Digo, pues, que con mi celo,
Que es bueno el que en mí se halla,
Aquestos tantos donceles
Junté, como soy alcalde,
Para serviros de balde,
Con barbas y cascabeles.
No quise traer doncellas,
Por ser danza tan usada,
Sino una cascabelada
De mozos, parientes de ellas;
Y apenas vieron sus trajes
Al galán uso moderno,
Cuando todo el mismo infierno
Se revistió en vuestros pajes,
Y con trapajo y con lodo
Tanta carga les han dado,
Que queda desbaratado
El danzante escuadrón todo,
Han sobajado al mejor
Penuscón de danzadores,
Que en estos alrededores
Vió príncipe ni señor.

REINA. Pues volvedlos á juntar,
Que yo haré que el Rey espere.

TARUGO. Aunque vuelva el que quisiere,
No se podrá rodear,
Porque van todos molidos
Como cibera y alheña,
De mojicón, ripio y leña
Largamente proveídos.
REINA. ¿No traeréis uno siquiera?
Porque gustaré de velle.
TARUGO. Veré si puedo traelle.
ALCALDE. Advertid que el Rey espera,
Tarugo, y si no está Renco
Tan malo como le vi,
Traed, si es posible, aquí
Á mi sobrino Mostrenco,
Que en él echará de verse
Cuáles los otros serían.
¡Oh cuántos pajes se crían
En corte para perderse!
Pensé que por ser del Rey,
Y tan bien nacidos todos,
Usarían de otros modos
De mejor crianza y ley;
Pero cuatro pupilajes
De cuatro universidades,
No encierran tantas ruindades
Como saben vuestros pajes.
Las burlas que nos han hecho
Descubren, con sus ensayos,
Que traen cruces en los sayos
Y diablos dentro del pecho.

Vuelve TARUGO y trae consigo á MOSTRENCO, tocado á papos, con un tranzado que llegue hasta las orejas, saya de bayeta verde guarnecida de amarilo, corta á la rodilla, y sus polainas con cascabeles, corpezuelo ó camisa de pechos, y aunque toque el tamboril, no se ha de mover de un lugar.

TARUGO. Á Mostrenco traigo: helo,
Crespo.
ALCAL. Pingarrón, tocad;
Que la buena Majestad
En él verá nuestro celo,
Y nuestro ingenio lozano.

(Toca Mostrenco.)

Menéate, majadero,
Ó hazte de rogar primero,
Como músico ó villano.
¡Hola! ¿á quién digo? Sobrino,
Danza un poco, pese á mí.
TARUGO. El diablo nos trujo aquí,
Según que ya lo adivino.
Yérguete ¡cuerpo del mundo! (Guinchale.)
ALCAL. ¡Oh pajes de Satanás!
REINA. Ni le roguéis ni deis más.
ALCAL. Hoy nos echas al profundo
Con tu terquedad.
MOST. ¡No puedo
Menearme, por San Dios.
SILERIO. ¡Qué tierno doncel sois vos!
TARUGO. ¿Qué tienes?
MOST. Quebrado un dedo
Del pie derecho.
REY. Dejadle,
Y á vuestro pueblo os volved.
ALCAL. Si es que me ha de hacer merced,

De Junquillos soy alcade;
Y si castiga á sus pajes,
Otra danza le traeremos,
Que pase á todos extremos
En la invención y los trajes

(Éntranse Tarugo, el alcalde y Mostrenco.)

REINA. El alcalde es extremado.
REY. Y la danza bien vestida.
REINA. Bien platicada, y reñida,
Y el premio bien esperado.
SILERIO. Esta es la de las gitanas,
Que viene.
REINA. Pues suelen ser
Muchas de buen parecer,
Y de su traje galanas.
REY. (Para sí.) ¡Que tiemble de una gitana
Un rey! ¡Qué gran poquedad!
SILERIO. Verá Vuestra Majestad
Entre éstas una galana
Y hermosa sobre manera,
Y sobre manera honesta.
REY. Caro el mirarla me cuesta.
REINA. ¿No llegan? ¿Á qué se espera?

Entran los Músicos, vestidos á lo gitano; INÉS y BELICA y otros dos muchachos de gitanos: y en vestir á todas, principalmente á Belica, se ha de echar el resto. Entra asimismo PEDRO de gitano y MALDONADO; han de traer ensayadas dos mudanzas, y su tamboril.

PEDRO. Vuestros humildes gitanos,
Majestades que Dios guarde,
Hacemos vistoso alarde
De nuestros bríos lozanos.

Quisiéramos que esta danza
Fuera toda de brocado,
Mas el poder limitado,
Es muy poco lo que alcanza:
Mas, con todo, mi Belilla,
Con su donaire y sus ojos,
Os quitará mil enojos,
Dándoos gusto y maravilla.—
Ea, gitanas de Dios,
Comenzad, y sea en buen pie.

REINA. Bueno es el gitano á fe.

MALD. Id delanteras las dos.

PEDRO. Ea, Belica, flor de Abril;
Inés, bailadora ilustre,
Que podéis dar fama y lustre
Á esta danza y otras mil. (Bailan.)
Vaya el boladillo apriesa,
No os erréis, guardad compás:
¡Qué desvaída que vas,
Francisquilla!—¡Ea, Ginesa!

MALD. Largo y tendido el cruzado,
Y tomen los brazos vuelo.
Si esta no es danza del cielo,
Yo soy asno enalbardado.

PEDRO. Ea, pizpitas ligeras,
Y anda-ríos bulliciosos,
Llevad los brazos airosos,
Y las personas enteras.

MALD. El oído en las guitarras,
Y haced de azogue los pies.

PEDRO. Por San... buenas van las tres.

MALD. Y aun las cuatro no van malas;
Pero Belica es extremo
De donaire, brío y gala.

PEDRO. Como no bailan en sala,
Que tropiecen cuido y temo.

(Cae Belica junto al Rey.)

¿No lo digo yo? Belilla
Ha caído junto al Rey.

REY. (Á ella) Que os alce yo es justa ley,
Nueva octava maravilla:
Y entended que con la mano
Os doy el alma también.

REINA. Ello se ha hecho muy bien;
Andado ha el Rey cortesano.
Bien Su Majestad lo allana,
Y la postra por el suelo,
Pues levanta hasta su cielo
Una caída gitana.

BELICA. Mostró en esto su grandeza,
Pues casi fuera impiedad,
Que junto á Su Majestad
Nadie estuviera en bajeza.
Y no se pudo ofender
Su grandeza en esto en nada,
Pues majestad confirmada,
No puede desfallecer.
Y en cierta manera, creo
Que cabe en la suerte mía,
Que me hagan cortesía
Los reyes.

REINA. Ya yo lo veo:
Que ese privilegio tiene
La hermosura.

REY. Ea, señora,
No turbéis la justa ahora.

Porque alegra y entretiene.

REINA. Apriétanme el corazón
Esas palabras livianas.—
Llevad aquestas gitanas,
Y ponedlas en prisión:
Que es la belleza tirana
Y á cualquier alma conquista,
Y está su fuerza en ser vista.

REY. ¿Celos te da una gitana?
Cierto que es terrible cosa,
É insufrible de decir.

REINA Pudiérase eso decir,
Á no ser esta hermosa,
Y á ser vuestra condición
De Rey; pero no es así,
Llevádmelas ya de ahí.—

SILERIO. ¡Estraña resolución!

INÉS Señora, así el pensamiento
Celoso no te fatigue,
Ni hacer hazañas te obligue,
Que no lleven fundamento,
Que á solas quieras oirme
Un poco que te diré,
Y en ello no intentaré
De tu prisión eximirme.

REINA. Á mi estancia las llevad;
Pero traedlas tras mí.

(Éntranse la Reina y las gitanas.)

REY. Pocas veces celos vi,
Sin tocar en crueldad.

SILERIO. Una sospecha me afana,
Señor, por lo que aquí veo,

Y es, que di de tu deseo
Noticia á aquella gitana
Que á la Reina quiere hablar
En secreto, y es razón
Temer que de tu intención
Larga cuenta querrá dar.

REY. En mi dolor tan acerbo,
No me queda que temer,
Pues no puede negro ser
Más que sus alas, el cuervo.
Venid, y daremos orden
Como se tiemple en la Reina
La furia que en ella reina,
La confusión y desorden.

(Éntranse el Rey y Silerio.)

PEDRO. Bien habemos negociado,
Gustando vos del oficio.

MALD. Digo, que pierdo el jüicio,
Y estoy como embelesado.
Belica presa, é Inés
Con la Reina quiere hablar;
Mucho me da que pensar.

PEDRO. Y aun que temer.

MALD. Así es.

PEDRO. Yo á lo menos el suceso
No pienso esperar del caso;
Que á compás retiro el paso
Del gitanesco progreso.
Un bonete reverendo,
Y el eclesiástico brazo,
Sacarán de este embarazo
Mi persona, á lo que entiendo.

Adios, Maldonado.

MALD. Espera.
¿Qué quieres hacer?

PEDRO. Nonada:
La suerte tengo ya echada.
Y tengo sangre ligera.
No me detendrán aquí
Con maromas y con sogas.

MALD. En muy poca agua te ahogas:
Nunca pensé tal de ti.
Antes pensé que tenías
Ánimo para esperar
Un ejército.

PEDRO. Es hablar;
Otras son las fuerzas mías.
Aun no me has bien conocido,
Pues entiende, Maldonado,
Que ha de ser el hombre honrado,
Recatado, y no atrevido.
Y es prudencia prevenir
El peligro. Queda en paz.

MALD. Sin por qué temes; mas haz
Tu gusto.

PEDRO. Yo sé decir,
Que es razón que aquí se tema,
Que las iras de los reyes
Pasan términos y leyes,
Como es su fuerza suprema.

MALD. Si así es, vámonos luego,
Que nos estará mejor.

MÚSICOS. Todos tenemos temor,
Maldonado.

MALD. No lo niego. (Éntranse todos.)

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Sale PEDRO como ermitaño, con tres ó cuatro taleguillos de angeo, llenos de arena, en las mangas.

PEDRO. Ya está la casa vecina
De aquella viuda dichosa;
Digo, de aquella Marina
Sánchez, que por generosa
Al cielo el alma encamina.

Sale MARINA á la ventana.

Ya su marido Vicente
Del Berrocal, fácilmente
Saldrá de la llama horrenda,
En cuanto Marina entienda
Que yace en ella doliente.
Su hijo Pedro Benito
Amainará desde luego
El alto espantoso grito
Con que se queja en el fuego,
Que abrasa el negro distrito.
Dejará de estar mohino
Martinico, su sobrino,
El del lunar en la cara,
Viendo que se le prepara
De la gloria el real camino.

VIUDA. Padre, espere, que ya abajo,
Y perdone si le doy,
En el esperar, trabajo.

(Quítase de la ventana y baja.)

PEDRO. Gracias á los cielos doy,
Que me luce, si trabajo;
Gracias doy á quien me ha hecho
Entrar en aquéste estrecho,
Donde, sin temor de mengua
Me ha de sacar esta lengua
Con honra, gusto y provecho.
Memoria. no desfallezcas,
Ni por algún accidente
Silencio á la lengua ofrezcas;
Antes con modo prudente,
Ya me alegres, ya entristezcas,
En los semblantes me muda,
Que con aquesta viuda
Me acrediten, hasta tanto
Que la dejen con espanto,
Contenta, pero desnuda.

Entra la VIUDA.

VIUDA. Padre, deme aquesos pies.
PEDRO. Tente, honrada labradora,
No me toques: ¿tú no ves,
Que á donde la humildad mora,
Pierde el honor su interés?
Las almas que están en penas,
De todo contento ajenas,
Aunque más las soliciten,

Las ceremonias no admiten
De que están las cortes llenas.
Más les importa una misa
Que cuatro mil besamanos;
Y esto tu padre te avisa,
Y esos tratos cortesanos
Tenlos por cosa de risa;
Pero en tanto que te doy
Cuenta, amiga, de quien soy,
Guárdame aqueste talego
Y estotro del nudo ciego,
Con quien tan cargado voy.

VIUDA. Ya, señor, tengo noticia
De quién eres, y sé bien,
Que tu voluntad codicia
Y en misericordia estén
Las almas, y no en justicia.
Sé la honrada comisión
Que tienes, y en conclusión,
Te suplico que me cuentes
Cómo las de mis parientes
Tendrán descanso y perdón.

PEDRO. Vicente del Berrocal,
Tu marido, con setenta
Escudos de principal
Ha de rematar la cuenta
En mil bienes, de su mal.
Pedro Benito, tu hijo,
Saldrá de aquel escondrijo
Con cuarenta y seis no más,
Y con esto le darás
Un sin igual regocijo.
Tu hija Sancha Redonda
Pide que á su voluntad

Tu larga mano responda;
Que es soga la caridad
Para aquella cueva honda.
Cincuenta y dos amarillos
Pide, redondos, sencillos,
Ó ya veintiséis doblados,
Con que serán quebrantados
De sus prisiones los grillos.
Martín y Quiteria están,
Tus sobrinos, en un pozo
Padeciendo estrecho afán;
Y desde allí con sollozo
Amargas voces te dan.
Diez doblones de á dos caras
Piden, que ofrezca en las aras
De la devoción divina,
Pues que los tiene Marina
Entre sus cosas más caras.
Sancho Manjón, tu buen tío,
Padece en una laguna
Mucha sed y mucho frío,
Y con llantos te importuna,
Que dés á su mal desvío:
Solos catorce ducados
Pide; pero bien contados,
Y en plata de cuño nuevo;
Y yo á llevarlos me atrevo
Sobre mis hombros cansados.

VIUDA. ¿Vistes allá por ventura,
Señor, á mi hermana Sancha?

PEDRO. Vila en una sepultura,
Cubierta con una plancha
De bronce, que es cosa dura;
Y al pasarle por encima,

Dijo: «Si es que te lastima
El dolor que aquí te llora,
Tú, que vas al mundo agora,
Á mi hermana y á mi prima
  Dirás que en su voluntad
Está el salir de estas nieblas
Á la inmensa claridad;
Que es luz de aquestas tinieblas
La encendida claridad:
  Que apenas sabrá mi hermana
Mi pena, cuando esté llana
Á darme treinta florines,
Por poner ella sus fines
En ser cuerda, y no de lana.»
  Infinitos otros vi,
Tus parientes y criados,
Que se encomiendan á ti:
Cuáles hay de á dos ducados,
Cuáles de á maravedí.
  Y séte decir, en suma,
Que reducidos con pluma
Y con tinta á buena cuenta,
Á doscientos y cincuenta
Escudos llega la suma.
  No te azores; que ese saco
Que te di á guardar primero,
Si es que bien la cuenta saco,
Me lo dió un bodegonero,
Grande imitador de Caco,
  No más de porque á su hija,
Que entre rescoldo de hornija
Yace en las hondas cavernas,
En sus delicadas piernas
El fuego menos la afiija.

Un mozo de mulas fué
Quien me dió el saco segundo,
Que en tus manos entregué,
Gran caminador del mundo,
Malo, mas de buena fe.
De arenas de oro de Tíbar
Van llenos, con que el acíbar
Y amarguísimo trabajo
De las almas de allá abajo,
Se ha de volver en almíbar.
Ea, pues, mujer gigante,
Mujer fuerte, mujer buena,
Nada se os ponga delante
Para no aliviar la pena
De toda ánima penante.
Desechad de la garganta
Ese nudo que os quebranta,
Y decid con voz serena:
«Haré, señor, cuanto ordena
Tu voz sonorosa y santa.»
Que en entregando los numos
En estas groseras manos,
Con gozos altos y sumos
Sus fuegos más inhumanos
Verás convertir en humos.
¿Qué será ver á deshora
Que por la región del aire
Va un alma zapateadora
Bailando con gran donaire,
De esclava hecha señora?
¡Qué de alabanzas oirás
Por delante y por detrás,
Ora vayas, ora estés,
De toda ánima cortés,

A quien hoy libertad das!

(Vuélvele la viuda los sacos,)

VIUDA. Tenga, y un poco me espere;
Que yo voy y vuelvo luego
Con todo aquello que quiere. (Éntrase.)

PEDRO. En gusto, en paz y en sosiego
Tu vida el cielo prospere.
Si bien en ello se advierte,
Aquesta es la mujer fuerte
Que se busca en la Escritura.
Tengas, Marina, ventura
En la vida y en la muerte.—
Belilla, gitana bella,
Todo el fruto de este embuste
Gozarás sin falta ó mella,
Aunque tu gusto no guste
De mi amorosa querella.
Cuanto este dinero alcanza,
Se ha de gastar en la danza
Y en tu adorno, porque quiero,
Que por galas ni dinero
No malogres tu esperanza.

Vuelve la VIUDA con un gato lleno, como que trae el dinero.

VIUDA. Toma, venerable anciano,
Que ahí va lo que pediste,
Y aun á darte más me allano.

PEDRO. Marina, el tuyo me diste
Con el proceder cristiano.
Entreponiendo esta coma,

En un salto daré en Roma,
Y en otro en el centro hondo;
Y porque á quien soy respondo,
Mi buena bendición toma,
Que da salud á las muelas,
Preserva, que no se engañe
Nadie con fraude y cautelas,
Ni que de mirar se extrañe
Las noturnas centinelas.
Puede en las escuras salas
Tender sin temor las alas
El más flaco corazón, (Bendícela.)
Llevando la bendición
Del gran Pedro de Urdemalas. (Éntrase.)

Viuda. Comisario fidedino
De las almas que en trabajo
Están penando contino,
Pues dicen que es cuesta abajo
Del purgatorio el camino:
Echate á rodar, y llega
Ligero á la escura vega,
Ó valle de llanto amargo,
Y aplícalas al descargo
Que mi largueza te entrega.
En cada escudo que di,
Llevas mi alma encerrada,
Y en cada maravedí,
Y como cosa encantada
Parece que quedó aquí.
Ya yo soy otra alma en pena,
Después que me veo ajena
Del talego que entregué;
Pero en hombros de mi fe
Saldré á la región serena. (Éntrase.)

Sale la REINA y trae en un pañizuelo unas joyas, y sale con ella MARCELO, caballero anciano.

REINA. Marcelo, sin que os impida
La guarda de algún secreto,
Porque no os pondrá en aprieto
De perder fama ni vida,
Os ruego me respondáis
Á ciertas preguntas luego.

MARCELO. Bien excusado es el ruego,
Señora, donde mandáis.
Preguntad á vuestro gusto,
Porque mi honra y mi vida
Está á vuestros pies rendida,
Y es de lo que yo más gusto.

REINA. Estas joyas de valor,
¿Cúyas son, ó cúyas fueron?

MARCELO. Un tiempo dueño tuvieron,
Que siempre fué mi señor.

REINA. Pues ¿cómo se enajenaron?
Porque me importa saber
Cómo aquesto vino á ser:
Si se dieron ó se hurtaron.

MARCELO. Pues ya que la tierra cubre
El delito y la deshonra,
Si es deshonra y si es delito
El que amor honesto forja,
Quiero romper un silencio
Que no importa que le rompa
Ni á los muertos ni á los vivos,
Antes á todos importa.
La duquesa Félix Alva,
Que Dios acoja en su gloria,
Una noche, en luz escasa

Y en tinieblas abundosa,
Estando yo en el terrero
Con esperanza dudosa
De ver á la que me diste.
Gran señora, por esposa,
Con un turbado ceceo
Me llamó y con voz ansiosa
Me dijo: «Así la ventura
A tus deseos responda,
Señor, quien quiera que seas,
Que en esta ocasión forzosa,
Mostrando pecho cristiano,
Á quien te llama socorras.
Pon á recado esa prenda,
Más noble que venturosa;
Dale el agua del bautismo,
Y el nombre que tú le escojas»:
Y en esto ya descolgaba
De unas trenzas, que de soga
Sirvieron, una cestilla
De blanca mimbre olorosa.
No dijo más, y encerróse;
Yo quedé en aquella hora
Cargado, suspenso y lleno
De admiración y congoja,
Porque oí que una criatura
Dentro de la cesta llora,
Así cual recién nacida:
Ved qué carga y á qué hora.
En fin, porque presto veas
El de aquesta extraña historia,
Digo que al punto salí,
Con diligencia no poca.
De la ciudad al aldea

Que está sobre aquella loma,
Por ser cerca; pero el cielo,
Que infortunios acomoda,
Me deparó en el camino,
Al despuntar de la aurora,
Un rancho de unos gitanos,
De pocas y humildes chozas.
Por dádivas y por ruegos,
Una gitana, no moza,
Me tomó la criatura,
Y al punto desenvolvióla,
Y entre las fajas, envueltas
En un lienzo, halló esas joyas,
Que yo conocí al momento,
Pues son de tu hermano todas.
Dejéselas con la niña,
Que era una niña hermosa
La que en la cesta venía,
Nacida de pocas horas.
Encarguéle su crianza,
Y el bautismo, y que con ropas
Humildes, empero limpias,
La criase. ¡Extraña cosa!
Que cuando de este suceso
Mi lengua á tu hermano informa,
Dijo: «Marcelo, la niña
Es mía, como las joyas.
La duquesa Félix Alva
Es su madre, y ella es sola
El blanco de mis deseos,
Y de mis penas la gloria.
Inmaturo ha sido el parto;
Mal prevenida la toma;
Pero no hay falta que llegue

De su ingenio á la gran sobra.»
Estando en estas razones,
En son tristísimo doblan
Las campanas, sin que quede
Monasterio ni parroquia.
El son general y triste
Daba indicios ser persona
Principal la que á la tierra
El común tributo torna.
Hizo manifiesto el caso
Un paje que entró á deshora,
Diciendo: «Muerta es, señor,
Félix Alva, mi señora.
De improviso murió anoche;
Y por ella, señor, forman
Este son tantas campanas,
Y tantas gentes que lloran.»
Con estas nuevas tu hermano
Quedó con el alma absorta,
Sin movimiento los ojos,
Inmovible la persona.
Volvió en sí desde allí á un rato,
Y sin decirme otra cosa
Sino: «Haz criar la niña,
Y no le quites las joyas.
Como gitana se crie,
Sin hacerla sabidora,
Aunque crezca, de quién es,
Porque esto á mi gusto importa».
Dos horas tardó en partirse
Á las fronteras, do apoca
Con su lanza la morisma,
Sus gustos con sus memorias.
Siempre me escribe que vea

A Belica (que llamóla
Así la gitana sabia,
Que con mucho amor crióla).
Yo no alcanzo su desinio,
Ni á qué aspira, ni en qué topa
El no querer que se sepa
Tan rara y tan triste historia.
Hanle dicho á la muchacha
Que un ladrón gitano hurtóla,
Y ella se imagina hija
De alguna rëal persona.
Yo la he visto muchas veces,
Y hacer y decir mil cosas,
Que parece que ya tiene
En las sienes la corona.
Murió la que la dió leche,
Y con las joyas dejóla
En poder de otra su hija,
Si no tan bella, tan moza.
Ésta, que es la que tenía
Esas joyas, no otra cosa
Sabe más de lo que supo
Su madre, y el hecho ignora
De los padres de Isabel,
Tu sobrina, la hermosa,
La señora, la garrida,
La discreta y la briosa.
Respondo esto á la pregunta
Si se dieron esas joyas
Ó se hurtaron, que me admira
Verlas donde están agora.

REINA. La mitad he yo sabido
De esta peregrina historia,
Y una y otra relación,

Sin que discrepen, conforman.
Mas dime: ¿conocerías,
Si acaso vieses la hermosa
Gitana que dices?

MARCELO. Sí,
Como á mí mismo, señora.

REINA. Pues espérate aquí un poco. (Éntrase.)

MARCELO. ¿Quién trujo aquí aquestas joyas?
¡Cómo á los cielos y al tiempo
Por jamás se encubre cosa!
¿Si he hecho mal en descubrirme?
Sí; que lengua presurosa,
No da lugar al discurso,
Y más condena que abona.

Vuelven la REINA, BELICA y INÉS.

REINA. ¿Es aquél el que venía
Á ver á tu hermana?

INÉS. Sí;
Que con mi madre le vi
Comunicar más de un día.

REINA. Con eso y con el semblante
Que al de mi hermano parece,
Ya veo que se me ofrece
Una sobrina delante.

MARCELO. Así lo puedes creer;
Que esa que traes de la mano,
Es la prenda que tu hermano
Quiere y debe más querer.
Si ilustre por el padre
La ha hecho Dios en el suelo,
No menos la hace el cielo
Extremada por la madre;

Y ella, por su hermosura,
Merece ser extremada.

Entran el REY y el CABALLERO.

REY. Ello es cosa averiguada,
Que no hay celos sin locura.
REINA. Y sin amor, señor mío,
Dijérades muy mejor.
REY. Celos son rabia, y amor
Siempre de ella está vacío,
Y de la causa que es buena,
Mal efecto no procede.
REINA. En mí, al contrario sucede:
Siempre celos me dan pena,
Y siempre los ha engendrado
El grande amor que yo os tengo.
REY. Si hay venganza, yo me vengo
Con que os hayáis engañado;
Pues no podrán redundar
De vuestras preguntas hechas
Tan vehementes sospechas,
Que no puedan condenar.
Ni yo, si miráis en ello,
Soy de sangre tan liviana,
Que á tan humilde gitana
Incline el altivo cuello.
REINA. Mirad, señor, que es hermosa,
Y que la rara belleza
Se lleva tras sí la alteza,
Y fuerza más poderosa.
Por mis ojos, que lleguéis
Á mirar sus bellos ojos.
REY. Si gustáis de darme enojos,

No es buen medio el que ponéis.

REINA. ¡Cómo! y ¿así os amohina
El mirar á una doncella
Que después de ser tan bella,
Aspira á ser mi sobrina?

BELICA. ¿Qué ha de ser aquesto, Inés?
Que, me voy imaginando,
Que se están de mí burlando.

INÉS. Calla, y sabráslo después.

REINA. Miradla así descuidado
Y decidme á quién parece.

REY. A los ojos se me ofrece
De Rosamiro un traslado.

REINA. No es mucho, porque es su hija,
Y como á tal la estimad.

CABALL. ¿Burla vuestra majestad?

REINA. No es bien que eso se colija
De verdad tan manifiesta.

REY. Si no burláis, es razón
Que me cause admiración
Tal novedad como es ésta.

REINA. Llegad al Rey, Isabel,
Y decid que os dé la mano,
Como á hija de mi hermano.

BELICA. Como sierva llego á él.

REY. Levantad, bella criatura,
Que de vuestro parecer
Muy bien se puede creer
Y esperar mayor ventura.
Pero decidme, señora,
¿Cómo sabéis esta historia?

REINA. Aunque es breve y es notoria,
No es para decilla agora.
Vámonos á la ciudad,

Que en el camino sabréis
Lo que luego creeréis
Como infalible verdad.

REY. Vamos.

MARCELO. No hay dudar, señor,
En historia que es tan clara,
Pues su rostro lo declara,
Y yo, que soy el actor.

(Vanse entrando todos, y á la postre quedan Inés y Belica.)

INÉS. Belica, pues vas sobrina
De la Reina por lo menos,
Esos tus ojos serenos
Á nuestra humildad inclina.
Acuérdate de que hartamos
Más de una vegada juntas,
Y que sin soberbia y puntas
Más de otras cinco bailamos.
Y que aunque habemos andado
Muchas veces á las greñas,
Siempre en efeto y por señas
Te he temido y respetado.
Haz algún bien, pues podrás,
Á nuestros gitanos pobres,
Así en venturosa sobres
Á cuantos lo fueron más.
Responde á lo que se ve
De tu ser tan principal.

BELICA. Dame, Inés, un memorial,
Que yo lo despacharé. (Éntranse.)

Sale PEDRO de URDEMALAS con manteo y bonete, como estudiante.

PEDRO. Dicen que la variación
Hace á la naturaleza
Colma de gusto y belleza,
Y está muy puesto en razón.
Un manjar á la contina
Enfada, y un solo objeto,
Á los ojos del discreto
Da disgusto y amohína.
Un solo vestido cansa;
En fin, con la variedad,
Se muda la voluntad,
Y el espíritu descansa.
Bien logrado iré del mundo
Cuando Dios me lleve dél,
Pues podré decir que en él
Un Proteo fuí segundo.
¡Válgame Dios! ¡qué de trajes
He mudado, y qué de oficios;
Qué de varios ejercicios,
Qué de exquisitos lenguajes!
Y agora, como estudiante,
De la Reina voy huyendo,
Cien mil azares temiendo
De esta mi suerte inconstante.
Pero yo, ¿por qué me cuento,
Que llevo en mudable palma,
Si ha de estar siempre nuestra alma
En contino movimiento?
Dios me arroje ya á las partes
Donde más fuere servido.

Entra un LABRADOR con dos gallinas.

LABRAD. Pues yo no las he vendido,
Bien parece que es hoy martes.
PEDRO. Mostrad, hermano, llegad,
Llegad, mostrad; ¿qué os turbáis?
Ellas son de calidad,
Que en cada una mostráis
Vuestra grande caridad.
Andad con Dios y dejaldas,
Y desde lejos miraldas,
Como á reliquias honraldas,
Para el culto dedicaldas,
Bucólico y adoraldas.
LABRAD. Como me las pague, haga
Altar ó reliquias dellas,
Ó lo que más satisfaga
Á su gusto.
PEDRO. Sólo es dellas
Santa y justísima paga
Hacer dellas un empleo,
Que satisfaga al deseo
Del más mirado cristiano.
LABRAD. Saldrá su disignio vano,
Señor zote, á lo que creo.

Entran dos REPRESENTANTES.

PEDRO. Sois hipócrita y malino,
Pues no tenéis miramiento,
Que os habla un hombre cetrino;
Hombre que vale por ciento
Para hacer un desatino;
Hombre que se determina,

Con una y otra gallina,
Sacar de Argel dos cautivos,
Que están sanos y están vivos
Por la voluntad divina.

REPR. 1.º Este cuento es de primor,
Y el sacristán ó lo que es,
Juega de hermano mayor.

PEDRO. ¡Oh fuerzas del interes,
Llenas de envidia y rigor!
Qué ¿es posible que te esquives,
Por tan pocos arriquives,
De sacar sendos cristianos
De mano de los tiranos?
Cómante malos caribes.

LABRAD. Diga, señor papa-sal,
¿Son por ventura mostrencas
Mis gallinas, pesi á tal,
Para no hacerme de pencas
De dar mi pobre caudal?
Rescaten á esos cristianos
Los ricos, los cortesanos,
Los frailes, los limosneros;
Que yo no tengo dineros,
Si no los ganan mis manos.

REPR. 1.º Esforcemos este embuste.—
Sois un hombre mal mirado,
De mala yacija y fuste;
Hombre que es tan desalmado,
Que no hay cosa que le guste.

PEDRO. La maldición de mi zorra,
De mi bonete y mi gorra
Caiga en ti y en tu ralea,
Y cautivo yo te vea
En Fez, en una mazmorra,

Para ver si te holgarás
De que sea quien entonces,
Por dos gallinas no más....
¡Oh corazones de bronces,
Archivos de Satanás!
¡Oh miseria de esta vida,
Á términos reducida!
Que vienen los cortesanos
Á rogar á los villanos,
Gente *non sancta* y perdida.

LABRAD. Pesia á mí, dénme mis aves,
Que yo no estoy para dar
Limosna.

REPR. 1.º ¡Qué poco sabes
De achaque de rescatar
Dos hombres gordos y graves!
Yo los tengo señalados,
Corpulentos y bardados,
De raro talle y presencia,
Que valen, en mi conciencia,
Más de trescientos ducados,
Y por estas dos gallinas
Solamente los rescato:
Ved qué entrañas tan malinas
Tiene este pobre pazguato,
Criado entre las encinas.
Ya la ruindad y malicia,
La miseria y la codicia
Reina sólo entre esta gente.

LABRAD. Aun bien que hay aquí teniente,
Corregidor y justicia. (Vase.)

PEDRO. Y yo tengo lengua y pies.
Esperen, y lo verán.

REPR. 1.º Sois un traidor magancés,

Hombre de aquellos que dan
Mohatras de tres en tres.

REPR. 2.º Déjele vuesa merced;
Que pues ya dejó en la red
Las cobas, vaya en buen hora.

PEDRO. Pues bien, ¿qué haremos agora?

REPR. 1.º Lo que es vuestro gusto haced.
Despójese de su pluma
El rescate, y véase luego,
En resolución y en suma,
Si hay algún rancho ó bodego,
Donde todo se consuma;
Que yo, á fe de compañero,
Desde agora me prefiero
Á dar todo el adherente.

REPR. 2.º Hay un grande inconveniente,
Que hemos de ensayar primero.

PEDRO. Pues dígame, ¿son farsantes?

REPR. 1.º Por nuestros pecados, sí.

PEDRO. ¡Oh de mis dichas Atlantes,
Cerros de mi Potosí,
De mi pequeñz gigantes!
En vosotros se me ofrece
Todo aquello que apetece
Mi deseo en sumo grado.

REPR. 2.º ¿Qué vendaval os ha dado,
Que así el seso os desvanece?

PEDRO. Sin duda he de ser farsante,
Y haré que estupendamente
La fama mis hechos cante,
Y que los lleve y los cuente
En Poniente y en Levante.
Volarán los hechos míos
Hasta los reinos vacíos

De Policea y aun más,
En nombre de Nicolás,
Y el sobrenombre de Ríos;
Que este fué el nombre de aquél
Mago que á entender me dió
Quién era el mundo cruel;
Ciego que sin vista vió
Cuantos fraudes hay en él.
En las chozas y en las salas,
Entre las jergas y galas
Será mi nombre extendido,
Aunque se ponga en olvido
El de Pedro de Urdemalas.

REPR. 2.º Enigma y algarabía
Es cuanto habláis, señor,
Para nosotros.

PEDRO. Sería
Falta de ingenio y valor
Contaros la historia mía,
Á lo menos por agora.
Vamos; que si se mejora
Mi suerte con ser farsista,
Seréis testigos de vista
Del ingenio que en mí mora,
Principalmente en jugar
Las tretas de un entremés,
Hasta do pueden llegar.

Entra otro REPRESENTANTE.

REPR. 3.º ¿No advertirán que ya es
Hora y tiempo de ensayar?
Porque pide el Rey comedia,
Y el autor ha ya hora y media

Que espera; ¡grande descuido!

REPR. 1.º Pues con ir presto, yo cuido
Que ese daño se remedia.—
Venga, galán; que yo haré
Que hoy quede por recitante.

PEDRO. Si lo quedo, mostraré,
Que soy para autor bastante
Con lo menos que yo sé.
Llegado ha ya la ocasión
Donde la adivinación
Que un hablante Malgesí
Echó un tiempo sobre mí,
Tenga efecto y conclusión.
Ya podré ser patriarca;
Pontífice y estudiante,
Emperador y monarca;
Que el oficio de farsante,
Todos estados abarca.
Y aunque es vida trabajosa,
Es en efecto curiosa,
Pues cosas curiosas trata,
Y nunca quien la maltrata,
Le dará nombre de ociosa. (Éntranse todos.)

Sale un AUTOR con unos papeles como comedia, y dos REPRESENTANTES.

AUTOR. Son muy anchos de conciencia
Vuesas mercedes, y creo,
Por las señales que veo,
Que me ha de faltar paciencia.
¡Cuerpo de mí! en veinte días
¿No se pudiera haber puesto
Esta comedia? ¿Qué es esto?

Ellas son venturas mías.
Póneme esto en confusión,
Y en un rancor importuno:
¿Que nunca falte ninguno
Al pedir de la ración,
Y al ensaye es menester
Que con perros y hurones
Los busquen, y aun á pregones,
Y no querrán parecer?

PEDRO. ¿Quién un agudo embustero,
Ni un agudo hablador,
Sabrá hacerle mejor
Que yo, si es que hacerle quiero?

AUTOR. Si no pica de arrogante
El dómine, mucho sabe.

PEDRO. Sé todo aquello que cabe
En un general farsante.
Sé todos los requisitos
Que un farsante ha de tener
Para serlo, que han de ser
Tan raros como infinitos.
De gran memoria, primero;
Segundo, de suelta lengua;
Y que no padezca mengua
De galas, es lo tercero.
Buen talle no le perdono,
Si es que ha de hacer los galanes,
No afectado en ademanes,
Ni ha de recitar con tono;
Con descuido, cuidadoso;
Grave anciano, joven presto,
Enamorado compuesto,
Con rabia, si está celoso.
Ha de recitar de modo,

Con tanta industria y cordura,
Que se vuelva en la figura
Que hace, de todo en todo.
Á los versos á de dar
Valor con su lengua experta,
Y á la fábula que es muerta
Ha de hacer resucitar.
Ha de sacar con espanto
Las lágrimas de la risa,
Y hacer que vuelvan con prisa
Otra vez al triste llanto.
Ha de hacer que aquel semblante
Que él mostrare, todo oyente
Le muestre, y será excelente
Si hace aquesto, el recitante.

Entra el ALGUACIL DE LAS COMEDIAS.

ALGUAC. ¡Ahora están tan despacio?
¿Esperarlos he á que acaben?
Bien parece que no saben
Las nuevas que hay en palacio.
Vengan; que ya me amohina
La posma que en ellos reina,
Aguardando el Rey y Reina,
Y la nueva su sobrina.

AUTOR. ¿Qué sobrina?

ALGUAC. Una gitana;
Dicen que es bella en extremo.

PEDRO. Que sea Belica temo.—
¿Y esto es verdad?

ALGUAC. Y tan llana,
Que yo no sé cuál se sea
Mayor verdad por agora;

Y la Reina, mi señora,
Hacerle fiestas desea.
Venid, que allá lo sabréis
Todo como pasa al punto.

PEDRO. Mucho bien me vendrá junto
Si por vuestro me queréis.

AUTOR. Admitido estáis ya al gremio
De nuestro alegre ejercicio,
Pues vuestro raro jüicio
Mayor lauro pide en premio.
Largo hablaremos después;
Vamos, y haremos la prueba
De vuestra gracia tan nueva,
Ensayando un entremés.

PEDRO. No me hará ventaja alguno
En esto, cual se verá.

ALGUAC. Señores, que es tarde ya.

AUTOR. ¿Falta aquí alguno?

REPR. 1.º Ninguno. (Vanse.)

Salen el REY y SILERIO.

REY. En cualquier traje se muestra
Su belleza al descubierto:
Gitana, me tuvo muerto;
Dama, á matarme se adiestra
El parentesco no afloja
Mi deseo; antes por él,
Con ahínco más cruel
Toda el alma se congoja.

(Suenan guitarras.)

Pero ¿qué música es esta?

SILERIO. Los comediantes serán,
Que á donde se visten van.
REY. Ya me entristece la fiesta.
Ya solo con mi deseo
Quisiera avenirme á solas,
Y dar costado á las olas
Del mar de amor, do me veo.
Pero escucha; que mi historia
Parece que oigo cantar;
Y es señal que ha de durar
Luengos siglos su memoria.

Entran los músicos cantando este romance.

MÚSICOS. «Bailan las gitanas,
Míralas el Rey;
La Reina, con celos,
Mándalas prender.
Por pascua de Reyes
Hicieron al Rey
Un baile gitano
Belica é Inés.
Turbada Belica,
Cayó junto al Rey,
Y el Rey la levanta
De puro cortés;
Mas, como es Belilla
De tan linda tez,
La Reina, celosa,
Mándalas prender.»
SILERIO. Vienen tan embebecidos,
Que no nos echan de ver.
REY. Cantan lo que debe ser
Suspensión de los sentidos.

Mús. 1.º El Rey está aquí, chitón:
Quizá no le agradará
Nuestra canción.

Mús. 2.º Sí hará,
Por ser nueva la canción;
Y no contiene otra cosa,
Fuera de que es dulce y grave,
Que decir lo que se sabe,
Que es la Reina recelosa,
Y hechura de la mujer
Tener celos del marido.

REY. ¡Qué bien que lo has entendido!
Dételo el diablo á entender.—
Silerio, mi muerte y vida
Vienen juntas; ¿qué haré?

SILERIO. Mostrar á un tiempo la fe,
Aquí cierta, allí fingida.

Entran la REINA y BELICA, ya vestida de dama; INÉS, de gitana; MALDONADO, el AUTOR, MARTÍN CRESPO, el alcalde y PEDRO DE URDEMALAS.

PEDRO. Famosa Isabel, que ya
Fuiste Belica primero,
Pedro, el famoso embustero,
Postrado á tus pies está,
Tan hecho á hacer desvaríos,
Que para cobrar renombre,
El Pedro de Urde, su nombre,
Ya es Nicolás de los Ríos.
Digo que tienes delante
Á tu Pedro conocido,
De gitano, convertido
En un famoso farsante.

Para servirte en más obras
Que puedes imaginar,
Si no le quieres faltar
Con lo mucho en que á otras sobras.
Tu presunción y la mía
Han llegado á conclusión:
La mía solo en ficción,
La tuya como debía.
Hay suertes de mil maneras,
Que entre donaires y burlas
Hacen señores de burlas,
Como señores de veras.
Yo farsante, seré rey,
Cuando le haya en la comedia;
Y tú, oyente, ya eres media
Reina por valor y ley.
En burlas podré servirte,
Tú hacerme merced de veras,
Si tras las mañas ligeras
Del vulgo no quieres irte;
En el cual, si alguno hubo
Ó hay humilde en rica alteza,
Siempre queda la bajeza
De aquel principio que tuvo.
Pero tu ser y virtud
Me tienen bien satisfecho,
Que no llegará á tu pecho
La sombra de ingratitud.
Por aquesta buena fe
De la Reina, ¡oh gran sobrina!
Y por ver que á ti se inclina
Quien gitano por ti fué,
Que al Rey pidas, te suplico,
Andando el tiempo, una cosa,

Más buena que provechosa,
Porque á mi gusto la aplico.

REY. Desde luego la concedo;
Pide lo que es de tu gusto

PEDRO. Por ser lo que quiero justo,
Lo declararé sin miedo;
Y es, que pues claro se entiende
Que el recitar es oficio
Que á enseñar en su ejercicio
Y á deleitar solo atiende
(Y para esto es menester
Grandísima habilidad,
Trabajo y curiosidad,
Saber gastar y tener);
Que ninguno no le haga
Que las partes no tuviere
Que este ejercicio requiere,
Con que enseñe y satisfaga.
Preceda examen primero,
Ó muestra de compañía,
Y no por su fantasía
Se haga autor un pandero.
Con esto pondrán la mira
Á esmerarse en su ejercicio;
Que tanto es bueno el oficio,
Cuanto es el fin á que aspira.

BELICA. Yo haré que el Rey, mi señor,
Vuestra petición conceda.

REY. Y aun otras, si hay en que pueda
Valerle vuestro favor.

REINA. Con mejores ojos miro
Agora que la miréis;
Y en cuanto por ella hacéis,
Más me alegro, que me admiro.

Ya mi voluntad se inclina
Á acreditar á los dos,
Que entre mis celos y vos,
Se ha puesto el ser mi sobrina.
Vamos á oir la comedia
Con gusto, pues que los cielos
No ordenaron que mis celos
La volviesen en tragedia;
Y avisárase á mi hermano
Luego de este hallazgo bueno. (Éntrase.)

REY. Ya yo le tengo en el seno
Y le toco con la mano.
¡Oh imaginación, que alcanzas
Las cosas menos posibles,
Si alcanzan las imposibles,
De reyes las esperanzas!

SILERIO. No te aflijas; que no es tanto
El parentesco, que impida
Hallar á tu mal salida.

REY. Sí, mas moriré entretanto.

(Éntranse el Rey y Silerio.)

MALD. Señora Belica, espere,
Mire que soy Maldonado,
Su conde.

BELICA. Tengo otro estado,
Que estar aquí no requiere.
Maldonado, perdonadme,
Que yo os hablaré otro día.

INÉS. Hermana Belica mía.

BELICA. La Reina espera, dejadme. (Éntrase.)

INÉS. Entróse: ¿quién me dijera
Aquesto casi antiyer?

No lo pudiera creer
Si con los ojos lo viera.
¡Válame Dios, y qué ingrata
Mochacha, y qué sacudida!

PEDRO. La mudanza de la vida
Mil firmezas desbarata,
Mil agravios compreende.
Mil vivezas atesora,
Y olvida sólo en un hora
Lo que en mil siglos aprende.

ALCAL. Pedro, ¿cómo estás aquí
Tan galán? ¿qué te has hecho?

PEDRO. Pudiérame haber deshecho,
Si no mirara por mi.
Mudado he de oficio y nombre,
Y no es así como quiera:
Hecho estoy una quimera.

ALCAL. Siempre tú fuiste gran hombre.
Yo por el premio venía
De la danza que enseñaste,
Que en ella claro mostraste
Tu ingenio y tu bizarría.
Y si en el mundo no hubiera
Pajes, yo sé que durara
Su fama hasta que llegara
La edad que ha de ser postrera.
Clemente y Clemencia están
Muy buenos, sin ningún mal;
Y Benita con Pascual
Garrida vida se dan.

Entra uno.

UNO. Sus Majestades aguardan;

Bien pueden ya comenzar.
PEDRO. Después podremos hablar.
UNO. Miren que dicen que tardan.
PEDRO. Ya ven vuestras mercedes que los reyes
Aguardan allá dentro, y no es posible
Entrar todos á ver la gran comedia
Que mi autor respresenta; que alabardas
Y lancineques y frinfrón impiden
La entrada á toda gente mosquetera.
Mañana en el teatro se hará una
Donde por poco precio verán todos
Desde el principio al fin toda la traza,
Y verán que no acaba en casamiento,
Cosa común y vista cien mil veces,
Ni que parió la dama esta jornada
Y en otra tiene el niño ya sus barbas,
Y es valiente y feroz, y mata y hiende,
Y venga de sus padres cierta injuria,
Y al fin viene á ser rey de un cierto reino,
Que no hay cosmografía que le muestre.
Destas impertinencias y otras tales
Ofreció la comedia libre y suelta;
Pues llena de artificio, industria y galas,
Sáquela del gran *Pedro de Urdemalas.*

FIN DE PEDRO DE URDEMALAS.

EL RUFIÁN DICHOSO

Los que hablan en ella son los siguientes:

LUGO, estudiante.
LOBILLO y GANCHOSO, rufianes.
ALGUACIL.
DOS CORCHETES.
LAGARTIJA, muchacho.
UNA DAMA.
SU MARIDO.
TELLO DE SANDOVAL, inquisidor.
Dos músicos.
UN PASTELERO.
ANTONIA.
OTRA MUJER.
CARRASCOSA, padre de la mancebía.
PERALTA y GILBERTO, estudiantes.
UN ÁNGEL.
LA COMEDIA.
LA CURIOSIDAD.
FRAY ANTONIO.
FRAY ÁNGEL.
EL PRIOR.
Dos ciudadanos.
DOÑA ANA DE TREVIÑO.
Dos criados.
UN CLÉRIGO.
LUCIFER.
VISIEL, demonio.
EL VIRREY DE MÉJICO.
EL PADRE CRUZ.
SAQUIEL, demonio.
Tres almas del purgatorio.

JORNADA PRIMERA

Salen LUGO, envainando una daga de ganchos, y el LOBILLO y GANCHOSO, rufianes: Lugo viene como estudiante, con una media sotana, un broquel en la cinta y una daga de ganchos; que no ha de traer espada.

LOBILLO. ¿Por qué fué la quistión?
LUGO. No fué por nada.
No se repita, si es que amigos somos.
GAN. Quiso Lugo empinarse sobre llombre,
Y siendo ruso de primer tonsura,
Asentarse en la cátreda de prima,
Teniendo al hombre aquí por espantajo.
LUGO. Mis sores, poco á poco; yo soy mozo,
Y mazo, y tengo hígados y bofes
Para dar en el trato de la hampa
Quinao al más pintado de su escuela,
En la cual no recibe el grado alguno
De valeroso por haber gran tiempo
Que cura en sus entradas y salidas,
Sino por las hazañas que haya hecho.
¿No tienen ya sabido, que hay cofrades
De luz, y otros de sangre?
LOBILLO. Aqueso pido.
GAN. Hola, so Lobo; si es que pide queso,
Pídalo en otra parte, que en aquesta
No se da sino...
LOBILLO. Basta, seor Ganchoso,

Ó longue luenga, y téngase por dicho,
Que entrevo toda flor y todo rumbo.

GAN. Pues ¿nosotros nacimos en Guinea,
So Lobo?

LOBILLO. No se nada.

GAN. Pues apréndalo.
Con aquesta leción.

LUGO. Fuera, Lobillo.

GAN. Entrambos sois ovejas fanfarrones,
Y gallinas mojadas y conejos.

LOBILLO. Menos lengua y más manos, hi de puta.

Entra á esta sazón un ALGUACIL y dos CORCHETES: huyen Ganchoso y Lobillo; queda solo Lugo, envainando.

CORC. Téngase á la justicia.

LUGO. Tente, pícaro.
¿Conócesme?

CORC. ¿So Lugo?

LUGO. ¿Qué so Lugo?

ALGUAC. Bellacos ¿no le asís?

COR. 2.° Señor nuestro amo,
¿Sabe lo que nos manda? ¿No conoce,
Que es el señor Cristóbal el delinque?

ALGUAC. ¡Que siempre le he de hallar en estas danzas!
Por Dios, que es cosa recia; no hay paciencia
Que lo pueda llevar.

LUGO. Llévelo en cólera,
Que tanto monta.

ALGUAC. Ahora yo se cierto,
Que ha de romper el diablo sus zapatos
Alguna vez.

LUGO. Mas que lo rompa ciento,
Que él los sabrá comprar donde quisiere.

ALGUAC. El señor Sandoval tiene la culpa.
COR. 2.° Tello de Sandoval es su amo de éste.
COR. 1.° Y manda la ciudad, y no hay justicia
Que le ose tocar, por su respeto.
LUGO. El señor alguacil haga su oficio,
Y déjese de cuentos y preámbulos.
ALGUAC. ¡Cuán mejor pareciera el señor Lugo
En su colegio, que en la barbacana
El libro en mano, y no el broquel en cinta!
LUGO. Crea el seor alguacil que no le cuadra,
Ni esquina el predicar; deje ese oficio
Á quien le toca, y vaya y pique aprisa.
ALGUAC. Sin picar nos iremos, y agradézcalo
Á su amo; que á fe de hijodalgo,
Que yo sé en qué parará este negocio.
LUGO. En irse y en quedarme.
CORC. 1.° Yo lo creo,
Porque es un Barrabás este Cristóbal.
CORC. 2.° No hay gamo que le iguale en ligereza.
CORC. 1.° Mejor juega la blanca que la negra,
Y en entrambas es águila volante.
ALGUAC. Recójase, y procure no encontrarme,
Que será lo más sano.
LUGO. Aunque sea enfermo,
Haré aquello que fuera de mi gusto.
ALGUAC. Venid vosotros. (Éntrase.)
CORC. 1.° So Cristóbal vive,
Que no le conocí, sí, juro cierto.
CORC. 2.° Señor Cristóbal, yo me recomendo;
De mí no hay que temer, soy ciego y mudo
Para ver ni hablar cosa que toque
A la mínima suela del calcorro
Que tapa y cubre la coluna y basa
Que sustentan la máquina hampesca.

LUGO. ¿Dónde, dónde cargaste, Calahorra?
CORC. No sé: Dios con la noche me socorra.

(Éntranse los dos corchetes.)

LUGO. ¡Que sólo me respeten por mi amo,
Y no por mí! no sé esta maravilla;
Mas yo haré que salga de mí un bramo
Que pase de los muros de Sevilla.
Cuelgue mi padre de su puerta el ramo:
Despoje de su jugo á manzanilla,
Conténtese en su humilde y bajo oficio,
Que yo seré famoso en mi ejercicio.

Entra á este instante LAGARTIJA, muchacho.

LAGART. Señor Cristóbal, ¿qué es esto?
¿Has reñido por ventura,
Que tienes turbado el gesto?
LUGO. Pónele de sepultura
El ánimo descompuesto;
La de gancha saqué á luz,
Porque me hiciese el buz
Un bravo por mi respeto;
Mas huyóse de su aspeto,
Come el diablo de la cruz.
¿Qué me quieres, Lagartija?
LAGART. La Salmerona y la Pava,
La Mendoza y la Librija,
Que es cada cual por sí brava,
Gananciosa y buena hija,
Te suplican que esta tarde,
Allá cuando el sol no arde
Y hiere en rallo sencillo,

En el famoso Alhamillo
Hagas de tu vista alarde.

LUGO. ¿Hay regodeo?

LAGART. Hay merienda,
Que las más famosas cenas
Ante ella cogen la rienda;
Cazuelas de berenjenas
Serán penúltima ofrenda.
Hay el conejo empanado,
Por mil partes traspasado
Con saetas de tocino;
Blanco el pan, aloque el vino,
Y hay turrón alicantado.
Cada cual para esto roba
Blancas, vistosas y nuevas,
Una y otra rica coba;
Dales limones las cuevas,
Y naranjas el alcoba.
Daráles en un instante
El pescador arrogante
Más que le hay del Norte al Sur,
El gordo y sabroso albur
Y la anguila resbalante.
El sábalo vivo, vivo,
Colear en la caldera,
Ó saltar en fuego esquivo,
Verás en mejor manera
Que te lo pinto y describo;
El pintado camarón,
Con el partido limón
Y bien molida pimienta,
Verás como el gusto aumenta,
Y le saca de harón.

LUGO. Lagartija, bien lo pintas.

LAGART. Pues llevan otras mil cosas
De comer, varias. distintas,
Que á voluntades golosas
Las harán poner en quintas.
LUGO. ¿Qué es quintas?
LAGART. En división,
Llevándose la afición
Aquí, y allí y acullá;
Que la variedad hará
No atinar con la razón.
LUGO. Y ¿quién va con ellas?
LAGART. ¿Quién?
El Patojo y el Mochuelo,
Y el Tuerto del Almadén.
LUGO. Que ha de haber soplo recelo.
LAGART. Ve tú, y se hará todo bien.
LUGO. Quizá por tu guste iré,
Que tienes un no se qué
De agudeza que me encanta.
LAGART. Mi boca pongo en la planta
De tu valeroso pie.
LUGO. Alza, rapaz lisonjero,
Indigno del vil oficio
Que tienes.
LAGART. Pues dél espero
Salir presto á otro ejercicio,
Que muestre ser perulero.
LUGO. ¿Qué ejercicio?
LAGART. Señor Lugo,
Será ejercicio de jugo,
Puesto que en él se trabaja,
Que es jugador de ventaja,
Y de las bolsas verdugo.
¿No has visto tú por ahí

Mil con-capas guarnecidas,
Volantes más que un neblí,
Que en dos barajas bruñidas
Encierran un Potosí?
Cuál de éstos se finge manco,
Para dar un toque franco
Al más agudo; y me alegro
De ver no usar de su negro,
Hasta que topen un blanco.

LUGO. Mucho sabes: ¿qué papel
Es el que traes en el pecho?

LAGART. ¿Descúbreseme algo de él?
Todo el seso, sin provecho
De Apolo se encierra en él;
Es un romance jacaro,
Que le igualo y le comparo
Al mejor que se ha compuesto;
Echa de la hampa el resto
En estilo jaco y raro;
Tiene vocablos modernos
De tal manera, que encantan,
Unos bravos y otros tiernos;
Ya á los cielos se levantan,
Ya bajan á los infiernos.

LUGO. Dile, pues.

LAGART. Séle de coro,
Que ninguna cosa ignoro
De aquesta, que á luz se saque.

LUGO. ¿Y de qué trata?

LAGART. De un jaque
Que se tomó con un toro.

LUGO. Vaya, Lagartija.

LAGART. Vaya,
Y todo el mundo esté atento

Á mirar como se ensaya
Á pasar mi entendimiento
Del que más sube la raya.
«Año de mil y quinientos
Y treinta y cuatro corría,
Á veinte y cinco de Mayo,
Martes, aciago día.
Sucedió un caso notable
En la ciudad de Sevilla,
Digno que ciegos le canten,
Y que poetas le escriban.
Del gran Corral de los Olmos,
Do está la jacarandina,
Sale Reguilete el jaque,
Vestido á las maravillas.
No va á la vuelta del Cairo,
Del Catay ni de la China,
Ni de Flandes, ni Alemania,
Ni menos de Lombardía;
Va la vuelta de la plaza
De San Francisco, bendita;
Que corren toros en ella
Por Santa Justa y Rufina;
Y apenas entró en la plaza,
Cuando se lleva la vista
Tras sí de todos los ojos,
Que su buen donaire miran.
Salió en esto un toro hosco,
¡Válasme Santa María!
Y arremetiendo con él,
Dió con él patas arriba;
Dejóle muerto y mohino,
Bañado en su sangre misma:
Y aquí da fin el romance,

Porque llegó el de su vida.»

LUGO. ¿Y este es el romance bravo
Qué decías?

LAGART. Su llaneza
Y su buen decir alabo,
Y más, que muestra agudeza
En llegar tan presto al cabo.

LUGO. ¿Quién le compuso?

LAGART. Tristán,
Que gobierna en San Román
La bendita sacristía,
Que excede en la poesía
Á Garcilaso y Boscán.

Entra á este instante UNA DAMA con el manto hasta la mitad del rostro.

DAMA. Una palabra, galán.

LUGO. Ve con Dios, y quizá iré,
Si estás cierto que allá van.

LAGART. Digo que van, yo lo sé,
Y sé que te aguardarán. (Éntrase.)

DAMA. Arrastrada de un deseo,
Sin provecho resistido,
Á hurto de mi marido
Delante de vos me veo.
Lo que este manto os encubre
Mirad, y después veréis

(Mírala por debajo del manto.)

Si es razón que remediéis
Lo que la lengua os descubre.
¿Conocisme?

LUGO. Demasiado.

DAMA. En eso veréis la fuerza
Que me incita y aun me fuerza
Á ponerme en este estado;
Mas porque no estéis en calma
Pensando á qué es mi venida,
Digo que á daros mi vida
Con la voluntad del alma.
Vuestra rara valentía
Y vuestro despejo han hecho
Tanta impresión en mi pecho,
Que pienso en vos noche y día.
Quítame este pensamiento
Pensar en mi calidad,
Y al gusto la voluntad
Da libre consentimiento;
Y así, sin guardar decoro
Á quien soy en ningún modo,
Habré de decirlo todo:
Sabed, Lugo, que os adoro.
No fea, y muy rica soy;
Sabré dar, sabré querer;
Y esto lo echaréis de ver
Por este trance en que estoy:
Que la mujer ya rendida,
Aunque es toda mezquindad,
Muestra liberalidad
Con el dueño de su vida.
En la tuya ó en mi casa,
De mí, y de mi hacienda puedes
Prometerte, no mercedes,
Sino servicios sin tasa.
Y pues miedo no te alcanza,
No te le de mi marido;
Que el engaño siempre ha sido

Parcial de la confianza.
No llegan de los recelos,
Porque los tiene discretos,
Á hacer los tristes efetos
Que suelen hacer los celos;
Y porque nunca ocasión
De tenerlos yo le he dado,
Le juzgo por engañado
Á nuestra satisfación.
¿Para qué arrugas la frente
Y alzas las cejas? ¿Qué es esto?

LUGO. En admiración me ha puesto
Tu deseo impertinente.
Pudieras, ya que querías
Satisfacer tu mal gusto,
Buscar un sujeto al gusto
De tus grandes bizarrías.
Pudieras, como entre peras,
Escoger en la ciudad
Quien diera á tu voluntad
Satisfaccion con más veras;
Y así tuviera disculpa
Con la alteza del empleo
Tu mal nacido deseo,
Que en mi bajeza te culpa.
Yo soy un pobre criado
De un inquisidor, cual sabes,
De caudal, que está sin llaves,
Entre libros abreviado.
Vivo á lo de Dios es Cristo,
Sin estrechar el deseo,
Y siempre traigo el baldeo,
Como sacabuche listo.
Ocúpome en bajas cosas,

Y en todas soy tan terrible,
Que el acudir no es posible
Á las que son amorosas,
Á lo menos á las altas,
Como en las que en ti señalas;
Que son de cuervo mis alas.

DAMA. No te pintes con más faltas,
Porque en mi imaginación
Te tiene amor retratado
Del modo que tú has contado,
Pero con más perfección.
No pido hagas quimeras
De ti mismo: solo pido
(Deseo bien comedido)
Que pues te quiero, me quieras.
Pero ¡ay de mí desdichada!
¡Mi marido! ¿Qué haré?
Tiemblo y temo, aunque bien sé
Que vengo bien disfrazada.

Entra SU MARIDO.

LUGO. Sosegaos, no os desviéis,
Que no os ha de descubrir.

DAMA. (Hablando consigo.) Aunque me quisiera ir,
No puedo mover los pies.

MARIDO. Señor Lugo, ¿qué hay de nuevo?

LUGO. Cierta cosa que contaros,
Que me obligaba á buscaros.

DAMA. Irme quiero, y no me atrevo.

MARIDO. Aquí me tenéis: mirad
Lo que tenéis que decirme.

DAMA. Harto mejor fuera irme.

LUGO. Llegaos aquí y escuchad.

La hermosura que dar quiso
El cielo á vuestra mujer,
Con que la vino á hacer
En la tierra un paraíso,
Ha encendido de manera
De un mancebo el corazón,
Que le tiene hecho carbón
De la amorosa hoguera.
Es rico y es poderoso,
Y atrevido de tal modo,
Que atropella y rompe todo
Lo que es más dificultoso.
No quiere usar de los medios
De ofrecer ni de rogar,
Porque en su mal quiere usar
De otros más breves remedios.
Dice que la honestidad
De vuestra consorte es tanta,
Que le admira y que le espanta
Tanto como la beldad.
Por jamás le ha descubierto
Su lascivo pensamiento;
Que queda su atrevimiento
Ante su recato muerto.

MARIDO. ¿Es hombre que entra en mi casa?

LUGO. Róndala, mas no entra en ella.

MARIDO. Quien casa con mujer bella,
De su honra se descasa,
Si no lo remedia el cielo.

DAMA. ¿Qué es lo que tratan los dos?
¿Si es de mí? ¡Válgame Dios!
¡De cuántos males recelo!

LUGO. Digo, en fin, que es tal el fuego
Que á este amante abrasa y fuerza,

Que quiere usar de la fuerza,
En cambio y lugar del ruego.
Robar quiere á vuestra esposa,
Ayudado de otra gente
Como yo, de esta valiente,
Atrevida y licenciosa.
Hame dado cuenta de ello,
Casi como á principal
De esta canalla mortal,
Que en hacer mal echa el sello.
Yo, aunque soy mozo arriscado,
De los de campo través,
Ni mato por interés,
Ni de ruindades me agrado.
De ayudalle he prometido,
Con intento de avisaros,
Que es fácil el repararos,
Estando así prevenido.

MARIDO. ¿Soy hombre yo de amenazas?
Tengo valor, ciño espada.

LUGO. No hay valor que pueda nada
Contra las traidoras trazas.

MARIDO. En fin, ¿mi consorte ignora
Todo este cuento?

LUGO. Así ella
Os ofende como aquella
Cubierta y buena señora.
Por el cielo tanto os juro,
Que no sabe nada de esto.

MARIDO. De ausentarla estoy dispuesto.

LUGO. Eso es lo que yo procuro.

MARIDO. Yo la pondré donde el viento
Apenas pueda tocalla.

LUGO. En el recato se halla

Buen fin del dudoso intento.
Retiradla; que la ausencia
Hace, pasando los días,
Volver las entrañas frías,
Que abrasaba la presencia;
Y nunca en la poca edad
Tiene firme asiento amor,
Y siempre el mozo amador
Huye la dificultad.

MARIDO. El aviso os agradezco,
Señor Lugo, y algún día
Sabréis de mi cortesía,
Si vuestra amistad merezco.
El nombre saber quisiera
Dese galán que me acosa.

LUGO. Eso es pedirme una cosa,
Que de quien soy no se espera.
Basta que vais avisado
De lo que más os conviene,
Y ese negocio no tiene
Más de lo que os he contado.
Vuestra consorte, inocente
Está de todo este hecho,
Vos con esto satisfecho;
Haced como hombre prudente.

MARIDO. Casa fuerte y heredad
Tengo en no pequeña aldea,
Y llaves, que harán que sea
Grande la dificultad
Que se oponga al mal intento
De ese atrevido mancebo.
Quedaos; que en el alma llevo
Más de un vario pensamiento. (Vase.)

DAMA. Entre los dientes ya estaba

El alma para dejarme;
Quise, y no pude mudarme,
Aunque más lo procuraba.
Mucho esfuerzo ha menester
Quien, con traidora conciencia,
No se alborota en presencia
De aquel que quiere ofender.

LUGO. Y más si la ofensa es hecha
De la mujer al marido.

DAMA. El nublado ya se ha ido:
Hazme agora satisfecha,
Contándome qué querías
Á mi esclavo y mi señor.

LUGO. Hanme hecho corredor
De no sé qué mercancías.
Díjele, si las quería,
Que fuésemos luego á vellas.

DAMA. ¿De qué calidad son ellas?

LUGO. De la de mayor cuantía.
Que le importa, estoy pensando,
Comprallas, honor y hacienda.

DAMA. ¿Cómo haré yo que él entienda
Esa importancia?

LUGO. Callando.
Calla y vete, y así harás
Muy segura su ganancia.

DAMA. Pues, ¿qué traza de importancia
En lo de gozarnos das?

LUGO. Ninguna que sea de gusto,
Por hoy á lo menos.

DAMA. Pues
¿Cuando la darás, si es
Que gustas de lo que gusto?

LUGO. Yo haré por verme contigo:

Vete en paz.

DAMA. Con ella queda,
Y el amor contigo pueda
Todo aquello que conmigo. (Vase.)

LUGO. Como de rayo de cielo,
Como en el mar de tormenta;
Como de improvisa afrenta,
Y terremoto del suelo;
Como de fiera indignada
Del vulgo insolente y libre,
Pediré á Dios que me libre
De mujer determinada. (Éntrase.)

Sale el Licenciado TELLO DE SANDOVAL, amo de Cristóbal de Lugo, y el ALGUACIL que salió primero.

TELLO. ¿Pasan de mocedades?

ALGUAC. Es de modo,
Que si no se remedia, á buen seguro
Que ha de escandalizar al pueblo todo;
Como cristiano, á vuesa merced juro
Que piensa y hace tales travesuras,
Que nadie dél se tiene por seguro.

TELLO. ¿Es ladrón?

ALGUAC. No, por cierto.

TELLO. ¿Quita á escuras
Las capas en poblado?

ALGUAC. No, tampoco.

TELLO. ¿Qué hace, pues?

ALGUAC. Otras cien mil diabluras.
Esto de valentón le vuelve loco:
Aquí riñe, allí hiere, allí se arroja,
Y es en el trato airado el rey y el coco;
Con una daga que le sirve de hoja,

Y un broquel, que pendiente tray al lado,
Sale con lo que quiere ó se le antoja;
Es de toda la hampa respetado,
Averigua pendencias y las hace,
Estafa, y es señor de lo guisado,
Entre rufos él hace y él deshace,
El Corral de los Olmos le da parias;
Y en el dar cantaletas se complace.
Por tres heridas de personas varias,
Tres mandamientos traigo, y no ejecuto,
Y otros dos tiene el alguacil Pedro Arias.
Muchas veces he estado resoluto
De aventurallo todo y de prendelle,
Ó ya á la clara ó ya con modo astuto;
Pero viendo que da en favorecelle
Tanto vuesa merced, aun no me atrevo
Á miralle, tocalle ni ofendelle.

TELLO. Esta deuda conozco que la debo,
Y la pagaré algún día,
Y procuraré que Lugo
Use de más cortesía,
Ó le seré yo verdugo,
Por vida del alma mía;
Mas lo mejor es quitalle
De aquesta tierra, y llevalle
Á Méjico, donde voy,
No obstante, que puesto estoy
En reñille y castigalle.
Vuesa merced en buen hora
Vaya; que yo le agradezco
El aviso, y desde agora
Todo por suyo me ofrezco.

ALGUAC. Ya adivino su mejora
Sacándole de Sevilla,

Que es tierra do la semilla
Holgazana se levanta
Sobre cualquiera otra planta,
Que por virtud maravilla. (Éntrase.)

TELLO. ¡Que aqueste mozo me engañe,
Y que tan á suelta rienda,
Á mi honor y su alma dañe!
Pues yo haré, si no se enmienda,
Que de mi favor se extrañe;
Que viéndose sin ayuda,
Será posible que acuda
Á la enmienda de su error;
Que á la sombra del favor
Crecen los vicios sin duda. (Éntrase.)

Salen dos músicos con guitarras, y CRISTÓBAL con su broquel, y daga de ganchos.

LUGO. Toquen, que esta es la casa, y al seguro,
Que presto llegue el bramo á los oídos
De la ninfa que he dicho, jerezana,
Cuya vida y milagros en mi lengua
Viene cifrada en verso correntio.
Á la jácara toquen, pues comienzo.

MÚS. 1.º ¿Quieres que le rompamos las ventanas
Antes de comenzar, porque esté atenta?

LUGO. Acabada la música, andaremos
Aquestas estaciones; vaya agora
El guitarresco son y el aquelindo. (Tocan.)
«Escucha, la que veniste
De la jerezana tierra
Á hacer á Sevilla guerra
En cueros, como valiente;
La que llama su pariente

Al gran Miramamolín;
La que se precia de ruin,
Como otras de generosas;
La que tiene cuatro cosas,
Y aun cuatro mil, que son malas;
La que pasea sin alas
Los ayes en noche escura;
La que tiene á gran ventura
Ser amiga de un lacayo;
La que tiene un papagayo,
Que siempre la llama puta;
La que en vieja y en astuta
Da quinao á Celestina;
La que como golondrina,
Muda tierras y sazones;
La que á pares y aun á nones
Ha ganado lo que tiene;
La que no se desaviene
Por poco que se le dé;
La que su palabra y fe,
Que diese, jamás guardó;
La que en darse á sí excedió
Á las godeñas más francas;
La que echa por cinco blancas
Las habas y el cedacillo.»

Asómase á la ventana UNO medio desnudo con un paño de tocar y un candil.

UNO. ¿Están en sí, señores? ¿no dan cata,
Que no los oye nadie en esta casa?
MUS. 1.º ¿Cómo así, tajamoco?
UNO. Porque el dueño
Ha que está ya á la sombra cuatro días.

MÚS. 2.º Convaleciente, di: ¿cómo á la sombra?
UNO. En la carcel; ¿no entrevan?
LUGO. ¿En la carcel?
Pues ¿por qué la llevaron?
UNO. Por amiga
De aquel Pierres Papín el de los naipes;
MÚS. 1.º ¿Aquel francés giboso?
UNO Aquese mismo
Que en la cal de la Sierpe tiene tienda,
LUGO. Éntrate, bodegón almidonado.
MÚS. 2.º Zabúllete, fantasma antojadiza.
MÚS. 1.º Escóndete, podenco cuartanario.
UNO. Éntrome, ladroncitos en cuadrilla:
Zabúllome, cernícalos rateros;
Escóndome, corchetes á lo Caco.
LUGO. ¡Vive Dios, que es de humor el hi de puta!
UNO. No tire nadie, estén las manos quedas
Y anden las lenguas.
MUS. 1.º ¿Quién te tira, sucio?
UNO. ¿Hay más? sino me abajo, ¡cuál me paran!
Mancebitos, adiós; que no soy pera
Que me han de derribar á terronazos. (Éntrase.)
LUGO. ¿Han visto los melindres del bellaco?
No le tiran, y quéjase.
MÚS. 2.º Es un sastre
Remendón muy donoso.
MÚS. 1.º ¿Qué haremos?
LUGO. Vamos á dar asalto al pastelero
Que está aquí cerca.
MÚS. 2.º Vamos, que ya es hora
Que esté haciendo pasteles, que este ciego
Que viene aquí nos da á entender cuán cerca
Viene ya el día.

Entra un CIEGO.

CIEGO. No he madrugado mucho,
Pues que ya suena gente por la calle.
Hoy quiero comenzar por este sastre.
LUGO. ¡Hola, ciego, buen hombre!
CIEGO. ¿Quién me llama?
LUGO. Tomad aqueste real, y diez y siete
Oraciones decid, una tras otra,
Por las almas que están en purgatorio.
CIEGO. Que me place, señor, y haré mis fuerzas
Por decirlas devota y claramente.
LUGO. No me las engulláis, ni me echéis sisa
En ellas.
CIEGO. No, señor, ni por semejas;
Á las gradas me voy, y allí sentado
Las diré poco á poco.
LUGO. Dios os guíe

(Vase el ciego.)

MÚS. 1.º ¿Quédate para vino, Lugo amigo?
LUGO. Ni aun un solo cornado.
MÚS. 1.º ¡Vive Roque,
Que tienes condición extraordinaria!
Muchas veces te he visto dar limosna,
Al tiempo que la lengua se nos pega
Al paladar, y sin dejar siquiera
Para comprar un polvo de Cazalla.
LUGO. Las ánimas me llevan cuanto tengo;
Mas yo tengo esperanza que algún día
Lo tienen de volver ciento por uno.
MÚS. 2.º Á la larga lo tomas.
LUGO. Y á lo corto;
Que al bien hacer jamás le falta premio.

(Suena dentro como que hacen pasteles, y canta uno, dentro, lo siguiente:)

«Afuera consejos vanos
Que despertáis mi dolor.
No me toquen vuestras manos,
Que en los consejos de amor,
Los que matan son los sanos.»

MÚS. 1.º ¡Hola!, cantando está el pastelerazo,
Y por lo menos los consejos vanos.—
¿Tienes pasteles, cangilón con tetas?

PASTEL. Músico de mohatra sincopado.

LUGO. Pastelero de riego, ¿no respondes?

PASTEL. Pasteles tengo, mancebitos hampos,
Mas no son para ellos, corchapines.

LUGO. Abre, socarra, y danos de tu obra.

PASTEL. No quiero, socarrones; á otra puerta,
Que no se abre aquesta por agora.

LUGO. Por Dios, que á puntapiés la haga leña,
Si acaso no nos abres, buenos vinos.

PASTEL. Por Dios, que no he de abrir, malos vinagres.

LUGO. Agora lo veredes, dijo Agrajes.

MÚS. 1.º Paso, no la derribes, Lugo; tente.

Da de coces á la puerta; sale el PASTELERO y sus secuaces, con palas y barrederos y asadores.

PASTEL. Bellacos, no hay aquí Agrajes que valgan,
Que si tocan historias, tocaremos
Palas y chuzos.

MÚS. 2.º Enciérrate, capacho.

LUGO. ¿Quieres que te derribe aquesas muelas?
Remero de Carón el chamuscado.

PASTEL. ¡Cuerpo de mí! ¿Es Cristóbal el de Tello?

MÚS. 1.º El es; ¿por qué lo dices, zango mango?
PASTEL. Dígolo porque yo le soy amigo,
Y muy su servidor, y para cuatro
Ó para seis pasteles, no tenía
Para qué romper puertas ni ventanas,
Ni darme cantaletas ni matracas.
Entre Cristóbal, sus amigos entren,
Y allánese la tienda por el suelo.
LUGO. ¡Vive Dios, que eres príncipe entre príncipes,
Y que esta sumisión te ha de hacer franco
De todo mi rigor y mal talante!
Enváinense la pala y barrederas,
Y amigos *usque ad mortem*.
PASTEL. Por San Pito,
Que han de entrar todos, y la buena estrena
Han de hacer á la hornada que ya sale,
Y más que tengo de Alamí un cuero,
Que se viene á las barbas y á los ojos.
MÚS. 1.º De miedo hace todo cuanto hace
Aqueste marión.
LUGO. No importa nada;
Asgamos la ocasión por el harapo,
Por el hopo ó copete, como dicen,
Ora la ofrezca el miedo ó cortesía.
El señor pastelero es cortesísimo,
Y yo le soy amigo verdadero,
Y hacer su gusto por mi gusto quiero.

Entranse todos; sale ANTONIA, con su manto, no muy aderezada, sino honesta.

ANTONIA. Si ahora yo le hallase
En su aposento, no habría
Cosa de que más gustase;

Quizá á solas le diría
Alguna que le ablandase.
Atrevimiento es el mio;
Pero dame esfuerzo y brío
Estos celos y este amor,
Que rinden con su rigor
Al más exento albedrío.
Esta es la casa y la puerta.
Como pide mi deseo.
Parece que está entreabierta;
Mas ¡ay!, que á sus quicios veo
Yacer mi esperanza muerta.
Apenas puedo moverme;
Pero, en fin, he de atreverme,
Aunque tan cobarde estoy.
Porque en el punto de hoy
Está el ganarme ó perderme.

Sale el Inquisidor TELLO DE SANDOVAL, con ropa de levantar, rezando en unas *Horas*.

TELLO. *Deus in adjutorium meum intende.*
Domine ad adjuvandum me festina.
Gloria Patri et Filio, et Spiritui Sancto.
Sicut erat, etc.
¿Quién está ahí? ¿Qué ruido
Es ése? ¿Quién está ahí?
ANTONIA. ¡Ay desdichada de mí!
¿Qué es lo que me ha sucedido?
TELLO. Pues, señora, ¿qué buscáis
Tan de mañana en mi casa?
Esto, de madrugar pasa.
No os turbéis; ¿de qué os turbáis?
ANTONIA. Señor.....
TELLO. Adelante, ¿qué es?

Proseguid vuestra razón.
ANTONIA. Nunca la errada intención
Supo enderezar los pies.
Á Lugo vengo á buscar.
TELLO. ¿Mi criado?
ANTONIA. Sí, señor.
TELLO. ¿Tan de mañana?
ANTONIA. El amor
Tal vez hace madrugar.
TELLO. ¿Bien le queréis?
ANTONIA. No lo niego.
Mas quiérole en parte buena.
TELLO. El madrugar os condena.
ANTONIA. Siempre es solícito el fuego.
TELLO. En otra parte buscad
Materia que le apliquéis;
Que en mi casa no hallaréis
Sino toda honestidad;
Y si el mozo da ocasión
Que le busquéis, yo haré
Que desde hoy más no os la dé.
ANTONIA. Enójase sin razón
Vuesa merced; que en mi alma,
Que el mancebo es de manera
Que puede llevar do quiera
Entre mil honestos palma.
Verdad es que él es travieso,
Matante, acuchillador;
Pero en cosas del amor,
Por un leño le confieso.
No me lleva á mí tras él
Venus blanda y amorosa,
Sino su aguda ganchosa
Y su acerado broquel.

TELLO. ¿Es valiente?
ANTONIA. Muy bien puedes
Sin escrúpulo igualalle,
Y aun quizá será agravialle,
Á García de Paredes;
Y por esto este mocito
Trae á todas las del trato
Muertas, por ser tan bravato;
Que en lo demás es bendito.
TELLO. Oígole. Escondeos aquí,
Porque quiero hablar con él
Sin que os vea.
ANTONIA. Que no es él.
TELLO. Es sin duda; yo lo oí.
Después os daré lugar
Para hablarle.
ANTONIA. Sea en buen hora. (Escóndese.)

Entra LUGO en cuerpo, pendiente á las espaldas el broquel y la daga, y trae el rosario en la mano.

LUGO. Mi señor suele á esta hora
De ordinario madrugar.
Mirad si lo dije bien;
Héle aquí; yo apostaré,
Que hay sermón do no pensé;
Acábese presto, amén.
TELLO. ¿De dónde venís, mancebo?
LUGO. ¿De do tengo de venir?
TELLO. De matar y de herir;
Que esto para vos no es nuevo.
LUGO. Á nadie hiero ni mato.
TELLO. Siete veces te he librado

De la cárcel.

LUGO. Ya es pasado
Aquese, y tengo otro trato.

TELLO. Más sé que hay de un mandamiento,
Para prenderte en la plaza.

LUGO. Sí, mas ninguno amenaza
Á que dé coces al viento.
Que todas son liviandades
De mozo las que me culpan,
Y á mí mismo me disculpan,
Pues no llegan á maldades.
Ellas son cortar la cara
Á un valentón arrogante;
Una matraca picante,
Aguda, graciosa y rara;
Calcorrear diez pasteles
Ó cajas de diacitrón;
Sustanciar una quistión
Entre dos jaques noveles;
El tener en la dehesa
Dos vacas, y á veces tres;
Pero sin el interés,
Que en el trato se profesa;
Procurar que ningún ruso
Se entone do yo estuviere,
Y que estime, sea quien fuere,
La suela de mi pantufo.
Estas y otras cosas tales
Hago por mi pasatiempo,
Demás que rezo algún tiempo
Los salmos penitenciales.
Y aunque peco de ordinario,
Pienso, y ello será ansí,
Dar buena cuenta de mí,

Por las de aqueste rosario.

TELLO. Dime, simple: y ¿tú no ves,
Que desta tu planta y cobre,
Es dar en limosna al pobre
Del puerco hurtado los pies?
Haces á Dios mil ofensas,
Como dices, de ordinario,
Y con rezar un rosario,
¿Sin más, ir al cielo piensas?
Entra por un libro allí,
Que está sobre aquella mesa.
Dime: ¿qué manera es esa
De andar, que jamás la ví
Hacia atrás? ¿Eres cangrejo?
Vuélvete; ¿qué novedad
Es esa?

LUGO. Es curiosidad
Y cortesano consejo,
Que no vuelva el buen criado
Las espaldas al señor.

TELLO. Crianza de tal tenor
En ninguno la he notado.
Vuelve, digo.

LUGO. Ya me vuelvo;
Que por esto el paso atrás
Daba.

TELLO. En que eres Satanás,
Desde agora me resuelvo.
¿Armado en casa? ¿Por suerte
Tienes en ella enemigos?
Sí tendrás, cual son testigos
Los ministros de la muerte
Que penden de tu pretina,
Y en ellos has confirmado

Que el mozo descaminado,
Como tú, hacia atrás camina.
  Bien iré á la Nueva España
Cargado de ti, malino;
Bien á hacer este camino
Tu ingenio y virtud se amaña.
  Si en lugar de libros, llevas
Estas joyas que veo aquí,
Por cierto que das de ti
Grandes é ingeniosas pruebas.
  Bien responde la esperanza
En que engañado he vivido,
Al cuidado que he tenido
De tu estudio y tu crianza.
  Bien me pagas, bien procuras
Que tu humilde nacimiento
En ti cobre nuevo asiento,
Menos bríos y venturas.
  En balde será avisarte,
Por ejemplos que te den,
Que nunca se avienen bien
Aristóteles y Marte,
  Y que está en los aranceles
De la discreción mejor,
Que no guardan un tenor
Las sumulas y broqueles.
  Espera; que quiero darte
Un testigo de quién eres,
Si es que hacen las mujeres
Alguna fe en esta parte.—
  Salid, señora, y hablad
Á vuestro duro diamante,
Honesto, pero matante:
Valiente, pero rufián.

Sale ANTONIA.

LUGO. Demonio, ¿quién te ha traído
Aquí? ¿Por qué me persigues,
Si ningún fruto consigues
De tu intento mal nacido?

Entra LAGARTIJA asustado.

TELLO. Mancebo, ¿que buscáis vos?
Con sobresalto venís;
¿Qué respondéis? ¿Qué decís?
LAGART. Digo, que me valga Dios.
Digo, que al seor Lugo busco.
TELLO. Veisle ahí, dadle el recado.
LAGART. De cansado y de turbado
En las palabras me ofusco.
LUGO. Sosiégate, Lagartija,
Y dime lo que me quieres.
LAGART. Considerando quién eres,
Mi alma se regocija,
Y espera de tu valor
Que saldrás con cualquier cosa.
LUGO. Bien, ¿qué hay?
LAGART. Á Carrascosa
Le llevan preso, señor.
LUGO. ¿Al padre?
LAGART. Al mismo.
LUGO. ¿Por dónde
Le llevan? Dímelo, acaba.
LAGART. Poquito habrá que llegaba
Junto á la puerta del Conde
Del Castellar.
LUGO. ¿Quién le lleva,

Y por qué? si lo has sabido.

LAGART. Por pendencia, á lo que he oído;
Y el alguacil Villanueva,
Con dos corchetes, en peso
Le lleva como á un ladrón.
Quebrárate el corazón
Si le vieras.

LUGO. Bueno es eso;
Camina y guía, y espera
Buen suceso de este caso,
Si los alcanza mi paso.

LAGART. ¡Muera Villanueva!

LUGO. ¡Muera!

(Vanse Lagartija y Lugo alborotados.)

TELLO. ¿Qué padre es este? ¿Por dicha
Llevan algún fraile preso?

ANTONIA. No, señor, no es nada deso,
Que este es padre de desdicha,
Puesto que en su oficio gana
Más que dos padres y aun tres.

TELLO. Decidme de qué orden es.

ANTONIA. De los de la casa llana.
Es alcaide, con perdón,
Señor, de la mancebía,
Á quien llaman padre hoy día
Las de nuestra profesión.
Su tenencia es casa llana,
Porque se allanan en ella
Cuantas viven dentro della.

TELLO. Bien el nombre se profana
En eso, de alcaide y padre,
Nombres honrados y buenos.

ANTONIA. Quien vive en ella, á lo menos
No estará sin padre y madre
Jamás.
TELLO. Ahora bien, señora,
Id con Dios; que á este mancebo,
Yo os le pondré como nuevo.
ANTONIA. Tras él voy.
TELLO. Id en buen hora.

Sale el ALGUACIL que suele, con dos corchetes, que traen preso á CARRASCOSA, padre de la mancebia.

PADRE. Soy de los Carrascosas de Antequera,
Y tengo oficio honrado en la república,
Y háseme de tratar de otra manera.
Solíanme hablar á mí por súplica,
Y es mal hecho y mal caso que se atreva
Hacerme un alguacil afrenta pública.
Si á un personaje como yo se lleva
De aqueste modo, ¿qué hará á un mal hombre?
Por Dios que anda muy mal, seor Villanueva:
Mire que da ocasión á que se asombre
El que viere tratarme de esta suerte.
ALGUAC. Calle, y la calle con más prisa escombre,
Porque le irá mejor, si en ello advierte.

Entra á este instante LUGO, puesta la mano en la daga y el broquel: vienen con él LAGARTIJA y LOBILLO.

LUGO. Todo viviente se tenga,
Y suelten á Carrascosa
Para que conmigo venga,
Y no se haga otra cosa,
Aunque á su oficio convenga.

Ea, señor Villanueva,
Dé de contentarme prueba,
Como otras veces lo hace.

ALGUAC. Señor Lugo, que me place.

CORC. Juro á mí que se le lleva.

LUGO. Padre Carrascosa, vaya,
Y éntrese en San Salvador,
Y á su temor ponga raya.

LAGART. Este Cid Campeador
Mil años viva y bien haya.

ALGUAC. Cristóbal, eche de ver
Que no me quiero perder,
Y que le sirvo.

LUGO. Está bien;
Yo le miraré muy bien
Cuando fuere menester.

ALGUAC. Agradézcalo al padrino,
Señor padre.

LOBILLO. No haya más,
Y siga en paz su camino.

CORC. Este mozo, ¿es Barrabás,
Ó es Orlando el paladino?
No hay de hacer baza con él.

(Éntranse el alguacil y los Corchetes.)

PADRE. Nuevo español Bravonel,
Con tus bravatas bizarras,
Me has librado de las garras
De aquel tacaño Luzbel.
Yo me voy á retraer,
Por sí ó por no; queda en paz,
Honor de la hampa y ser.

LUGO. Dices bien, y aqueso haz;

Que yo después te iré á ver.
Bien se ha negociado.

LOBILLO. Bien,
Sin sangre, sin hierro ó fuego.

LUGO. De cólera venía ciego
Y enfadado.

LOBILLO Y yo también.
Vamos á cortarla aquí
Con un polvo de lo caro.

LUGO. En otras cosas reparo,
Que me importan más á mí.
Ir quiero agora á jugar
Con Gilberto, un estudiante
Que siempre ha sido mi azar,
Hombre que ha de ser bastante
Á hacerme desesperar.
Cuanto tengo me ha ganado;
Solamente me han quedado
Unas *fúmulas*, y á fe
Que si las pierdo, que sé
Como esquitarme al doblado.

LOBILLO. Yo te daré una baraja
Hecha, con que le despojes,
Sin que le dejes alhaja.

LUGO. Largo medio es el que escoges;
Otro sé por do se ataja.
Juro á Dios omnipotente,
Que si las pierdo al presente,
Me he de hacer salteador.

LOBILLO. Resolución de valor,
Y traza de hombre prudente.
Si pierdes, (¡ojalá pierdas!),
Yo mostraré en tu ejercicio,
Que estas manos no son lerdas.

LAGART. Siempre fué usado este oficio
De personas que son cuerdas,
Industriosas y valientes,
Por los casos diferentes
Que se ofrecen de contino.
LOBILLO. De seguirte determino.
LAGART. Por tuyo es bien que me cuentes.
Ya ves que mi voluntad
Es de alquimia, que se aplica
Al bien como á la maldad.
LUGO. Esa verdad testifica
Tu fácil habilidad.
No te dejaré jamás,
Y adiós.
LOBILLO. Lugo, ¿qué, te vas?
LUGO. Luego seré con vosotros.
LAGART. Pues sus, vámonos nosotros
Á la ermita del Compás.

Éntranse todos, y sale PERALTA, estudiante, y ANTONIA,

ANTONIA. Si ha de ser hallarle acaso,
Mis desdichas son mayores.
PERALTA. ¿Son celos, ó son amores
Los que aquí os guían el paso,
Señora Antonia?
ANTONIA. No sé,
Si no es rabia, lo que sea.
PERALTA. Por cierto muy mal se emplea
En tal sujeto tal fe.
ANTONIA. No hay parte tan escondida,
Do no se sepa mi historia.
PERALTA. Hácela á todos notoria
El veros andar perdida,

Buscando siempre á este hombre.

ANTONIA. ¿Hombre? si él lo fuera, fuera
Descanso mi angustia fiera;
Mas no tiene más del nombre,
Conmigo á lo menos.

PERALTA. ¿Cómo?

ANTONIA. Esto sin duda es así;
Que amor le hirió para mí
Con las saetas de plomo.
No hay hielo que se le iguale.

PERALTA. Pues ¿por qué le queréis tanto?

ANTONIA. Porque me alegro y me espanto
De lo que con hombres vale.
¿Hay más que ver que le dan
Parias los mas arrogantes,
De la Heria los matantes,
Los bravos de San Román?
¿Y hay más que vivir segura
La que fuere su respeto,
De verse en ningún aprieto
De los de nuestra soltura?
Quien tiene nombre de suya
Vive alegre y respetada;
Á razón enamorada,
No hay ninguna que la arguya. (Vase.)

PERALTA. Estas señoras del trato
Precian más en conclusión,
Un socarra valentón,
Que un Medoro gallinato.
En efecto, gran lisión
Es la de esta moza loca.
Ya la campanilla toca;
Entrémonos á lición.

Entra Peralta, y salen GILBERTO, estudiante, y LUGO.

GILBER. Ya irás contento, y ya puedes
Dejar de gruñir un rato,
Y ya puedes dar barato
Tal, que parezcan mercedes.
Más me has ganado este día,
Que yo en ciento te he ganado.
LUGO. Así es verdad.
GILBER. Que buen grado
Le venga á mi cortesía.
¿Yo tus *fúmulas?* estaba
Loco sin duda ninguna.
LUGO. Sucesos son de fortuna.
GILBER. Ya yo los adivinaba;
Porque al tahur no le dura
Mucho tiempo el alegría,
Y el que de naipes se fía,
Tiene al quitar la ventura.
Hoy de cualquiera quistión
Has de salir vitorioso,
Y adiós, señor ganancioso;
Que yo me vuelvo á lición.

Éntrase Gilberto, y sale el MARIDO de la mujer que salió primero.

MARIDO. Señor Lugo, á gran ventura
Tengo este encuentro.
LUGO. Señor,
¿Qué hay de nuevo?
MARIDO. Aquel temor
De ser ofendido aun dura.

Retirada en una aldea
Tengo á mi consorte amada,
Y para que el sol la vea
Apenas halla la entrada.
Con aquel recato vivo
Que me mandasteis tener,
Y muérome por saber
De quién tanto mal recibo.

LUGO. Ya aquel que pudo poneros
En cuidado está de suerte,
Que llegará al de la muerte,
Y no al punto de ofenderos.
Quitad, con este seguro,
El celoso ansiado pecho.

MARIDO. Con esto voy satisfecho,
Y de serviros lo juro.
Hacer podéis de mi hacienda,
Lugo, á vuestra voluntad.

LUGO. Pasó mi necesidad,
No hay ninguna que me ofenda;
Y así sólo en recompensa
Recibo vuestro deseo.

MARIDO. No aquel estilo en vos veo,
Que el vulgo engañado piensa.
Adiós, señor Lugo. (Vase.)

LUGO. Adiós.

Entra LAGARTIJA.

LUGO. Pues, Lagartija, ¿á qué vienes?

LAGART. ¡Qué gentil remanso tienes!
¿No ves que dará las dos,

(Reza Lugo.)

Y te está esperanda toda
La chirinola hampesca?
Ven, que la tarde hace fresca,
Y á los tragos se acomoda.
Cuando te están esperando
Tus amigos con más gusto,
¿Andas, cual si fueras justo,
Ave Marías tragando?
Ó sé rufian ó sé santo;
Mira lo que más te agrada.
Voyme, porque ya me enfanda
Tanta *Gloria* y *Patri* tanto. (Vase.)

LUGO. Solo quedo, y quiero entrar
En cuentas conmigo á solas,
Aunque lo impidan las olas
Donde temo naufragar.
Yo hice voto, si hoy perdía,
De irme á ser salteador;
Claro y manifiesto error
De una ciega fantasía.
Locura y atrevimiento
Fué el peor que se pensó,
Puesto que nunca obligó
Mal voto á su cumplimiento.
Pero ¿dejaré por esto
De haber hecho una maldad,
Á donde mi voluntad
Echó de codicia el resto?
No por cierto; mas pues sé
Que contrario con contrario
Se cura muy de ordinario,
Contrario voto haré;
Y así le hago de ser
Religioso.—Ea, Señor,

Veis aquí este salteador
De contrario parecer.
  Virgen, que Madre de Dios
Fuiste por los pecadores,
Ya os llaman salteadores;
Oídlos, Señora, vos.—
  Ángel de mi guarda, ahora
Es menester que acudáis,
Y el temor fortalezcáis
Que en mi álma amarga mora.—
  Ánimas de purgatorio,
De quien continua memoria
He tenido, séaos notoria
Mi angustia y mi mal notorio.
  Y pues que la caridad
Entre esas llamas no os deja,
Pedid á Dios que su oreja
Preste á mi necesidad.—
  Salmos de David benditos,
Cuyos misterios son tantos
Que sobreceden á cuantos
Renglones tenéis escritos,
  Vuestros conceptos me animen;
Que he advertido veces tantas,
Á que yo ponga mis plantas
Donde al alma no lastimen.
  No en los montes salteando
Con mal cristiano decoro,
Sino en los claustros y el coro,
Desnudas, y yo rezando.—
  Ea, demonios, por mil modos
Á todos os desafío,
Y en mi Dios bueno confío
Que os he de vencer á todos.

Éntrase, y suenan á este instante las chirimías: descúbrese una Gloria, ó por lo menos UN ÁNGEL, que en cesando la música, diga:

Cuando un pecador se vuelve
A Dios con humilde celo,
Se hacen fiestas en el Cielo.

JORNADA SEGUNDA

Salen dos figuras de ninfas, vestidas bizarramente, cada una con su tarjeta en el brazo; en la una viene escrito CURIOSIDAD, y en la otra COMEDIA.

CURIOS. ¿Comedia?
COMEDIA. Curiosidad.
¿Qué me quieres?
CURIOS. Informarme,
Qué es la causa por que dejas
De usar tus antiguos trajes,
Del coturno en las tragedias,
Del zueco en las manüales
Comedias, y de la toga
En las que son principales;
Cómo has reducido á tres
Los cinco actos que sabes
Que un tiempo te componían,
Ilustre, risueña y grave;
Ahora aquí representas,
Y al mismo momento en Flandes;
Truecas, sin discurso alguno,
Tiempos, teatros, lugares:
Véote y no te conozco;
Dame de ti nuevas tales
Que te vuelva á conocer,
Pues que soy tu amiga grande.
COMEDIA. Los tiempos mudan las cosas

Y perficionan las artes;
Y añadir á lo inventado,
No es dificultad notable.
Buena fuí pasados tiempos.
Y en éstos, si los mirares,
No soy mala, aunque desdigo
De aquellos preceptos graves,
Que me dieron y dejaron
En sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,
Y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte dellos,
Y he también guardado parte,
Porque lo quiere así el uso,
Que no se sujeta al arte.
Ya represento mil cosas,
No en relación, como de antes,
Sino en hecho, y así es fuerza
Que haya de mudar lugares.
Que como acontecen ellas
En muy diferentes partes,
Voyme allí donde acontecen:
Disculpa del disparate.
Ya la comedia es un mapa
Donde no un dedo distante
Verás á Londres y á Roma,
Á Valladolid y á Gante.
Muy poco importa al oyente
Que yo en un punto me pase
Desde Alemania á Guinea,
Sin del teatro mudarme.
El pensamiento es ligero;
Bien pueden acompañarme
Con él, do quiera que fuere.

Sin perderme ni cansarse.
Yo estaba ahora en Sevilla,
Representando con arte
La vida de un joven loco,
Apasionado de Marte,
Rufián en manos y lengua,
Pero no que se enfrascase
En admirar de perdidas
El trato y ganancia infame.
Fué estudiante y rezador
De salmos penitenciales,
Y el rosario ningún día
Se le pasó sin rezalle.
Su conversión fué en Toledo,
Y no será bien te enfade,
Que contando la verdad,
En Sevilla se relate.
En Toledo se hizo clérigo,
Y aquí en Méjico fué fraile,
Á donde el discurso ahora
Nos trujo aquí por el aire.
El sobrenombre de Lugo
Mudó en Cruz, y es bien se llame
Fray Cristóbal de la Cruz
Desde este punto adelante.
Á Méjico y á Sevilla
He juntado en un instante,
Zurciendo con la primera,
Ésta y la tercera parte;
Una de su vida libre,
Otra de su vida grave,
Otra de su santa muerte
Y de sus milagros grandes.
Mal pudiera yo traer,

Á estar atenida al arte,
Tanto oyente por las ventas,
Y por tanto mar, sin naves.
Da lugar, Curiosidad;
Que el bendito fraile sale
Con Fray Antonio, un corista
Bueno, pero con donaires.
Fué en el siglo Lagartija,
Y en la religión es sacre,
De cuyo vuelo se espera
Que ha de dar al cielo alcance.

CURIOS. Aunque no lo quedo en todo,
Quedo satisfecha en parte,
Amiga; por esto quiero,
Sin replicarte, escucharte. (Éntranse.)

Sale Fray CRISTÓBAL DE LA CRUZ en hábito de Santo Domingo, y Fray ANTONIO también.

ANTONIO. Sepa su paternidad...

CRUZ. Entone más bajo el punto
De cortesía.

ANTONIO. En verdad,
Padre mío, que barrunto
Que tiene su caridad
De bronce el cuerpo y de suerte,
Que tarde ha de hallar la muerte
Entrada para acaballe,
Según da en ejercitalle
En rigor áspero y fuerte.

CRUZ. Es bestia la carne nuestra,
Y si rienda se le da,
Tan desbocada se muestra,
Que nadie la volverá

De la siniestra á la diestra.
Obra por nuestros sentidos
Nuestra alma; así están tupidos,
Y no sutiles, es fuerza,
Que á la carrera se tuerza
Por donde van los perdidos.
La lujuria está en el vino,
Y á la crápula y regalo
Todo vicio le es vecino.

ANTONIO. Yo en ayunando estoy malo,
Flojo, indevoto y mohino;
De un otro talle y manera
Me hallaba yo cuando era
En Sevilla tu mandil;
Que hacen ingenio sutil
Las blancas roscas de Utrera.
¡Oh uvas albarazadas,
Que en el pago de Triana
Por la noche sois cortadas,
Y os halláis á la mañana
Tan frescas y aljofaradas,
Que no hay cosa más hermosa.
Ni fruta que á la golosa
Voluntad ansi despierte!
No espero verme en la suerte,
Que ya se pasó dichosa.

CRUZ. Cierto, fray Antonio amigo,
Que esta consideración
Es lazo que el enemigo
Me pone á su perdición.
Esté atento á lo que digo.

ANTONIO. Consideraba yo agora
Dónde estará la señora
Librija ó la Salmerona,

Cada cual por su persona
Buena para pecadora.
¡Quién supiera de Ganchoso,
Del Lobillo y de Terciado,
Y del Patojo famoso!
¡Oh feliz siglo dorado,
Tiempo alegre, y venturoso,
Adonde la libertad
Brindaba á la voluntad
Del gusto más exquisito!

CRUZ. Calle, de Dios sea bendito.

ANTONIO. Calle su paternidad,
Y déjeme; que con esto
Evacuo un pésimo humor,
Que me es amargo y molesto.

CRUZ. Cierto que tengo temor,
Por verle tan descompuesto,
Que ha de apostatar un día,
Que para los dos sería
Noche de luto cubierta.

ANTONIO. No saldrá por esa puerta
Jamás mi melancolía;
No me he de extender á más
Que á quejarme, y á sentir
El ausencia del Compás.

CRUZ. ¡Qué tal te dejas decir,
Fray Antonio! loco estás;
Que en el jüicio empeora
Quien tal acuerdo atesora
En su memoria vilmente.

ANTONIO. Rufián corriente y moliente
Fuera yo en Sevilla agora,
Y tuviera en la dehesa
Dos yeguas, y aun quizá tres,

Diestras en el arte aviesa.

CRUZ. De que en esas cosas des,
Sabe Dios lo que me pesa;
Mas yo haré la penitencia
De tu rasgada conciencia.
Quédate, Antonio, y advierte,
Que de la vida á la muerte
Hay muy poca diferencia;
Quien vive bien, muere bien;
Quien mal vive, muere mal.

ANTONIO. Digo, Padre, que está bien;
Pero no has de hacer caudal
De mí, ni enfado te den
Mis palabras, que no son
Nacidas del corazón,
Que en sola la lengua yacen.

CRUZ. Dan las palabras y hacen
Fe de cuál es la intención.

Entra un corista, llamado fray ÁNGEL.

ÁNGEL. Padre maestro, el Prior
Llama á vuestra Reverencia,
Y espera en el corredor.

(Vase luego el padre Cruz.)

ANTONIO. Más presto es á la obediencia,
Que el sol á dar resplandor.—
Padre fray Ángel, espere.

ANGEL. Diga presto qué me quiere.

ANTONIO. Mire. (Enséñale una docena de naipes).

ÁNGEL. ¿Naipes? ¡Perdición!

ANTONIO. No se admire, hipocritón;

Que el caso no lo requiere.

ANGEL. ¿Quien te los dió, fray Antonio?

ANTONIO. Una devota que tengo.

ÁNGEL. ¿Devota? Será el demonio.

ANTONIO. Nunca con él bien me avengo;
Levántasle testimonio.

ÁNGEL. ¿Están justos?

ANTONIO. Pecadores
Creo que están los señores,
Pues para cumplir cuarenta,
Entiendo faltan los treinta.

ÁNGEL. Si fueran algo mejores,
Buscáramos un rincón
Donde podernos holgar.

ANTONIO. Y halláramosle á sazón;
Que nunca suele faltar
Para hacer mal ocasión.
Bien hayan los gariteros
Magníficos y groseros,
Que con un ánimo franco
Tienen patente el tabanco
Para blancos y fulleros.
Vamos de aquí, que el Prior
Viene allí con el señor
Que lo fué de nuestro Cruz,
Gran caballero andaluz,
Letrado y visitador. (Éntranse.)

Salen el PRIOR y TELLO DE SANDOVAL.

PRIOR. Él es un ángel en la tierra, cierto;
Y vive entre nosotros de manera,
Como en las soledades del desierto;
No desmaya ni afloja en la carrera

Del cielo, á donde, por llegar más presto,
Corre desnudo y pobre, á la ligera,
Humilde sobre modo, y tan honesto,
Que admira á quíen le ve, en edad florida,
Tan recatado en todo y tan compuesto.
En efecto, señor, él hace vida
De quien puede esperar muerte dichosa
Y gloria que no pueda ser medida;
Su oración es continua y fervorosa;
Su ayuno inimitable, y su obediencia
Presta, sencilla, humilde y hacendosa.
Resucitado ha en la penitencia
De los antiguos padres, que en Egito
En ella acrisolaron la conciencia.

TELLO. ¡Por millares de lenguas sea bendito
El nombre de mi Dios! Á este mancebo
Volvió de do pensé que iba precito;
Vuélvome á España, y en el alma llevo
Tan grande soledad de su persona,
Que quiero exagerarla y no me atrevo.

PRIOR. Vuesa merced nos deja una corona,
Que ha de honrar este reino mientras ciña
El cerco azul el hijo de *Latona*.
Está entre aquestos bárbaros aun niña
La fe cristiana, y faltan los obreros
Que cultiven aquí de Dios la viña;
Y la leche mejor y los aceros,
Que á entrambas les hará mayor provecho.
Es ejemplo de estos jornaleros;
Que es menester que tenga sano el pecho
El médico que cura á lo divino,
Para dejar al cielo satisfecho.

Entran el PADRE CRUZ y fray ANTONIO.

Aquesta compostura de contino
Trae nuestro padre Cruz, tan mansa y grave,
Que alegre y triste sigue su camino;
Que en él lo triste con lo alegre cabe.

CRUZ. *Deo gracias.*

PRIOR. Por siempre, amén.
Estas y todas naciones
Con viva fe se las den.

CRUZ. Suplícote me perdones,
Señor, si no he andado bien
Faltando á la cortesía,
Que á tu presencia debía.

TELLO. Padre Fray Cristóbal mío,
Esto toca en desvarío,
Porque toca en demasía.
Yo soy el que he de postrarme
Á sus pies.

CRUZ. Por el oficio
Que tengo, puedo excusarme
De haber dado poco indicio
De cortés en no humillarme,
Y más á quien debo tanto,
Que á poder decir él cuánto,
Fuera poco.

TELLO. Yo confieso,
Que quedo deudor en eso.

PRIOR. Bien cuadra cortés y santo.

TELLO. Á España parto mañana;
Si me manda alguna cosa,
Haréla de buena gana.

CRUZ. Tu jornada sea dichosa,
Viento en popa y la mar llana.

Yo mis pobres oraciones
Á las celestes regiones
Enviaré por tu camino,
Puesto, señor, que imagino,
Que en recio tiempo te pones
Á navegar.

TELLO. La derrota
Está de fuerza que siga
De la ya aprestada flota.

CRUZ. Ni el huracán te persiga,
Ni toques en la derrota
Bermuda, ni en la Florida,
De mil cuerpos homicida,
Adonde contra natura
Es el cuerpo sepultura
Viva del cuerpo sin vida.
Á Cádiz, como deseas,
Llegues sano, y en Sanlúcar
Desembarques tus preseas,
Y en virtudes hecho un Fúcar,
Presto en Sevilla te veas,
Donde á mi padre dirás
Lo que quisieres, y harás
Por él lo que mereciere.

TELLO. Haré lo que me pidiere,
Y si es poco, haré yo mas;
Y ahora por paga pido,
De aquella buena intención
Que en su crianza he tenido,
Padre, que su bendición
Me deje aquí enriquecido
De esperanzas, con que pueda
Esperar que me suceda
El vïaje tan á cuento,

Que sople propicio el viento
Y la fortuna esté queda.

CRUZ. La de Dios encierre en esta
Tanta ventura, que sea
La jornada alegre y presta,
Sin que en tormento se vea,
Ni en la calma, que molesta.

ANTONIO. Si viere allá á la persona...

TELLO. ¿De quién?

ANTONIO. De la Salmerona,
Encájele un besapiés
De mi parte, y dos ó tres
Buces á modo de mona.

PRIOR. Fray Antonio ¿cómo es esto?
¿Cómo delante de mí
Se muestra tan descompuesto?

ANTONIO. Ocurrióseme esto aquí,
Y vase el señor tan presto,
Que temí que me faltara
Lugar do le encomendara
Estos y otros besamanos;
Que poder ser cortesanos
Los frailes, es cosa clara.

PRIOR. Calle, y á vernos después.

TELLO. Por cierto que no merece
Castigo por ser cortés.

PRIOR. Cierta enfermedad padece
En la lengua.

ANTONIO. Ello así es.
Pero nunca hablo cosa
Que toque en escandalosa;
Que hablo á la vizcaína.

PRIOR. Yo hablaré á la diciplina,
Lengua breve y compendiosa.

TELLO. Deme su paternidad
Licencia, y aqueste enojo
No toque en riguridad.
ANTONIO. Si conociera al Patojo,
Hiciérame caridad
De saludalle también
De mi parte. Aunque me den
Disciplina porque calle,
No puedo no encomendalle
Aquello que me está bien.
PRIOR. Vuesa merced vaya en paz;
Que á cólera no me mueve
Plática que da solaz,
Y éste, por mozo se atreve
Y él de suyo sé, es locuáz;
Y sean estos abrazos
Muestra de los santos lazos
Con que caridad nos liga. (Abraza á los dos.)
TELLO. Mi amor, padre Cruz, le obliga
A que apriete más los brazos,
Y veisme que me enternezco.
CRUZ. Dios te guíe, señor mío,
Que á su protección te ofrezco.
TELLO. Que me dará, yo confío,
Por vos más bien que merezco. (Vase.)
PRIOR. Venga, Fray Antonio, venga.
CRUZ. Déjele que se detenga
Conmigo, Padre, aquí un poco
En buen hora, y si está loco,
Haga como seso tenga.— (Vase el Prior.)
¿Qué, es posible, Fray Antonio,
Que ha de caer en tal mengua
Que consienta que su lengua
Se la gobierne el demonio?

Cierto que pone mancilla
Ver que el demonio maldito
Le trae las ollas de Egito
En lo que dejó en Sevilla.
De las cosas ya pasadas
Mal hechas, se ha de acordar,
No para se deleitar,
Sino para ser lloradas.
De aquella gente perdida
No debe acordarse más,
Ni del Compás, si hay compás,
Do se vive sin medida.
Sólo dé gracias á Dios,
Que por su santa clemencia
Nos dió de la penitencia
La estrecha tabla á los dos,
Para que de la tormenta,
Y naufragar casi cierto
De la religión el puerto
Tocásemos sin afrenta.

ANTONIO. Yo miraré lo que hablo
De aquí adelante más cuerdo,
Pues conozco lo que pierdo,
Y sé lo que gana el diablo.
Ruéguele, padre, al Prior
Que en su furia se mitigue,
Y no al peso me castigue
De mi descuidado error.

CRUZ. Vamos; que yo le daré
Bastantísima disculpa
De su yerro, y por su culpa
Y las mías rezaré. (Éntranse todos.)

Sale una dama, llamada DOÑA ANA TREVIÑO, un MÉDICO y dos criados. Todo esto es verdad de la historia.

MÉDICO. Vuesa merced sepa cierto
Que aquesta su enfermedad
Es de muy ruín calidad:
Hablo en ella como experto.
Mi oficio obliga á decillo,
Cause ó no cause pasión;
Que entre razón y razón
Pondrá la parca el cuchillo.
Hablando se ha de quedar
Muerta, y aquesto le digo
Como médico y amigo,
Que no la quiere engañar.

ANA. Pues á mi no me parece
Que estoy tan mala; ¿qué es esto?
¿Cómo me anuncia tan presto
La muerte?

MÉDICO. El pulso me ofrece,
Los ojos y la color,
Esta verdad á la clara.

ANA. En los ojos de mi cara
Suele mirarse el amor.

MÉDICO. Vuesa merced se confiese,
Y quédense aparte burlas.

CRIADO 1.º Señor, si es que no te burlas,
Recio mandamiento es ese,

MÉDICO. No me suelo yo burlar
En casos de este jaez.

ANA. Podrá su merced esta vez,
Si quisiere, perdonar;
Que ni quiero confesarme,
Ni hacer cosa que me diga.

MÉDICO. Á más mi oficio me obliga,
Y adiós.
ANA. Él querrá ayudarme. (Vase el médico.)
Pesado el médico y necio,
Siempre cansa y amohina.
CRIADO 2.º Crió Dios la medicina,
Y hase de tener en precio.
ANA. La medicina yo alabo,
Pero los médicos no,
Porque ninguno llegó
Con lo que es la ciencia al cabo.
Algo fatigada estoy.
CRIADO 1.º Procura desenfadarte,
Esparcerte y alegrarte.
ANA. Al campo pienso de ir hoy.
Parece que están templando
Una guitarra allí fuera.
CRIADO 1.º Será Ambrosio.
ANA. Sea quien quiera,
Escuchad, que va cantando.

(Cantan dentro.)

«Muerte y vida me dan pena,
No sé qué remedio escoja;
Que si la vida me enoja,
Tampoco la muerte es buena.»
ANA. Con todo, es mejor vivir;
Que en los casos desiguales,
El mayor mal de los males
Se sabe que es el morir.
Calle el que canta; que atierra
Oir tratar de la muerte,
Que no hay tesoro de suerte
En tal espacio de tierra.

La muerte y la mocedad
Hacen dura compañía,
Como la noche y el día,
La salud y enfermedad:
Y edad poca y maldad mucha.
Y voz de muerte á deshora,
¡Ay del alma pecadora
Que impenitente la escucha!

CRIADO 1.º No me contenta mi ama;
Nunca la he visto peor;
Fuego es ya, no es resplandor,
El que en su vista derrama. (Éntranse todos.)

Sale fray ANTONIO.

ANTONIO. Mientras el fraile no llega
A ser sacerdote, pasa
Vida pobre, estrecha, escasa,
De quien á veces reniega.
Tiene allá el predicador
Sus devotas y sus botas,
Y el presentado echa gotas,
Y suda con el Prior.
Mas el novicio y corista,
En el coro y en la escoba
Sus apetitos adoba,
Diciendo, con el salmista:
Et potus meus cum fletu miscebam...
Pero bien será callar,
Pues sé que muchos convienen
En que las paredes tienen
Oídos para escuchar.
La celda del padre Cruz
Está abierta ciertamente;

Ver quiero este penitente,
Que está á escuras y es de luz.

Abre la celda; parece el PADRE CRUZ arrobado, hincado de rodillas, con un crucifijo en la mano.

Mirad qué postura aquella
Del bravo rufián divino,
Y si hallará camino
Satanás para rompella.
Arrobado está, y es cierto
Que en tanto que él está asi
Los sentidos tiene en sí
Tan muertos como de un muerto.

(Suenan desde lejos guitarras, y sonajas, y vocería de regocijo. Todo esto desta máscara y visión fué verdad; que así lo cuenta la historia del Santo.)

Pero ¿qué música es esta?
¿Qué guitarras y sonajas?
Pues los frailes, ¿se hacen rajas?
¿Mañana es alguna fiesta?
Aunque música á tal hora,
No es decente en el convento.
Miedo de escuchalla siento;
¡Valgame Nuestra Señora!—¡

(Suena más cerca.)

¡Ay, padre nuestro, despierte;
Que se hunde el mundo todo
De música!—No hallo modo
Bueno alguno con que acierte;
La música no es divina,
Porque, según voy notando,
Al modo vienen cantando
Ruso, y de jacarandina.

Entran á este instante seis, con sus máscaras, vestidos como ninfas, lascivamente; y los que han de cantar y tañer, con máscaras de demonios, vestidos á lo antiguo, y hacen su danza. Todo esto fué así; que no es visión supuesta, apocrifa ni mentirosa.

(Cantan.)

«No hay cosa que sea gustosa,
sin Venus blanda amorosa.
No hay comida que así agrade,
Ni que sea tan sabrosa,
Como la que guísa Venus,
En todos gustos curiosa.
Ella el verde amargo jugo
De la amarga hiel sazona;
Y de los más tristes tiempos
Vuelve muy dulces las horas.
Quien con ella trata, rie;
Y quien no la trata, llora;
Pasa cual sombra en la vida,
Sin dejar de sí memoria;
Ni se eterniza en los hijos,
Y es como el árbol sin hojas,
Sin flor ni fruto, que el suelo
Con ninguna cosa adorna;
Y por esto en cuanto el sol
Ciñe, y el ancho mar moja,
No hay cosa que sea gustosa
Sin Venus blanda amorosa.

(El padre Cruz, sin abrir los ojos, dice:)

CRUZ. *No hay cosa que sea gustosa*
Sin la dura cruz preciosa.
Si por esta senda estrecha,
Que la cruz señala y forma,

No pone el pie el que camina
A la patria venturosa,
Cuando menos lo pensare,
De improviso y á deshora,
Caerá de un despeñadero,
Del abismo en las mazmorras.
Torpeza y honestidad,
Nunca las manos se toman,
Ni pueden caminar juntas
Por esta senda fragosa;
Y veo que en todo el cielo,
Ni en la tierra, aunque espaciosa,
No hay cosa que sea gustosa,
Sin la dura cruz preciosa.

Músicos. «Dulces días, dulces ratos
Los que en Sevilla se gozan,
Y dulces comodidades
De aquella ciudad famosa,
Do la libertad campea,
Y en sucinta y amorosa
Manera Venus camina,
Y á todos se ofrece toda;
Y risueño el amor canta,
Con mil pasajes de gloria:
No hay cosa que sea gustosa
Sin Venus blanda amorosa.»

Cruz. *Vade retro,* Satanás;
Que para mi gusto ahora,
No hay cosa que sea gustosa,
Sin la dura cruz preciosa.

(Vánse los demonios gritando.)

Antonio. Hacerme quiero mil cruces;
He visto lo que aun no creo.

Afuera el temor, pues veo
Que viene gente con luces.

CRUZ. ¿Qué hace aquí, Fray Antonio?

ANTONIO. Estaba mirando atento
Una danza, de quien siento
Que la guiaba el demonio.

CRUZ. Debía de estar durmiendo,
Y soñaba.

ANTONIO. No, á fe mía,
Padre Cruz; yo no dormía.

Entran á este punto dos CIUDADANOS, con sus lanternas, y el PRIOR.

CIUD. 1.º Señor, como voy diciendo,
Pone gran lástima oílla;
Que no hay razon de provecho
Para enternecerle el pecho
Ni de su error divertilla;
Y pues habemos venido
Á tal hora á este convento
Por remedio, es argumento,
Que es el daño muy crecido.

PRIOR. ¡Que diga que Dios no puede
Perdonalla! ¡Caso estraño!
Es ese el mayor engaño
Que al pecador le sucede.
Fray Cristóbal de la Cruz
Está en pie; quizá adivino
Que ha de hacer este camino,
Y en él dará á este alma luz.—
Padre, su paternidad
Con estos señores vaya,
Y cuanto pueda, la raya
Suba de su caridad;

Que anda muy listo el demonio
Con un alma pecadora.—
Vaya con el padre.

ANTONIO. ¿Ahora?

PRIOR. No replique, Fray Antonio.

ANTONIO. Vamos; que á mí se me alcanza
Poco ó nada, ó me imagino
Que he de ver en el camino
La no fantástica danza
De denantes.

CRUZ. Calle un poco,
Si puede.

CIUD. 2.º Señor, tardamos,
Y será bien que nos vamos.

ANTONIO. Todos me tienen por loco
En aqueste monesterio.

CRUZ. No hable entre dientes, camine,
Y estas danzas no imagine
Que carecen de misterio.

PRIOR. Vaya con Dios, padre mío.

CIUD. 1.º Con él vamos muy contentos.

CRUZ. Favorezca mis intentos
Dios, de quien siempre confío.

Sale un CLÉRIGO y DOÑA ANA DE TREVIÑO
y acompañamiento.

CLÉRIGO. Si así la cama la cansa,
Puede salir á esta sala.

ANA. Cualquiera parte halla mala
La que en ninguna descansa.

CLÉRIGO. Lleguen estas sillas.

ANA. Cierto,
Que me tiene su porfía,
Padre, helada, yerta y fría,

Y que ella sola me ha muerto.
No me canse ni se canse
En persuadirme otra cosa;
Que no soy tan amorosa
Que con lágrimas me amanse.

CLÉRIGO. Toda la verdad del cielo
Á tu mentira repuna.
En Dios no hay menoridad
De poder, y si la hubiera,
Su menor parte pudiera
Curar la mayor maldad.
Es Dios un bien infinito,
Y á respeto de quien es,
Cuanto imaginas y ves,
Viene á ser punto finito.

ANA. Los atributos de Dios
Son iguales: no os entiendo,
Ni de entenderos pretendo;
Mataisme y casais-os vos.
¡Bien fuera que Dios ahora.
Sin que en nada reparara,
Sin más ni más perdonara
Á tan grande pecadora!
No hace cosa mal hecha,
Y así no ha de hacer aquésta.

CLÉRIGO. ¿Hay locura como ésta?

ANA. No gritéis; que no aprovecha.

Entran á este instante el PADRE CRUZ, y fray ANTONIO, y pónese el padre á escuchar lo que está diciendo el clérigo, el cual prosigue diciendo:

CLÉRIGO. Pues nació para salvarme
Dios, y en cruz murió enclavado,
Perdonará mi pecado,

Si está en menos perdonarme.
De su parte has de esperar,
Que de la tuya no esperes
El gran perdón que no quieres;
Que él se extrema en perdonar.
Deus cui propium est misereri semper, et parcere, et misericordia ejus super omnia opera ejus.
Y el Rey divino cantor,
Las alabanzas que escuchas,
Después que ha dicho otras muchas,
Dice de aqueste tenor:
Misericordias tuas, Domine, in æternum cantabo.
La mayor ofensa haces
Á Dios, que puedes hacer;
Que en no esperar y temer,
Parece que le deshaces,
Pues vas contra el atributo
Que él tiene de omnipotente;
Pecado el más insolente,
Más sin razón y más bruto.
En dos pecados se ha visto
Que Judas quiso extremarse,
Y fué mayor el ahorcarse
Que el haber vendido á Cristo.
Hácesle agravio, señora,
Grande en no esperar en él,
Porque es paloma sin hiel
Con quien su pecado llora.
Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.
El corazón humillado,
Dios por jamás le desprecia;
Antes en tanto le precia,
Que es fe y caso averiguado
Que se regocija el cielo

Cuando con nueva conciencia
Se vuelve á hacer penitencia
Un pecador en el suelo.
El padre Cruz está aquí:
Buen suceso en todo espero.

CRUZ. Prosiga, Padre; que quiero
Estarle atento.

ANA. ¡Ay de mí!
Que otro moledor acude
Á acrecentar mi tormento.
Pues no ha de mudar mi intento,
Aunque más trabaje y sude.
¿Qué me queréis, Padre, vos,
Que tan hinchado os llegáis?
Bien parece que ignoráis
Como para mí no hay Dios;
No hay Dios, digo, y mi malicia
Hace, con mortal discordia,
Que esconda misericordia
El rostro, y no la justicia.

CRUZ. *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.*
Vuestra humildad, señor, sea
Servida de encomendarme
Á Dios; que quiero mostrarme
Sucesor en su pelea.—

(Híncanse de rodillas el clérigo, fray Antonio y el padre Cruz, y los circunstantes todos.)

Dichosa del cielo puerta,
Que levantó la caída
Y resucitó la vida
De nuestra esperanza muerta;
Pide á tu parto dichoso
Que ablande aquí estas entrañas,

Y muestre aquí las hazañas
De su corazón piadoso.

Et docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur.

Mi señora doña Ana de Treviño,
Estando ya tan cerca la partida
Del otro mundo, pobre es el aliño
Que veo en esta amarga despedida.
Blancas las almas, como blanco armiño,
Han de entrar en la patria de la vida,
Que ha de durar por infinitos siglos,
Y negras donde habitan los vestiglios.
Mirad donde queréis vuestra alma vaya;
Escogedle la patria á vuestro gusto.

ANA. La justicia de Dios me tiene á raya:
No me ha de perdonar, por ser tan justo;
Al malo la justicia le desmaya:
No habita la esperanza en el injusto
Pecho del pecador, ni es bien que habite.

CRUZ. Tal error de tu pecho Dios le quite.
En la hora que la muerte
Á la pobre vida alcanza,
Se ha de asir de la esperanza
El alma que en ello advierte;
Que en término tan estrecho,
Y de tan fuerte rigor,
No es posible que el temor
Sea al alma de provecho.
El esperar y el temer
En la vida han de andar juntos;
Pero en la muerte, otros puntos
Han de guardar y tener.
El que en el palenque puesto
Teme á su contrario, yerra,
Y está el que animoso cierra,

Á la vitoria dispuesto.
En el campo estáis, señora:
La guerra será esta tarde:
Mirad que no os acobarde
El enemigo en tal hora.

ANA. Sin armas, ¿cómo he de entrar
En el trance riguroso,
Siendo el contrario mañoso
Y duro de contrastar?

CRUZ. Confiad en el padrino,
Y en el jüez, que es mi Dios.

ANA. Parece que dais los dos
En un mismo desatino.
Dejadme; que en conclusión,
Tengo el alma de manera,
Que no quiero, aunque Dios quiera,
Gozar de indulto y perdón.
Ay, que se me arranca el alma;
Desesperada me muero.

CRUZ. Demonio, en Jesús espero,
Que no has de llevar la palma
Desta empresa, ¡Oh Virgen pura!
¿Cómo vuestro auxilio tarda?—
Ángel bueno de su guarda,
Ved que el malo se apresura.—
Padre mío, no desista
De la oración, rece más;
Que es arma que á Satanás
Le vence en cualquier conquista.

ANTONIO. Cuerpo ayuno y desvelado,
Fácilmente se empereza,
Y más que reza, bosteza,
Indevoto y desmayado.

ANA. ¡Qué tan sin obras se halle

Mi alma!

CRUZ. Si seso cobras,
Yo haré que te sobren obras.

ANA. ¿Hallanse á dicha en la calle?
Y las que he hecho hasta aquí,
¿Han sido sino de muerte?

CRUZ. Escucha un poco, y advierte
Lo que ahora diré.

ANA. Di.

CRUZ. Un religioso que ha estado
Gran tiempo en su religión,
Y con limpio corazón
Siempre su regla ha guardado,
Haciendo tal penitencia
Que mil veces el Prior
Le manda tiemple el rigor
En virtud de la obediencia;
Y él con ayunos continos,
Con oración y humildad
Busca de riguridad
Los más ásperos caminos.
El duro suelo es su cama,
Sus lágrimas su bebida,
Y sazona su comida
De Dios la amorosa llama;
Un canto aplica á su pecho,
Con golpes de tal manera,
Que aunque de diamante fuera,
Le tuviera ya deshecho.
Por huir del torpe vicio
De la carne y su regalo,
Su camisa, aunque esté malo,
Es de un áspero silicio;
Descalzos siempre los pies,

De toda malicia ajeno,
Amando á Dios, por ser bueno,
Sin mirar otro interés,..

ANA. ¿Qué quieres de esto inferir,
Padre?

CRUZ. Qué digáis, señora,
Si este tal podrá en la hora
Angustiada del morir,
Tener alguna esperanza
De salvarse.

ANA. ¿Por qué no?
Ojalá tuviera yo
La menor parte que alcanza
De tales obras tal Padre;
Pero no tengo ni aun una,
Que en esta angustia importuna
Á mis esperanzas cuadre.

CRUZ. Yo os daré todas las mías,
Y tomaré el grave cargo
De las vuestras á mi cargo.

ANA. Padre, díme: ¿desvarías?
¿Cómo se puede hacer eso?

CRUZ. Si te quieres confesar,
Los montes puede allanar
De caridad el exceso.
Pon tú el arrepentimiento
De tu parte, y verás luego
Cómo en tus obras me entrego,
Y tú en aquellas que cuento.

ANA. ¿Dónde están los fiadores
Que aseguren el concierto?

CRIADO. Yo estoy bien seguro y cierto
Que nadie los dió mejores,
Ni tan grandes, ni tan buenos,

Ni tan ricos, ni tan llanos,
Puesto que son soberanos,
Y de inmensa alteza llenos.

ANA. ¿A quién me dais?

CRUZ. Á la pura,
Sacrosanta, rica y bella,
Que fué madre y fué doncella,
Crisol de nuestra ventura;
A Cristo crucificado
Os doy por fiador también;
Doy-osle niño en Belén
Perdido y después hallado.

ANA. Los fiadores me contentan;
Los testigos, ¿quién serán?

CRUZ. Cuantos en el cielo están
Y en sus escaños se sientan.

ANA. El contrato referid,
Porque yo quede enterada
De la merced señalada
Que me hacéis.

CRUZ. Cielos, oíd.
Yo, Fray Cristóbal de la Cruz, indigno
Religioso y profeso en la sagrada
Orden del Patriarca felicísimo
Domingo santo, en esta forma digo:
Que al alma de Doña Ana de Treviño,
Que está presente, doy de buena gana
Todas las buenas obras que yo he hecho,
En caridad y en gracia, desde el punto
Que dejé la carrera de la muerte,
Y entré en la de la vida; doyle todos
Mis ayunos, mis lágrimas y azotes,
Y el mérito santísimo de cuantas
Misas he dicho; y asimismo doyle

Mis oraciones todas y deseos,
Que han tenido á mi Dios siempre por blanco;
Y en contra-cambio tomo sus pecados,
Por inormes que sean, y me obligo
De dar la cuenta de ellos en el alto
Y eterno tribunal de Dios eterno,
Y pagar los alcances y las penas
Que merecieren sus pecados todos.
Mas es la condición deste concierto,
Que ella primero de su parte ponga
La confesión y el arrepentimiento.

ANTONIO. Caso jamás oído es este, Padre.

CLÉRIGO. Y caridad jamás imaginada.

CRUZ. Y para que me crea y se asegure.
Le doy por fiadores á la Virgen
Santísima María y á su Hijo,
Y á las once mil vírgenes benditas,
Que son mis valedoras y abogadas;
Y á la tierra, y el cielo hago testigos,
Y á todos los presentes, que me escuchan.—
Moradores del cielo, no se os pase
Esta ocasión, pues que podéis en ella
Mostrar la caridad vuestra encendida.
Pedid al gran Pastor de los rebaños
Del cielo y de la tierra, que no deje
Que lleve Satanás esta ovejuela,
Que él almagró con su preciosa sangre.—
Señora, ¿no aceptáis este concierto?

ANA. Sí acepto, Padre, y pido, arrepentida
Confesión; que me muero.

CLÉRIGO. ¡Obras son estas,
Gran Señor, de las tuyas!

ANTONIO. Bueno queda
El padre Cruz ahora, hecha arista

El alma seca y sola, como espárrago.
Paréceme que vuelve al *sicut erat*,
Y que deja el *Breviario*, y se acomoda
Con el *Barcelonés* y la de ganchos.
Siempre fué liberal, ó malo ó bueno.

ANA. Padre, no me dilate este remedio;
Oiga las culpas que á su cargo quedan,
Que si no le desmayan, por ser tantas,
Yo moriré segura y confiada
Que he de alcanzar perdón de todas ellas.

CRUZ. Padre, vaya al convento, y dé esta nueva
Á nuestro Padre, y ruéguele que haga
General oración, dando las gracias
Á Dios de este suceso milagroso,
En tanto que á esta nueva penitente
Oigo de confesión.

ANTONIO. Á mí me place.

CRUZ. Vamos do estemos solos.

ANA. En buen hora.

CLERIGO. ¡Oh bienaventurada pecadora!

JORNADA TERCERA

Entran un CIUDADANO y el PRIOR.

CIUD. Oigan los cielos, y la tierra entienda
Tan nueva y tan extraña maravilla,
Y su Paternidad á oílla atienda,
Que puesto que no pueda referilla
Con aquellas razones que merece,
Peor será que deje de decilla.
Apenas á la vista se le ofrece
Doña Ana al Padre Cruz, sin la fe pura
Que á nuestras esperanzas fortalece,
Cuando con caridad firme y segura,
Hizo con ella un cambio de tal suerte,
Que cambió su desgracia en gran ventura.
Su alma de las garras de la muerte
Eterna arrebató, y volvió á la vida,
Y de su pertinacia la divierte;
La cual, como se viese enriquecida
Con la dádiva santa, que el bendito
Padre le dió sin tasa, y sin medida,
Alzó al momento un pïadoso grito
Al cielo, y confesión pidió, llorando,
Con voz humilde y corazón contrito;
Y en lo que antes dudaba no dudando,
De sus deudas dió cuenta muy estrecha,
Á quien agora las está pagando;

Y luego sosegada y satisfecha,
Todos los sacramentos recibidos,
Dejó la cárcel de su cuerpo estrecha.
Oyéronse en los aires divididos
Coros de voces dulces, de manera,
Que quedaron suspensos los sentidos.
Dijo, al partir de la mortal carrera,
Que las once mil vírgenes estaban
Todas en torno de su cabecera.
Por los ojos las almas distilaban,
De gozo y maravilla, los presentes,
Que la suave música escuchaban;
Y apenas por los aires transparentes
Voló de la contrita pecadora
El alma á las regiones refulgentes,
Cuando en aquella misma feliz hora
Se vió del padre Cruz cubierto el rostro
De lepra, á donde el asco mismo mora.
Volved los ojos, y veréis el monstruo,
Que lo es en santidad y en la fiereza,
Cuya fealdad á nadie le da en rostro.

Entra el PADRE CRUZ llagado el rostro y las manos: tráenle dos ciudadanos de los brazos, y fray ANTONIO.

CRUZ. Acompaña á la lepra la flaqueza;
No me puedo tener. Dios sea bendito,
Que así á pagar mi buen deseo empieza.

PRIOR. Por ese tan borrado sobreescrito
No podrá conoceros, varón santo,
Quien no os mirare muy de hito en hito.

CRUZ. Padre Prior, no se adelante tanto
Vuestra afición, que me llaméis con nombre
Que me cuadra tan mal, que yo me espanto.
Inútil fraile soy, pecador hombre,

Puesto que me acompaña un buen deseo,
Mas no dan los deseos tal renombre.

CIUD. En vos contemplo, Padre Cruz, y leo
La paciencia de Job, y su presencia
En vuestro rostro deslustrado veo.
Por la ajena malicia la inocencia
Vuestra salió, y pagó tan de contado,
Cual lo muestra el rigor de esta dolencia.
Obligastes-os hoy, y habéis pagado
Hoy.

CRUZ. Á lo menos de pagar espero,
Pues de mi voluntad quedé obligado.

CIUD. 2.º ¡Oh en la viña de Dios gran jornalero!
¡Oh caridad, brasero y fragua ardiente!

CRUZ. Señores, hijo soy de un tabernero,
Y si es que adulación no está presente,
Y puede la humildad hacer su oficio,
Cese la cortesía, aquí indecente.

ANTONIO. Yo, traidor, que á la gula en sacrificio
Del alma, y á la hampa, engendradora
De todo torpe y asqueroso vicio,
Digo que me consagro desde agora
Para limpiar tus llagas y curarte,
Hasta el fin de mi vida ó su mejora;
Y no tendrá conmigo alguna parte
La vana adulación, pues de contino
Antes rufián que santo he de llamarte;
Con esto no hallará ningún camino
La vanagloria para hacerte guerra,
Enemigo casero y repentino.

CIUD. 2.º Venistes para bien de aquella tierra.
Dios os guarde mil años, Padre amado.

CIUD. 1.º Sólo en su pecho caridad encierra.

CRUZ. Padres, recójanme, que estoy cansado.

(Éntranse todos y salen dos DEMONIOS, el uno con figura de oso, y el otro como quisieren. Esta visión fué verdadera, que así se cuenta en su historia.)

SAQUIEL. ¡Que así nos la quitase de las manos!
¡Que así la mies tan sazonada nuestra,
La segase la hoz del tabernero!
Reniego de mí mismo, y aun reniego;
Y ¡que tuviese Dios por bueno y justo
Tal cambalache! Estúvose la dama
Al pie de cuarenta años en sus vicios,
Desesperada de remedio alguno;
Llega estotro buen alma, y dale luego
Los tesoros de gracia que tenía
Adquiridos por Cristo y por sus obras:
Gentil razón, gentil guardar justicia,
Y gentil igualar de desiguales
Y cotrapuestas prendas, gracia y culpa.
Bienes de gloria, y del infierno males.

VISIEL. Como fué el corredor de esta mohatra
La caridad, facilitó el contrato,
Puesto que desigual.

SAQUIEL. Desa manera
Más rica queda el alma deste ruso,
Por haber dado cuanto bien tenía,
Y tomado el ajeno mal á cuestas,
Que antes estaba, que el contrato hiciese.

VISIEL. No sé qué te responda; sólo veo,
Que no puede ninguno de nosotros
Alabarse que ha visto en el infierno
Algún caritativo.

SAQUIEL. ¿Quién lo duda?
¿Sabes qué veo, Visïel amigo?
Que no es equivalente aquesta lepra
Que padece este fraile á los tormentos

Que pasara Doña Ana en la otra vida.

VISIEL. ¿No adviertes que ella puso de su parte
Grande arrepentimiento?

SAQUIEL. Fué á los fines
De su malvada vida.

VISIEL. En un instante
Nos quita de las manos Dios al alma
Que se arrepiente y sus pecados llora;
Cuanto y más, que ésta estaba enriquecida
Con las gracias del fraile hi de vellaco.

SAQUIEL. Mas deste generoso, á lo que entiendes,
¿Qué será dél, agora que está seco,
É inútil para cosa de esta vida?

VISIEL. ¿Eso ignoras? ¿No sabes que conocen
Sus frailes su virtud y su talento,
Su ingenio y su bondad, partes bastantes
Para que le encomienden su gobierno?

SAQUIEL. Luego, ¿será prior?

VISIEL. Muy poco dices.
Provincial le verás.

SAQUIEL. Ya lo adivino,
En el jardín está: tú no te muestres;
Que yo quiero á mis solas darle un toque,
Con que siquiera á ira le provoque.

Éntranse: salen fray ANGEL y fray ANTONIO.

ANTONIO. ¿Qué trae, fray Angel? ¿son huevos?

ÁNGEL. Hable, fray Antonio, quedo.

ANTONIO. ¿Tiene miedo?

ÁNGEL. Tengo miedo.

ANTONIO. Deme dos de los más nuevos,
De los más frescos le digo,
Que me los quiero sorber

Así crudos.

ANGEL. Hay que hacer
Primero otra cosa, amigo.

ANTONIO. Siempre acudes á mi ruego,
Dilatando tus mercedes.

ÁNGEL. Si estos huevos comer puedes,
Veslos aqui, no los niego.

(Muéstrale dos bolas de argolla.)

ANTONIO. ¡Oh coristas y novicios!
La mano que el bien dispensa,
Os quite de la despensa
Las cerraduras y quicios;
La hierba del Pito os dé,
Que abre todas cerraduras,
Y veáis estando á escuras,
Como el luciérnago ve;
Y, señores de las llaves,
Sin temor y sobresalto,
Deis un generoso asalto
Á las cosas más suaves;
Busquéis hebras de tocino,
Sin hacer del unto caso,
Y en penante y limpio vaso
Deis dulces sorbos de vino;
De almendra morisca y pasa
Vuestras mangas se vean llenas,
Y jamás muelas ajenas
Á las vuestras pongan tasa.
Cuando en la tierra comáis
Pan y agua con querellas,
Halléis empanadas bellas
Cuando á la celda volváis;
Hágaos la paciencia escudo

En cualquiera vuestro aprieto;
Mándeos un prior discreto,
Afable y no cabezudo.

ANGEL. Deprecación bien cristiana,
Fray Antonio, es la que has hecho;
Que aspiro á nuestro provecho
Es cosa también bien llana.
Grande miseria pasamos,
Y á sumo estrecho venimos
Los que misa no decimos
Y los que no predicamos.

ANTONIO. ¿Para qué son esas bolas?

ÁNGEL. Yo las llevaba con fin
De jugar en el jardín
Contigo esta tarde á solas,
En las horas que nos dan
De recreación.

ANTONIO. ¿Y llevas
Argolla?

ÁNGEL. Y paletas nuevas.

ANTONIO. ¿Quién te las dió?

ÁNGEL. Fray Beltrán.
Se las envió su prima,
Y él me las ha dado á mí.

ANTONIO. Con las paletas aquí
Haré dos tretas de esgrima.
Precíngete como yo
Y entrégame una paleta,
Y está advertido una treta,
Que el padre Cruz me mostró.
Cuando en la jácara fué
Aguila volante y diestra;
Muestra, digo, acaba, muestra

ANGEL. Toma, pero yo no sé

De esgrima más que un jumento.

ANTONIO. Ponte de aquesta manera:
Vista alerta, ese pie fuera,
Puesto en medio movimiento.
Tírame un tajo volado
Á la cabeza; no ansi,
Que ese es revés, pese á mí.

ANGEL. Soy un asno enalbardado.

ANTONIO. Esta es la brava postura
Que llaman puerta de hierro
Los jaques.

ÁNGEL. Notable yerro,
Y disparada locura.

ANTONIO. Doy broquel, saco el baldeo,
Levanto, señalo ó pego:
Repárome en cruz, y luego
Tiro un tajo de boleo.

Entra el PADRE CRUZ arrimado á un báculo y rezando en un rosario.

CRUZ. Fray Antonio, basta ya;
No mueran más, si es posible.

ANTONIO. ¡Qué confusión tan terible!

CRUZ. Buena la postura está;
No se os pueden embotar
Las agudezas de loco.

ANTONIO. Indigesto estaba un poco,
Y y quíseme ejercitar
Para hacer la digestión,
Que dicen que es conveniente
El ejercicio vehemente.

CRUZ. Vos tenéis mucha razón;
Mas yo os daré un ejercicio,
Con que os haga por la posta

Digerir á vuestra costa
La superfluidad del vicio.
Vaya y póngase á rezar
Dos horas en penitencia;
Y puede su reverencia,
Fray Ángel, ir á estudiar,
Y déjese de las tretas
Deste valiente mancebo.

ANTONIO. ¿Las bolas?

ÁNGEL. Aquí las llevo.

ANTONIO. Toma, y lleva las paletas.

(Éntranse fray Antonio y fray Ángel.)

CRUZ. De la escuridad del suelo
Te saqué á la luz del día;
Dios queriendo, y yo querría,
Llevarte á la luz del cielo.

Vuelve á entrar SAQUIEL, vestido de oso. Todo fué ansi.

SAQUIEL. Cambiador nuevo en el mundo.
Por tu voluntad enfermo,
¿Piensas que eres en el yermo
Algún Macario segundo?
¿Piensas que se han de avenir
Bien para siempre jamás,
Con lo que es menos lo más,
La vida con el morir,
Soberbia con humildad,
Diligencia con pereza,
La torpedad con limpieza,
La virtud con la maldad?
Engáñaste, y es tan cierto
No avenirse lo que digo,
Que puedes ser tú testigo

Desta verdad con que acierto,
CRUZ. ¿Qué quieres deso inferir,
Enemigo Satanás?
SAQUIEL. Que es locura en la que das,
Dignísima de reir;
Que en el cielo ya no dan
Puerta á que entren de rondón,
Así como entró un ladrón,
Que entre también un rufián.
CRUZ. Conmigo en balde te pones
Á disputar; que yo sé
Que aunque te sobre en la fe,
Me has de sobrar tú en razones.
Dime á qué fué tu venida,
Ó vuélvete y no hables más.
SAQUIEL. Mi venida, cual verás,
Es á quitarte la vida.
CRUZ. Si es que traes de Dios licencia,
Fácil te será quitalla,
Y más fácil á mí dalla
Con prontísima obediencia.
Si la traes, ¿por qué no pruebas
Á ofenderme? Aunque recelo,
Que no has de tocarme á un pelo,
Por muy mucho que te atrevas.
¿Qué bramas? ¿Quién te atormenta?
Pero espérate, adversario.
SAQUIEL. Es para mí de un rosario,
Bala, la más chica cuenta.
Ruñán, no me martirices;
Tuerce, hipócrita, el camino.
CRUZ. Aun bien que tal vez malino,
Algunas verdades dices.

(Vase el demonio bramando.)

Vuelve; que te desafío
Á ti y al infierno todo,
Hecho valentón, al modo
Que plugo al gran padre mío.
¡Oh alma!, mira quién eres,
Para que del bien no tuerzas;
Que el diablo no tiene fuerzas
Más de las que tú le dieres;
Y para que no rehuyas
De verte con él á brazos,
Dios rompe y quiebra los lazos
Que pasan las fuerzas tuyas.

Vuelve á entrar fray ANTONIO con un plato de hilas y paños limpios.

ANTONIO. Éntrese, Padre, á curar.
CRUZ. Paréceme que es locura
Pretender á mi mal, cura.
ANTONIO. ¿Es eso desesperar?
CRUZ. No por cierto, hijo mío,
Mas es esta enfermedad
De una cierta calidad,
Que curarla es desvarío;
Viene del cielo.
ANTONIO. ¿Es posible
Que tan mala cosa encierra
El cielo, do el bien se encierra?
Téngolo por imposible.
Estaráse ahora holgando
Doña Ana, que te la dió,
Y estaréme en balde yo
Tu remedio procurando.

Entra fray ÁNGEL.

ÁNGEL. Padre Cruz, mándeme albricias:
Que han elegido prior.
CRUZ. Si no te las da el Señor,
De mí en vano las codicias.
Mas decidme, ¿quién salió?
ÁNGEL. Salió su paternidad.
CRUZ. ¿Yo, padre?
ÁNGEL. Sí, en mi verdad.
ANTONIO. ¿Búrlaste, fray Ángel?
ÁNGEL. No.
CRUZ. ¿Sobre unos hombros podridos
Tan pesada carga han puesto?
No sé qué me diga desto.
ANTONIO. Cególes Dios los sentidos;
Que si ellos te conocieran
Como yo te he conocido,
Tomaran otro partido,
Y otro prior eligieran.
ÁNGEL. Ahora digo, Fray Antonio,
Que tienes sin duda alguna
En esa lengua importuna
Entretejido demonio;
Que si ello no fuera ansí,
Nunca tal cosa dijeras.
ANTONIO. Fray Ángel, no hablo de veras,
Pero conviene esto aquí.
Gusta este santo de verse
Vituperado de todos,
Y va huyendo los modos
Do pueda ensoberbecerse.
Mira qué confuso está
Por la nueva que le has dado.

ÁNGEL. Puesto le tiene en cuidado.
ANTONIO. El cargo no aceptará.
CRUZ. ¿No saben estos benditos
Como soy simple y grosero,
Y hijo de un tabernero,
Y padre de mil delitos?
ANTONIO. Si yo pudiera dar voto,
Á fe que no te le diera;
Antes á todos dijera
La vida que de hombre roto
En Sevilla y en Toledo
Te vi hacer.
CRUZ. Tiempo te queda:
Dila, amígo, porque pueda
Escaparme de este miedo
Que tengo de ser prelado,
Cargo para mí indecente;
Que ¿á qué será suficiente
Hombre que está tan llagado
Y que ha sido un...?
ANTONIO. ¿Qué? ¿Rufián?
Que por Dios, y así me goce,
Que le vi reñir con doce
De Heria y de San Román;
Y en Toledo, en las Ventillas,
Con siete terciopeleros,
Él hecho zaque, ellos cueros,
Le vide hacer maravillas;
¡Qué de capas vi á sus pies!
¡Qué de broqueles rajados!
¡Qué de cascos abollados!
Hirió á cuatro, huyeron tres.
Para aqueste ministerio
Sí que le diera mi voto,

Porque en él fuera el más doto
Rufián de nuestro hemisferio;
Pero para ser prior,
No le diera yo jamás.

CRUZ. ¡Oh cuánto en lo cierto estas,
Antonio!

ANTONIO. Y ¿cómo, señor?

CRUZ. Así, cual quieres, te goces,
Cristiano y fraile, y sin mengua,
Que des un filo á la lengua,
Y digas mi vida á voces.

Entra el PRIOR, y otro fraile de acompañamiento.

PRIOR. Vuestra paternidad nos de las manos,
Y bendición con ellas.

CRUZ. Padres míos,
¿Á dónde á mí tal sumisión?

PRIOR. Mi padre,
Es ya nuestro prelado.

ANTONIO Buenos cascos
Tienen, por vida mía los que han hecho
Semejante elección.

PRIOR. Pues, ¡qué! ¿no es santa?

ANTONIO. Á un Job hacen prior, que no le falta
Sino es el muladar y ser casado,
Para serlo del todo; en fin, son frailes.
Quien tiene el cuerpo de dolores lleno,
¿Como podrá tener entendimiento
Libre para el gobierno que requiere
Tan peligroso y trabajoso oficio
Como el de ser prior? ¿No lo ven claro?

CRUZ. ¡Oh, qué bien que lo ha dicho, fray Antonio!
El cielo se lo pague.—Padres míos,
¿No miran cuál estoy, que en todo el cuerpo

No tengo cosa sana? Consideren
Que los dolores turban los sentidos,
Y que ya no estoy bueno para cosa,
Sino es para llorar y dar gemidos
Á Dios por mis pecados infinitos.—
Amigo fray Antonio, di á los padres
Mi vida, de quien fuiste buen testigo;
Diles mis insolencias y recreos;
La inmensidad descubre de mis culpas,
La bajeza les di de mi linaje;
Diles que soy de un tabernero hijo,
Porque les haga todo aquesto junto
Mudar de parecer.

PRIOR. Excusa débil
Es esta, padre mío; á lo que ha sido
Ha borrado lo que es. Acepte y calle,
Que así lo quiere Dios.

CRUZ. Él sea bendito.
Vamos; que la experiencia dará presto
Muestras que soy inútil.

ANTONIO. Vive el cielo,
Que merece ser papa tan buen fraile.

ÁNGEL. Que será provincial yo no lo dudo.

ANTONIO. Aqueso está de molde, padre; vamos,
Que es hora de curarte.

CRUZ. Sea en buen hora.

ANTONIO. ¿Va á ser prior, y por no serlo llora? (Éntranse.)

Salen LUCIFER con corona y cetro, el más galan demonio y bien vestido que ser pueda, y SAQUIEL y VISIEL como quisieren, y de demonios feos.

LUCIFER. Desde el instante que salimos fuera
De la muerte eternal, ángeles siendo,
Y con soberbia voluntad y fiera

Fuimos el gran pecado aprehendiendo
Sin querer ni poder de la carrera
Torcer donde una vez fuimos subiendo
Hasta ser derribados á este asiento,
Do no se admite el arrepentimiento;
  Digo que desde entonces se recoge
La fiera envidia en este pecho fiero,
De ver que el cielo en su morada acoge
Á quien pasó también de Dios el fuero;
En mí se extiende, y en Adán se encoge
La justicia de Dios manso y severo,
Y dél gozan los hombres *in æterno*,
Y mis secuaces de este duro infierno.
  Y no contento Aquel que dió en un palo
La vida, que fué muerte de la muerte,
De verme despojado del regalo
De mi primera aventajada suerte,
Quiere que se alce con el cielo un malo,
Un pecador blasfemo, y que se acierte
Á salvar en un corto y breve instante
Un ladrón, que no tuvo semejante.
  La pecadora pública arrebata
De sus pies el perdón de sus pecados;
Y su historia santísima dilata
Por siglos en los años prolongados;
Un cambiador que en sus usuras trata,
Deja á sola una voz sus intrincados
Libros, y por manera nunca vista
Le pasa á ser divino coronista;
  Y agora quiere que un rufián se asiente
En los ricos escaños de la gloria,
Y que su vida y muerte nos la cuente
Alta, famosa y verdadera historia.
Por esto inclino la soberbia frente,

Y quiero que mi angustia sea notoria
Á vosotros, partícipes y amigos,
Y de mi mal y mi rancor testigos;
No para que me déis consuelo alguno,
Pues tenerle nosotros no es posible,
Sino porque acudáis al oportuno
Punto, que hasta á los santos es terrible.
Este rufián, cual no lo fué ninguno,
Por su fealdad al mundo aborrecible,
Está ya de partida para el cielo,
Y humilde apresta el levantado vuelo.
Acudid y turbadle los sentidos,
Y entibiad, si es posible, su esperanza,
Y de sus vanos pasos y perdidos,
Hacedle temerosa remembranza;
No llegue alegre voz á sus oídos,
Que prometa segura confianza
De haber cumplido con la deuda y cargo
Que por su caridad tomó á su cargo.
Ea, que expira ya, despues que ha hecho,
Prior y provincial, tan bien su oficio,
Que tiene al suelo y cielo satisfecho,
Y da de que es gran santo gran indicio.

SAQUIEL. No será nuestra idea de provecho,
Porque será de hacerle beneficio,
Pues siempre que á los brazos he venido
Con él, queda con palma, y yo vencido.

LUCIFER. Mientras no arroja el postrimero aliento
Bien se puede esperar que en algo tuerza
El peso, puesto en duda el pensamiento;
Que á veces puede mucho nuestra fuerza.

VISIEL. Yo cumpliré, señor, tu mandamiento;
Que adonde hay más bondad, allí se esfuerza
Más mi maldad; allá voy diligente.

LUCIFER. Todos venid; que quiero estar presente.

Entranse todos, y salen TRES ALMAS, vestidas con tunicelas de tafetán blanco, velos sobre los rostros y velas encendidas.

ALMA 1.ª Hoy, hermanas, que es el día
En quien, por nuestro consuelo,
Las puertas ha abierto el cielo
De nuestra carcelería
Para venir á este punto,
Todo lleno de misterio,
Viendo en este monasterio
Al gran Cristóbal difunto,
Al alma devota suya
Bien será la acompañemos,
Y á la región la llevemos
Do está la eterna *Alleluya.*

ALMA. 2.ª Felice jornada es ésta,
Santa y bienaventurada,
Pues se hará, con su llegada,
En todos los cielos fiesta;
Que llevando en compañía
Alma tan devota nuestra,
Darán más claro la muestra
De júbilo y de alegría.

ALMA. 3.ª Ella abrió con oraciones,
Ayunos y sacrificios,
De nuestra prisión los quicios,
Y abrevió nuestras pasiones.
Cuando en libertad vivía,
De nosotras se acordaba,
Y el rosario nos rezaba
Con devoción cada día;
Y cuando en la religión
Entró, como habemos visto,

Muerto al diablo y vivo á Cristo,
Aumentó la devoción.
Ni por la riguridad
De las llagas que en sí tuvo,
Jamás indevoto estuvo,
Ni falto de caridad.
Prior siendo y provincial,
Tan manso y humilde fué,
Que hizo de andar á pie
Y descalzo gran caudal.
Trece años ha que ha vivido
Llagado de tal manera,
Que, á no ser milagro, fuera
En dos días consumido.

ALMA. 1.ª Remite sus alabanzas
Al lugar donde caminas;
Que allí las darán condinas
Al valor que tú no alcanzas;
Y mezclémonos agora
Entre su acompañamiento,
Escuchando el sentimiento
Deste su amigo que llora.

Éntranse: sale fray ANTONIO *llorando, y trae un lienzo manchado de sangre.*

ANTONIO. Acabó la carrera
De su cansada vida,
Dió al suelo los despojos
Del cuerpo, voló al cielo la alma santa.
¡Oh Padre, que en el siglo
Fuiste mi nube escura,
Mas en el fuerte asilo,
Que así es la religión, mi norte fuiste!
Trece años ha que lidias

Por ser caritativo
Sobre el humano modo,
Con podredumbre y llagas insufribles;
Mas los manchados paños
De tus sangrientas llagas
Se estiman más agora,
Que delicados y olorosos lienzos.
Con ellos mil enfermos
Cobran salud entera;
Mil veces les imprimen
Los labios más ilustres y señores.
Tus pies, que mientras fuiste
Provincial anduvieron
A pie infinitas leguas,
Por lodos, por barrancos, por malezas,
Agora son reliquias,
Agora te los besan
Tus súbditos, y aun todos
Cuantos pueden llegar á donde yaces.
Tu cuerpo, que ayer era
Espectáculo horrendo,
Según llagado estaba,
Hoy es bruñida plata y cristal limpio;
Señal que tus carbuncos,
Tus grietas y aberturas,
Que podrición vertían,
Estaban por milagro en ti hasta tanto
Que la deuda pagases
De aquella pecadora,
Que fué limpia en un punto:
Tanto tu caridad con Dios valía.

Entra el PRIOR.

PRIOR. Padre Antonio, deje el llanto,

Y acuda a cerrar las puertas,
Porque si las halla abiertas
El pueblo, que acude tanto,
No nos han de dar lugar
Para enterrar á su amigo.

ANTONIO. Aunque se cierren, yo digo
Que ha poco de aprovechar.
No ha de bastar diligencia;
Pero, con todo, allá iré.

Entra fray ÁNGEL.

ÁNGEL. ¿Dónde vas, padre?

ANTONIO. No sé.

ÁNGEL. Acuda su reverencia;
Que está toda la ciudad
En el convento y se arrojan
Sobre el cuerpo y le despojan
Con tanta celeridad...
Y el Virrey está también
En su celda.

PRIOR. Padre Antonio,
Venga á ver el testimonio
Que el cielo da de su bien. (Éntranse todos.)

Salen dos CIUDADANOS, el uno con un lienzo de sangre, y el otro con un pedazo de capilla.

CIUD. 1.º ¿Qué lleváis vos?

CIUD. 2.º Un lienzo de sus llagas.
¿Y vos?

CIUD. 1.º De su capilla este pedazo,
Que le precio y le tengo en más estima
Que si hallara una mina.

CIUD. 2.º Pues salgamos
Aprisa del convento, no nos quiten

Los frailes las reliquias.

CIUD. 1.º Bueno es eso;
Antes daré la vida que volvellas.

Entra OTRO.

CIUD. 3.º Yo soy, sin duda, la desgracia misma;
No he podido topar de aqueste santo
Siquiera con un hilo de su ropa.
Puesto que voy contento y satisfecho
Con haberle besado cuatro veces
Los santos pies, de quien olor despide
Del cielo: pero tal fué él en la tierra.
El Virrey le trae en hombros y sus frailes,
Y aquí en aquesta bóveda del claustro
Le quieren enterrar. Musica suena;
Parece que es del cielo, y no lo dudo.

Traen al SANTO tendido en una tabla, con muchos rosarios sobre el cuerpo; tráenle en hombros sus frailes, y el VIRREY; suena lejos música de flautas ó chirimías. Cesando la música, dice á voces dentro LUCIFER, ó si quisieren, salgan los demonios al teatro.

LUCIFER. Aun no puedo llegar siquiera al cuerpo,
Para vengar en él lo que en el alma
No pude: tales armas le defienden.

SAQUIEL. No hay arnés que se iguale al del rosario.

LUCIFER. Vamos; que en sólo verle me confundo.

SAQUIEL. No habemos de parar hasta el profundo.

ANTONIO. ¿Oyes, fray Ángel?

ÁNGEL. Oigo, y son los diablos.

VIRREY. Háganme caridad sus reverencias
Que torne yo otra vez á ver el rostro
De este bendito padre,

PRIOR. Sea en buen hora.—

Padres, abajen, pónganle:
Que pues la devoción de su Excelencia
Se extiende á tanto, bien será agradalle.

VIRREY. ¿Qué? ¿és éste el rostro que yo ví ha dos días,
De horror y llagas y materias lleno?
¿Las manos gasas son aquestas, cielo?
¡Oh alma, que volando á las serenas
Regiones, nos dejaste testimonio
Del felice camino que hoy has hecho,
Clara y limpia la caja do habitaste,
Abrasada primero y ahumada,
Con el fuego encendido en que se ardía,
Todo de caridad y amor divino!

CIUD. 1.° Déjennosle besar sus reverencias
Los pies siquiera.

PRIOR. Devoción muy justa.

VIRREY. Hagan su oficio, padres, y en la tierra
Escondan esta joya tan del cielo:
Esa esperanza nuestro mal remedia,
Y aquí da fin felice esta comedia.

FIN DE EL RUFIÁN DICHOSO

LA GRAN SULTANA

DOÑA CATALINA DE OVIEDO

Los que hablan en ella son los siguientes:

SALEC, turco renegado.
ROBERTO, renegado.
Un alárabe.
EL GRAN TURCO.
UN PAJE, vestido á lo turquesco, y otros tres garzones.
MAMÍ y RUSTÁN, eunucos.
DOÑA CATALINA DE OVIEDO, gran Sultana.
SU PADRE.
MADRIGAL, cautivo.
ANDREA, espía.
Dos judíos.
UN EMBAJADOR DE PERSIA.
Dos moros.
EL GRAN CADÍ.
Cuatro bajaes ancianos.
CLARA, llamada Zayda.
ZELINDA, que es Lamberto.
UN CAUTIVO anciano.
Dos músicos.

JORNADA PRIMERA

Salen SALEC, turco, y ROBERTO, vestido á lo griego, y detrás de ellos un alárabe, vestido de un alquicel: trae en una lanza muchas estopas, y en una varilla de membrillo, en la punta un papel, como billete, y una velilla de cera encendidaen la mano. Este tal alárabe se pone al lado del teatro, sin hablar palabra, y luego dice Roberto:

ROBERTO. La pompa y majestad de este tirano
Sin duda alguna sube y se engrandece
Sobre las fuerzas del poder humano.
Mas ¿qué fantasma es esta que se ofrece
Coronada de estopas media lanza?
Alárabe en el traje me parece.

SALEC. Tienen aquí los pobres esta usanza:
Cuando alguno á pedir justicia viene,
Que sólo el interés es quien la alcanza,
De una caña y de estopas se previene,
Y cuando el Turco pasa, enciende fuego,
A cuyo resplandor él se detiene;
Pide justicia á voces: dale luego
Lugar la guarda; el pobre, como jara,
Arremete, turbado y sin sosiego,
Y en la punta y remate de una vara
Al Gran Señor su memorial presenta,
Que para aquel efecto el paso para.
Luego á un bello garzón, que tiene cuenta

Con estos memoriales, se le entrega,
Que en relación después dellos da cuenta;
Pero jamás el término se llega
Del buen despacho destos miserables;
Que el interés le turba y se le niega.

ROBERTO. Cosas he visto aquí que, de admirables,
Pueden al más gallardo entendimiento
Suspender.

SALEC. Verás otras más notables.
Ya está á pie el Gran Señor; puedes atento
Verle á tu gusto, que el cristiano puede
Mirarle rostro á rostro á su contento.
A ningún moro ó turco se concede
Que levante los ojos á miralle,
Y en esto á toda majestad excede.

Entra á este instante el GRAN TURCO con mucho acompañamiento: delante de sí lleva un PAJE, vestido á lo turquesco, con una flecha en la mano, levantada en alto: y detrás del Turco van otros dos garzones, con dos bolsas de terciopelo verde, donde ponen los papeles que el Turco les da.

ROBERTO. Por cierto el es mancebo de buen talle,
Y ¡qué de gravedad y bizarría!
La fama con razón puede loalle.

SALEC. Hoy hace la zalá en Santa Sofía,
Este templo que ves, que en la grandeza
Excede á cuantos tiene la Turquía.

ROBERTO. A encender y á gritar el moro empieza;
El Turco se detiene mesurado,
Señal de pïedad como de alteza.
El moro llega; un memorial le ha dado;
El Gran Señor le toma, y se le entrega
A un bel garzón que casi trae al lado.

(En tanto que esto dice Roberto, y el Turco pasa, tiene Salec doblado el cuerpo, y inclinada la cabeza, sin miralle al rostro.)

SALEC. Esta audiencia al que es pobre no se niega:
¿Podré alzar la cabeza?
ROBERTO. Alza y mira;
Que ya el Señor á la mezquita llega,
Cuya grandeza desde aquí me admira.

(Éntrase el Gran Señor, y quedan en el teatro Salec y Roberto.)

SALEC. ¿Qué te parece, Roberto,
De la pompa y majestad
Que aquí se te ha descubierto?
ROBERTO. Que no creo á la verdad,
Y pongo duda en lo cierto.
SALEC. De á pie y de á caballo van
Seis mil soldados.
ROBERTO. Si irán.
SALEC. No hay dudar que seis mil son.
ROBERTO. Juntamente admiración,
Y gusto y asombro dan.
SALEC. Cuando sale á la zalá,
Sale con este decoro,
Y es el día del jumá,
Que así al viernes llama el moro.
ROBERTO. Bien acompañado va;
Pero, pues nos da lugar
El tiempo, quiero acabar
De contarte lo que ayer
Comencé á darte á entender.
SALEC. Vuelve, amigo, á comenzar.
ROBERTO. Aquel mancebo que dije
Vengo á buscar, que le quiero

Más que al alma por quien vivo,
Más que á los ojos que tengo.
Desde su pequeña edad
Fuí su ayo y su maestro,
Y del templo de la Fama
Le enseñé el camino estrecho.
Encaminéle los pasos
Por el angosto sendero
De la virtud; tuve á raya
Sus juveniles deseos;
Pero no fueron bastantes
Mis bien mirados consejos,
Mis persuasiones cristianas,
Del bien y mal mil ejemplos,
Para que en mitad del curso
De su más florido tiempo
Amor no le saltease,
Monfi de los años tiernos.
Enamoróse de Clara,
La hija de aquel Lamberto
Qae tú en Praga conociste,
Teutónico caballero.
Sus padres y su hermosura
Nombre de Clara la dieron,
Pero quizá sus desdichas
En escuridad la han puesto.
Demandóla por esposa
Y no salió con su intento,
No porque no fuese igual
Y acertado el casamiento,
Sino porque las desgracias
Traen su corriente de lejos,
Y no hay diligencia humana
Que prevenga su remedio.

Finalmente, él la sacó,
Que voluntades que han puesto
La mira en cumplir su gusto,
Pierden respetos y miedos.
Solos y á pie, en una noche
De las frías del invierno,
Iban los pobres amantes
Sin saber á dónde, huyendo;
Y al tiempo que ya yo había
Echado á Lamberto menos,
Que este es el nombre del triste
Que he dicho que á buscar vengo,
Con aliento desmayado,
De un frío sudor cubierto
El rostro, y todo turbado,
Ante mis ojos le veo.
Arrojóseme á los pies,
La color como de un muerto,
Y con voz interrumpida
De sollozos, dijo: «Muero,
Padre y señor (que estos nombres
A tus obras se los debo);
A Clara llevan cautiva
Los turcos de Rocaferro;
Yo cobarde, yo mezquino,
Yo traidor, que no lo niego,
Hela dejado en sus manos,
Por tener los pies ligeros.
Esta noche la llevaba
No sé á donde, aunque sé cierto
Que si fortuna quisiera,
Fuéramos los dos al cielo.»
A la nueva triste y nueva,
En un confuso silencio

Quedé sin osar decirle:
«¡Hijo mio! ¿Cómo es esto?»
De aquesta perplejidad
Me sacó el marcial estruendo
Del rebato á que tocaron
Las campanas en el pueblo.
Púseme luego á caballo;
Salió conmigo Lamberto
En otro, y salió una tropa
De caballos herreruelos.
Con la escuridad perdimos
El rastro de los que hicieron
El robo de Clara y otros,
Que con el día se vieron.
Temerosos de celada
No nos apartamos lejos
Del lugar, al cual volvimos
Cansados y sin Lamberto.

SALEC. Pues ¿cómo? ¿quedóse aposta?

ROBERTO. Aposta, á lo que sospecho,
Porque nunca ha parecido
Desde entonces, vivo ó muerto.
Su padre ofreció por Clara
Gran cantidad de dinero,
Pero no le fué posible
Cobrarla por ningún precio.
Díjose por cosa cierta
Que el turco que fué su dueño
La presentó al Gran Señor
Por ser hermosa en extremo.
Por saber si esto es verdad,
Y por saber de Lamberto,
He venido, como has visto,
Aquí, en hábito de griego.

Sé hablar la lengua de modo,
Que pasar por griego entiendo.

SALEC. Puesto que nunca la sepas,
No tienes de qué haber miedo.
Aquí todo es confusión,
Y todos nos entendemos
Con una lengua mezclada,
Que ignoramos y sabemos.
De mí no te escaparás,
Pues cuando te vi, al momento
Te conocí.

ROBERTO. ¡Gran memoria!

SALEC. Siempre la tuve en extremo.

ROBERTO. Pues ¿cómo te has olvidado
De quien eres?

SALEC. No hablemos
En eso agora; otro día
De mis cosas trataremos;
Que si va á decir verdad,
Yo ninguna cosa creo.

ROBERTO. Fino ateista te muestras.

SALEC. Yo no sé lo que me muestro;
Sólo sé que he de mostrarte
Con obras al descubierto
Que soy tu amigo á la traza,
Como lo fuí en algún tiempo;
Y para saber de Clara,
Un eunuco del gobierno
Del serrallo del Gran Turco
Podrá hacerme satisfecho,
Que es mi amigo; y entretanto,
Puedes mirar por Lamberto:
Quiza, como tuvo el alma,
También tendrá preso el cuerpo. (Éntranse.)

Salen MAMÍ y RUSTÁN, eunucos.

MAMÍ. Ten, Rustán, la lengua muda,
Y conmigo no autorices
Tu fe, de verdad desnuda,
Pues mientes en cuanto dices,
Y eres cristiano sin duda.
Que el tener ansí encerrada
Tanto tiempo y tan guardada
Á la cautiva española,
Es señal bastante y sola
Que tu intención es dañada.
Has quitado al Gran Señor
De gozar la hermosura
Que tiene el mundo mayor;
Siendo mal darle madura
Fruta, que verde es mejor.
Seis años ha que la celas
Y la encubres con cautelas
Que ya no pueden durar,
Y agora, por desvelar
Esta verdad, te desvelas.
Pero espera, perro, aguarda,
Y verás de qué manera
La fe al Gran Señor se guarda.

RUSTÁN. Mamí amigo, espera, espera.

MAMÍ. Llega el castigo, aunque tarda;
Y el que sabe una traición
Y se está sin descubrilla
Algún tiempo, da ocasión
De pensar si en consentilla
Tuvo parte la intención.
La tuya he sabido hoy,
Y así al Gran Señor me voy

Á contarle tu maldad. (Éntrase.)

RUSTÁN. No hay negalle esta verdad;
Por empalado me doy.

Sale DOÑA CATALINA DE OVIEDO, Gran Sultana, vestida á la turquesca.

SULTANA. Rustán, ¿qué hay?

RUSTÁN. Mi señora.
De nuestra temprana muerte
Es ya llegada la hora,
Que así el alma me lo advierte,
Pues en mi constancia llora;
Que aunque parezco mujer,
Nunca suelo yo verter
Lágrimas que den señal
De grande bien ó gran mal,
Como suele acontecer.
Mamí, señora, ha notado
Con astucia y con maldad
El tiempo que te he guardado,
Y ha juzgado mi lealtad
Por traición y por pecado.
Al Gran Señor va derecho
Á contar por malo el hecho
Que yo he tenido por bueno,
De malicia y rabia lleno
El siempre maligno pecho.

SULTANA. ¿Qué hemos de hacer?

RUSTÁN. Esperar
La muerte con la entereza
Que se puede imaginar,
Aunque sé que á tu belleza
Sultán ha de respetar.
No te matará Sultán,

Quien muera será Rustán,
Como de este caso autor.

SULTANA. ¿Es cruel el Gran Señor?

RUSTÁN. Nombre de blando le dan,
Pero, en efecto, es tirano.

SULTANA. Con todo, confío en Dios,
Que su poderosa mano
Ha de librar á los dos
De este temor, que no es vano;
Y si estuvieren cerrados
Los cielos, por mis pecados,
Por no oir mi petición,
Dispondré mi corazón
Á casos más desastrados.
No triunfará el inhumano
Del alma; del cuerpo sí,
Caduco, frágil y vano.

RUSTÁN. Este suceso temí
De mi proceder cristiano;
Mas no estoy arrepentido,
Antes estoy prevenido
De paciencia y sufrimiento
Para cualquiera tormento.

SULTANA. Con mi intención has venido.
Dispuesta estoy á tener
Por regalo cualquier pena
Que me pueda suceder.

RUSTÁN. Nunca á muerte se condena
Tan gallardo parecer.
Hallarás en tu hermosura,
No pena, sino ventura;
Yo por el contrario extremo,
Hallaré, como lo temo,
En el fuego sepultura.

SULTANA. Bien podrá ofrecerme el mundo
Cuantos tesoros encierra
La tierra y el mar profundo;
Podrá bien hacerme guerra
El contrario sin segundo
Con una y otra legión
De su infernal escuadrón;
Pero no podrán, Dios mío,
Como yo de vos confío,
Mudar mi buena intención.
En mi tierna edad perdí,
Dios mio, la libertad,
Que aun apenas conocí;
Trújome aquí la beldad,
Señor, que pusiste en mí.
Si ella ha de ser instrumento
De perderme, yo consiento,
Petición cristiana y cuerda,
Que mi belleza se pierda,
Por milagro, en un momento.
Esta rosada color
Que tengo, según se muestra
En mi espejo adulador,
Marchítala con tu diestra:
Vuélveme fea, Señor:
Que no es bien que lleve palma
De la hermosura del alma
La del cuerpo.

RUSTÁN. Dices bien;
Mas no es bien que aquí se estén
Nuestros sentidos en calma,
Sin que demos traza ó medio
De buscar á nuestra culpa,
Ó ya disculpa, ó remedio.

SULTANA. Del remedio á la disculpa
Hay grandes montes en medio.
Vámonos á percibir,
Amigo, para morir
Cristianos.

RUSTÁN. Remedio es ese
Del más subido interese
Que al cielo puedes pedir. (Éntranse.)

Salen MAMÍ el eunuco, y el GRAN TURCO.

MAMÍ. Morato Arraez, Gran Señor,
Te la presento, y es ella
La primera y la mejor
Que del título de bella
Puede llevarse el honor.
De tus ojos escondido
Este gran tesoro ha sido
Por industria de Rustán
Seis años, y á siete van,
Según la cuenta he tenido.

TURCO. Y ¿del modo que has contado
Es hermosa?

MAMÍ. Es tan hermosa,
Como en el jardín cerrado
La entreabierta y fresca rosa,
Á quien el sol no ha tocado;
Ó como el alba serena,
De aljófar y perlas llena
Al salir del claro Oriente;
Ó como sol al Poniente,
Con los reflejos que ordena.
Robó la naturaleza
Lo mejor de cada cosa
Para formar esta pieza,

Y así la sacó hermosa
Sobre la humana belleza.
Quitó al cielo dos estrellas,
Que puso en las luces bellas
De sus bellísimos ojos,
Con que de amor los despojos
Se aumentan, pues vive en ellas.
El todo y sus partes son
Correspondientes de modo,
Que me muestra la razón,
Que en las partes y en el todo
Asiste la perfección;
Y con esto se conforma
El color, que hace la forma
Hermosa en un grado inmenso.

TURCO. Este loco, á lo que pienso,
De alguna diosa me informa.

MAMÍ. Á su belleza, que es tanta,
Que pasa al imaginar,
Su discreción se adelanta.

TURCO. Tú me la harás adorar
Por cosa divina y santa.

MAMÍ. Tal jamás la ha visto el sol,
Ni otra fundió en su crisol
El cielo, que la compuso;
Y sobre todo, le puso
El desenfado español.
Digo, señor, que es divina
La beldad de esta cautiva,
En el mundo peregrina.

TURCO. De verla el deseo se aviva.
Y ¿llámase?

MAMÍ. Catalina,
Y es de Oviedo el sobre nombre.

TURCO. ¿Cómo no ha mudado el nombre,
Siendo ya turca?
MAMÍ. No sé:
Como no ha mudado fe,
No apetece otro renombre.
TURCO. Luego ¿es cristiána?
MAMÍ. Yo hallo
Por mi cuenta que lo es.
TURCO. ¿Cristiana, y en mi serrallo?
MAMÍ. Más deben de estar de tres;
Mas ¿quién podrá averiguallo?
Si otra cosa yo supiera
Como aquesta, la dijera,
Sin encubrir un momento
Dicho ó hecho ó pensamiento
Que contra ti se ofreciera.
TURCO. Descuido es vuestro y maldad,
MAMÍ. Yo sé decir que te adoro
Y sirvo con la lealtad,
Y con el justo decoro,
Que debo á tu majestad.
TURCO. Al serrallo iré esta tarde,
Á ver si hiela ó si arde
La belleza única y sola
De tu alabada española.
MAMÍ. Mahoma, señor, te guarde. (Éntranse estos dos.)

Salen MADRIGAL, cautivo, y ANDREA en hábito de griego.

MADRIG. ¡Vive Roque, canalla barretina,
Que no habéis de gozar de la cazuela
Llena de boronía y caldo prieto!
ANDREA. ¿Con quién las has, cristiano?
MADRIG. No con naide.

¿No escucháis la bolina y la algazara
Que suena dentro de esta casa?

Dice dentro un JUDÍO.

JUDÍO. ¡Ah perro!
El Dío te maldiga y te confunda;
Jamás la libertad amada alcances.

ANDREA. Di, ¿por qué te maldicen estos tristes?

MADRIG. Entré, sin que me viesen, en su casa,
Y en una gran cazuela que tenían
De un guisado que llaman boronía,
Les eché de tocino un gran pedazo.

ANDREA. Pues ¿quién te lo dió á ti?

MADRIG. Ciertos genízaros
Mataron en el monte el otro día
Un puerco jabalí, que le vendieron
Á los cristianos de Mamud Arraez,
De los cuales compré, de la papada,
Lo que está en la cazuela sepultado,
Para dar sepultura á estos malditos,
Con quien tengo rencor y mal talante,
Á quien el diablo pape, engulla y sorba.

Pónese un JUDÍO á la ventana.

JUDÍO. Mueras de hambre, bárbaro insolente;
El cuotidiano pan te niegue el Dío;
Andes de puerta en puerta mendigando;
Échente de la tierra como á gafo,
Agráz de nuestros ojos, espantajo
De nuestra sinagoga, asombro y miedo
De nuestras criaturas, enemigo
El mayor que tenemos en el mundo.

MADRIG. Agáchate, judío.

JUDÍO. ¡Ay sin ventura!

Que entrambas sienes me ha quebrado: ¡ay [triste!

ANDREA. Si, ¿qué no le tiraste?

MADRIG. Ni por pienso.

ANDREA. Pues ¿de qué se lamenta el hi de puta?

Dice dentro OTRO JUDÍO.

JUDÍO. Quítate, Zabulón, de la ventana;
Que ese perro español es un demonio,
Y te hará pedazos la cabeza
Con sólo que te escapa y que te acierte.
¡Guayas, y qué comida que tenemos!
¡Guayas, y qué cazuela que se pierde!

MADRIG. ¿Los plantos de Ramá volvéis al mundo,
Canalla miserable? ¿Otra vez vuelves,
Perro?

JUDÍO. Qué, ¿aun no te has ido? ¿Por ventura
Quieres atosigarnos el aliento?

MADRIG. Recógeme este prisco.

(Dicen dentro.)

JUDÍO. ¿No aprovecha
Decirte, Zabulón, que no te asomes?
Déjale ya en mal hora; éntrate, hijo.

ANDREA. ¡Oh gente aniquilada! ¡Oh infame! ¡Oh sucia
Raza, á qué miseria os ha traído
Vuestro vano esperar, vuestra locura
Y vuestra incomparable pertinacia,
Á quien llamáis firmeza y fe inmudable
Contra toda verdad y buen discurso!—
Ya parece que callan: ya en silencio
Pasan su burla y hambre los mezquinos.—
Español, ¿conocéisme?

MADRIG. Juraría

Que en mi vida os he visto.

ANDREA. Soy Andrea
La espia.

MADRIG. ¿Vos Andrea?

ANDREA. Sí, sin duda.

MADRIG. ¿El que llevó á Castillo y Palomares,
Mis camaradas?

ANDREA. Y el que llevó á Méndez,
Á Arguijo y Santisteban, todos juntos,
Y en Nápoles los deja, á las anchuras
De la agradable libertad gozando.

MADRIG, ¿Cómo me conocistes?

ANDREA. La memoria
Tenéis dada á adobar, á lo que entiendo,
Ó reducida á voluntad no buena.
¿No os acordáis que os vi y hablé la noche
Que recogía los cinco, y vos quisisteis
Quedaros por no más de vuestro gusto,
Poniendo por excusa que os tenía
Amor rendida el alma, y que una alárabe,
Con nuevo cautiverio y nuevas leyes,
Os la tenía encadenada y presa?

MADRIG. Verdad, y aun todavía tengo el yugo
Al cuello, todavía estoy cautivo;
Todavía la fuerza poderosa
De amor tiene sujeto á mi albedrío.

ANDREA. Luego ¿en balde será tratar yo agora
De que os vengáis conmigo?

MADRIG. En balde, cierto.

ANDREA. ¡Desdichado de vos!

MADRIG. Quizá dichoso.

ANDREA. ¿Cómo puede ser eso?

MADRIG. Son las leyes
Del gusto poderosas sobre modo.

ANDREA. Una resolución gallarda puede
Romperlas.
MADRIG. Yo lo creo, mas no es tiempo
De ponerme á los brazos con sus fuerzas.
ANDREA. ¿No sois vos español?
MADRIG. ¿Por qué? ¿Por esto?
Pues que las once mil de malla juro,
Y por el alto, dulce, omnipotente
Deseo, que se encierra bajo el opo
De cuatro acomodados porcionistas,
Que he de romper por montes de diamantes
Y por dificultades indecibles,
Y he de llevar mi libertad en peso
Sobre los propios hombros de mi gusto,
Y entrar triunfando en Nápoles la bella
Con dos ó tres galeras, levantadas
Por mi industria y valor; y Dios delante,
Y dando á la Anunciada los dos bucos,
Quedaré con el uno rico y próspero;
Y no ponerme ahora á andar por trena
Cargado de temor y de miseria.
ANDREA. Español sois sin duda.
MADRIG. Y soylo, y soylo,
Lo he sido, y lo seré mientras que viva,
Y aun después de ser muerto ochenta siglos.
ANDREA. ¿Habrá quien quiera libertad huyendo?
MADRIG. Cuatro bravos soldados os esperan,
Y son gente de pluma y bien nacidos.
ANDREA. ¿Son los que dijo Arguijo?
MADRIG. Aquellos mismos.
ANDREA. Yo los tengo escondidos y á recaudo.
MADRIG. ¿Qué turba es ésta? ¿qué rüido es éste?
ANDREA Es el embajador de los persianos,
Que viene á tratar paces con el Turco.

Haceos á aquesta parte mientras pasa.

Entra un EMBAJADOR, vestido como los que andan aquí, y acompáñanle genízaros. Va como turco.

MARDRIG. Bizarro va y gallardo por extremo.
ANDREA. Los más de los persianos son gallardos,
Y muy grandes de cuerpo, y grandes hombres
De á caballo.
MADRIG. Y son, según se dice,
Los caballos el nervio de sus fuerzas:
¡Plega á Dios que las paces no se hagan!
¿Queréis venir, Andrea?
ANDREA. Guía á donde
Fuere más de tu gusto.
MADRIG. Al baño guío
Del Uchalí.
ANDREA. Al de Morato guía,
Que he de juntarme allí con otra espía.

(Éntranse.)

Entran el GRAN TURCO, RUSTÁN y MAMÍ.

TURCO. Flaca disculpa me das
De la traición que me has hecho,
Mayor, que se vió jamás.
RUSTÁN. Si bien estás en el hecho,
Señor, no me culparás.
Cuando vino á mi poder,
No vino de parcer
Que pudiese darte gusto,
Y fué el reservarla justo
Á más tomo y mejor ser.
Muchos años, Gran Señor,
Profundas melancolías

La tuvieron sin color.
TURCO. ¿Quién la curó?
RUSTÁN. Sedequías
El judío, tu doctor.
TURCO. ¿Testigos muertos presentas
En tu causa? Á fe que intentas
Escaparte por buen modo.
RUSTÁN. Yo digo verdad en todo.
TURCO. Razón será que no mientas.
RUSTÁN. No ha tres días, que el sereno
Cielo de su rostro hermoso,
Mostró de hermosura lleno;
No ha tres días, que un ansioso
Dolor salió de su seno:
En efeto, no ha tres días
Que de sus melancolías
Está libre esta española,
Que es en la belleza sola.
TURCO. Tú mientes ó desvarías.
RUSTÁN. Ni miento ni desvarío.
Puedes hacer la experiencia
Cuando gustes, señor mío.
Haz que venga á tu presencia,
Verás su donaire y brío.
Verás andar en el suelo
Con pies humanos, al cielo,
Cifrado en su gentileza.
TURCO. De un temor, otro se empieza;
De un recelo, otro recelo.
Mucho temo, mucho espero,
Mucho puede la alabanza
En lengua de lisonjero;
Mas la lisonja no alcanza
Parte aquí. Rustán, yo quiero

Ver esa cautiva luego.
Ve por ella, y por el ciego
Dios, que me tiene asombrado,
Que á no ser cual la has pintado,
Que te he de entregar al fuego. (Éntrase Rustán.)

MAMÍ. Si no está en más la ventura
De Rustán, que en ser hermosa
La cautiva, y de hermosura
Rara, su suerte es dichosa,
Libre está de desventura.
Desde ahora muy bien puedes
Hacerle, señor, mercedes;
Porque verás de aquí á poco
Aquí todo el cielo.

TURCO. Loco,
Á todo hipérbole excedes.
Deja, que es justo, á los ojos
Algo que puedan hallar
En tan divinos despojos.

MAMÍ. ¿Qué vista podrá mirar
De Apolo los rayos rojos
Que no quede deslumdrada?

TURCO. Tanta alabanza me enfada.

MAMÍ. Remítome á la experiencia
Que has de hacer con la presencia
Desta en mi lengua agraviada.

Entran RUSTÁN y la SULTANA.

RUSTÁN. Háblale mansa y suave;
Que importa, señora mía,
Porque con todos no acabe.

SULTANA. Daré de la lengua mía
Al santo cielo la llave;
Arrojáréme á sus pies;

Diré que su esclava es
La que tiene á gran ventura
Besárselos.

RUSTÁN. Es cordura
Que en ese artificio des.

SULTANA. Las rodillas en la tierra,
Y mis ojos en tus ojos,
Te doy, señor, los despojos
Que mi humilde ser encierra;
Y si es soberbia el mirarte,
Ya los abajo é inclino,
Por ir por aquel camino
Que suele más agradarte.

TURCO. Gente indiscreta, ignorante,
Locos, sin duda, de atar,
Á quien no se puede hallar
En ser simples semejante;
Robadores de la fama
Debida á tan gran sujeto;
Mentirosos en efeto,
Que es la traición que os infama;
Por cierto que bien se emplea
Cualquier castigo en vosotros.

MAMÍ. ¡Desdichados de nosotros,
Si le ha parecido fea!

TURCO. ¡Cuán á lo humano hablásteis
De una hermosura divina!
Y esta beldad peregrina,
¡Cuán vulgarmente pintasteis!
¿No fuera mejor ponella
Al par de Alá en sus asientos,
Hollando los elementos,
Y una y otra clara estrella,
Dando leyes desde allá,

Que con reverencia y celo
Guardaremos los del suelo,
Como Mahoma las da?

MAMÍ. ¿No te dije que era rosa
En el huerto, á medio abrir?
¿Qué más pudiera decir
La lengua más ingeniosa?
¿No te la pinté discreta
Cual nunca se vió jamás?
¿Pudiera decirte más
Un mentiroso poeta?

RUSTÁN. Cielo te la hice yo,
Con pies humanos, señor.

TURCO. Á hacerla su Hacedor
Acertaras.

RUSTÁN. Eso no;
Que esos grandes atributos
Cuadran solamente á Dios.

TURCO. En su alabanza los dos
Anduvisteis resolutos
Y cortos en demasía,
Por lo cual, sin replicar,
Os he de hacer empalar
Antes que pase este día.
Mayor pena merecías,
Traidor Rustán, por ser cierto
Que me has tenido encubierto
Tan gran tesoro tres días;
Tres días has detenido
El curso de mi ventura;
Tres dias en mal segura
Vida y penosa he vivido;
Tres dias me has defraudado
Del mayor bien que se encierra

En el cerco de la tierra,
Y en cuanto ve el sol dorado.
Morirás sin duda alguna
Hoy en este mismo día;
Que á do comienza la mía,
Ha de acabar tu fortuna.

SULTANA. Si ha hallado esta cautiva
Alguna gracia ante ti,
Vivan Rustán y Mamí.

TURCO. Rustán muera, Mamí viva;
Pero maldigo la lengua
Que tal cosa pronunció.
Vos pedís; no otorgo yo.
Recompensaré esta mengua
Con haceros juramento,
Por mi valor todo junto,
De no discrepar un punto
De hacer vuestro mandamiento.
No sólo viva Rustán;
Pero, si vos lo queréis,
Los cautivos soltareis
Que en las mazmorras están;
Porque á vuestra voluntad
Tan sujeta está la mía,
Como está á la luz del día
Sujeta la escuridad.

SULTANA. No tengo capacidad
Para tanto bien, señor.

TURCO. Sabe igualar el amor
El vos y la majestad.
De los reinos que poseo,
Que casi infinitos son,
Toda su jurisdición
Rendida á la tuya veo.

Y á mis grandes señoríos,
Que grande señor me han hecho,
Por justicia y por derecho
Son ya tuyos, más que míos;
Y en pensar no te demandes
«Esto soy, aquello fuí»,
Que pues me mandas á mí,
No es mucho que al mundo mandes.
Que seas turca ó seas cristiana,
Á mí no me importa cosa,
Esta belleza es mi esposa,
Y es de hoy más la Gran Sultana.

SULTANA. Cristiana soy, y de suerte,
Que de la fe que profeso
No me ha de mudar exceso
De promesas, ni aun de muerte;
Y mira que no es cordura
Que entre los tuyos se hable
De un caso que por notable
Se ha de juzgar por locura.
¿Dónde, señor, se habrá visto
Que asistan dos en un lecho,
Que el uno tenga en el pecho
A Mahoma, el otro á Cristo?
Mal tus deseos se miden
Con tu supremo valor,
Pues no junta bien amor
Dos que las leyes dividen.
Allá te avén con tu alteza,
Con tus ritos y tu seta,
Que no es bien que se entremeta
Con mi ley y mi bajeza.

TURCO. En estos discursos entro,
Pues amor me da licencia:

Yo soy tu circunferencia,
Y tú, señora, mi centro.
De mí á ti han de ser iguales
Las cosas que te trataren,
Sin que en otro punto paren
Que las haga desiguales.
La majestad y el amor
Nunca bien se convinieron,
Y en la igualdad le pusieron
Los que hablaron dél mejor.
Deste modo se adereza
Lo que tú verás después;
Que humillándome á tus pies,
Te levanto á mi cabeza.
Iguales estamos ya.

SULTANA. Levanta, señor, levanta;
Que tanta humildad espanta.

MAMÍ. Rindióse; vencido está.

SULTANA. Una merced te suplico,
Y me la has de conceder.

TURCO. A cuanto quieras querer
Obedezco y no replico.
Suelta, condena, rescata,
Absuelve, quita, haz mercedes;
Que esto, y más, señora, puedes,
Que amor tu imperio dilata.
Pídeme los imposibles
Que te ofreciere el deseo;
Que en fe de ser tuyo, creo
Que los he de hacer posibles.
No vengas á contentarte
Con pocas cosas, mi amor;
Que haré, siendo pecador,
Milagros por agradarte.

SULTANA. Sólo te pido tres días,
Gran señor, para pensar...
TURCO. Tres días me han de acabar.
SULTANA. En no sé qué dudas mías,
Que escrupulosa me han hecho;
Y estos cumplidos, vendrás,
Y claramente verás
Lo que tienes en mi pecho.
TURCO. Soy contento. Queda en paz,
Guerra de mi pensamiento,
De mis placeres aumento,
De mis angustias solaz.
Vosotros atribulados,
Y alegres en un instante,
Llevaréis de aquí adelante
Vuestros gajes seis doblados.
Entra, Rustán; da las nuevas
Á esas cautivas todas,
De mis esperadas bodas.
MAMÍ. Gentil recado les llevas.
TURCO. Y como á cosa divina
(Y esto también les dirás)
Sirvan y adoren de hoy más
A mi hermosa Catalina.

(Éntranse el Turco, Mamí y Rustán, y queda en el teatro sola la Sultana.)

SULTANA. A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste,
A costa de tu sangre y de tu vida,
La mísera de Adán primer caída:
Y adonde él nos perdió, tú nos cobraste.
A ti, Pastor bendito, que buscaste
De las cien ovejuelas la perdida,
Y hallándola del lobo perseguida,

Sobre tus hombros santos te la echaste.
  A ti me vuelvo en mi aflicción amarga,
Y á ti toca, Señor, el darme ayuda;
Que soy cordera de tu aprisco ausente,
  Y temo que á carrera corta ó larga,
Cuando á mi daño tu favor no acuda,
Me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

JORNADA SEGUNDA

Traen dos moros atado á MADRIGAL las manos atrás, y sale con ellos el GRAN CADÍ, que es el juez obispo de los turcos.

MORO 1.º Como te habemos contado,
Por aviso que tuvimos,
En fragante le cogimos
Cometiendo el gran pecado.
La alárabe queda presa;
Y como se ve, con culpa,
Que carece de disculpa,
Toda su maldad confiesa.

CADÍ. Dad con ellos en la mar,
De pies y manos atados,
Y de peso acomodados
Que no los dejen nadar;
Pero si moro se vuelve,
Casados y libres queden.

MADRIG. Hermanos, atarme pueden.

CADÍ. ¿En qué el perro se resuelve?
¿En casarte ó en morir?

MADRIG. Todo es muerte y todo es pena:
Ninguna cosa hallo buena
En casarme ni en vivir.
Como la ley no dejara
En la cual pienso salvarme,
La vida con el casarme,

Aunque es muerte, dilatara.
Pero casarme y ser moro,
Son dos muertes, de tal suerte,
Que atado corro á la muerte,
Y suelto mi ley adoro.
Mas yo sé que desta vez
No he de morir, señor bueno.

CADÍ. ¿Cómo, si yo te condeno,
Y soy supremo jüez?
De las sentencias que doy,
No hay apelación alguna.

MADRIG. Con todo, de mi fortuna,
Aunque mala, alegre estoy.
La piedra tendré ya puesta
Al cuello, y has de pensar,
Que no me pienso anegar,
Y de esto haré buena puesta;
Y porque no estés suspenso,
Haz salir estos dos fuera;
Diréte de la manera
Que ha de ser, según yo pienso.

CADÍ. Idos, y dejalde atado,
Que quiero ver de la suerte
Como escapa de la muerte,
A quien está condenado. (Vanse los dos moros.)

MADRIG. Si bien tendrás de memoria,
Porque no es posible menos,
De aquel sabio cuyo nombre
Fué Apolonio Tianeo,
El cual, según que lo sabes,
Ó fuese favor del cielo,
Ó fuese ciencia adquirida
Con el trabajo y el tiempo,
Supo entender de las aves

El canto tan por extremo,
Que en oyéndolas, decía:
«Esto dicen, y esto es cierto.»
Ora cantase el canario,
Ora trinase el jilguero,
Ora gimiese la tórtola,
Ora graznasen los cuervos;
Desde el pardal malicioso,
Hasta el aguila de imperio.
De sus cantos entendía
Los escondidos secretos.
Este fué, según es fama,
Abuelo de mis abuelos,
A quien dejó de su gracia
Por únicos herederos.
Uno la supo, de todos
Los que en aquel tiempo fueron,
Y no la hereda más de uno
De sus más cercanos deudos.
De deudo á deudo ha venido,
Con el valor de los tiempos,
A encerrarse esta ventura
En mi desdichado pecho.
A esta mañana, que iba
Al pecado por que vengo
A tener cercada el alma
De esperanzas y de miedos,
Oí en casa de un judío
A un ruiseñor pequeñuelo,
Que con divina armonía
Aquesto estaba diciendo:
«¿Adónde vas, miserable?
Tuerce el paso, y hurta el cuerpo
A la ocasión, que te llama,

Y lleva á tu fin postrero.
Cogeránte en el garlito,
Ya cumplido tu deseo;
Morirás sin duda alguna,
Si te falta este remedio.
Dile al jüez de tu causa,
Que han decretado los cielos
Que muera de aquí á seis días
Y baje al estigio reino;
Pero que si hiciere enmienda
De tres grandes desafueros,
Que á dos moros y una viuda
No ha muchos años que ha hecho;
Y si hiciere la zalá,
Lavando el cuerpo primero
Con tal agua (y dijo el agua,
Que yo decirte no quiero),
Tendrá salud en el alma,
Tendrá salud en el cuerpo,
Y será del Gran Señor
Favorecido en extremo.»
Con esta gracia admirable,
Otra más subida tengo;
Que hago hablar á las bestias
Dentro de muy poco tiempo;
Y aquel valiente elefante
Del Gran Señor, yo me ofrezco
De hacerle hablar en diez años
Distintamente turquesco;
Y cuando de esto faltare,
Que me empalen, que en el fuego
Me abrasen, que desmenucen
Brizna á brizna estos miembros.

CADI. El agua me has de decir,

Que importa.

MADRIG. Su tiempo espero,
Porque ha de ser distilada
De ciertas hierbas y yezgos,
Tú no la conocerás,
Yo sí, y al cielo sereno
Se han de coger en tres noches.

CADÍ. En tu libertad te vuelvo; (Desátale.)
Pero una cosa me tiene
Confuso, amigo, y perplejo:
Que no sé cuál viuda sea,
Ni cuáles moros sean éstos
A quien he de hacer la enmienda;
Que veo que son sin cuento
Los moros de mí ofendidos,
Y viudas pasan de ciento.

MADRIG. Iré á oir al ruiseñor
Otra vez, y yo sé cierto,
Que él me dirá en su cantico
Quién son los que no sabemos.

CADÍ. A estos moros les diré
La causa por que te suelto,
Que será que al elefante
Has de hacer hablar turquesco.
Pero, dime, ¿acaso sabes
Hablar turco?

MADRIG. Ni por pienso.

CADÍ. Pues ¿cómo de lo que ignoras
Quieres mostrarte maestro?

MADRIG. Aprenderé cada día
Lo que mostrarle pretendo,
Pues habrá tiempo en diez años
De aprender el turco y griego.

CADI. Dices verdad. Mira, amigo,

Que mi vida te encomiendo;
Que será de esto la paga,
Tu libertad por lo menos.

MADRIG. Penitencia, gran Cadí;
Penitencia, y buen deseo
De no hacer de aquí adelante
Tantos tuertos á derechos.

CADÍ. No se te olviden las hierbas,
Que es la importancia del hecho
Memorable que me has dicho;
Y sin duda alguna creo,
Que ya sé que fué en el mundo
Apolonio Tianeo,
Que entendía de las aves
El canto, y también entiendo,
Que hay arte que hace hablar
A los mudos.

MADRIG. Bueno es esto;
Al elefante os aguardo,
Y á las hierbas os espero. (Éntranse.)

Parece el GRAN TURCO detrás de unas cortinas de tafetán verde: salen cuatro bajaes ancianos; siéntanse sobre alfombras y almohadas. Entra el EMBAJADOR DE PERSIA, y, al entrar, le echan encima una ropa de brocado; llevánle dos turcos de brazo, habiéndole mirado primero si trae armas encubiertas: llévanle á asentar en una almohada de terciopelo; descúbrese la cortina; parece el Gran Turco. Mientras esto se hace, pueden sonar chirimías: sentados todos, dice el Embajador:

EMBAJ. Prospere Alá tu poderoso Estado,
Señor universal casi del suelo;
Sea por luengos siglos dilatado,
Por suerte amiga y por querer del cielo,
La embajada de aquel que me ha enviado.

Con preámbulos cortos, como suelo,
Diré, si es que me das de hablar licencia;
Que sin ella, enmudezo en tu presencia.

BAJÁ 1.º Di con la brevedad que has prometido;
Que si es con la que sueles, será parte
A darte el Gran Señor atento oído,
Puesto que le forzamos á escucharte.
Por muchas persuasiones ha venido
A darte audiencia y á respuesta darte;
Que pocas veces oye al enemigo.
Dí, pues; que ya eres largo.

EMBAJ. Pues ya digo.
Dice el Soldán, señor, que si tú gustas
De paz, que él te la pide, y que se haga
Con leyes tan honestas y tan justas,
Que el tiempo ó el rencor no las deshaga;
Si á la suya, que es buena, tu alma ajustas,
Dar el cielo á los dos será la paga.

BAJÁ 2.º No aconsejes; propón, di tu embajada.

EMBAJ. Toda en pedir la paz está cifrada.

BAJÁ 1.º Ese cabeza roja, ese maldito
Que de las ceremonias de Mahoma,
Con depravado y bárbaro apetito,
Unas cosas despide y otras toma,
Bien debe de pensar, que el infinito
Poder, que al mundo espanta, estrecha y doma,
Del Gran Señor, el cielo tal le tenga,
Que hacer paces infames le convenga.
Su mendiguez sabemos y sus mañas,
Por quien con él de nuevo me enemisto,
Viendo que el grande Rey de las Españas
Muchos persianos en su corte ha visto.
Estas son de tu dueño las hazañas;
Pedir favor á quien adora en Cristo;

Y como ve que el ayudarle niega,
Por paz, cobarde, en ruego humilde ruega.

EMBAJ. Aquella majestad que tiene al mundo
Admirado y suspenso; el verdadero
Retrato de Philipo aquel Segundo,
Que sólo pudo darse á sí Tercero;
Aquel, cuyo valor alto y profundo
No es posible alabarle como quiero;
Aquél, en fin, que el sol en su camino,
Mirando va sus reinos de contino.
Llevado en vuelo de la buena fama,
Su nombre y su virtud á los oídos
Del Soldán, mi señor, así le inflama
El deseo de verle los sentidos,
Que á mí me insiste, solicita y llama,
Y manda que por pasos no entendidos,
Por mares y por reinos diferentes,
Vaya á ver al gran Rey.

BAJÁ 1.º ¿Esto consientes?
Echadle fuera.—Adulador, camina,
Embajador cristiano.—Echadle fuera;
Que de los que profesan su dotrina,
Algún buen fruto por jamás se espera.—
El cuerpo dobla, la cabeza inclina.—
Echadle, digo.

BAJÁ 2.º ¿No es mejor que muera?

BAJÁ 1.º Goce de embajador preeminencia,
Que es la que no ejecuta esa sentencia.—

(Échanle á empujones al Embajador.)

No es mucho, gran señor, que me desmande
Á alzar la voz, de cólera encendido;
Que no ha sido pequeña, sino grande,
La desvergüenza de este fementido.

Vea tu Majestad ahora, y mande
La respuesta que más fuere servido
Que se le dé á este can.

TURCO. Comunicadme,
Y cual el caso pide, aconsejadme.
Mirad bien si la paz es conveniente,
Y honrosa.

BAJÁ 2.º Á lo que yo descubro y veo,
Que sosegar las armas del Oriente,
No te puede pedir más el deseo,
Con tanto que el persiano no alce frente
Contra ti, triste historia es la que leo;
Que á nosotros la Persia así nos daña,
Que es lo mismo que Flandes para España.
Conviene hacer la paz por las razones
Que en este pergamino van escritas.

TURCO. Presto á la paz ociosa te dispones:
Presto el regalo blando solicitas.—
Tú, Brain valeroso, ¿no te opones
Á Mustafá? ¿Por dicha solicitas
También la paz?

BAJÁ 1.º La guerra facilito,
Y daré las razones por escrito.

TURCO. Veréla, y veré lo que contiene,
Y de mi parecer os daré parte.

BAJÁ 1.º Alá, que el mundo entre los dedos tiene,
Te entregue de él la rica y mayor parte.

BAJÁ 2.º Mahoma así la paz dichosa ordene,
Que se oiga el son del belicoso Marte,
No en Persia, sino en Roma y tus galeras
Corran del mar de España las riberas.

(Éntranse.)

Salen la SULTANA y RUSTÁN.

RUSTÁN. Como de su alhaja, puede
Gozar de ti á su contento.
SULTANA. La viva fe de mi intento.
Á toda su fuerza excede.
Resuelta estoy de morir,
Primero que darle gusto.
RUSTÁN. Contra intento que es tan justo,
No tengo que te decir.
Pero mira que una fuerza
Tal, puede mucho, señora,
Y mira bien que á ser mora
No te induce ni te fuerza.
SULTANA. ¿No es grandísimo pecado
El juntarme á un infiel?
RUSTÁN. Si pudieras huir de él,
Te lo hubiera aconsejado;
Mas cuando la fuerza va
Contra razón y derecho,
No está el pecado en el hecho,
Si en la voluntad no está.
Condénanos la intención,
Ó nos salva, en cuanto hacemos.
SULTANA. Eso es andar por extremos.
RUSTÁN. Sí, mas puestos en razón;
Que el alma no es bien peligre
Cuando por fuerza de brazos
Echan á su cuerpo lazos,
Que rendirán á una tigre.
De esta verdad se recibe
La que no habrá quien la tuerza,
Que peca el que hace la fuerza,
Pero no quien la recibe.

SULTANA. Mártir seré, si consiento
Antes morir que pecar.
RUSTÁN. Ser mártir se ha de causar
Por más alto fundamento,
Que es por el perder la vida
Por confesión de la fe.
SULTANA. Esa ocasión tomaré.
RUSTÁN. ¿Quién á ella te convida?
Sultán te quiere cristiana;
Y á fuerza, si no de grado,
Sin darle muerte al ganado,
Podrá gozar de la lana.
Muchos Santos desearon
Ser mártires, y pusieron
Los medios que convinieron
Para serlo, y no bastaron;
Que al ser mártir se requiere
Virtud sobresingular,
Y es merced particular,
Que Dios hace á quien él quiere.
SULTANA. Al cielo le pediré,
Ya que no merezco tanto,
Que á mi propósito santo
De su firmeza le dé.
Haré lo que fuere en mí,
Y en silencio, en mis recelos,
Daré voces á los cielos.
RUSTÁN. Calla, que viene Mamí.

Entra MAMÍ.

MAMÍ. El gran Señor viene á verte.
SULTANA. Vista para mí mortal.
MAMÍ. Hablas, señora, muy mal.
SULTANA. Siempre hablaré de esta suerte;

Y no quieras tú mostrarte
Prudente en aconsejarme.

MAMI. Sé que vendrás á mandarme,
Y no es bien descontentarte.

Entra el GRAN TURCO.

TURCO. ¿Catalina?

SULTANA. Ese es mi nombre.

TURCO. Catalina la Otomana
Te llamarán.

SULTANA. Soy cristiana,
Y no admito el sobrenombre;
Porque es el mío de Oviedo,
Hidalgo, ilustre y cristiano.

TURCO. No es humilde el otomano.

SULTANA. Esa verdad te concedo,
Que en altivo y arrogante,
Ninguno igualarte puede.

TURCO. Pues el tuyo al mío excede,
Y en todo le va adelante,
Pues que desprecias por él
Al mayor que el suelo tiene.

SULTANA. Sé yo que en él se contiene
Lo que es de estimar en él,
Que es el darme á conocer
Por cristiana, si me nombran.

TURCO. Tus libertades me asombran,
Que son más que de mujer;
Pero bien puedes tenellas
Con quien solamente puede
Aquello que le concede
El valor que vive en ellas.
Dél conozco que te estimas
En todo aquello que vales,

Y con arrogancias tales
Me alegras y me lastimas.
Muéstrate más soberana,
Haz que te tenga respeto
El mundo, porque en efeto,
Has de ser la Gran Sultana.
Y doyte la preeminencia:
Desde luego ya lo eres.

SULTANA. ¿Dar á una tu esclava quieres
De tu esposa la excelencia?
Míralo bien, porque temo
Que has de arrepentirte presto.

TURCO. Ya lo he mirado, y en esto
No hago ningún extremo,
Si ya no fuese el de hacer
Que con la sangre otomana
Mezcle la tuya cristiana,
Para darle mayor ser.
Si el fruto que de ti espero
Llega á colmo, verá el mundo
Que no ha de tener segundo
El que me dieres primero.
No habrá descubierto el sol,
En cuanto ciñe y rodea,
No quien pase, que igual sea
Á un otomano español.
Mira á lo que te dispones;
Que ya mi alma adivina
Que has de parir, Catalina,
Hermosísimos leones.

SULTANA. Antes tomara engendrar
Águilas.

TURCO. Á tu fortuna
No hay dificultad alguna

Que la pueda contrastar.
En la cumbre de la rueda
Estás, y aunque varïable,
Contigo ha de estar estable,
Estando en tu gloria queda.
Daréte la posesión
De mi alma aquesta tarde,
Y la de mi cuerpo, que arde,
En llamas de tu afición:
Que afición de amor interno,
Que con poderoso brío,
De mi alma y mi albedrío
Tiene el mando y el gobierno.

SULTANA. He de ser cristiana.

TURCO. Sélo;
Que á tu cuerpo por agora
Es el que mi alma adora,
Como si fuese su cielo.
¿Tengo yo á cargo tu alma,
Ó soy Dios para inclinalla,
Ó ya de hecho llevalla
Donde alcance eterna palma?
Vive tú á tu parecer,
Como no vivas sin mí.

RUSTÁN. ¿Qué te parece, Mamí?

MAMÍ. Mucho puede una mujer.

SULTANA. No me has de quitar, señor,
Que con cristianos no trate.

MAMÍ. Este es grande disparate,
Y el concederle, mayor.

TURCO. Tal te veo y tal me veo,
Que con grave imperio y firme
Puedes, Sultana, pedirme
Cuanto te pida el deseo.

De mi voluntad te he dado
Entera juridición;
Tus deseos, míos son;
Mira si estoy obligado
A cumplillos.

MAMÍ. Caso grave,
Y entre turcos jamás visto,
Andar por aquí tu Cristo,
Rustán.

RUSTÁN. Él mismo lo sabe.
Él suele, Mamí, sacar
De mucho mal mucho bien.

TURCO. Tus aranceles me den
El modo que he de guardar,
Para no salir un punto
De tu gusto; que el sabelle,
Y el entendelle y hacelle,
Estará en mi alma junto.
Saca de aquesta humildad,
Bellísima Catalina,
Que se guía y se encamina
Á rendir su voluntad.
No quiero gustos por fuerza
De gran poder conquistados;
Que nunca son bien logrados
Los que se tomau por fuerza.
Como á mi esclava, en un punto
Pudiera gozarte agora;
Mas quiero hacerte señora,
Por subir el bien de punto.
Y aunque del cercado ajeno
Es la fruta más sabrosa
Que del propio (¡extraña cosa!),
Por la que es tan mía, peno.

Entre las manos la tengo;
Y entre la boca y las manos
Desparece. ¡Oh miedos vanos,
Y á cuántas bajezas vengo!
Puedo cumplir mi deseo,
Y estoy en comedimientos.

RUSTÁN. Humilla tus pensamientos,
Porque muy airado veo
Al Gran Señor; no fabriques
Tu tristeza en su pesar,
Y á quien ya puedes mandar,
¿No será bien que supliques?

SULTANA. Dió el temor con mi buen celo
En tierra. ¡Oh pequeña edad!
¡Con cuánta facilidad
Te rinde cualquier recelo!
Gran Señor, veisme aquí postro
Las rodillas ante ti.
Tu esclava soy.

TURCO. ¿Cómo así?
Alza, señora, ese rostro,
Y en esos sus soles dos,
Que tanto le hermosean,
Harás que mis ojos vean
El grande poder de Dios,
Ó de la naturaleza,
A quien Alá dió poder,
Para que pudiese hacer
Milagros en su belleza.

SULTANA. Advierte que soy cristiana,
Y que lo he de ser contino.

MAMÍ. ¡Caso extraño y peregrino!
¡Cristiana una Gran Sultana!

TURCO. Puedes dar leyes al mundo,

Y guardar la que quisieres.
No eres mía; tuya eres,
Y á tu valor sin segundo
Se le debe adoración,
No sólo humano respeto;
Y así, de guardar prometo
Las sombras de tu intención.—
Mamí, tráeme, asi tú vivas,
A que den en mi presencia
A Sultana la obediencia,
Del serrallo las cautivas. (Éntrase Mamí.)
Reveréncienla no sólo
Los que obediencia me dan,
Sino las gentes que están
Desde este al contrario polo.

SULTANA. Mira, Señor, que ya pasan
Tus deseos de lo justo.

TURCO. Las cosas que me dan gusto,
No se miden ni se tasan.
Todas llegan al extremo
Mayor, que pueden llegar;
Y para las alcanzar,
Siempre espero, nunca temo.

Vuelve MAMÍ, y con él CLARA, llamada Zayda; y ZELINDA, que es Lamberto, el que busca ROBERTO.

MAMÍ. Todas vienen.

TURCO. Estas dos
Den la obediencia por todas.

ZAYDA. Hagan dichosas tus bodas
Las bendiciones de Dios.
Fecundo tu seno sea,
Y con parto sazonado,
Del Gran Señor el Estado

Con mayorazgo se vea.
Logres la intención que tienes,
Que ya de Rustán la sé,
Y en varios modos te dé
El mundo mil parabienes.

ZELINDA. Hermosísima española,
Corona de su nación,
Única en la discreción,
Y en buenos intentos sola;
Traiga á colmo tu deseo
El cielo, que le conoce,
Y en estas bodas se goce
El dulce y santo himeneo.
Por tu parecer se rija
El Imperio que posees;
Ninguna cosa desees,
Que el no alcanzalla te aflija.
De ensalzarte es cosa llana,
Que Mahoma el cargo toma.

TURCO. No le nombréis á Mahoma,
Que la Sultana es cristiana.
Doña Catalina es
Su nombre, y el sobrenombre
De Oviedo, para mi nombre
De riquísimo interés,
Porque á tenerle de mora,
Nunca á mi poder llegara,
Ni del tesoro gozara
Que en su hermosura mora.
Ya como á cosa divina,
Sin que lo encubra el silencio,
El gran nombre reverencio
De mi hermosa Catalina.
Para celebrar las bodas,

Que han de dar asombro al suelo,
Déme de su gloria el cielo,
Y acudan mis gentes todas.
Concédame el mar profundo
De sus senos temerosos,
Los pescados más sabrosos,
Sus riquezas me dé el mundo.
Denme la tierra y el viento
Aves y caza de modo,
Que esté en cada una el todo
Del más gustoso alimento.

SULTANA. Mira, señor, que me agravia
El bien que de mí pregonas.

TURCO. Denme para tus coronas
Perlas el Sur, oro Arabia,
Púrpura Tyro, y olores
La Sabea, y finalmente
Denme, para ornar tu frente,
Abril y Mayo sus flores;
Y si os parece que el modo
De pedir ha dado indicio
De tener poco jüicio,
Venid y veréislo todo.

(Éntranse todos, sino es Zayda y Zelinda.

ZELINDA. ¡Oh, Clara, cuán turbias van
Nuestras cosas! ¿Qué haremos?
Que ya están en los extremos
Del más sin remedio afán.
Yo varón, y en el serrallo
Del Gran Turco, no imagino
Traza, remedio ó camino
Á este mal.

ZAYDA Ni yo le hallo.

Grande fué tu atrevimiento.

ZELINDA. Llegó do llegó el amor,
Que no repara en temor
Cuando mira á su contento.
Entre una y otra muerte,
Por entre puntas de espadas
Contra mí desenvainadas,
Entrara, mi bien, á verte.
Ya te he visto y te he gozado,
Y á este bien no llega el mal
Que suceda, aunque mortal.

ZAYDA. Hablas como enamorado.
Todo eres brío, eres todo
Valor y todo esperanza,
Pero nuestro mal no alcanza
Remedio por ningún modo;
Que desta triste morada,
Por nuestro mal conocida,
Es la muerte la salida,
Y desventura la entrada.
De aquí no hay pensar huir
A más seguro lugar;
Que sólo se ha de escapar
Con las alas del morir.
Ningún cohecho es bastante
Que á las guardas enternezca,
Ni remedio que se ofrezca
Que el morir no esté delante.
Yo preñada, y tú varón,
Y en este serrallo, mira
Adónde pone la mira
Nuestra cierta perdición.

ZELINDA. Alto, pues se ha de acabar
En muerte nuestra fortuna,

No esperar salida alguna
Es lo que se ha de esperar
Pero estad, Clara, advertida,
Que hemos de morir de suerte,
Que nos granjee la muerte
Nueva y perdurable vida.
Quiero decir que muramos
Cristianos en todo caso.

ZAYDA. De la vida no hago caso,
Como á tal muerte corramos. (Éntranse.)

Sale MADRIGAL, el maestro del elefante, con una trompetilla de hoja de lata, y sale con él ANDREA la espía.

ANDREA. Bien te dije, Madrigal,
Que la alárabe algún dia
A la muerte te traería.

MADRIG. Más bien me hizo que mal.

ANDREA. Maestro de un elefante
Te hizo.

MADRIG. Ya es barro, Andrea;
Podrá ser que no se vea
Jamás caso semejante.

ANDREA. ¿Al cabo no has de morir,
Cuando caigan en el caso
De la burla?

MADRIG. No hace al caso;
Déjame agora vivir;
Que en termino de diez años,
Ó morirá el elefante,
Ó yo, ó el Turco: bastante
Causa á reparar mi daño.
¿No fuera peor dejarme
En un costal arrojar
Por lo menos en la mar,

Donde pudiera ahogarme
Sin que pudiera valerme
De ser grande nadador?
¿No estoy agora mejor?
¿No podéis vos socorrerme
Agora con más provecho
Vuestro y mío?

ANDREA. Así es verdad,

MADRIG. Andrea, considerad
Que este hecho es un gran hecho,
Y aun salir con él entiendo
Cuando menos os penséis.

ANDREA. Gracias, Madrigal, tenéis,
Que al diablo las encomiendo.
¿El elefante ha de hablar?

MADRIG. No quedara por maestro;
Y él es animal tan diestro,
Que me hace imaginar
Que tiene algún no sé qué
De discurso racional.

ANDREA. Vos sí sois el animal
Sin razón, como se ve;
Pues en disparates dais,
En que no da quien la tiene.

MADRIG. Darlo á entender me conviene
Así al Cadí.

ANDREA. Bien andáis;
Pero no os cortéis conmigo
Las uñas, que no es razón.

MADRIG. Es mi propia condición
Burlarme del más amigo.

ANDREA. ¿Esa trompeta es de plata?

MADRIG. De plata la pedí yo;
Mas dijo quien me la dió

Que bastaba ser de lata.
Al elefante con ella
He de hablar en el oído.

ANDREA. Trabajo y tiempo perdido:

MADRIG. Traza ilustre y burla bella:
Cien ásperos cada día
Me dan por acostamiento.

ANDREA. ¿Dos escudos? Gentil cuento:
Buena va la burlería.

MADRIG. El Cadí es éste. A más ver,
Que me conviene hablalle.

ANDREA. Querrás de nuevo engañalle.

MADRIG. Podrá ser que pueda ser.

Vase Andrea, y entra el CADÍ.

CADÍ. Español, ¿has comenzado
Á enseñar al elefante?

MADRIG. Sí, y está muy adelante:
Cuatro liciones le he dado.

CADÍ. ¿En qué lengua?

MADRIG. En vizcaína,
Que es lengua que se averigua
Que lleva el lauro de antigua
A la etiopia y abisina.

CADÍ. Paréceme lengua extraña.
¿Dónde se usa?

MADRIG. En Vizcaya.

CADÍ. ¿Y es Vizcaya?

MADRIG. Allá en la raya
De Navarra, junto á España.

CADÍ. Esa lengua de valor,
Por su antigüedad es sola;
Enséñale la española,
Que la entendemos mejor.

MADRIG. De aquellas que son más graves,
Le diré las que supiere,
Y él tome la que quisiere.
CADÍ. Y ¿cuáles son las que sabes?
MADRIG. La jerigonza de ciegos,
La vergamasca de Italia,
La gascona de la Galia,
Y la antigua de los griegos.
Con letras como de estampa
Una materia le haré,
Adónde á entender le dé
La famosa de la hampa;
Y si de aquestas le pesa,
Porque son algo escabrosas,
Mostraréle las melosas
Valenciana y portuguesa.
CADÍ. A gran peligro se arrisca
Tu vida, si el elefante
No sale grande estudiante
En la turquesca ó morisca,
Ó la española á lo menos.
MADRIG. En todas saldrá perito,
Si le place al infinito
Sustentador de los buenos
Y aun de los malos, pues hace
Que á todos alumbre el sol.
CADI. Hazme un placer, español.
MADRIG. Por cierto que á mi me place.
Declara tu voluntad,
Que luego será cumplida.
CADÍ. Será el mayor que en mi vida
Pueda hacerme tu amistad.
Dime: ¿qué iban hablando
Con acento bronco y triste

Aquellos cuervos que hoy viste
Ir por el aire volando?
Que por entonces no pude
Preguntártelo.

MADRIG. Sabrás,
Y de aquesto que me oirás,
No es bien que tu ingenio dude;
Sabrás, digo, que trataban
Que al campo de Alcudia irían,
Lugar donde hartar podrían
La gran hambre que llevaban;
Que nunca falta res muerta
En aquellos campos anchos,
Donde podrían sus panchos
De su hartura hallar la puerta.

CADÍ. Y esos campos, ¿dónde están?

MADRIG. En España.

CADÍ. ¡Gran viaje!

MADRIG. Son los cuervos de volaje
Tan ligeros, que se van
Dos mil leguas en un tris;
Que vuelan con tal instancia,
Que hoy amanecen en Francia,
Y anochecen en París.

CADÍ. Dime: ¿qué estaba diciendo
Aquel colorín ayer?

MADRIG. Nunca le pude entender:
Es húngaro; no le entiendo.

CADI. Y aquella calandria bella,
¿Supiste lo que decía?

MADRIG. Una cierta niñería
Que no te importa sabella.

CADI. Yo sé que me lo dirás.

MADRIG. Ella dijo en conclusión,

Que andabas tras un garzón,
Y aun otras cosillas más.

CADÍ. Pues válgala Lucifer,
¿A qué se mete conmigo?

MADRIG. Si hay algo de lo que digo,
Verás que la sé entender.

CADÍ. No va muy descaminada;
Pero no ha llegado el juego
A que me abrase en tal fuego.
No digas á nadie nada,
Que el crédito quedaría
Granjeado á buenas noches.

MADRIG. Para hablar en tus roproches
Es muda la lengua mía
Bien puedes á sueño suelto
Dormir en mi confianza,
Pues de hablar en tu alabanza
Para siempre estoy resuelto,
Puesto que los tordos sean
De tu ruindad pregoneros,
Y la digan los jilgueros,
Que en los pimpollos gorjean;
Ora los asnos, roznando,
Digan tus males protervos,
Ora graznando los cuervos,
Ó los canarios cantando;
Que pues yo soy aquel solo
Que los entiende, seré
Aquel que los callaré
Desde el uno al otro polo.

CADÍ. ¿No habrá pájaro que cante
Alguna virtud de mí?

MADRIG. Respetaránte, ¡oh Cadí!
Si puedo, de aqui adelante;

Que apenas veré en sus labios
Dar indicios de tus menguas,
Cuando les corte las lenguas,
En pena de tus agravios.

Entra RUSTÁN el eunuco, y trás él un CAUTIVO anciano, que se pone á escuchar lo que hablan.

CADÍ. Buen Rustán, ¿á dónde vais?
RUSTÁN. A buscar un tarasí
Español.
MADRIG. ¿No es sastre?
RUSTÁN. Sí.
MADRIG. Sin duda que me buscáis,
Pues soy sastre y español,
Y de tan grande tijera,
Que no la tiene en su esfera
El gran tarasí del sol.
¿Qué hemos de cortar?
RUSTÁN. Vestidos
Ricos para la Sultana,
Que se viste á la cristiana.
CADÍ. ¿Dónde tenéis los sentidos,
Rustán? ¿Qué es lo que decís?
¿Ya hay Sultana, y que se viste
A la cristiana?
RUSTÁN. No es chiste;
Verdades son las que oís.
Doña Catalina ha nombre,
Con sobrenombre de Oviedo.
CADÍ. Vos diréis algún enredo,
Con que me enoje y asombre.
RUSTÁN. Con una hermosa cautiva
Se ha casado el Gran Señor,
Y consiéntele su amor,

Que en su ley cristiana viva,
Y que se vista y se trate
Como cristiana á su gusto.

CRIST. ¡Cielo pïadoso y justo!

CADÍ. ¡Hay tan grande disparate!
Moriré, si no voy luego
Á reñirle. (Vase.)

RUSTÁN. En vano irás,
Pues del amor hallarás
Del todo encendido en fuego.—
Venid conmigo, y mirad
Que seáis buen sastre.

MADRIG. Señor,
Yo sé que no le hay mejor
En toda esta gran ciudad,
Cautivo ni renegado;
Y para prueba de aquesto,
Seaos, señor, manifiesto,
Que lo soy aquel nombrado
Maestro del elefante;
Y quien ha de hacer hablar
Á una bestia, en el cortar
De vestir será elegante.

RUSTÁN. Digo que tenéis razón;
Pero si otra no me dais,
Desde aquí conmigo estáis
En contraria profesión;
Mas con todo, os llevaré.
Venid.

CRIST. Señor, á esta parte,
Si quieres, quiero hablarte.

RUSTÁN. Decid, que os escucharé.

CRIST. Para mí es averiguada
Cosa, por más de un indicio,

Que éste sabe del oficio
De sastre muy poco ó nada.
Yo soy sastre de la corte,
Y de España por lo menos,
Y en ella de los más buenos,
De mejor medida y corte.
Soy, en fin, de damas sastre;
Y he venido al cautiverio.
Quizá no sin gran misterio,
Y sin quizá por desastre.
Llevadme; veréis quizá
Maravillas.

RUSTÁN. Está bien.
Venid vos, y vos también;
Quizá alguno acertará.

MADRIG. ¿Amigo, sois sastre?

CRIST. Sí.

MADRIG. Pues yo, á Judas me encomiendo
Si sé coser un remiendo:

CRIST. Ved qué gentil tarasí;
Aunque pienso con mi maña,
Antes que á fuerza de brazos,
De sacar de aquí retazos
Que puedan llevarme á España.

(Éntranse todos.)

Entra la SULTANA con un rosario en la mano y el GRAN TURCO tras ella, escuchándola.

SULTANA. Virgen, que el sol más bella,
Madre de Dios, que es toda tu alabanza,
Del mar del mundo estrella,
Por quien el alma alcanza
Á ver de sus borrascas la bonanza;

En mi aflicción te invoco,
Advierte, ¡oh gran Señora!, que me anego,
Pues ya en las sirtes toco
Del desvalido y ciego
Temor, á quien el alma ansiosa entrego.
La voluntad, que es mía
Y la puedo guardar, esa os ofrezco,
Santísima María:
Mirad que desfallezco;
Dadme, señora, el bien que no merezco.—
¡Oh gran señor! ¿Aquí vienes?

TURCO. Reza, reza, Catalina,
Que sin la ayuda divina,
Duran poco humanos bienes;
Y llama, que no me espanta,
Antes me parece bien,
Á tu Lela Marien,
Que entre nosotros es santa.

SULTANA. No hay generación alguna
Que no te bendiga, ¡oh esposa
De tu Hijo!, ¡oh tan hermosa,
Que es fea ante ti la luna!

TURCO. Bien la puedes alabar;
Que nosotros la alabamos,
Y de ser virgen la damos
La palma en primer lugar.

Entran RUSTÁN, MADRIGAL y el VIEJO cautivo, y MAMÍ.

RUSTÁN. Esos son los tarasíes.

MADRIG. Yo, señor, soy el que sabe
Cuanto en el oficio cabe;
Los demás son baladíes.

SULTANA. Vestiréisme á la española.

MADRIG. Esto haré de muy buen grado,
Como se le dé recado
Bastante á la chirinola.
SULTANA. ¿Qué es chirinola?
MADRIG. Un vestido
Trazado por tal compás,
Que tan lindo, por jamás
Ninguna reina ha vestido.
Trescientas varas de tela
De oro y plata entran en él.
SULTANA. Pues ¿quién podrá andar con él,
Que no se agobie y se muela?
MADRIG. Ha de ser, señora mía,
La falda postiza.
CRIST. ¡Bueno!
Este está de seso ajeno,
Ó se burla ó desvaría.—
Amigo, muy mal te burlas,
Y sabe, si no lo sabes,
Que con personas tan graves,
Nunca salen bien las burlas.—
Yo os haré al modo de España
Un vestido tal, que os cuadre.
SULTANA. (Ap. Este sin duda es mi padre,
Si no es que la voz me engaña.)
Tomadme vos la medida,
Buen hombre.
CRIST. Fuera acertado
Que se la hubieran tomado
Ya los cielos á tu vida.
SULTANA. (Ap. Sin duda es él; ¿qué haré?
Puesta estoy en confusión.)
TURCO. Libertad, por galardón,
Y gran riqueza os daré.

Vestídmela á la española
Con vestidos tan hermosos,
Que admiren por lo costosos,
Como ella admira por sola.
Gastad las perlas de Oriente
Y los diamantes indianos;
Que hoy os colmaré las manos
Y el deseo fácilmente.
Véase mi Catalina
Con el adorno que quiere.
Puesto que en el que trujere
La tendré yo por divina.
Es ídolo de mis ojos,
Y en el propio ó extranjero
Adorno adorarla quiero,
Y entregarle mis despojos.

CRIST. Venid acá, buena alhaja;
Tomaros he la medida,
Que fuera más bien medida,
Á ser de vuestra mortaja.

MADRIG. Por la cintura comienza;
Así es sastre como yo.

TURCO. Cristiano amigo, eso no,
Que algo toca en desvergüenza.
Tanteadla desde fuera,
Y no lleguéis á tocalla.

CRIST. ¿Adónde, señor, se halla
Sastre que de esa manera
Haga su oficio? ¿No ves,
Que en el corte erraría,
Si no llevase por guía
La medida?

TURCO. Ello así es;
Mas á poder escusarse,

Tendríalo por mejor.

CRIST. De mis abrazos, señor,
No hay para qué recelarse,
Que como de padre puede
Rebirlos la Sultana.

SULTANA. (Ap. Ya mi sospecha está llana;
Ya el miedo que tengo, excede
Á todos los de hasta aquí.)

TURCO. Llegad, y haced vuestro oficio.

SULTANA. No des, ¡oh buen padre!, indicio
De ser sino tarasí.

(Estándole tomando la medida, dice el padre.)

CRIST. Pluguiera á Dios que estos lazos
Que tus aseos preparan,
Fueran los que te llevaran
Á la fuesa entre mis brazos.
Pluguiera á Dios que en tu tierra
En humildad y bajeza
Se cambiara la grandeza
Que esta majestad encierra,
Y que estos ricos adornos
En burieles se trocaran,
Y en España se gozaran
Detrás de redes y tornos.

SULTANA. No más, padre, que no puedo
Sufrir la reprehensión,
Que me falta el corazón
Y me desmayo de miedo. (Desmáyase.)

TURCO. ¿Qué es esto? ¿Qué desconcierto
Es ese? ¿Qué desespero?
Di, encantador, embustero;
¿Hasla hechizado? ¿Hasla muerto?
Basilisco, di: ¿qué has hecho?

Espíritu malo, habla.

CRIST. Ella volverá á su habla;
Haz que la aflojen el pecho.
Báñenle con agua el rostro,
Y verás cómo en sí vuelve.

TURCO. La vida se le resuelve.—
Empalad luego á ese mostro.
Empalad aquél también:
Quitádmelos de delante.

MADRIG. Primero que el elefante
Vengo á morir.

MAMÍ. Perro, ven.

CRIST. Yo soy el padre, sin duda,
De la Sultana, que vive.

MAMÍ. De mentiras se apercibe
El que la verdad no ayuda.
Venid, venid, embusteros
Españoles y arrogantes.

MADRIG. ¡Oh flor de los elefantes,
Hoy hago estanco en el veros!

Llevan Mamí y Rustán, por fuerza, al padre de la Sultana y á Madrigal: quedan en el teatro el Gran Turco, y la Sultana desmayada.

TURCO. Sobre mis hombros vendréis,
Cielo de este pobre Atlante,
En males sin semejante,
Si vos en vos no volvéis. (Llévala.)

JORNADA TERCERA

Salen RUSTÁN y MAMÍ.

MAMÍ. Á no volver tan presto
Del grave parasismo,
La Sultana quedara
Sin padre, y sin maestro el elefante.
Volvió, y á voces dijo:
«¿Qué es de mi padre? ¡Ay triste!
¿Adónde está mi padre?»
Buscándole por todo con la vista.
Sin esperar respuestas
De preguntas tardías,
El Gran Señor mandóme,
Que acudiese á quitar del palo ó fuego
Á los dos tarasíes;
Certísimo adivino
Que el más anciano era
De su querida prenda el padre amado.
Corrí, llegué y hallélos
Á tiempo que ya estaba
Aguzando el verdugo
Las puntas de los palos del suplicio.
El español maestro,
Apenas se vió libre,
Cuando, dando dos brincos,
Dijo: «Gracias á Dios y á mi discípulo»;
Creyendo, á lo que creo,

Que le daban la vida,
Porque él el habla diese,
Que tiene prometida, al elefante.
Al padre anciano truje
Ante la Gran Sultana,
Que con abrazos tiernos
Le recibió, besándole mil veces.
Allí se dieron cuenta,
Aunque en razones cortas,
De mil sucesos varios,
Al padre y á la hija acontecidos.
Finalmente, mandóme
El Gran Señor que hiciese
Como en la judería
Se alojase su suegro.
Ordena que le sirvan
Á la cristiana usanza,
Con pompa y aparato,
Que dé fe de su amor y su grandeza.

RUSTÁN. Extraño caso es éste;
Ámala tiernamente;
Su voluntad se rige
Por la de la cristiana.
Al gran Cadí no quiso
Escuchar, sospechoso
Que con reprehensiones
Pesadas sus intentos afearía.
Quiere de aquí á dos días
Con ella y sus cautivas,
Holgarse en el serrallo
Con bailes y con danzas cristianescas.
Músicos he buscado,
Cautivos y españoles,
Que alegres solenicen

La fiesta en el serrallo jamás vista.
¿Haré que vayan limpios,
Y vestidos de nuevo?

MAMÍ. Sí; pero como esclavos.

RUSTÁN. Á dar lugar el tiempo. mejor fuera
Que fueran como libres,
Con plumas y con galas,
Representando al vivo
Los saraos que en España se acostumbran.

MAMÍ. No te metas en eso,
Pues ves que no es posible.

RUSTÁN. Ya la Sultana tiene
Un vestido español.

MAMÍ. Y ¿quién le hizo?

RUSTÁN. Un judío le trujo
De Argel, á do llegaron
Dos galeras de corso,
Colmás de barcas, fuertes de despojos;
Y allí compró el judío
El vestido que he dicho.

MAMÍ. Será indecencia grande
Vestirse una Sultana ropa ajena.

RUSTÁN. Tiene tanto deseo
De verse sin el traje
Turquesco, que imagino
Que de jerga y sayal se vestiría,
Como el vestido fuese
Cortado á lo cristiano.

MAMÍ. Á mí, mas que se vista
De hojas de palmitos ó lampazos.

RUSTÁN. Mamí, vete en buen hora,
Porque he de hacer mil cosas.

MAMÍ. Y yo dos mil y tantas,
En el servicio del señor Oviedo. (Éntranse.)

Salen la SULTANA, y su PADRE vestido de negro.

PADRE. Hija, por más que me arguyas,
No puedo darme á entender,
Sino que has venido á ser
Lo que eres por culpas tuyas;
Quiero decir, por tu gusto;
Que á tenerle más cristiano,
No gozara este tirano
De gusto que es tan injusto.
¿Qué señales de cordeles
Descubren tus pies y brazos?
¿Qué ataduras, ó qué lazos
Fueron para ti crueles?
De tu propia voluntad
Te has rendido, convencida
De esta licenciosa vida,
De esta pompa y majestad.

SULTANA. Si yo de consentimiento
Pacífico he convenido
Con el de este descreído,
Ministro de mi tormento,
Todo el cielo me destruya,
Y atenta á mi perdición,
Se me vuelva en maldición,
Padre, la bendición tuya.
Mil veces determiné
Antes morir que agradalle.
Mil veces para enojalle,
Sus halagos desprecié.
Pero todo mi desprecio,
Mis desdenes y arrogancia,
Fueron medio y circunstancia
Para tenerme en más precio.

Con mi celo le encendía,
Con mi desdén le llamaba,
Con mi altivez le acercaba
Á mí, cuando más huía.
Finalmente, por quedarme
Con el nombre de cristiana,
Antes que por ser Sultana,
Medrosa vine á entregarme.

PADRE. Has de advertir en tu mal,
Y sé que lo advertirás,
Que por lo menos estás,
Hija, en pecado mortal.
Mira el estado que tienes.
Y mira cómo te vales,
Porque está lleno de males,
Aunque parece de bienes.

SULTANA. Pues sabrás aconsejarme,
Dime, mas es disparate:
¿Será justo que me mate,
Ya que no quieren matarme?
¿Tengo de morir á fuerza
De mí misma, si no quiere
Él, que viva me requiere,
Matarme por gusto ó fuerza?

PADRE. Es la desesperación
Pecado tan malo y feo,
Que ninguno, según creo,
Le hace comparación.
El matarse es cobardía,
Y es poner tasa á la mano
Liberal del soberano
Bien, que nos sustenta y cría.
Esta gran verdad se ha visto
Donde no puede dudarse,

Que más pecó en ahorcarse
Judas, que en vender á Cristo.

SULTANA. Mártir soy en el deseo,
Y aunque por agora duerma
La carne frágil y enferma
En este maldito empleo,
Espero en la luz que guía
Al cielo al más pecador,
Que ha de dar su resplandor
En mi tiniebla algún día,
Y de esta cautividad,
Adonde reino ofendida,
Me llevará arrepentida
Á la eterna libertad.

PADRE. Esperar, y no temer,
Es lo que he de aconsejar,
Pues no se puede abreviar
De Dios el sumo poder.
En su confianza atino,
Y no en mal discurso pinto
Deste ciego laberinto
Á la salida el camino;
Pero si fuera por muerte,
No la huyas, está firme.

SULTANA. Mis propósitos confirme
El cielo en mi triste suerte,
Para que, poniendo el pecho
Al rigor jamás pensado,
Él quede de mí pagado,
Y vos, padre, satisfecho.
Y voyme, porque esta tarde
Tengo mucho en qué entender;
Que el Gran Señor quiere hacer
De mis donaires alarde.

Si os queréis hallar allí,
Padre, en vuestra mano está.

PADRE. ¿Cómo hallarse allí podrá
Quien está perdido aquí?
Guardarás de honestidad
El decoro en tus placeres,
Y haz aquello que supieres,
Alegre y con brevedad.
Da indicios de bien criada
Y bien nacida.

SULTANA. Sí haré,
Puesto que sé que no sé
De gracias algo ni aun nada.

PADRE. Téngate Dios de su mano;
Ve con él, prenda querida,
Mal contenta y bien servida,
Yo triste y alegre en vano.

(Éntranse, y la Sultana se ha de vestir á lo cristiano, lo más bizarramente que pudiere.)

Salen los dos músicos, y MADRIGAL con ellos, como cautivos, con sus almillas coloradas, calzones de lienzo blanco, borceguíes negros, todo nuevo, con vueltas sin lechuguillas. MADRIGAL traiga unas sonajas, y los demás sus guitarras.

MÚS. 1.º Otro es esto que estar al pie del palo,
Esperando la burla, que os tenía
Algo de mal talante.

MADRIG. Por San Cristo,
Que estaba algo mohino; media entena
Habían preparado y puesto á punto
Para ser asador de mis redaños.

MÚS. 2.º ¿Quién os metió á ser sastre?

MADRIG. El que nos mete
Agora á todos tres á ser poetas,

Músicos y danzantes y balistas:
El diablo, á lo que creo, y no otro alguno.

MÚS. 1.° Á no volver en sí la Gran Sultana
Tan presto, ¡cual quedábades, bodega!

MADRIG. Como conejo asado, y no en parrillas.
Mirad: este tirano...

MUS. 2.° Hablad pasito,
Mala Pascua os dé Dios. ¿No se os acuerda
De aquel refrán que dicen comúnmente
Que las paredes oyen?

MADRIG. Hablo paso,
Y digo...

MÚS. 1.° ¿Qué decís? No digáis nada.

MADRIG. Digo que el Gran Señor tiene sus ímpetus
Como otro cualquier rey de su tamaño,
Y temo que á cualquiera zancadilla
Que demos en la danza ha de pringarnos.

MÚS. 2.° ¿Y sabeis vos danzar?

MADRIG. Como una mula;
Pero tengo un romance correntio
Que le pienso cantar á la loquesca,
Que trata *ad longum* todo el gran suceso
De la Grande Sultana Catalina.

MÚS. 1.° ¿Cómo lo sabéis vos?

MADRIG. Su mismo padre
Me lo ha contado todo *ad pedem literæ.*

MÚS. 2.° ¿Qué cantaremos más?

MADRIG. Mil zarabandas,
Mil zambapalos lindos, mil chaconas,
Y mil pésame dello y mil folías.

MÚS. 1.° ¿Quién las ha de bailar?

MADRIG. La Gran Sultana.

MÚS. 2.° Imposible es que sepa baile alguno,
Porque de edad pequeña, según dicen,

Perdió la libertad.

MADRIG. Mirad, Capacho:
No hay mujer española que no salga
Del vientre de su madre bailadora.

MÚS. 1.º Esa es razón que no la contradigo;
Pero dudo en que baile la Sultana,
Por guardar el decoro á su persona.

MÚS. 2.º También danzan las reinas en saraos.

MADRIG. Verdad, y á solas mil desenvolturas,
Guardando honestidad, hacen las damas.

MÚS. 1.º Si nos hubieran dado algún espacio
Para poder juntarnos y acordarnos,
Trazáramos quizá una danza alegre,
Cantada á la manera que se usa
En las comedias que yo vi en España,
Y un Alonso Martínez, que Dios haya,
Fué el primer inventor de aquesos bailes
Que entretienen y alegran juntamente,
Más que entretiene un entremés de hambriento,
Ladrón ó apaleado.

MÚS. 2.º Verdad llana.

MADRIG. Desta vez nos empalan: desta vamos
Á ser manjar de atunes y de tencas.

MÚS. 1.º Madrigal, esa es mucha cobardía;
Mentiroso adivino siempre seas.

Entra RUSTÁN.

RUSTÁN. Amigos, ¿estáis todos?

MADRIG. Todos juntos,
Como nos ves, con nuestros instrumentos;
Pero todos con miedo tal, que temo
Que habemos de oler mal desde aquí á poco.

RUSTÁN. Limpios y bien vestidos vais de nuevo;
No temáis, y venid, que ya os espera

El Gran Señor.

MADRIG. Yo juro á mi pecado
Que voy, Dios sea en mi ánima.

MUS. 2.º No temas;
Que nos haces temer sin causa alguna,
Y ayuda á los osados la fortuna. (Éntranse.)

Sale MAMÍ á poner un estrado con otros dos ó tres garzones: tienden una alfombra turca, con cinco ó seis almohadas de terciopelo de color.

MAMÍ. Tira más desa parte, Muza, tira;
Entra por los cojines tú, Arnaute;
Y tú, Vairán, ten cuenta que las flores
Se esparzan por do el Gran Señor pisare,
Y enciende los pebetes. Ea, acabemos.

Hácese todo esto sin responder los garzones; y en estando puesto el estrado, entran el GRAN TURCO, RUSTÁN y los músicos, y MADRIGAL.

TURCO. ¿Sois españoles por ventura?

MADRIG. Somos.

TURCO. De Aragón ó andaluces?

MADRIG. Castellanos.

TURCO. ¿Soldados ú oficiales?

MADRIG. Oficiales.

TURCO. ¿Qué oficio tenéis vos?

MADRIG. ¿Yo? pregonero.

TURCO. Y éste, ¿qué oficio tiene?

MADRIG. Guitarrista;
Quiero decir que tañe una guitarra
Peor ochenta veces que su madre.

TURCO. ¿Qué habilidad esotro tiene?

MADRIG. Grande:
Costales cose, y sabe cortar guantes.

TURCO. Por cierto, los oficios son de estima.
MADRIG. Quisieras tú, señor, que el uno fuera
Herrero, y maestro de aja fuera el otro,
Y el otro polvorista, ó por lo menos
Maestro de fundar artillería.
TURCO. Á serlo, os estimara y regalara
Sobre cuantos cautivos tengo.
MADRIG. Bueno.
En humo se nos fuera la esperanza
De tener libertad.
TURCO. Cuando Alá gusta,
Hace cautivo aquél, y aquéste libre.
No hay al querer de Alá quien se le oponga.
Mirad si viene Catalina.
RUSTÁN. Viene,
Y á donde pone la hermosa planta,
Un clavel ó azucena se levanta.

Entra la SULTANA vestida á lo cristiano, como ya he dicho, lo más ricamente que pudiere; trae al cuello una cruz pequeña de ébano: salen con ella ZAYDA y ZELINDA, que son Clara y Lamberto, y los tres garzones que pusieron el estrado.

TURCO. Bien vengas, humana diosa,
Con verdad, y no opinión,
Más que los cielos hermosa;
Centro do mi corazón
Se alegra, vive y reposa;
Á mis ojos más lozana
Que de Abril fresca mañana,
Cuando en brazos de la aurora
Pule, esmalta, borda y dora
El campo y al mundo ufana.
No es menester mudar traje

Para que os rinda, contento,
Todo el orbe vasallaje.

SULTANA. Tantas alabanzas siento
Que me han de servir de ultraje,
Pues siempre la adulación
Nunca dice la razón
Como en el alma se siente;
Y así, cuando alaba, miente.

MADRIG. Á un mentís, un bofetón.

MÚS. 2.º Madrigal amigo, advierte
Dónde estamos, no granjees
Con tu lengua nuestra muerte.

TURCO. Puede el valor que posees
Sobre el cielo engrandecerte.
Ven, señora, y toma asiento;
Que hoy mi alma tiene intento,
Dulce fin de mis enojos,
De hacerse toda ojos,
Por mirarte á su contento.

(Siéntense el Turco y la Sultana en las almohadas: quedan en pie Rustán y Mamí y los músicos.)

MAMÍ. Á la puerta está el Cadí.

TURCO. Ábrele y entre, Mamí,
Pues no hay negarle la entrada.—
Esta visita me enfada,
Y más por hacerse aquí.
Vendráme á reprehender,
Á reñir y á exagerar,
Que tengo en mi proceder,
Como altivez en mandar,
Llaneza en obedecer.
Inútil reprehensor
Ha de ser, porque el amor,

Cuyas hazañas alabo,
Teniéndome por su esclavo,
No me deja ser señor.

Entra el CADÍ.

CADÍ. ¿Qué es lo que veo? ¡Ay de mí!
Cielo, ¿que eso consintáis?
TURCO. Por vida del gran Cadí,
Que no me reprehendáis,
Y que os sentéis junto á mí;
Porque las reprehensiones
Piden lugar ocasiones
Diferentes que éstas son.
CADÍ. Enmudezca mi razón
El silencio que me pones.
Callo y siéntome.
TURCO. Ansí haced.—
Vosotros, como he pedido,
Á darme gusto atended;
Que yo sabré, agradecido,
Hacer á todos merced.
MADRIG. Antes de llegar al trance
Del baile, nunca aprendido,
Oye, señor, un romance.
MÚS. 1.º Plega á Dios que este perdido
No nos pierda en este lance.
MADRIG. Y has de saber, que es la historia
De la vida de tu gloria,
Y cantaréle muy presto,
Porque soy único en esto,
Y lo sé bien de memoria.—
«En un bajel de diez bancos,
De Málaga y en invierno,
Se embarcó para ir á Orán

Un tal Fulano de Oviedo,
Hidalgo, pero no rico;
Maldición del siglo nuestro,
Que parece que el ser pobre
Al ser hidalgo es anejo.
Su mujer y una hija suya,
Niña y hermosa en extremo,
Por convenirles ansí,
También con él se partieron.
El mar les aseguraba
El tiempo, por ser de Enero,
Razón en que los cosarios
Se recogen en sus puertos;
Pero como las desgracias
Navegan con todos vientos,
Una les vino tan mala,
Que la libertad perdieron.
Morato Arraez, que no duerme,
Por desvelar nuestro sueño,
En aquella travesía
Alcanzó al bajel ligero.
Hizo escala en Tetüán,
Y á la niña vendió luego
Á un famoso y rico moro,
Cuyo nombre es Alí Izquierdo.
La madre murió de pena;
Al padre á Argel le trujeron,
Adonde sus muchos años
Le excusaron de ir al remo.
Cuatro años eran pasados,
Cuando Morato, volviendo
Á Tetüán, vió á la niña
Más hermosa que el sol mesmo.
Compróla de su patrón,

Cuatro doblándole el precio
Que había dado por ella
Á Alí, comprador primero,
El cual le dijo á Morato:
«De buena gana la vendo,
Pues no la puedo hacer mora,
Por dádivas ni por ruegos.
Diez años apenas tiene;
Mas tal discreción en ellos,
Que no les hacen ventaja
Los maduros de los viejos.
Es gloria de su nación
Y de fortaleza ejemplo,
Tanto más, cuanto es más sola,
Y de humilde y frágil sexo.»
Con la compra el gran cosario,
Sobremanera contento,
Se vino á Constantinopla,
Creo el año de seiscientos.
Presentóla al Gran Señor,
Mozo entonces, el cual luego
Del serrallo á los eunucos
Hizo el extremado entrego.
En *Zoraida* el *Catalina*,
Su dulce nombre, quisieron
Trocarle, más nunca quiso,
Ni el sobrenombre de Oviedo.
Vióla al fin el Gran Señor,
Después de varios sucesos,
Y cual si mirara al sol,
Quedó sin vida y suspenso.
Ofrecióle el mayorazgo
De sus extendidos reinos,
Y dióle el alma en señal.

TURCO. ¡Qué gran verdad dice en esto!
MADRIG. Consiéntele ser cristiana.
CADI. ¡Extraño consentimiento!
TURCO. Calla, amigo, no me turbes;
Que estoy mis dichas oyendo.
MADRIG. Cómo no la halló su padre
Contar aquí no pretendo;
Que serán cuentos más largos,
Si he de abreviar este cuento.
Baste que vino á buscalla
Por discursos y rodeos,
Dignos de más larga historia,
Y de otra sazón y tiempo.
Hoy Catalina es Sultana,
Hoy reina, hoy vive, y hoy vemos
Que del león otomano
Pisa el indomable cuello.
Hoy le rinde y avasalla,
Y con no vistos extremos
Hace bien á los cristianos;
Y esto sé deste suceso.»
MÚS. 2.º ¡Oh repentino poeta!
El rubio señor de Delo,
De su agua de Aganipe
Te dé á beber un caldero.
MÚS. 1.º Paladéente las Musas
Con jamón y vino añejo
De Rute y Ciudad Rëal.
MADRIG. Con San Martín me contento.
CADÍ. El diablo es este cristiano;
Yo le conozco, y sé cierto
Que sabe más que Mahoma.
TURCO. Hacerles mercedes pienso.
MADRIG. Tú, señora, á nuestra usanza

Ven, que has de ser de una danza
La primera y la postrera.

SULTANA. El gusto desta manera
Del Gran Señor no se alcanza;
Que como la libertad
Perdí tan niña, no sé
Bailes de curiosidad.

MADRIG. Yo, señora, os guiaré.

SULTANA. En buen hora, comenzad.

(Levántase la Sultana á bailar y ensáyase este baile bien: cantan los músicos.)

MÚSICOS. «Á vos, hermosa española,
Tan rendida el alma tengo,
Que no miro por mi gusto,
Por mirar el gusto vuestro.
Por vos, ufano y gozoso
Á tales extremos vengo,
Que precio ser vuestro esclavo
Más que mandar mil imperios.
Por vos, con discurso claro,
Puesto que puedo, no quiero
Admitir reprehensiones,
Ni escuchar graves consejos.
Por vos, contra mi profeta,
Que me manda en sus preceptos
Que aborrezca á los cristianos,
Por vos no los aborrezco.
Con vos, niña de mis ojos,
Todas mis venturas veo,
Y sé que sin duda alguna
Por vos vivo y por vos muero.

(Muda el baile.)

Escuchaba la niña
Los dulces requiebros,
Y está de su alma
Su gusto lejos.
Como tiene intento
De guardar su ley,
Requiebros del Rey
No le dan contento.
Vuelve el pensamiento
Á parte mejor,
Sin que torpe amor
Le turbe el sosiego;
Y está de su alma
Su gusto lejos.
Su donaire y brío
Extremos contienen,
Que del Turco tienen
Preso el albedrío.
Arde con su frío,
Su valor le asombra,
Y adora su sombra,
Puesto que ve cierto
Que está de su alma
Su gusto lejos.»

TURCO. Paso, bien mío, no más;
Porque me llevas el alma
Tras cada paso que das.
Déte el donaire la palma,
La ligereza y compás.
Alma mía, sosegad;
Y si os cansáis, descansad,
Y en este dichoso día
La liberal mano mía
Á todos da libertad.

(Híncanse delante del Turco, en diciendo eso, todos de rodillas, los cautivos y Zayda y Zelinda, los garzones y la Sultana.)

SULTANA. Mil veces los pies te beso.
ZELINDA. Éste ha sido para mí
Felicísimo suceso.
TURCO. Catalina, ¿estás en ti?
SULTANA. No, señor, yo lo confieso;
Que con la grande alegría
De la suma cortesía
Que has con nosotros usado,
Tengo el sentido turbado.
TURCO. Levanta, señora mía,
Que á ti no te comprehende
La merced que quise hacer;
Y si la queréis saber,
Á los esclavos se extiende,
Y no á ti, que eres señora
De mi alma, á quien adora,
Como si fueses su Alá.
ZELINDA. Cerróseme el cielo ya,
Llegó de mi fin la hora;
No sé, Clara, qué temores
De nuevo me pronostican
El fin de nuestros amores,
Y que ha de ser significan,
Nuevo ejemplo de amadores.
Creí que la libertad,
Que la liberalidad
Del Gran Señor prometia,
Á nosotros se extendía;
Mas no ha salido verdad.
ZAYDA. Calla y mira que no des
Indicio de la sospecha,

Que me contarás después.
CADÍ. De la merced tan bién hecha,
¿No han de gozar estos tres?
TURCO. Los dos sí, pero éste no,
Que es aquel que se ofreció
De mostrar al elefante
Hablar turquesco elegante.
MADRIG. ¡Cuerpo de quien me parió!.
¿Ahí llegamos ahora?
TURCO. Enséñele, y llegará
De su libertad la hora.
MADRIG. Hora menguada será,
Si Andrea no la mejora.
Pondré pies en polvorosa,
Tomaré de Villadiego
Las calzas.
CADÍ. Es tan hermosa
Catalina, que no niego
Ser su suerte venturosa;
Pero entre estos regocijos
Atiende, hijo, á hacer hijos,
Y en más de una tierra siembra.
TURCO. Catalina es bella hembra.
CADÍ. Y tus deseos prolijos.
TURCO. ¿Cómo prolijos, si están
Á solo un objeto atentos?
CADÍ. Los sucesos lo dirán.
TURCO. Con todo, tus documentos
Por mí en obra se pondrán.—
Escucha aparte, Mamí.
MADRIG. Y escuche, señor Cadí,
Cosas que le importan mucho.
CADÍ. Ya, Madrigal, os escucho.
MADRIG. Pues ya hablo, y digo ansí:

Que me vengan luego á ver
Treinta escudos, que han de ser
Para comprar al instante
Un papagayo elegante,
Que un indio trae á vender
De las Indias del Poniente:
El pájaro sin segundo
Viene á enseñar suficiente
Á la ignorante del mundo,
Sabia, y rica, y pobre gente.
Lo que dice te diré,
Pues ya sabes que lo sé
Por ciencia divina y alta.

CADÍ. Ve por ellos, que sin falta
En mi casa los daré.

TURCO. Mamí, mira que sea luego,
Porque he de volver al punto.—
Venid, yesca de mi fuego,
Divino y propio trasunto
De la madre del dios ciego.—
Venid vosotros, gozad
De la alegre libertad
Que he concedido á los dos.

MÚS. 2.º Concédate el alto Dios
Siglos de felicidad.

MADRIG. Discípulo, ¿dónde hallaste
Una paga tan perdida
Del gran bien que en mí cobraste?
Que si me diste la vida,
La libertad me quitaste.
De esto infiero, juzgo, y siento,
Que no hay bien sin su descuento,
Ni mal, que algún bien no espere,
Sino es el mal del que muere,

Y va al eterno tormento.

(Vánse todos sino es Mamí y Rustán, que quedan.)

MAMÍ. ¿Qué piensas que me quería
El Gran Sultán?
RUSTÁN. No sé cierto,
Pero saberlo querría.
MAMÍ. El tiene, y en ello acierto,
Voluble la fantasía.
Quiere renovar su juego,
Y volver al dulce fuego
De sus pasados placeres:
Quiere ver á sus mujeres,
Y no tarde, sino luego.
Cuadróle mucho el consejo
Del gran Cadí, que le dijo,
Como astuto, sabio y viejo:
«Hijo, hasta hacer un hijo,
Que sembréis, os aconsejo
En una y en otra tierra;
Que si ésta no, aquélla encierra
Alegre fertilidad.»
RUSTÁN. Fundado en esta verdad,
Amurates poco yerra.
Poco agravia á la Sultana,
Pues por tener heredero,
Cualquier agravio se allana.
MADRIG. Y aun es mejor, considero,
No haberle en una cristiana
De cuantas cautivas tiene.
¿Quién es ésta que aquí viene?
RUSTÁN. Dos son.
MAMÍ. Estas dos serán
Las que principio darán

Al alarde.

RUSTÁN. Así conviene;
Que son en extremo bellas.

Entran CLARA y LAMBERTO; y como se ha dicho, son Zayda y Zelinda.

ZELINDA. No puedo de mis querellas
Darte cuenta; que aun aquí
Se están Rustán y Mamí.

ZAYDA. Pon silencio, amigo, en ellas.

MAMÍ. Cada cual de vosotras pida al cielo,
Que la suerte le sea favorable
En que Sultán la mire y le contente.

ZELINDA. Pues ¿cómo el Gran Señor vuelve á su usanza?

RUSTÁN. Y en este punto se ha de hacer alarde
De todas sus cautivas.

ZAYDA. ¿Cómo es esto?
¿Tan presto se le fué de la memoria
La singular belleza que adoraba?
El suyo no es amor, sino apetito.

RUSTÁN. Busca dónde hacer un heredero,
Y sea en quien se fuere: esta es la causa
De mostrarse inconstante en sus amores.

MAMÍ. ¿Dónde pondré á Zelinda, que la mire?
Que tiene parecer de ser fecunda.
¿Será bien al principio?

ZELINDA. Ni por pienso.
Remate sean de la hermosa lista
Zayda y Zelinda.

MAMÍ. Sean en buen hora,
Pues que dello gustáis.

RUSTÁN. Mira, Zelinda,
Da rostro al Gran Señor, muéstrale el vivo
Varonil resplandor de tus dos soles;

Quizá te escogerá, y serás dichosa,
Dándole el mayorazgo que desea.
Aquí será el remate de la cuenta.
Quedaos en tanto que á las otras pongo
En numerosa lista.

ZAYDA. Yo obedezco.

ZELINDA. Y yo que aquí nos pongas te agradezco.

(Vanse Mamí y Rustán.)

ZELINDA. Ahora sí que es llegada
La infelicísima hora,
Antes de venir menguada.
¿Qué habemos de hacer, señora,
Yo varón, y tú preñada?
Que si Amurates repara
En esa tu hermosa cara,
Escogeráte sin duda,
Y no hay prevención que acuda
Á desventura tan clara.
Y ¿si por desdicha fuese
Tan desdichada mi suerte,
Que el Gran Señor me escogiese?

ZAYDA. Veréme en el de mi muerte,
Si en ese paso te viese.

ZELINDA. ¿No será bien afearnos
Los rostros?

ZAYDA. Será obligarnos
Á dar razón del mal hecho,
Y será tan sin provecho,
Que ella sea en condenarnos.

ZELINDA. Mira qué prisa se dan
El renegado Mamí,
Y el mal cristiano Rustán.
Ya las cautivas aquí

Llegan; ya todas están.
Yo aseguro, si las cuentas,
Que hallarás más de doscientas.

ZAYDA. Y todas, á lo que creo.
Con diferente deseo
Del nuestro, pero contentas.
¡Oh, qué de paso que pasa
Por todas el Gran Señor!
Á más de la mitad pasa.

ZELINDA. Clara, un helado temor
El corazón me traspasa.
Plegue á Dios, que antes que llegue,
El cielo á la tierra pegue
Sus pies.

AYDA. Quizá escogerá
Primero que llegue acá.

ZELINDA. Y si llegare, que ciegue.

Entran el GRAN TURCO, MAMÍ y RUSTÁN.

TURCO. De cuantas quedan atrás,
No me contenta ninguna;
Mamí, no me muestres más.

MAMÍ. Pues entre estas dos hay una
En quien te satisfarás.

RUSTÁN. Alzad, que aquí la vergüenza
No conviene que os convenza;
Alzad el rostro las dos.

TURCO. Catalina, como vos
No hay ninguna que me venza:
Mas pues lo quiere el Cadí,
Y ello me conviene tanto,
Ésta me trairéis, Mamí.

Échale un pañizuelo el Turco á Zelinda y vase.

RUSTÁN. ¿Tu solenizas con llanto
La dicha de estotra?
ZAYDA. Sí.
Porque quisiera yo ser
La que alcanzara á tener
Tal dicha.
MAMÍ. Zelinda, vamos.
RUSTÁN. Sola y triste te dejamos.
ZAYDA. Tengo envidia y soy mujer.

(Vánse Rustán y Mamí, y llevan á Zelinda, que es Lamberto).

¡Oh mi dulce amor primero!
¿Adónde vas? ¿Quién te lleva
Á la más estraña prueba
Que hizo amante verdadero?
Esta triste despedida,
Bien claro me da á entender
Que por tu sobra ha de ser
Mi falta más conocida.
¿Qué remedio habrá que cuadre
En tan grande confusion,
Si eres, Lamberto, varón,
Y te quieren para madre?
¡Ay de mí, que de la culpa
De nuestro justo deseo,
Por ninguna suerte veo
Ní remedio ni disculpa!

Sale la SULTANA.

SULTANA. Zayda, ¿qué has?
ZAYDA. Mi señora,
No alcanzo cómo te diga

El dolor que en mi alma mora.
Zelinda, aquella mi amiga
Que estaba conmigo ahora,
Al Gran Señor la han llevado.

SULTANA. Pues ¿eso te da cuidado?
¿No va á mejorar ventura?

ZAYDA. Llévanla á la sepultura,
Que es varón y desdichado.
Ambos á dos nos quisimos
Desde nuestros años tiernos,
Y ambos somos transilvanos,
De una patria y barrio mesmo.
Cautivé yo por desgracia,
Que ahora no te la cuento,
Porque el tiempo no se gaste
Sin pensar en mi remedio.
Él supo con nueva cierta
El fin de mi cautiverio,
Que fué traerme al serrallo,
Sepulcro de mis deseos;
Y los suyos de tal suerte
Le apretaron y rindieron,
Que se dejó cautivar
Con un discurso discreto.
Vistióse como mujer,
Cuya hermosura al momento
Hizo venderla al Gran Turco,
Sin conocerla su dueño.
Con este designio estraño
Logró su intento Lamberto,
Que éste es el nombre del triste
Por quien muero y por quien peno
Conocióme y conocíle;
Y de estos conocimientos

He quedado yo preñada,
Que lo estoy y estoy muriendo.
Mira, hermosa Catalina,
(Que con este nombre entiendo
Que te alegras), qué he de hacer
En mal de tales extremos.
Ya estará en poder del Turco
El desdichado mancebo,
Enamorado, atrevido,
Más constante que no cuerdo.
Ya me parece que escucho
Que vuelve Mamí, diciendo:
«Zayda, ya de tus amores
Se sabe todo el suceso.
Disponte á morir, traidora;
Que para ti queda el fuego
Encendido, y puesto el gancho
Para enganchar á Lamberto.»

SULTANA. Ven conmigo, Zayda hermosa,
Y ten ánimo; que espero
En la gran bondad de Dios
Salir bien de aqueste estrecho.

(Éntranse las dos.)

Sale el GRAN TURCO, y trae asido del cuello á LAMBERTO, con una daga desenvainada: sale con él el CADÍ, y MAMÍ.

TURCO. A mí el ser verdugo toca
De tan infame maldad.

LAMBER. Tiempla la celeridad,
Que ansí tu grandeza apoca.
Déjame hablar, y dame
Después la muerte que gustes.

TURCO. No podrás, con tus embustes,

Que tu sangre no derrame.

CADÍ. Justo es escuchar al reo;
Amurates, óyele.

TURCO. Diga; que yo escucharé.

MAMÍ. Que se disculpe deseo.

LAMBER. Siendo niña, á un varón sabio
Oí decir las excelencias
Y mejoras que tenía
El hombre más que la hembra.
Desde allí me aficioné
A ser varón, de manera,
Que le pedí esta merced
Al cielo con insistencia.
Cristiana me la negó,
Y mora no me la niega
Mahoma, á quien hoy, gimiendo
Con lágrimas y ternezas,
Con fervorosos deseos,
Con votos y con promesas,
Con ruegos y con suspiros
Que á una roca enternecieran,
Desde el serrallo, hasta aquí,
En silencio y con inmensa
Eficacia le he pedido
Me hiciese merced tan nueva.
Acudió á mis ruegos tiernos,
Enternecido, el Profeta,
Y en un instante volvióme
En fuerte varón, de hembra;
Y si por tales milagros
Le merece alguna pena,
Vuelva el Profeta por mí,
Y por mi inocencia vuelva.

TURCO. ¿Puede ser esto, Cadí?

CADÍ. Y sin milagro, que es más.
TURCO. Ni tal vi, ni tal oí.
CADÍ. El cómo es esto sabrás,
Cuando quisieres, de mí;
Y la razón te dijera
Ahora, si no viniera
La Sultana, que allí veo.
TURCO. Y enojada, á lo que creo.
LAMBER. Mi desesperar espera.

Entran la SULTANA y ZAYDA.

SULTANA. ¡Cuan fácilmente, y cuan presto
Has hecho con esta prueba
Tu tibio amor manifiesto!
¡Cuan presto el gusto te lleva
Tras el que es más descompuesto!
Si es que estás arrepentido
De haberme, señor, subido
Desde mi humilde bajeza
A la cumbre de tu alteza,
Déjame, ponme en olvido.
Bien, cuitada, yo temía,
Que estas dos habían de ser
Azares de mi alegría;
Bien temí que había de ver
Este punto y este día.
Pero en medio de mi daño
Doy gracias al desengaño,
Y porque yo no perezca,
No ha dejado que más crezca
Tu sabroso y dulce engaño.
Échalas de ti, señor,
Y del serrallo al momento,
Que bien merece mi amor

Que me des este contento
Y asegures mi temor.
Todos mis placeres fundo
En pensar no harás segundo
Yerro en semejante cosa.

TURCO. Más precio verte celosa,
Que mandar á todo el mundo,
Si es que son los celos hijos
Del amor, segun es fama,
Y cuando no son prolijos,
Aumentan de amor la llama
La gloria y los regocijos.

SULTANA. Si por dejar herederos,
Este y otros desafueros
Haces, bien podré afirmar
Que yo te los he de dar,
Y que han de ser los primeros,
Pues tres faltas tengo ya
De la ordinaria dolencia
Que á las mujeres les da.

TURCO. ¡Oh, archivo de la prudencia
Y de la hermosura está!
Con la nueva que me has dado
Te prometo á fe de moro
Bien nacido y bien criado,
De guardarte aquel decoro
Que tú, mi bien, me has guardado.
Que los cielos, en razón
De no dar mas ocasión
A los celos que has tenido,
A Zelinda han convertido,
Como hemos visto, en varón.
Él lo dice, y es verdad,
Y es milagro y es ventura,

Y es señal de su bondad.
SULTANA. Y es un caso que asegura
Sin temor nuestra amistad;
Y pues tal milagro pasa,
Con Zayda á Zelinda casa;
Y con lágrimas te ruego
Los eches de casa luego,
No estén un punto en tu casa,
Que no quiero ver visiones.
ZAYDA. En duro estrecho me pones,
Que no quisiera casarme.
SULTANA. Podrá ser vengáis á darme
Por esto mil bendiciones.—
Hazles alguna merced,
Que no los he de ver más.
TURCO. Vos, señora, se la haced.
RUSTÁN. ¿Ha visto el mundo jamás
Tal suceso?
TURCO. Disponed,
Señora, á vuestro albedrío
De los dos.
SULTANA. Bajá de Xío
Zelinda ó Zelindo es ya.
TURCO. ¿Cómo tan poco le da
Tu gran poder, si es el mío?
Bajá de Rodas le hago,
Y con esto satisfago
A su valor sin segundo.
LAMBER. Déte sujeción el mundo;
Y á ti el cielo te dé el pago
De tus entrañas piadosas,
¡Oh rosa puesta entre espinas,
Para gloria de las rosas!
TURCO. Tú me fuerzas, no que inclinas,

A hacer magníficas cosas;
Y así quiero, en alegrías
De las ciertas profecías
Que de tus partos me has dado,
Que tenga el Cadí cuidado
De hacer de las noches días.
Infinitas luminarias
Por las ventanas se pongan,
Y con invenciones varias,
Mis vasallos se dispongan
A fiestas extraordinarias.
Renueven de los romanos
Los santos y los profanos,
Grandes y admirables juegos,
Y tambien los de los griegos,
Y otros, si hay más soberanos.

CADÍ. Haráse como deseas,
Y de esta grande esperanza
En la posesión te veas;
Y tú, con honesta usanza,
Cual Raquel fecunda seas.

SULTANA. Vosotros luego en camino
Os poned; que determino
No veros más, por no ver
Ocasión que haya de ser
Causa de otro desatino.

LAMBER. En dándome la patente
Me veré, señora mía,
De tu alegre vista ausente,
Y tu ingenio y cortesía
Tendré continuo presente.

ZAYDA. Y yo, hermosa Catalina,
Por sin par y por divina
Tendré vuestra discreción.

TURCO. Justas alabanzas son
De su bondad peregrina.—
Ven, cristiana de mis ojos,
Que te quiero dar de nuevo
De mi alma los despojos.

SULTANA. De ese modo yo me llevo
La palma destos enojos,
Porque las paces que hacen
Amantes desavenidos
Alegran y satisfacen
Sobre modo á los sentidos,
Que enojados se deshacen. (Éntranse todos.)

Salen MADRIGAL y ANDREA.

MADRIG. Veislos aquí, Andrea, y dichosísimo
Seré si me ponéis en salvamento,
Porque no hay que esperar á los diez años
De aquella elefantil cátedra mia.
Más vale que los ruegos de los buenos
El salto de la mata.

ANDREA. ¿No está claro?

MADRIG. Los treinta de oro en oro son el precio
De un papagayo indiano, único al mundo,
Que no le falta sino hablar.

ANDREA. Si es mudo,
Alabáisle muy bien.

MADRIG. Cadí ignorante ..

ANDREA. ¿Qué decís del Cadí?

MADRIG. Por el camino
Te diré maravillas: ven, que muero
Por verme ya en Madrid hacer corrillos
De gente que pregunte: «¿cómo es esto?
Diga, señor cautivo, por su vida:
¿Es verdad que se llama la Sultana

Que hoy reina en la Turquia, Catalina,
Y que es cristiana, y tiene don, y todo,
Y que es de Oviedo el sobrenombre suyo? »
¡Oh, qué de cosas les diré! Y aun pienso,
Pues tengo ya el camino medio andado,
Siendo poeta, hacerme comediante,
Y componer la historia desta niña,
Sin discrepar de la verdad un punto;
Representando el mismo personaje
Allá, que hago aquí. Ya es barro, Andrea,
Ver al mosqueterón tan boquiabierto,
Que trague moscas, y aun avispas trague,
Sin echarlo de ver, sólo por verme;
Mas él se vengará quizá, poniéndome
Nombres que me amohinen y fastidien.—
Adios, Constantinopla famosísima;
Pera y Permas, adiós, adiós, Escala,
Chifuti, y aun Guedi; adiós, hermoso
Jardin de Visitax; adiós, gran templo
Que de Santa Sofía sois llamado,
Puesto que ya servís de gran mezquita;
Tarazanas, adiós, que os lleve el diablo,
Porque podéis al agua, cada día,
Echar una galera fabricada
Desde la quilla al tope de la gavia,
Sin que le falte cosa necesaria
A la navegación.

ANDREA. Mira que es hora.
Madrigal.

MADRIG. Ya lo veo, y no me quedan
Sino trescientas cosas á quien darles
El dulce adiós acostumbrado mío.

ANDREA. Vamos; que tanto adiós es desvarío. (Vánse.)

Salen SALEC el renegado, y ROBERTO, los dos primeros que comenzaron la comedia.

SALEC. Ella sin duda es, según las señas
Que me ha dado Rustán, aquel eunuco
Que dije ser mi amigo.

ROBERTO. No lo dudo;
Que aquel volverse en hombre por milagro,
Fué industria de Lamberto, que es discreto.

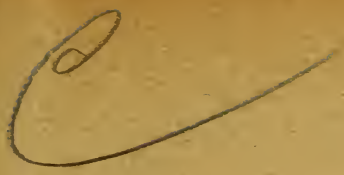
SALEC. Vamos á la gran corte; que podría
Ser que saliese ya con la patente
De gran Bajá de Rodas, como dicen
Que el Gran Señor le ha hecho.

ROBERTO. Dios lo haga.
¡Oh si los viese yo primero, y antes
Que cerrase la muerte estos mis ojos!

SALEC. Vamos, y el cielo alegre tus enojos. (Éntranse.)

Suenan las chirimias; comienzan á poner luminarias: salen los garzones del Turco por el tablado corriendo con hachas y hachos encendidos, diciendo á voces: "¡Viva la Gran Sultana Doña Catalina de Oviedo! ¡Felice parto tenga! ¡Tenga parto felice!„ Salen luego RUSTAN y MAMÍ, y dicen á los garzones:

RUSTAN. Alzad la voz, muchachos; viva á voces
La Gran Sultana Doña Catalina,
Gran Sultana y cristiana, gloria y honra
De sus pequeños y cristianos años,
Honor de su nación y de su patria,
A quien Dios de tal modo sus deseos
Encamine, por justos y por santos,
Que de tu libertad y su memoria
Se haga nueva y verdadera historia.

(Tornan las chirimias y las voces de los garzones, y dase fin.)

FIN DE LA GRAN SULTANA Y DEL TOMO SEGUNDO